



PATRICIA A. MILLER

*El infierno
en tus ojos*

VERSATIL
romántica

1.

—Cierra la puerta y siéntate.

Algo iba mal. Durante algunos segundos Faith se quedó de pie en el centro del austero despacho con los ojos fijos en la expresión de pesar y en el malestar que le causaban las palabras que se estrujaban en la boca de su jefe. La fina película de sudor que perlaba la frente de Garland Buchanan, desprovista de pelo como el resto de la cabeza, era un claro indicador de que su situación privilegiada, de la que había disfrutado desde que llegó a *World Now*, iba a sufrir un cambio drástico.

Ya había escuchado rumores acerca de los recortes que los propietarios de la revista estaban dispuestos a hacer para reducir gastos. También se hablaba de posicionarse en un mercado diferente, más competitivo, que requería un punto de vista más serio, más profesional. Pero cada cierto tiempo surgían esos fantasmas que susurraban *sottovoce* aires nuevos y que, al final, se quedaban en simples cotilleos y temores infundados. Sin embargo, las nuevas directrices a la hora de dirigir las publicaciones y de plantear el enfoque de los reportajes habían hecho sonar algunas alarmas.

La visita de los socios europeos semanas atrás y las diferentes reuniones que los jefes de sección mantenían a últimas horas del día en los despachos de la planta superior, habían instalado en las oficinas cierto tufillo de desconfianza que cada día se hacía más intenso.

Faith se agarró al respaldo del sillón giratorio que quedaba frente a su jefe y lo movió con inusitada lentitud hasta que se sentó en él; encaró la mirada turbada del hombre para el que había trabajado desde que regresó de Japón, hacía ya tres años.

—Estás despedida —anunció Buchanan con contundencia. A continuación, depositó el artículo que Faith le había dejado sobre la mesa la tarde anterior y se cruzó de brazos a la espera de una reacción.

—No puedes estar hablando en serio. —Lo miró con los ojos entrecerrados mientras entrelazaba sus manos para detener el temblor que las acechaba. No se dejaría llevar por la presión, era una profesional y no permitiría que la mirada impactante y la gravedad del semblante de su jefe la intimidaran.

—Te lo advertí. Te dije que reconsideraras tus opciones y no me has hecho ni caso. —Garland se aclaró la garganta antes de continuar e hizo un esfuerzo por no levantarse de su sillón e ir en pos de la mujer a la que quería como si fuera su propia hija. Podía ver lo vulnerable que era, pero también la fortaleza que la ponía en pie cada día; y por eso había apostado por su talento. Pero Faith parecía no entender que, si no cambiaba de actitud, el puesto de ambos peligraba—. Son los propietarios los que han impuesto este cambio no yo. Aunque no creas que me siento muy en desacuerdo con ellos. Los lectores han cambiado, los intereses también. *World Now* se mueve en un mercado más selecto, más desafiante, más interesante —le explicó al tiempo que alcanzaba el último reportaje de Faith y lo agitaba delante de sus narices—. Esto es basura comparado con lo que sabes hacer, así que no me mires así.

Sorprendida por la dureza de sus palabras, abrió los ojos y siguió el recorrido que su trabajo hacía antes de caer sobre la mesa. Jamás había recibido queja alguna acerca de sus reportajes. Estaban bien documentados, contaba con las fuentes más rigurosas y aportada datos contrastados y las opiniones de los expertos de referencia. Se dejaba la piel en cada uno de ellos, a veces literalmente, pensó al ver la quemadura que tenía en la muñeca, producto de uno de sus estudios de campo. Era exigente en su forma de prepararse y exponía la información con un estilo impecable. Pero no era suficiente.

—No te atrevas a descalificar mi trabajo de esa forma, Garland.

—¡Son artículos de belleza, por favor! —exclamó con demasiado ímpetu.

—¡Esa es mi sección! ¿De qué pretendes que escriba?

—Te pedí ideas, Faith. Esta mierda la pueden encontrar en cualquier revista sensacionalista —le espetó enfurecido. Tomó de nuevo el artículo y negó con la cabeza repetidas veces—. ¿*Alternativas al bótox? Las verdaderas ventajas del ácido hialurónico*. ¿De verdad crees que esto es periodismo serio?

—Me ofendes.

—¡Y tú me tomas por tonto, Holland! Si crees que voy a tragarme que esto es lo mejor que se te puede ocurrir es que te has vuelto loco. —Incapaz de estar sentado por más tiempo, Garland se puso en pie y se dirigió al ventanal que ofrecía las mejores vistas de Seattle de todo el edificio. Le dio la espalda para no tener que ver cómo se humedecían los ojos de Faith y esperó a que el estallido austero, directo a herir su orgullo, surtiera el efecto deseado.

—¿Qué te hace pensar que no lo es? ¿Qué te hace pensar que hay algo más para lo que pueda servir? —preguntó casi en un susurro—. Tal vez apostaste demasiado por mí. Ya ves que no soy lo que esperabas.

Ella también se puso en pie y, con los hombros hundidos, caminó hacia la puerta sin tener nada más que añadir. Recogería sus cosas y en un abrir y cerrar

de ojos estaría fuera de la revista que había sido su casa durante los últimos tres años.

—No, no eres lo que esperaba —respondió cansado antes de que abandonara el despacho—. Eres mucho más, Faith Holland, pero aún debes darte cuenta.

—¿Qué quieres de mí, Garland? —Se revolvió con furia, mostrándole la rabia que le provocaban sus insinuaciones, pero también las lágrimas que contenía a duras penas.

—¡Quiero esto! —gritó el jefe Buchanan al tiempo que tomaba de uno de los cajones una carpeta cargada de papeles y la lanzaba con furia contra la superficie del escritorio. Después de la primera siguieron algunas más hasta que el montón se derrumbó a un lado de la mesa—. ¡Quiero todo este talento en las páginas de mi revista!

Varios papeles amarillentos escaparon de las tapas de cartón y planearon por el aire hasta caer muy cerca de los pies de Faith. Los ojos color miel de la periodista no pudieron evitar fijarse en las hojas de revista mal arrancadas que tenía a pocos pasos de ella y, al comprobar de qué se trataba, se llevó las manos a la boca y contuvo un jadeo de emoción.

Eran sus trabajos anteriores. Todos y cada uno de los reportajes que había realizado junto a Darryl desde que acabaron la carrera. No le hizo falta ojear el contenido de todas aquellas carpetas para saber que Garland había estado ocupado en esa labor de hemeroteca.

Experimentó cómo su rostro perdía todo el color y el temor de abrir una puerta al pasado viajó hasta sus manos, haciéndolas temblar sin control. Cuando se agachó y alargó los dedos para atrapar aquellos recuerdos del suelo, tuvo la sensación de estar a punto de destapar la caja de Pandora. El dolor en el pecho regresó, se le olvidó respirar y la sensación de vacío, de culpa y de miedo volvió a la mente y al corazón como cada vez que recordaba al hombre al que había amado por encima de todo. Había disfrutado de los mejores años de su vida junto a la persona más maravillosa del mundo, compartiendo un trabajo que la apasionaba tanto como a él. Había nacido para ello y ese entusiasmo había muerto con Darryl cuando el destino los sorprendió.

—Quiero a esta Faith —susurró Garland afectado por el impacto que los reportajes habían tenido sobre ella.

—Pierdes el tiempo. La mujer que escribió todo esto ya no existe.

—Sé que hay heridas que tardan en curar, pero hace tres años ya de lo de Japón. No puedes continuar escondiéndote. No es justo para ti. —Se acercó a ella sutilmente, con temor a que fuera a salir corriendo. Lamentaba su dolor y conocía la pérdida tan importante que había sufrido, pero hacía tiempo que ella misma, sin darse cuenta, había dejado asomar a la sensacional periodista que

llevaba dentro. Su pasión y la entrega que demostraba no era nada comparado con la luz que brillaba en sus ojos cuando los chicos de la sección de Internacional exponían sus ideas en las reuniones de cierre. A veces, incluso, estaba a punto de abrir la boca para aportar algún detalle a las explicaciones de sus compañeros, pero se detenía antes de decir ni una palabra. Estaba encerrada en una prisión de recuerdos y era la única que poseía la llave para salir—. Te estoy dando una oportunidad sin igual, Faith. Sé que la necesitas, sé que la deseas. Te miro y veo las ansias que hierven en tu interior, veo la frescura de un tiempo pasado, pero también la madurez.

—Tú solo estás viendo un fantasma.

Garland la observó con toda la seriedad que sus ojos hundidos y sus gafas, caídas sobre una prominente nariz, le conferían. El miedo era un sentimiento muy poderoso que podía hacerte más fuerte o destruirte por completo. Y si había algo claro en la expresión del rostro de Faith era que tenía un miedo atroz.

—Bien. Entonces estás despedida —sentenció y, para darle más énfasis a su declaración, recogió el montón de papeles, lo golpeó contra la mesa varias veces para poner los legajos en orden y, sin más ceremonia, lo depositó en la papelerera que había junto a su silla. Era una provocación que debía dar lugar a un cambio, acción-reacción, pero no obtuvo el resultado esperado y, derrotado, continuó con sus tareas de revisión como si la conversación no hubiera tenido lugar nunca.

Faith acusó el impacto de aquellas palabras contra el pecho y siguió el movimiento de la mano de Garland hasta que vio toda su vida en el fondo del cubo de la basura. Contuvo el aire a la espera de que su jefe alzara la mirada de nuevo y le dijera que todo había sido una broma, que las cosas continuarían como hasta entonces, pero cuando él la miró solo encontró la confirmación que hacía realidad lo que había escuchado.

Tuvo deseos de dejarse caer sobre el sillón y sollozar como una niña. No podía explicarle lo que sentía ni lo que suponía lo que le estaba demandando. Era consciente de que en su interior se estaba produciendo un cambio bastante significativo, uno que intentaba eludir por todos los medios, porque asumir que deseaba volver a su vida anterior, al periodismo de investigación, a la primera línea de la información, sería como faltar a la memoria de Darryl y eso no se lo podía permitir. Pero Garland tenía razón. Se volvía loca cuando David Rochester o Bobbie Boyle, los mejores corresponsales de la revista, regresaban a las oficinas después de haber estado viviendo lo que ella tanto añoraba. Y quizá no fuera muy razonable por su parte pero, entre el cúmulo de sensaciones que la mantenía sin dormir durante días, no solo había envidia, también rabia, hacia Darryl, hacia el destino mismo, hacia ella. Y miedo, un profundo y oscuro miedo.

Aquel jueves no se quedó a tomar la cerveza de rigor con sus compañeros en el bar de abajo. No estaba de humor para soportar los comentarios y los rumores que, ahora mejor que nunca, conocía de primera mano. Tampoco sería ella la que les anunciara que la habían despedido.

Ella tampoco podía creerlo, pero estaba fuera de la revista y al llegar a su modesto apartamento, en el barrio de Belltown, y divisar desde la ventana del salón el atardecer de otoño, que se presentaba igual de gris que cada día, se dio cuenta de que o aceptaba el trabajo que le ofrecían o ya podía ir pensando en buscarse otro lugar donde vivir y otro empleo con el que pagar las facturas.

La foto de Darryl la miró desde el mueble de la televisión. Se la había hecho una tarde de verano frente a los muelles. El sol quedaba a su espalda y le confería el halo angelical que se merecía pues no había mejor calificativo para describirlo. Era un ángel. Le encantaba aquella imagen. Encontraba en ella la calma que necesitaba cuando su mundo se volvía del revés. Podía pasar horas y horas con la mirada perdida en aquellos reflejos dorados que salían de su cabello negro, en los hoyuelos que delimitaban una sonrisa perfecta o en las arrugas que se formaban alrededor de unos ojos oscuros tan expresivos como misteriosos.

Ya habían pasado tres años desde que regresó de Honshu, Japón, con el cuerpo de su pareja en un ataúd. Fue el viaje más complicado que había realizado en su vida. El último viaje juntos. Y todavía sentía el vacío que había quedado en su alma cuando, por fin, sus familiares pudieron darle sepultura en el cementerio de Lake View. Habían hecho tantos planes...

Desde entonces nada había sido igual en la vida de Faith. Las personas a su alrededor se empeñaban en que hiciera gala de su nombre y tuviera fe en el destino, en el amor, en una segunda oportunidad para ser feliz, pero nadie entendía que, para ella, la felicidad había desaparecido en el preciso momento en que Darryl abandonó el mundo.

Una ligera vibración dentro del bolso llamó su atención. No había activado el sonido del móvil para evitar tener que dar explicaciones a nadie. Estaba segura de que, en cuanto la noticia traspasara los muros del despacho de Garland, algunos de sus compañeros montarían en cólera. Miró la imagen que le devolvía la pantalla y supo que a Jacob no podría esquivarlo. Con toda seguridad ya estaba enterado de la situación. Garland era su suegro y lo tenía en muy alta estima. Si no le cogía el teléfono aparecería en su casa y aporrearía la puerta hasta tirarla abajo.

—Antes de que digas nada...

—Antes de que digas nada, dime, ¿te has vuelto loca? —la interrumpió Jacob Allen con su característico tono desafiante. Los labios de Faith se curvaron al imaginarlo con el móvil pegado a la oreja sujeto con el hombro, mientras sus

puños descansaban contra las caderas, en una pose muy a lo Peter Pan.

—A veces creo que sí, pero hoy no. Estoy muy cuerda, créeme.

—He tenido que soportar a un Buchanan enfurecido durante toda la comida. Y todo porque tú has decidido firmar tu suicidio laboral. Nena, sabes que *World Now* es tu sueño, ¿por qué te empeñas en joderlo todo?

—Ya sabes por qué, Jacob —respondió mientras su mirada quedaba anclada a la foto de Darryl. Le fue imposible no acariciar la imagen con la yema de los dedos, como hacía siempre que la embargaba la pena.

Conoció a Jacob Allen en un bar de copas, muy frecuentado por periodistas, en el pintoresco barrio de Fremont. Ella estaba sufriendo una crisis de ansiedad y él creyó que se había pasado con el alcohol. Cuando entendió lo que sucedía, le sirvió de apoyo y escuchó paciente la historia de Faith; aguantó la tempestad hasta que la calma regresó y ese día se forjó entre ellos un intenso vínculo que fue creciendo con el paso del tiempo.

—Eres una cobarde, Faith Anggela Holland —le soltó de repente. No permitiría que un corazón roto tomara las riendas de su vida—. Me niego a regalarte los oídos diciéndote lo buena y lo capaz que eres para este trabajo, creo que eso ya lo ha hecho mi suegro. Ni voy a darte un sermón sobre lo absurdo de tu actitud, eso ya lo sabes tú. Pero sí voy a insistir en que eres la persona más cobarde que he conocido jamás y, cuando te hagas vieja y estés sola, serás una anciana gallina y arrepentida.

—¿Alguna cosa más? —ironizó. Estaba acostumbrada a esas estrategias que siempre utilizaba para hacerla cambiar de opinión, solo que esta vez había tocado algo en su interior que empezaba a resquebrajarse.

—Sí —afirmó con contundencia—. Milly quiere saber si vendrás a cenar el sábado, tenemos algo que decirte —añadió con un tono diferente, mucho más tierno.

—¿Estáis embarazados? ¡Estáis embarazados! —gritó al teléfono emocionada. Llevaban bastante tiempo intentando tener hijos y, aunque no perdían la esperanza, el paso de los meses y los intentos fallidos estaban haciendo mella en su ánimo.

—¡Yo no te he dicho nada! ¿Está claro? Y ya puedes mostrarte emocionada el sábado por la noche o te mandaré a cenar a la caseta de Blacky en el jardín, bajo la lluvia.

No había nadie como Jacob para sacarle una sonrisa, aunque fuera en la peor situación imaginable. En ese momento, en el que compartía la felicidad de sus amigos por la nueva vida que estaban gestando, tuvo que admitir que sentía un ápice de envidia, envidia sana, la misma que sentiría una hermana por su hermano. Miró una vez más la foto de Darryl, revivió otro de los sueños que se

habían roto y se abrazó a sí misma para detener el escalofrío de añoranza que le recorría la columna.

A la mañana siguiente, cuando los tenues rayos del sol de la mañana en Seattle atravesaron la persiana de la habitación de Faith, su mente había tomado una decisión que aún no había sido asimilada por el cuerpo ni por el corazón.

Sentada en la cama, que durante tanto tiempo había compartido con el recuerdo de Darryl, había visto pasar la noche sin que el cansancio fuera lo bastante envolvente como para obligarla a cerrar los ojos. Todavía le daba vueltas a la propuesta de Garland Buchanan, también a las palabras de Jacob, y se sentía asfixiada por un dilema: ¿era mejor permanecer quieta o echar a volar?

La claridad del día fue tan cegadora como su elección. Hacía rato que sabía qué camino tomaría, pero necesitaba sentirse en paz consigo misma y recordar con detalle todos y cada uno de los objetivos apasionantes que Darryl y ella se habían prometido cumplir. El despertador de la mesilla sonó con estridencia y puso fin al tiempo de duelo. Se dirigió al cuarto de baño con la ligereza de quien ha dejado la pena en el camino y el espejo de la pared le devolvió una imagen diferente a la que veía cada mañana.

Era hora de ponerse en marcha. Hora de continuar.

2.

La primera pregunta que la mente de Faith procesó nada más llegar al punto de encuentro, el día señalado, desató un sentimiento demasiado peligroso, que corría el riesgo de hacerla retroceder. Había contestado la cuestión en infinidad de ocasiones. Los preparadores, en los dos meses que llevaba organizando el viaje, se la habían repetido por activa y por pasiva, y la respuesta siempre fue la misma: «Sí, quiero ir». Pero al llegar a la redacción de la revista y entender que podría ser la última vez que pisara aquella oficina ya no lo tuvo tan claro.

—¡Estás aquí! —exclamó Garland y abrió los brazos para acogerla en un paternal achuchón—. ¿Estás preparada?

¿Lo estaba? ¿Estaba la mente en consonancia con el cuerpo? ¿Estaban sus asuntos en paz? ¿Los problemas resueltos? ¿El corazón preparado para no regresar? Hubo un tiempo en que Darryl y ella se formulaban esas mismas preguntas antes de embarcarse en cualquier aventura. Conocía los riesgos, conocía el terreno, se había formado, no solo para el trabajo, sino también para sobrevivir. Llevaba con dignidad la mochila a la espalda, cargada con todo lo que pudiera necesitar, y le corría por las venas una buena dosis de adrenalina, pero también de algo más poderoso, más intenso. Miedo.

Jacob y Milly llegaron justo en ese momento, así que hizo lo posible por no ponerse a llorar. Miró a la pareja con una sonrisa y se emocionó por la leve curva que ya se distinguía en el vientre de la preciosa pelirroja. Pero, sobre todo, por lo que más emocionada y agradecida se sentía, era por poder contar con la compañía de Jacob durante el tiempo que estuviera en el continente africano.

Cuando dos meses atrás le había anunciado que él también iría a la República Centroafricana, como fotógrafo, Faith no quiso ni escuchar hablar del tema. Jacob iba a ser padre por fin, debía quedarse para cuidar de Milly, para no perderse ni uno solo de los momentos del embarazo, para disfrutar de cada segundo junto a ella y ver cómo la barriga tomaba la forma del bebé que albergaba. El trabajo solo duraba tres meses, regresarían con tiempo de sobra para el parto, pero nunca se sabía qué podía pasar en un lugar como aquel, ni cómo regresarías, ni si regresarías.

Sin embargo, fue Milly la que animó a su marido a realizar aquel viaje. Una

vez naciera el pequeño —o pequeña, como se empeñaba Garland en apostillar siempre—, no tendría oportunidad de ver cumplido ese sueño. Por supuesto, la opinión de la pelirroja tuvo más peso en la decisión de Jacob que todos los motivos que Faith trató de hacerles ver. Así que dos meses después, allí estaban; preparados para partir con destino a otro continente, a más de ocho mil millas de Seattle, un lugar al que muy pocos querrían ir.

—Antes de que os marchéis, quiero que tengáis presente lo que siempre les digo a los demás —anunció Garland Buchanan de forma solemne. Pese a llevar al frente de la revista más de veinte años y haber visto a muchos reporteros partir, no lograba habituarse a la sensación de que cualquier cosa podía pasar y que aquella despedida podía ser la última—: No hay reportaje ni fotografía que valga vuestra vida. Os quiero de vuelta, sanos y salvos, a los dos, sin excepción.

La emotividad del momento se disipó cuando los primeros periodistas de la revista comenzaron a llegar a la redacción. Como una máquina bien engrasada y a punto para funcionar, los ordenadores emitieron los característicos pitidos de inicio, las fotocopiadoras acompañaron en el arranque y la pantalla de televisión gigante, que presidía el frontal de la planta, se iluminó con una fría tonalidad azul y dejó paso a diez canales de noticias organizados en cuadrículas. La actualidad mundial de un solo vistazo. Fue ese resplandor de luz multicolor el que los activó y restó dramatismo al fuerte abrazo que compartieron tras las palabras de Garland. A continuación revisaron toda la documentación, las acreditaciones y permisos necesarios para el viaje y les repitió de nuevo las indicaciones que, tanto ella como Jacob, sabían de memoria.

—Vuestro *fixer* se llama Kwame Selassie. Es un etíope con el que han trabajado algunos de nuestros *freelancers*. Controla muy bien la zona y es bueno en lo suyo. —Les mostró la fotografía y ambos asintieron en señal de reconocimiento—. Os estará esperando en el aeropuerto, pero no llevará identificador. Él sabe quiénes sois y vosotros sabéis quién es él. Con eso basta.

—Nada de abrazos, ni de preguntas por la familia. ¿Entendido? —bromeó Jacob, que se ganó por ello una dura mirada de su suegro.

—Quiero que me mandéis una foto en cuanto lleguéis al coche. Pedidle a alguien que os la haga, ¿está claro? Que se vea el modelo y la matrícula y que esté nítida.

—Lo sabemos, jefe —intervino Faith y miró el reloj para comprobar que iban bien de tiempo.

—Dámelo —le ordenó con seriedad. Tendió la mano hacia ella y no hicieron falta más explicaciones—. Nada de joyas, ni de objetos de valor.

Garland sabía lo que hacía. Él mismo había sido corresponsal de guerra muchos años. Escuchar sus historias era como vivir dentro de una película de

acción, con giros inesperados, sucesos escalofriantes y situaciones tan extremas que habían estado a punto de costarle la vida en más de una ocasión. Pero siempre aseguraba que cada segundo de cada minuto que había ejercido como corresponsal había valido la pena. Sus reportajes, algunos de ellos finalistas en el prestigioso premio Pulitzer, daban fe de ello.

Lo más cerca que Jacob había estado de vivir una situación así fue durante los atentados del 11 de septiembre, en los que la zona cero parecía una auténtica batalla campal. Faith sí conocía la experiencia de estar en el extranjero, de sentirse al límite, de temer por su vida, aunque jamás en una guerra. Era especialista en catástrofes naturales, como Darryl, aunque, en más de una ocasión, se habían visto inmersos en situaciones resueltas a punta de fusil.

—Tenéis un protocolo de comunicación, un plan de trabajo y unos objetivos definidos. Ajustaos a eso, sed rigurosos, ya sabéis cómo actuar. Y si algo falla, lo más mínimo, no le quitéis importancia. La tiene, y ese será el momento de aplicar el plan B y salir de allí cagando leches, ¿me habéis entendido? No quiero héroes, ni heroínas, ni búsqueda de emociones fuertes. Esto es un trabajo y si os descuidáis no estaréis despedidos, estaréis muertos.

—¡Papá! Por favor... —gimió Milly cogiéndose con fuerza al brazo de Jacob.

—Estaremos muertos, ya lo sabemos —repitió Faith. Tragó saliva y apretó los puños. Había escuchado aquella cantinela en boca de los formadores, de los militares que los habían instruido, de los sanitarios que impartían los cursos de primeros auxilios, de los instructores de seguridad digital y de otros corresponsales con los que convivía día a día, y aún se le ponía el vello de punta.

—En cuanto lleguéis tenéis que buscar en el hotel a Ashanti, la enfermera cooperante que se unirá a vuestra expedición. Tenéis la fotografía y los datos en la carpeta.

—Tengo la cara de esa mujer grabada junto al millón de cosas que debo recordar —respondió Jacob con ironía.

Faith asintió sonriente para darle la razón. Eran tantas las indicaciones que debían seguir que estaban abrumados. Les quedaba un largo viaje de dos días hasta la República Centroafricana. Si había algo que aún no les había quedado claro, lo resolverían durante el trayecto.

—No os fieis de nadie más que de vosotros mismos, por favor. E informad de todo para que podamos respirar tranquilos, ¿de acuerdo? —les pidió Garland, que tomó la mano de su hija para mostrarles que, a pesar de la confianza que tenían en ellos, les esperaban tres duros meses de preocupación.

Después de cuarenta horas, retrasos en cada una de las escalas y vuelos plagados de sobresaltos, el cansancio se adueñó de Faith y por poco se pierde la espectacular imagen aérea del aeropuerto de Bangui.

Habían repasado una y otra vez claves, esquemas, protocolos, seguridad y cualquier cosa relacionada con la información que querían conseguir para realizar reportajes dignos de una revista en auge. Pero ambos necesitaban algo de silencio. Al cerrar los ojos, se sumieron en un corto e inquieto sueño. La azafata los despertó para indicarles que iban a aterrizar y debían colocar los asientos en la posición adecuada. Habían llegado a su destino.

Al levantar la cortinilla de la ventana, Faith se sintió tan conmocionada con el paisaje que estuvo a punto de gritar. Contuvo la respiración, mientras los ojos daban buena cuenta de las decenas de miles de personas que se hacinaban en la linde de la pista de aterrizaje.

—Es el campo de refugiados de M’Poko —le informó Jacob, que se acercó a ella para ver mejor lo que tenían bajo los pies. Habían estudiado fotos del lugar, pero la visión era tan espeluznante que ni el más fiel de los relatos le haría justicia—. De ahí saldría otro gran reportaje, estoy seguro.

—Tendrá que ser en otra ocasión —comentó Faith con tono cansado. Apartó la vista y apoyó la cabeza en el respaldo de la incómoda butaca. El viaje desde Nairobi estaba siendo un auténtico suplicio para la espalda—. Antes de salir de la terminal, mandaré un mensaje a Garland y sacaré la batería y la tarjeta del móvil. En cuanto bajemos de este avión, cualquier cosa puede pasar.

—Tranquila, ¿vale? Todo va a ir bien —pronosticó Jacob con convicción. Él también estaba nervioso, era su primer reportaje internacional y, con toda probabilidad, el último, teniendo en cuenta el futuro familiar que venía en camino, pero no estaba tan tenso como ella.

—Nunca va todo bien, es mejor pensar eso, ¿recuerdas? —Por supuesto que lo recordaba. El exceso de confianza podría ocasionarles graves problemas y eso era algo que habían aprendido desde el primer día de formación. Pero también sabían que la línea que separaba el miedo del pánico era muy fina, casi inexistente, y franquearla supondría un inconveniente de las mismas características, por lo que más les valía serenarse y perder un poco de rigidez.

—¡Vamos, Faith! Seamos optimistas, disfrutemos del viaje y dejemos a esos capullos de *World Now* con la boca abierta. Le daremos a Garland el mejor reportaje de investigación que haya visto jamás.

Nada más poner los pies sobre la pista de aterrizaje, una humedad asfixiante los engulló y les empapó al instante la ropa. La temperatura no alcanzaba los treinta grados, según el termómetro de la entrada del recinto central, pero la sensación de calor bochornoso multiplicaba el efecto de unos rayos de sol que ni

siquiera podían ver. El cielo estaba teñido de un color plomizo, acorde con el estado de ánimo que presentaba Faith. No le gustaba el verano, ni las altas temperaturas, ni la sensación de asfixia cuando el aire caliente se hacía irrespirable. Ella era de frío, de largos inviernos, de lluvia tras el cristal, de chocolate caliente entre las manos.

—Parece que va a llover —obvió Jacob que, aunque cargaba con las mochilas y estaba cansado por el viaje, aún tenía humor para guiñarle el ojo y sonreír.

Faith, por el contrario, solo tenía ganas de localizar el rostro de Kwame Selassie, el *fixer*[\[1\]](#), y llegar al hotel para darse una buena ducha de agua caliente. Garland les había asegurado que la estancia en el Hotel Centro de Bangui les facilitaría los duros meses de trabajo que tenían por delante, y deseaba que así fuera.

En cuanto pusieron rumbo a la salida del recinto, Jacob sacó del bolsillo del macuto dos brazaletes blancos con grandes letras en negro. *Prensa*, rezaban, y le pasó uno a Faith, con un estudiado movimiento de la mano, sin dirigirle ni una sola palabra. Estaban a punto de mezclarse con la población y debía quedar claro qué intenciones traían desde el primer momento.

Las tropas francesas de la ONU, que se ocupaban desde abril de la seguridad del aeropuerto, franqueaban ambos lados del pasillo por el que caminaban hacia el exterior, con la mirada fija en el infinito. Nadie se había dirigido a ellos salvo para comprobar los pasaportes. La ciudad estaba llena de periodistas, que se mimetizaban con el entorno y habían dejado de llamar la atención de la gente del lugar, pero eso, para Faith y para Jacob era todavía demasiado extraño, y se les notaba en los ojos y en las severas arrugas de la frente, que la llegada les estaba resultando complicada.

Con un leve movimiento de cabeza, y sin apenas detener el paso, Jacob le indicó a Faith que había localizado al *fixer*. Kwame, con una simpática mueca, reconoció a sus clientes y emprendió la marcha entre el gentío, confiando en que lo siguieran hasta el lugar donde su vehículo había quedado estacionado.

Los blindados del ejército francés, a las puertas de la terminal, le recordaron a Faith las veces que había jugado al Estratego con sus primos cuando era pequeña. Su aspecto amenazante y aterrador era lo que más alivio le confería en aquella situación.

—¡Bienvenidos a Bangui *la coquette*, amigos! —exclamó Kwame, leyendo el cartel que recibía a los visitantes a la salida del aeropuerto. Abrió los brazos con entusiasmo y mostró con fingido orgullo cuánta desolación podían ver alrededor —. Ciudad florida.

Ambos movieron las cabezas de forma instintiva y, como novatos, trataron de localizar las flores de las que hablaba el guía. Fue un reflejo absurdo que les

arrancó una sonrisa y logró relajarlos justo en el momento en que llegaban al aparcamiento.

—Buen coche —observó Jacob en su perfecto francés. Era un GMC Jimmy de color negro, con una amplia franja blanca a los lados. Robusto, fuerte, algo antiguo, pero suficiente. La carrocería había visto mejores tiempos y los arreglos en una de las lunas laterales decían a gritos que había recibido algún que otro impacto—. ¿Puedo? —preguntó a Kwame antes de llevar las manos al capó y echar un vistazo a lo que escondía debajo.

—Por supuesto, amigo. ¡Adelante!

Faith pasó el peso del cuerpo de una pierna a otra mientras su compañero revisaba las entrañas de aquella mole con ruedas. Ella no entendía de coches, ni de motores, pero sí le habían enseñado bien dónde mirar para evitar que una bomba la hiciera saltar por los aires. El guía no se mostró molesto cuando se agachó y miró bajo el vehículo.

Cuando finalizó la rápida revisión, fue el propio guía quien pidió a un hombre de confianza que les sacara una foto junto a los periodistas, y tuvo a bien colocarse de forma estratégica para que la matrícula y el modelo del vehículo quedaran también retratados.

—Y ahora, por favor, llévanos al Hotel Centro, Kwame, ya no me aguanto en pie —bufó Faith en cuanto las puertas del coche estuvieron bien cerradas.

—Eso está hecho, señorita.

[1]. Nativo de confianza que hace las funciones de guía, conductor, traductor, etc. (*N. de la A.*)

3.

—No, no, Thabo, ya te he dicho que no regresaré por ese camino y mucho menos cuando el cielo está a punto de desplomarse sobre nuestras cabezas — repitió Mat con cierto fastidio, utilizando la expresión que tanto le gustaba al guía desde que había leído su primera historia de Astérix y Obélix.

—La última vez también dijiste eso y acabamos cada uno en un lugar diferente. No me fío de ti —lo señaló el viejo congoleño con un dedo huesudo.

A sus sesenta años, lejos de ser un anciano postrado en una silla viendo pasar el tiempo y la vida, Thabo parecía llevar dentro un polvorín a punto de estallar. Era la única persona en la que Mat podía confiar, dentro y fuera de las fronteras de la República Centrafricana, y el único que se atrevería a sermonearle por haber hecho cambios de última hora en la ruta, sin previo aviso. Cualquiera otro se hubiera guardado los reproches, a riesgo de sufrir una de aquellas congeladas miradas azules, que dejaban sin respiración.

Justo en el momento en el que otra cita de Goscinny y Uderzo [2] le venía a la memoria para aplacar el genio del *fixer*, la puerta del Hotel Centro se abrió y una pareja a la que no había visto jamás entró en su campo de visión.

Americanos, pensó de inmediato al reconocer los distintivos de prensa que llevaban en el brazo. *Novatos*, identificó al ver las miradas asombradas que recorrían cada pulgada de la recepción.

Mat observó con interés la figura desgarbada del hombre. *Cuarenta años. Fotógrafo*. Lo supo en cuanto echó un rápido vistazo a los elementos que sobresalían del macuto. ¿Un trípode? ¿Para qué demonios necesitaba un trípode en un lugar como aquel? Se cruzó de brazos contra la pared descascarillada y sonrió con desidia. Todavía recordaba el día que llegó a Bangui. Solo quería ser el mejor, pero necesitó muy poco tiempo para darse cuenta de que, lo primero, era sobrevivir. Luego ya vendría lo de comerse el mundo. Habían pasado algunos años desde eso, ya ni recordaba cuántos. Pronto aprendería que con la cámara sería suficiente y que el resto dependería de lo rápido que corrieran los pies. No obstante, había algo en él que le hizo creer con firmeza que era bueno en lo suyo, aunque pareciera la primera vez que pisaba un país en conflicto. Solo necesitaría entender cómo funcionaban las cosas allí.

Thabo le señaló unas anotaciones que había hecho sobre el mapa de carreteras y Mathew asintió conforme. Era hora de ponerse en marcha antes de que los planes para ese día se fueran al traste. Pasar la noche en el Hotel Centro no había sido su intención. Un desafortunado imprevisto le había obligado a alejarse del apartamento, a las afueras de Bangui, donde los rebeldes de la Seleka, una de las facciones que conformaban aquella locura de guerra civil, campaban ahora a sus anchas. Le había sentado bien el capricho, era una lástima abandonar tales comodidades tan pronto, pero debían salir de allí de inmediato si querían llegar al punto de encuentro fijado por el equipo al que acompañaría ese día.

El fotógrafo caminó con seguridad hacia el mostrador del hotel y dejó sola a la mujer que lo seguía. No había podido observarla bien pero ahora que la veía lamentó haber perdido el tiempo con su compañero. Debajo de aquellas ropas amplias y oscuras, más propias de un pandillero de Queens que de una corresponsal de prensa, se escondía algo que le hizo enarcar las cejas. Era menuda, atlética, de pelo oscuro e impactantes ojos de un color que no alcanzaba a ver desde allí. El tono dorado de la piel había empalidecido tras las horas de viaje, pero, a pesar de eso, era bonita, muy bonita, con nariz respingona y los labios más sensuales que había visto en mucho tiempo.

—Qué mal aprovechada —se lamentó en voz baja, sin apartar la atención de los contundentes asentimientos que realizaba cuando el guía le explicaba las cosas.

No solía emitir juicios machistas deliberados, pero no pudo evitar pensar en la locura de enviar a una mujer así a una zona de guerra. El secuestro de periodistas estaba a la orden del día y los abusos a mujeres del gremio, también. O era muy buena o es que el mundo occidental que él conocía se había vuelto loco de remate.

Reconoció el estridente ruido del motor del coche de Thabo y le molestó tener que marcharse, pero no había tiempo que perder. Sería un placer averiguar algo más de la americana cuando tuviera un segundo, si es que alguna vez lo encontraba.

—Vamos a tener problemas para regresar a la zona en la que estuvimos ayer. Se rumorea que los rebeldes de la Seleka han establecido un control muy cerca —le informó el guía nada más cerrar la puerta del coche.

—¿Y el sendero alternativo?

—Ya sabes lo que pienso de ese sendero. Es mejor que lo dejemos estar por unos días. Tampoco creo que debas regresar hoy al apartamento. Lo habrán registrado de arriba abajo y es pronto para decir si vuelve a ser seguro.

Los ojos de Mathew se cerraron y trató de evadirse de los problemas. Odiaba los problemas. La mejor manera de mantenerse en calma era recurrir a

pensamientos más evocadores, como el cuerpo de la preciosa morena del hotel. Imaginó los senos plenos, las caderas acompasando duros embates contra la pared y la boca suplicando por la culminación. La respiración se le aceleró y abrió los ojos, molesto por ser tan susceptible a una cara bonita. *Necesitas sexo, Parsons*, se dijo con un bufido, y lo necesitaba con urgencia. El malestar en la entrepierna empezaba a ser demasiado doloroso con el paso de los días. Por lo pronto, era mejor pensar en otra cosa.

—Puedo intentar contactar con los hombres de Bene —sugirió para retomar la conversación que habían iniciado. Era necesario centrarse en el trabajo.

—¡No me fio de ese hombre! —se opuso Thabo, que había tenido oportunidad de ver al mercenario frente a frente, y hasta él, acostumbrado a los tipos crueles, se estremecía solo de nombrarlo.

Bene era uno de los rebeldes del movimiento anti-Balaka, la llamada «milicia cristiana». Era la facción que le ofrecía protección y le permitía acercarse a determinadas zonas y enfrentamientos. A ellos les interesaba que la prensa internacional se hiciera eco de su postura frente a la Seleka, los rebeldes islamistas, y a Mat, ser un corresponsal empotrado[3], le daba la oportunidad de estar en el foco del conflicto. Aunque a aquellas alturas de la rebelión, nadie sabía muy bien para qué o para quién combatía, se mezclaban todo tipo de agentes con ansias de sangre, jóvenes que buscaban venganza, otros que intentaban sobrevivir y delincuentes comunes para quienes la situación era de lo más conveniente. Llevaba demasiado tiempo allí, demasiadas conversaciones silenciosas con unos y con otros, demasiada información de ambos bandos, su opinión no era lo que la gente buscaba, y se guardaría bien de declararla en voz alta, pues sabía que hacerlo le costaría la vida. Pero eso no le impedía aprovechar las circunstancias para cumplir su misión. Eso era lo que realmente importaba, y si para ello debía acercarse al fuego, al amparo de una de las partes, así lo haría.

—Tú nunca te fías de nadie —respondió. Y era cierto, el congoleño era un excelente *fixer* precisamente por eso.

—¡Y tú lo haces de todo el mundo! Acabarás muerto un día de estos, Parsons.

—Eso no lo verán tus ojos, amigo. No en esta vida.

De pronto, algo empezó a ir mal a su alrededor. Mathew observó por el espejo retrovisor que algunos vehículos, que circulaban detrás de ellos, se detenían y maniobraban para dar media vuelta, y el cuerpo se le tensó.

—Tenemos problemas —anunció Thabo.

—Ya lo veo. ¿Tenemos tiempo? —preguntó, cuando vio que un joven, vestido de camuflaje y armado con un Kaláshnikov, se acercaba a él por la ventanilla.

—No creo. Si damos la vuelta ahora es probable que dispare. Si le muestras el

distintivo de prensa puede que tengamos una oportunidad —respondió el viejo, con la vista fija en los andares del soldado—. Si eso no es suficiente, preguntaremos por tu querido amigo Bene —ironizó—. Quizá aún deba darle las gracias por salvar mi vida.

Nada de lo que hicieron o dijeron les sirvió para convencer al joven de su pertenencia a la prensa internacional. Los obligó a bajar del coche y, encañonándolos por la espalda, iniciaron la marcha hasta el puesto de control que habían establecido a pocos metros. Allí, otros medios de comunicación esperaban en silencio, con ojos expectantes, cargados de miedo.

A una orden de uno de ellos cerraron el paso y despejaron la carretera, obligando a los coches y camiones que hacían cola a dar la vuelta y regresar por donde habían llegado.

—Solo hay prensa —advirtió Mathew con cierta sorpresa, e identificó a varios corresponsales. Asintió con la cabeza a modo de saludo y fue correspondido con la misma señal, pero ni una sola palabra. Abrir la boca, en aquella situación, supondría un suicidio.

—Parece que están esperando a que llegue alguien, tal vez el líder de la zona —susurró Thabo, ocultando sus labios con un vago gesto de la mano—. Hay movimiento y eso no es bueno.

Como si el viejo congoleño los hubiera invocado, un camión cargado de milicianos anti-Balaka dobló por el camino y enfiló la recta que llegaba hasta ellos. Armados hasta los dientes y con los semblantes de alabastro inmutables, decenas de jóvenes se mantenían a la espera de una orden que los hiciera reaccionar y los pusiera en marcha.

Mat sintió la euforia que siempre lo embargaba cuando sabía que iba a presenciar algo importante. Pocas veces los anti-Bakala hacían una selección de prensa previa a una intervención, pero ahí estaban ellos, un grupo de ocho, entre los que se distinguían periodistas y guías, todos a la espera de los acontecimientos.

No obstante, ninguno se esperaba lo que sucedió a continuación. Una *pick-up*, bastante destartada, dobló la esquina, derrapando ruedas en un intento por mantener los neumáticos sobre la pista de tierra. Tras él, otro coche, un poco más ligero, hizo resonar disparos; todos se pusieron a cubierto de inmediato. Los habían acorralado, la barricada que formaban en medio de la calle impidió que los cuatro ocupantes escaparan de los disparos anti-Balaka. El tropel de soldados descendió del camión en ese momento y rodeó a los cuatro tipos que yacían en el suelo, heridos en las extremidades inferiores. Eran musulmanes. Por las ropas que llevaban, con toda probabilidad, pertenecían a la Seleka. Mat había vivido infinidad de emboscadas como aquella, sabía lo que vendría a continuación y la

repulsa quedó reflejada en sus ojos azules y en el rictus de asco que formaron sus labios. Apretó las mandíbulas con fuerza y bufó por la nariz. No debía decir nada, no debía moverse, no debía... pero fue imposible.

—Es Tafari El Abouyi, *el que provoca pavor*. Esto no me gusta, Parsons —masculló Thabo.

—¿La mano derecha de Moussa? —preguntó con la mirada fija en el guerrillero. Si los anti-Balaka habían cazado al principal confidente del líder de la facción Seleka, lo que viniera a continuación agravaría la crisis en Bangui.

Apartó la vista cuando dio comienzo la matanza y miró al comandante apostado a su lado, con una intensidad desmedida, desafiante, de forma reprobatoria. Thabo, alarmado, tiró de él hasta que logró apartarlo del resto, pero ya era tarde para evitar lo inevitable. La ofensa había sido clara y las consecuencias no se hicieron esperar. El feroz combatiente se acercó a ellos y, con la culata del fusil, golpeó varias veces la cabeza de Mathew hasta que una neblina roja le cubrió los ojos y la oscuridad lo engulló.

Aquel incidente lo ponía en una situación muy peligrosa, y mientras se sentía caer libre en el pozo de la inconsciencia, maldijo mil veces por haberse saltado los principios básicos de cualquier corresponsal de guerra: humildad y sentido común. Ningún reportaje valía la vida de quien lo realizaba, aunque eso Mat parecía haberlo olvidado.

[2] Creadores de Astérix y Obélix.(*N. de la A.*)

[3] Para cubrir los conflictos armados cerca de la línea de fuego, muchos periodistas aconsejan, por razones de seguridad, ir «empotrados» en una de las fuerzas presentes (ejército regular o grupo rebelde) mientras se realiza un reportaje, y confiarse a su protección. <http://www.rsf-es.org/seguridad-para-periodistas/manual/>(*N. de la A.*)

4.

Faith había estudiado el entorno al que iban durante los meses previos al viaje con una meticulosidad abrumadora. Sabía a qué se enfrentaba, pero ni los vídeos, ni las fotos, ni los testimonios de otros periodistas la habían preparado para comprobar, *in situ*, lo que la guerra había hecho con la ciudad de Bangui.

Las calles de tierra sucia, que podían tener su encanto al combinar los ocres con el verde de los árboles, solo le transmitían desolación; todo era de un triste tono gris. Las casas no eran salubres, algunas incluso se derruían al paso de los coches, y, aun así, estaban habitadas por familias enteras agradecidas por tener un techo que los protegiera de la lluvia de aquella época del año.

Desde la misma puerta del hotel, el bombardeo de imágenes era incesante. Las mujeres, ataviadas con vestidos descoloridos, deambulaban de un lado a otro con grandes fardos de tela a cuestas, en los que guardaban la comida que podían conseguir en los mercados de las zonas menos conflictivas. Niños que jugaban entre los escombros, jóvenes cargados de resentimiento y un pueblo que padecía el horror y la miseria ante los impasibles ojos de los soldados armados.

—Es espantoso —murmuró para sí misma.

—Lo es —coincidió Jacob, que retrató el momento con la cámara. Era la primera foto que sacaba y le complació que en ella apareciera la sonrisa de dos criaturas inocentes entre tanto desamparo—. Kwame dice que la cooperante con la que debemos reunirnos se hospeda aquí también. La conoce. Al parecer, todo el mundo la conoce.

La joven ghanesa a la que esperaban los dejó a ambos con la boca abierta cuando apareció por la recepción. El color de la piel, chocolate con leche, hacía resaltar el brillo de unos ojos azules como dos gotas de agua del Mediterráneo. Era bellísima y, cuando sonreía, una luz especial le iluminaba el rostro. Su cabello, negro y rizado, estaba cubierto por un pañuelo de tonalidades rojas, que la hacía mucho más interesante, mucho más seductora.

—Soy Ashanti. Vosotros debéis ser los periodistas americanos que estaba esperando, ¿verdad? ¿Faith? ¿Jacob? —Les tendió la mano con cortesía y volvió a deslumbrarlos con una amplia sonrisa.

Los tres conectaron de inmediato, tal y como les había dicho Kwame. Y es

que Ashanti tenía una personalidad alegre y optimista que a Faith le pareció contagiosa. Sentados en unas incómodas butacas, a un lado de la planta baja, camuflados por dos frondosas palmeras enanas, pusieron al día a la simpática cooperante que trabajaba en el hospital de Bangui.

—Estamos interesados en realizar varios reportajes para la revista, pero nos gustaría que primero nos pusieras al día de la situación —le explicó Jacob, coincidiendo con la opinión de Faith.

—¿De qué irán vuestros reportajes? Así podré hacerme una idea y definir las localizaciones. —No solía aceptar ese tipo de encargos, ella no estaba allí para eso, pero siempre había deseado vivir una aventura como las que contaban algunos periodistas que conocía, y cuando Kwame le habló de aquel trabajo, ni se lo pensó.

Faith recordó el mantra que los formadores le habían repetido hasta la saciedad, aquel que hablaba de no confiar en nadie, y pensó con detenimiento la respuesta antes de dar más información de la que correspondía. Aunque Jacob soltó de carrerilla los temas que tenían previsto abordar y lo único que pudo hacer Faith fue levantar una ceja y fruncir el ceño con actitud reprobatoria.

—Los reportajes sobre los niños soldado son algo muy común por esta zona —se lamentó y la luz de sus ojos se apagó por una milésima de segundo—. Hay organizaciones que se encuentran en conversaciones con ambas facciones de la rebelión para facilitar la liberación de miles de niños soldado, pero la negociación es lenta. Tengo contactos en la ONG que os podrían facilitar el acceso a los poblados más cercanos, así podríais conocer a algunas familias que han sufrido la pérdida.

—¡Eso sería estupendo! —se emocionó Faith.

—Os pasaré el nombre de algunos corresponsales locales que os servirán de ayuda.

—Sí, hemos hablado con algunos de ellos —comentó Jacob buscando la información en una libreta.

—Bien. En cuanto al tema del VIH, no hay problema. En el hospital estarán encantados de facilitaros lo que necesitéis. Y conozco un par de zonas seguras que podemos visitar cuando vayamos a pasar consultas. ¡Me alegro tanto de que estéis aquí...!

Las puertas dobles del hotel se abrieron de golpe, justo cuando Ashanti batía palmas, emocionada. Un grupo de hombres con los distintivos de prensa bien visibles se precipitaron en el interior, portando en volandas el cuerpo de uno de ellos.

Ashanti pegó un salto y dio indicaciones precisas para que depositaran el enorme corpachón del periodista en el suelo, a un lado. Algunas personas se

arremolinaron en torno al herido, pero la mayoría pasó de largo, como si aquello fuera lo más corriente del mundo.

Faith y Jacob siguieron a Ashanti, preocupados por la salud de aquel hombre. La cantidad de sangre que le cubría la cabeza y el rostro era alarmante. La joven cooperante ni se inmutó. Mantuvo la expresión relajada y ordenó a algunos de los presentes que le trajeran agua y unas toallas.

—¿Puedes echarme una mano? —le pidió a Faith, que no tardó en arrodillarse a su lado y prestarle atención—. No te preocupes, la sangre es muy escandalosa, pero tiene buen pulso.

—¿Lo conoces?

—Todo el mundo lo conoce. Es Mathew Parsons, corresponsal americano, como vosotros —le informó la enfermera mientras cerraba con los dedos la brecha que partía en dos la ceja de aquel hombre semiconsciente.

—¡No jodas! ¿Parsons? Conozco sus reportajes. Leí muchos de ellos antes de venir —dijo Jacob con sorpresa.

—Es uno de los mejores, pero también es el más estúpido —le espetó la ghanesa al herido, aprovechando que había abierto los ojos y la miraba fijamente.

—Siempre creí que los ángeles tendrían tu dulce rostro, Ashanti —bromeó Mat aturdido. Estaba bien y a salvo, eso era lo importante. Era una suerte que Thabo lo hubiera llevado de regreso al hotel. Dejarlo en las manos de Ashanti era una buena decisión.

—¡Cállate, Mat! Si por mí fuera, dejaría que la Seleka o los anti-Balaka se rifaran tu pellejo —manifestó molesta por su actitud siempre aduladora. Luego tomó la mano de la periodista y le mostró cómo debía presionar la herida para que dejara de sangrar—. Aprieta fuerte.

Faith había oído muchas cosas sobre él. Era egocéntrico, cínico, temerario y nada agradable. También le habían contado que nadie era capaz de lograr lo que él conseguía con su perseverancia y, de hecho, ella misma admiró la profundidad y la originalidad del enfoque de sus reportajes cuando los analizó. Había visto fotografías de Mathew Parsons en diferentes medios, pero no creyó que su aspecto fuera tan intimidante. Incluso con las facciones cubiertas de sangre, le pareció que tenía un atractivo peligroso. Mandíbula cuadrada, mentón firme, nariz algo desviada y unos ojos azules muy llamativos. La barba de varios días le daba un aspecto feroz, pero esos labios bien delineados y dispuestos para una sonrisa suavizaban cualquier gesto cruel.

Sin querer, apretó un poco más la herida y eso le valió un rugido espeluznante. Mat cayó en la cuenta entonces de que alguien más estaba ayudando a Ashanti y el primer impulso fue apartarse de la fuente de dolor. La punzada que le

taladraba el cerebro aumentó de forma considerable pero la mano de la cooperante le impidió levantar la cabeza.

—No te muevas. He mandado a Thabo a por el botiquín de emergencia —lo tranquilizó y deslizó la mano por los cabellos sucios, de un castaño oscuro con mechones algo más claros—. Necesitas un par de puntos en esta ceja. Luego ya me contarás dónde demonios te has metido para hacerte esto. Por cierto, esta es Faith, es tu colega y tu compatriota.

Ahora sí que había muerto y los ángeles le daban la bienvenida a las puertas del cielo, pensó en cuanto la vio. De cerca era todavía más increíble. Esos ojos color miel lo miraban con preocupación. Se mordía el labio inferior con demasiado ímpetu, atenta a las reacciones del herido cuando levantaba la toalla para ver el estado del corte.

—¿Eres escocesa? No tienes pinta de venir de las Highlands —observó Mathew con la voz pastosa. Le dolía la cabeza demasiado y no lograba enfocar la vista como le hubiera gustado, pero estaba tan cerca que pudo oler el aroma que desprendía su pelo cuando agitaba la coleta.

—¿Escocesa? —se extrañó Faith—. No, americana.

No le dio tiempo a bufar como le hubiera gustado al escuchar la respuesta. Ashanti vertió un frío chorro de antiséptico sobre la ceja sin previo aviso y Mat apretó las mandíbulas y los ojos con fuerza cuando el dolor se hizo insoportable. Aun así, logró alcanzar la mano de Faith, que descansaba muy cerca de la suya.

—Tus colegas americanos necesitan que alguien los lleve a conocer algunas zonas de Bangui. He pensado que igual tú... —sugirió la joven con toda la atención puesta en la sutura.

—Yo no soy americano, Ash, te lo he dicho mil veces —gruñó Mat, que hundía los dedos sobre la suave piel de la muñeca de Faith cada vez que le clavaban la aguja.

—Sí lo eres, tienes doble nacionalidad. Lo sé. Además, trabajas para ellos, vives con ellos, te diviertes con ellos y duermes con ellos, Parsons. ¿Qué más da que nacieras en otra parte del mundo? —insistió la cooperante, procurando que su charla fuera suficiente para entretenerlo. No disponía de ningún anestésico y la labor le estaba resultando demasiado complicada.

—Soy escocés, como el buen *whisky*, como las preciosas gaitas...

—... y como Nessi, el monstruo del lago. Sí, ya lo sabemos. Todos lo sabemos, Mat. Tan escocés y tan espinoso como el cardo, permíteme que te diga.

Faith sonrió ante aquella similitud y sus dedos se permitieron la licencia de acariciar la sien de Mathew. Contuvo el aire al percibir las pupilas azules fijas en ella y apartó la mano de inmediato, avergonzada.

—Prefiero ser un cardo a un arbusto de las arenas[4] sin personalidad —

refunfuñó como un niño pequeño antes de que el rostro se tornara macilento y la palidez le cubriera las mejillas y los labios—. Ash, me estoy mareando.

La presión que la mano de Mathew ejercía sobre los dedos de Faith disminuyó de forma notable y eso activó las alarmas de ambas mujeres. La frente se le perló de frías gotas de sudor, la visión se tornó borrosa y los sonidos que le llegaban eran cada vez más lejanos. Aun así, antes de sumirse en la oscuridad, notó los dedos de Faith sobre el pelo y escuchó una súplica que alcanzó la parte más tierna e inaccesible de su alma.

—Quédate conmigo —le susurró Faith—. No te duermas, Mat, quédate conmigo.

El anochecer se presentaba pronto en el país africano en comparación con la claridad que todavía habría sobre el cielo de Seattle a las seis de la tarde. El silencio en las calles, tan aterrador como los machetes con los que jugaban a ser hombres algunos niños, solo se veía interrumpido por esporádicos disparos que parecían lejanos, pero no lo eran. Desde la habitación de Faith en el Hotel Centro, ni siquiera era posible ver la calle. La ventana, cerrada a cal y canto, tenía vistas a un patio interior atestado de alimañas y trastos viejos, que la ponían nerviosa, más incluso que por la mañana cuando bajó del avión y vio el campo de refugiados que se abría ante ella; más incluso que después de echar un vistazo a lo que le esperaba fuera de aquellas paredes. De haber estado en el apartamento de Seattle, habría descargado ansiedad atizando el saco de boxeo que tenía instalado en la terraza, pero allí no había nada con lo que desahogarse, ni siquiera un trozo de cielo para contemplar la estrella que la guiaba, la estrella de Darryl.

—¿Faith? ¿Estás ahí? —la llamó Jacob desde el otro lado de la puerta.

De inmediato, quitó la silla que bloqueaba el pomo y apartó con el pie la cuña de madera que siempre encajaba contra el suelo. Antes de abrir el cerrojo y dejar a Jacob entrar en su zona de confort, miró por la mirilla y comprobó que estaba solo.

—Hemos quedado a las siete para cenar con Ashanti y otros periodistas que se hospedan en el hotel —anunció—. Mañana quizá podríamos ir con ellos para hacer un primer contacto con la región.

—Buena idea —se limitó a decir mientras se recogía el pelo húmedo en una coleta—. ¿Qué te ha parecido Ashanti? —le preguntó, con curiosidad. Se enrolló un pañuelo alrededor del cuello y comprobó que todo estaba recogido en la

habitación. Nunca se sabía cuándo debían salir corriendo.

—Es muy agradable. Y creo que nos puede ayudar —respondió, convencido—. Su padre fue un diplomático francés, por eso tiene los ojos azules. ¿Y sabías que estudiaba medicina en su país cuando una bomba estalló en el aparcamiento de la facultad y mató a dos de sus compañeras? Dejó de estudiar y decidió ayudar a la gente que más lo necesitaba.

Faith alzó las cejas, en parte por la admiración que la ghanesa le despertaba, en parte por la sorpresa de escuchar a Jacob hablando, con tanta pasión, sobre la labor de una cooperante a la que acababan de conocer.

—¿Cuándo has tenido tiempo de intimar tanto con ella?

—¿Intimar? ¡Bah! Solo ha sido una conversación sin importancia después de que curara a Parsons —se justificó—. Por cierto, ¿y Parsons? —contraatacó Jacob.

—¿Qué pasa con Parsons? —Detuvo durante unos segundos la labor de atarse los cordones y levantó la cabeza para mirar a su compañero. No le había pasado desapercibido el tono con el que había formulado la pregunta.

—No lo sé. Te mostraste muy cariñosa con él mientras Ashanti lo atendía —la aguijoneó con la única intención de bromear un poco.

—¡Venga ya! Solo estaba ayudando. ¡Lo hubiera hecho por cualquiera! —exclamó y las carcajadas de Jacob se escucharon por toda la habitación, mientras Faith se ponía colorada y le lanzaba una de las chanclas húmedas de la ducha—. Eres un idiota, Jacob Allen, y suerte que vas a ser padre y tu mujer te necesita, sino te daría una paliza por insinuar cosas que no son.

Solo estaba siendo amable con un hombre herido, se justificó. Tenía fama de ser un mercenario de la información. Era uno de los *freelancers* más cotizados por los medios de comunicación. Se rumoreaba que no tenía miedo a meterse en la boca del lobo, con tal de contar el número de colmillos que le faltaban. Había estado en Afganistán, Libia y Siria. También cubriendo la insurgencia en el Magreb y llevando a cabo los reportajes más increíbles en Pakistán. No tenía pelos en la lengua y se decía que tenía más vidas que un gato, aunque Faith había podido comprobar que ese gato también sangraba, y mucho.

Verlo tan indefenso había provocado que el mito cayera un poco a la altura de los mortales. Según había escuchado a su *fixer*, un soldado de la milicia anti-Balaka lo había aporreado con saña por desaprobado, con una simple mirada, lo que su gente hacía con los guerrilleros de la Seleka. ¡Una simple mirada! ¡Qué horror! Eso demostraba que no era tan inmune a las milicias como habían creído todos, y decía mucho de su falta de sentido común.

Pero lo que más le impresionó fueron los ojos. *Esos ojos...* Se habían detenido en cada rasgo del rostro de Faith como si quisiera memorizarlo antes de

desmayarse y la había hecho sentir tan vulnerable...

El restaurante del hotel mostraba el mismo aspecto descuidado que el resto de los espacios por los que ya habían pasado. Lo que en otro tiempo fuera uno de los mejores lugares del continente, se había convertido en un espacio viejo, sucio y falto de una buena reforma. Pero al menos, el ambiente que se respiraba, con todas aquellas conversaciones a media voz que armonizaban con los ruidos de la cubertería, era cordial y animaba a disfrutar de una cena en buena compañía.

—¡Faith! —la llamó con entusiasmo Ashanti con una mano levantada desde el fondo del local. La acompañaban varios hombres, todos periodistas, que no perdían detalle de la maravillosa sonrisa de dientes blancos de la ghanesa, ni de lo deslumbrantes y exóticos que eran sus ojos—. ¡Siéntate a mi lado, por favor!

El chirriar de las sillas contra el suelo provocó un estremecimiento en el hombre que estaba situado justo al lado de la cooperante. Fue el único que no se levantó para saludar a la pareja de americanos y el que recibió la orden de Ashanti para que dejara espacio a Faith.

—A Mathew Parsons ya lo conoces, no hace falta que te lo presente.

No correspondió al silencioso saludo de la mujer ni sonrió como un bobo, como el resto de los presentes. Había algo en ella que lo ponía de mal humor, algo que se entremezclaba con ese olor... Parecía como si la primavera hubiera entrado de repente en el salón y lo hubiera embotado todo con la característica fragancia de la flor de azahar. Dulce, seductor y provocativo, así era el aroma que desprendía Faith Holland, limpio y deseable, tanto que le emborrachaba los sentidos.

Cuando aquella tarde Thabo lo llevó al hotel y ella se arrodilló junto a él, creyó que el bálsamo que percibía no era otra cosa que la dulce esencia de la muerte, justo antes de caer en sus dominios. Le había llevado algunos minutos entender que no eran las delicias de la Parca las que le adornaban el olfato, sino la preciosa joven que lo torturaba con los gestos que hacía sin darse cuenta. Casi dolía más su cercanía que la sutura sin anestesia de la enfermera. Ahora estaba seguro de que fue ese olor el que lo hizo marearse, pues volvía a sentir el sudor frío perlándole la frente y el característico hormigueo de la ansiedad en las manos.

—Procure no ponerse mañana ese perfume si no quiere llevar tras de sí a toda una facción del movimiento anti-Balaka —soltó con desprecio, sin apenas dirigirle una mirada al rostro estupefacto de Faith.

El silencio se hizo en la mesa mientras todos, a excepción de Mat, esperaban la réplica de la chica. Algo que no llegó; no iba a permitir que la actitud mezquina de aquel hombre fuera el centro de atención en su primera cena en Bangui. Sin embargo, ignorarlo no resultó ser una buena estrategia y, en cuanto las conversaciones en la mesa se reanudaron, Mat volvió a la carga.

—Y dígame, señor Allen, ¿para qué medio trabajan?

—Llámame Jacob, por favor —le pidió con simpatía. Faith hizo una mueca de desagrado y puso los ojos en blanco al ver la sonrisilla estúpida que se dibujaba en los labios de su amigo, sentado frente a ella—. Faith es redactora de *World Now*, en Seattle, y yo soy fotógrafo *freelance*.

Lo sorprendió, no esperaba aquella revelación. Él había hecho reportajes para esa revista hacía algunos años. Garland Buchanan era un buen hombre, un buen jefe, pero el tipo de artículos que realizaban no eran del estilo de Mat y, cuando les ofreció algo más ambicioso, lo descartaron por no considerarse adecuado. Hacía tiempo que no escuchaba hablar de *World Now*, pero la última vez que ojeó un ejemplar, tuvo ganas de vomitar. El contenido era basura dirigida a un sector de la población bastante esnob, y los pocos reportajes dignos de leer, pasaban muy de puntillas por los problemas que abordaban.

—¿*World Now*? ¿En serio? ¿Por fin se han decidido a ofrecer a los lectores artículos de calidad? —se mofó. Mientras Jacob, con una risilla, dejaba claro que le divertía el comentario, Faith bufó ofendida y lo fusiló con la mirada.

—Ya publicamos artículos de calidad, señor Parsons —declaró muy digna, y muy enfadada.

—Bueno, si *Mujeres de cuarenta con look de veinticinco* o *Los beneficios del yoga tras el parto* le parecen reportajes de calidad, entonces tiene usted toda la razón, señorita Holland.

La provocó con intenciones y entrecerró los ojos, doloridos por la herida, para retarla en una batalla dialéctica de la que no saldría ganadora. Se sentía molesto con ella por hacerle sentir molesto. Sí, era absurdo y sus argumentos no se sostenían por ningún lado, pero no podía evitar cierta aversión ante mujeres de ese estilo, bonitas hasta el delirio, tercas como mulas.

Pero tuvo que reconocer que también avivaba las necesidades fisiológicas que no había podido atender en los últimos días y se imaginó manteniéndole el pulso a esa mirada mientras se rendía ante él, en una cama, desnuda. Suya.

—A la gente le interesan otras cosas además de cuántos muertos ha habido en la última guerra, o cuántos niños enfermos de malaria tiene un país. No debería menospreciar un trabajo solo porque no es de su interés. Hay más de ciento sesenta millones de mujeres en los Estados Unidos, señor Parsons, creo que hay suficiente población para que podamos escribir de belleza o de lo que nos plazca

sin que su público diana se vea perjudicado.

—Ya veo —dijo, antes de beber un trago de agua, con estudiada calma. Necesitaba tiempo para pensar una réplica o quedaría como un bobo delante de sus compañeros de profesión, que asentían de acuerdo con ella—. Entiendo que es usted la que escribe esos artículos en *World Now*, ¿no es así? —Faith se cruzó de brazos, orgullosa, a la espera de ver adónde quería llegar—. Y dígame... ¿qué demonios ha venido a hacer aquí una periodista de moda y belleza, que escribe sobre hemorroides, dietas o tintes para el cabello? ¿Cree que las mujeres de la República Centroafricana necesitan un cambio de look, o qué?

Ya había escuchado bastantes gilipolleces por una noche. No tenía por qué aguantar el parloteo de aquel gallo peleón, ni las risillas del resto de periodistas presentes. Incluso Jacob se tomaba a broma los comentarios despectivos de Parsons. Miró a Ashanti y no hicieron falta palabras para que la ghanesa entendiera por qué se marchaba. A ella tampoco le había hecho gracia el último comentario de Mat.

—Lo que yo haya venido a hacer aquí, es algo que a usted no te importa.

A continuación, se levantó de la silla con dignidad, dejó la servilleta sobre el plato y se marchó del comedor con la cabeza bien alta y los ojos anegados en lágrimas de rabia.

—En serio, Allen —insistió Mat cuando perdió de vista el trasero de Faith. Ver aquel precioso rostro arrebolado le había causado gran satisfacción, pero no pretendía que se marchara sin cenar el primer día y eso lo hizo sentirse verdaderamente miserable. Aun así, creyó que era mejor aflojar un poco la tensión que se había creado, insistiendo en sus palabras, como si él solo quisiera gastar una broma y ella lo hubiera interpretado mal—, ¿qué pretende *World Now* enviando a una princesa a las trincheras? ¿Buchanan se ha vuelto loco?

—Eres un capullo, Mat —intervino Ashanti, callada hasta ese momento—. Me dan ganas de abrirte la otra ceja de un puñetazo.

—¿Por qué? Yo solo he hecho las preguntas que todos, en esta mesa, os formuláis. ¿O es que no tenéis curiosidad por saber qué hace una chica como ella en un lugar como este?

—Faith es muy temperamental, pero es una buena periodista —la defendió Jacob, sin acritud. Parsons se merecía un buen revés, pero en ocasiones, el dolor más intenso se produce cuando te estampan en la cara la verdad que te niegas a ver—. Estudió Periodismo en la Universidad de Washington y acabó la primera de su promoción. Realizó un Máster en Periodismo Internacional y se especializó en zonas de riesgo...

—Eso solo demuestra que tiene formación, como todos los aquí presentes —replicó Mat—. Pero una cosa es la formación y otra, muy diferente, la

experiencia.

—Octubre de 2008, terremoto de Afganistán; noviembre de 2009, inundaciones en El Salvador; enero de 2010, terremoto de Haití; abril de 2010, vertidos de petróleo en el Golfo de México; abril de 2011, central nuclear de Fukushima... ¿necesitas que continúe con su currículum? Puedes ver todos sus reportajes en la página de...

—Yo estaba muy cerca de Ziarat en 2008 cuando ocurrió el terremoto. Fue un jodido caos —recordó pensativo y sintió un escalofrío en la columna al pensar en lo mal que lo pasó para salir de la casa donde se alojaba. Miró a los periodistas que lo rodeaban en ese momento y luego buscó los ojos acusadores de Ashanti. Se había pasado, lo sabía. El malestar que le rondaba el estómago desde que ella se había marchado no se debía al hambre—. ¡Vale! ¡Sí! ¡Soy un capullo! Le pediré disculpas a la señorita Holland en cuanto la vea.

[4] *Artemisia tridentata* o arbusto de las arenas, flora típica del estado de Kansas, EE.UU. (*N. de la A.*)

5.

Tres horas de baches y saltos dentro de un coche para llegar a una población al norte de Bangui, fue todo cuanto el estómago de Faith pudo soportar. Nada más descender del coche de Kwame, sintió una fuerte arcada constriñéndole la garganta y el desayuno fue a parar a unos matorrales cercanos, bajo la atenta mirada de algunos niños, que parecían divertirse con la escena.

—Bebe un poco de agua, anda —le recomendó Jacob, con su habitual sonrisa—. Si sigues vomitando de esa forma, pensarán que eres de otro planeta.

—Si no te encuentras bien, descansa un poco, Faith —sugirió Ashanti. Muchos corresponsales sufrían esos mismos síntomas nada más llegar al país. Era importante que se mantuviera bien hidratada y se tomara algún antiemético para controlar las náuseas y los vómitos—. Cuando regresemos a Bangui puedes pasar por el hospital para que te administren algo.

Cogió aire poco a poco y bebió tragos cortos de agua hasta que dejó de sentir el fuerte dolor que le oprimía el estómago. El calor asfixiante del lugar, el peso de la mochila, el zumbido de los insectos alrededor y los olores extraños que le llegaban de todas partes, no ayudaban a mejorar su estado. Sin embargo, en cuanto estuvo delante de la casa de adobe que servía como escuela, y vio a los niños participar de la lección del profesor, la sonrisa le subió a los ojos y olvidó el malestar físico.

Durante todo el día estuvo charlando con las mujeres del poblado y jugando con los pequeños, que la trataban con curiosidad. Se sentó a observar a las madres, que preparaban el sustento del día con lo poco que tenían, y escuchó relatos aterradores sobre las consecuencias de la guerra, mientras Ashanti echaba un vistazo a las embarazadas. Algunas habían perdido a sus maridos a manos de los combatientes; otras, le imploraban, desesperadas, con tal de recibir alguna información sobre el paradero de un hijo o un hermano, menores de edad, captados por las milicias. Tomó en los brazos a un bebé malnutrido que, con ojos enormes, seguía cada movimiento que hacía, y atendió a las sabias palabras de algunas ancianas que aseguraban que aquel no era un buen lugar para nacer.

Después de tres días en el país, se sintió tan insignificante y tan impotente que pasó la mitad del viaje de vuelta enumerando las personas a las que iba a escribir

para denunciar lo que estaba pasando allí. Pero, después de hora y media estrujándose el cerebro para ver de qué manera podía ayudar a aquella pobre gente, el dolor de estómago regresó y un sudor helado le cubrió cada pulgada de piel.

—Tengo que parar —les advirtió con un ruego desesperado.

—No podemos detenernos aquí, Faith. Es mejor continuar —le respondió Ashanti con los ojos fijos en la vegetación del camino. El *fixer* ni siquiera redujo la velocidad. Era como si no la hubiera escuchado—. Tardaremos muy poco.

—No puedo aguantar, en serio. Si no me dejáis bajar voy a saltar —amenazó con urgencia. No eran náuseas lo que experimentaba su cuerpo en esos momentos, sino una serie de contracciones intestinales que no auguraban nada bueno.

Jacob le tocó el cuello con la yema de los dedos y comprobó que la piel estaba fría como un témpano y que el pulso le latía a una velocidad inusual. Mantenía las piernas apretadas, la una contra la otra, y se abrazaba para contener los temblores.

—¿Lleváis algún antidiarreico en la mochila? —preguntó la enfermera justo cuando otro espasmo, mucho más intenso, sacudía el cuerpo de la periodista.

Jacob comprobó el botiquín y mostró a Ashanti los sobrecillos que llevaba dentro, como si fueran las cartas de una baraja de naipes. Con decisión, la joven separó uno, rasgó la parte superior y se lo tendió a Faith, que musitaba palabras incomprensibles.

—Trágatelo. Esto te cortará un poco el dolor, al menos hasta que llegemos.

—Necesito bajar —gruñó de nuevo.

—No podemos —insistió la ghanesa—. Escúchame, Faith. Estamos en una zona que no es segura y está oscureciendo. Si nos paramos y algún grupo insurgente nos localiza aquí, les dará igual que te encuentres mal, ¿me entiendes? —Ella asintió con los ojos muy abiertos, consciente de lo que significaba aquello—. Prefiero que te lo hagas encima, que utilices una bolsa o que saques el culo por la ventanilla, pero no vamos a parar.

No se despidió de nadie cuando Kwame detuvo el coche frente al hotel. Recorrió los escasos metros que la separaban de la entrada, con la cabeza agachada y las lágrimas dejando surcos en la suciedad del rostro. Hubiera echado a correr si las circunstancias hubieran sido diferentes, pero en el estado en el que se encontraba el pantalón, era mejor no realizar movimientos bruscos.

Necesitaba quitarse la ropa, meterse bajo la ducha y que el agua se llevara los rastros de vergüenza y de asco, aunque el recuerdo de lo que había sucedido era

algo de lo que no se podría librar jamás.

Se lavó de forma compulsiva, hasta que la piel le ardió y los arañazos, que ella misma se había provocado, le escocieron al contacto con el jabón. Cuando las fuerzas la abandonaron y el cuerpo empezó a temblar, se sentó en la bañera, abrazada a las piernas, y lloró sin consuelo.

El día de Mat tampoco había sido demasiado productivo. Más bien tenía la sensación de haber perdido el tiempo haciendo de niñera de algunos periodistas que se las daban de experimentados y no tenían ni idea de dónde se estaban metiendo. Lo había hecho como favor entre colegas de profesión, pero era la última vez que se prestaba a una colaboración de ese tipo. El que necesitara guía, que contratara uno.

Entró en el comedor del hotel sin mucho ánimo de conversar con nadie. No tenía hambre y, además, debía levantarse pronto para organizar la salida que Thabo y él habían previsto. Pero tenía la necesidad de pasar por allí, aunque solo fuera para comprobar si ella había bajado a cenar o continuaba huyendo de él.

Vio a Jacob Allen sentado en una mesa con otros dos tipos y los evitó para no tener que negarse a acompañarlos. Estaba claro que la señorita Holland no estaba con ellos y eso lo puso de muy mal humor, igual que las dos noches anteriores.

—*Akpeteshi*[\[5\]](#) —pidió al camarero cuando se sentó en la barra. Necesitaba algo que lo dejara fuera de juego por unas horas y aquel brebaje ghanés era lo mejor que habían inventado en el país de Ashanti.

Agudizó el oído mientras esperaba a que el anciano barman le sirviera y escuchó a Jacob pronunciar el nombre de Faith. Solo le llegaron algunos retazos de la conversación, pero fueron suficientes para comprender que la chica estaba enferma y que el día había estado lejos de ser un camino de rosas.

Dejó sobre la barra unas cuantas monedas y salió del comedor sin saber muy bien qué pretendía hacer. Cuando llegó al segundo piso, después de un rápido ascenso por las escaleras, se arrepintió de no haberse tomado el *akpeteshi*. Recorrió la distancia que lo separaba de la habitación de Faith y apoyó ambas manos a los lados de la entrada, con los ojos cerrados, calibrando las consecuencias que sus actos podrían tener si llamaba a la puerta.

Solo voy a preocuparme por su salud y a ofrecerle la disculpa que le debo, resolvió sin mucho convencimiento. No iba a pasar de la puerta. No iba a tocarla. Solo echaría un vistazo. Uno muy rápido.

Y, mientras él se peleaba con su fuerza de voluntad, Faith continuaba sentada en la bañera, inmóvil después de haber derramado un mar de lágrimas. Estaba aterida de frío, en tensión, pero era el lugar más seguro en el que había estado en todo el día. Con la mejilla apoyada contra las rodillas y los brazos envolviendo las piernas, sopesó cómo iba a ser la vida durante los tres meses que tenía por

delante. En la formación les habían advertido que ese momento llegaría y que no debían avergonzarse por querer volver a casa. Pero Faith no estaba acostumbrada a abandonar, ni al principio, ni al final. Para ella, pensar en dejar algo a medias era como blasfemar, rendirse no era su estilo, ni el de Darryl, pensó. Él hubiera tirado con fuerza de su mano hasta sacarla de la bañera, y ese pensamiento fue el que la ayudó a ponerse en pie.

Los suaves golpes en la puerta la sobresaltaron. Se envolvió en la toalla y anduvo de puntillas, muy despacio para no hacer ruido, hasta observar por la mirilla de quién se trataba.

—Señorita Holland, es usted tan silenciosa como una apisonadora —ironizó Mat, tratando de no sonar brusco. Lo último que pretendía era espantarla.

—¿Qué quiere?

—Su compañero me ha dicho que está usted enferma, que no ha pasado un buen día. —Se marcó el farol sin saber bien lo que aquello significaba para Faith—. Venía a comprobar que se encontraba bien.

—¡Lárguese, Parsons! Si quisiera una madre me hubiera traído a la mía. —Se apartó de la puerta con rabia y pateó la mochila imaginando que era la cara de Jacob, con su enorme boca, la que recibía los golpes. ¿Es que no había sido suficientemente humillante? ¿Era necesario contárselo al patán que había tras la puerta?—. ¡Voy a matar a Jacob!

Mathew alzó las cejas al escucharla maldecir y comprendió que había metido la pata. El fotógrafo no tardaría en sacar a Faith del error a la mañana siguiente y él se encontraría en una posición mucho más comprometida. O lo arreglaba en ese instante, o el próximo encuentro con ella sería explosivo.

—Espere, señorita Holland, su compañero no me dijo nada, en realidad. Escuché una conversación a medias y vine a ver si necesitaba algo...

—¿A quién más se lo ha contado? ¡No me lo puedo creer! —exclamó Faith y elevó los brazos al techo de la habitación en un gesto desesperado. Luego se dejó caer junto a la pared y retomó la misma postura que había mantenido en la bañera.

—Solo oí que se encontraba mal. Fue un comentario de pasada. No creo que Allen le haya contado nada de lo ocurrido con... con lo que sea que tenga problemas —confesó al fin, y se sintió ridículo dando explicaciones a una puerta—. ¿Podría abrir y...?

—¿Siempre es así de duro? —lo interrumpió, y el cambio de registro en su voz fue tan impactante que Mat se vio envuelto en una vorágine de sentimientos demasiado peligrosos—. ¿Siempre se tienen ganas de abandonar en algún momento?

—Siempre —respondió mientras deslizaba el cuerpo por la pared hasta quedar

sentado justo en el mismo lugar en el que estaba ella, espalda contra espalda, con un muro de separación tan grande como la distancia entre sus almas.

—Yo jamás quise hacerlo antes. Llegábamos a los lugares con las ideas muy claras y nos manteníamos firmes en el trabajo —le contó, en plural, pues no concebía aquellas historias sin la imagen de Darryl en todas partes—. No solo cubríamos las noticias, también ayudábamos a la gente a recuperar las pocas posesiones que tenían, a buscar a sus seres queridos, a llorar por los que habían muerto... No era la mano de un hombre la que acababa con la vida de un niño, eran fenómenos de la naturaleza para los que no teníamos explicación. Y los aceptábamos tal cual eran.

—Y la única rabia que sentía era por la impotencia de no poder hacer más, ¿no es así?

—Exacto —coincidió Faith, que no lo hubiera podido explicar mejor—. ¿Alguna vez ha visto la mirada de esperanza de una madre que, después de haberlo perdido todo, es feliz solo porque ha podido abrazar a su hijo de nuevo? Yo sí, y es lo más maravilloso que he contemplado jamás.

—Aquí le será difícil encontrarlo —dijo con desánimo—. Esa mirada de la que me habla acaba vacía y perdida. Hay madres que, por duro que parezca, prefieren que sus hijos estén muertos a que se conviertan en miembros de la rebelión. Y, si los niños tienen suerte y regresan, nunca vuelven a ser niños, por corta que sea su edad.

—Lo sé. Hoy escuché lo que decían algunas mujeres y me entraron ganas de salir a buscar a los hijos de puta que están destrozado las vidas de esas personas —manifestó con irritación y sin demasiada prudencia. Nunca se sabía quién podía estar atendiendo en las sombras—. Esa es la verdadera diferencia: cuando es la naturaleza la que te arrebató algo parece que el dolor es más llevadero, pero cuando es la mano de un hombre la que dispara...

Era absurdo luchar contra terremotos, catástrofes nucleares o epidemias, y eso la obligaba a resignarse y a emplear todo su esfuerzo en ayudar, en hacer la vida de los demás un poco más fácil, y en informar, para que el resto del mundo supiera que hacía falta ayuda.

—Pero aquí la rabia me supera, ¿sabe? Y no puedo hacer nada porque me arriesgo a que me metan un tiro entre las cejas.

—¿Por qué dejó lo que hacía para escribir reportajes de moda y belleza? — Esa era la pregunta que le había rondado desde que supo del pasado de aquella mujer. Ahora, al escucharla hablar del empeño, de la fuerza y la disposición que tenía, era inevitable formularla en voz alta. Con un poco de suerte, obtendría una respuesta que le ayudaría a entender por qué estaba allí.

—Perdí a alguien por una mala decisión y me di cuenta de que sin él no tenía

sentido hacer lo que hacíamos.

—¿Y por qué ahora ha recuperado el sentido? ¿Qué ha cambiado?

—Yo he cambiado —respondió a sabiendas de que eso no era del todo cierto. Si por ella fuera, continuaría escribiendo reportajes sobre labiales de moda, zapatillas de *running* o dietas saludables *pos-Navidad*—. También la revista ha cambiado. Quieren centrarla en un público más... más como usted, señor Parsons. Gente preocupada por lo que sucede en el mundo.

La carcajada de Mat la animó. La pulla no le había sentado mal y eso era un avance. Si hubiera hecho ese mismo comentario la primera noche, habrían acabado como en la matanza de Texas.

—Entiéndame, Parsons. No tengo nada en contra de la gente como usted, aunque usted no pueda decir lo mismo de mí, pero a nadie le gusta que lo saquen de la zona de confort, y cuando eso sucede, o cambias la mentalidad o te puedes ir buscando otro empleo.

—¡Yo no tengo nada en contra de usted! —*Al contrario, lo quiero todo de ti*, se encontró pensando al escuchar sus palabras. Quizá el primer día se había mostrado algo puntilloso con el papel de Faith en aquel lugar, pero era porque se sentía molesto con lo que había ocurrido, le dolían las heridas y fue la única forma de descargar un poco del mal humor que tenía acumulado después una jornada nefasta. Por eso mismo le debía una disculpa—. Me precipité y lo lamento. No debí subestimarla.

—Acepto las disculpas. Considere el incidente agua pasada, señor Parsons.

—Mat. Me gusta más cuando me llamas Mat.

—Nunca le he llamado así.

—¿No? Pues debió ser la voz de otra mujer la que escuché en mi oído mientras Ashanti me curaba las heridas —la provocó. Se encontraba mucho más cómodo en el papel de seductor. El Mathew comprensivo y tierno era mejor tenerlo a buen recaudo—. Una lástima. Llevo tres noches soñando con el momento en que ella vuelva a pronunciar mi nombre.

[5] Bebida alcohólica procedente de Ghana y otros países de África Occidental que se obtiene por destilación de palma de vino o caña de azúcar. Tiene un volumen de alcohol entre el 40% y el 50%. (*N. de la A.*)

6.

No volvería a quejarse sobre el clima lluvioso de Seattle jamás, pensó Faith con un humor de perros. Habían pasado quince días desde que llegaran a Bangui y no recordaba ni un solo momento en que el cielo no estuviera a punto de reventar. Sí, en junio comenzaba la época de lluvias, pero hasta Kwame coincidía con ella en que aquello no era normal.

—Tenemos que llegar al poblado antes de que la tormenta haga intransitable el paso —apremió Jacob a Faith, que estaba la mar de entretenida leyendo una revista que había encontrado en la recepción del hotel. Era de hacía un par de años, cuando la rebelión aún no había estallado y existía cierta prosperidad en las calles de la capital.

—Kwame no ha llegado todavía —murmuró sin darle demasiada importancia al tono malhumorado de Jacob. No le gustaban los contratiempos y para él, la lluvia, era el mayor de todos.

—*Óbimí*, señorita Holland —saludó el guía desde la puerta del comedor, con una gran sonrisa de dientes ennegrecidos—. Señor Allen, ¿qué tal ha pasado la noche?

—Buenos días a ti también, Kwame, si es que se pueden llamar buenos —refunfuñó Jacob—. ¿No decían que en este país nunca llueve? Debe ser que hemos traído el agua de Seattle.

—No le hagas caso. Se ha levantado con el pie izquierdo —comentó Faith. Dejó la revista sobre la mesa, tomó el último sorbo de su infusión matinal y se cargó la mochila a la espalda antes de acercarse al *fixer*—. Tenemos trabajo. ¿Nos vamos?

Dos miembros de UNICEF, trabajadores sociales, estaban manteniendo conversaciones con los líderes de los movimientos Seleka y anti-Balaka, para proceder, en muy poco tiempo, a la liberación de más de un centenar de niños soldado, reclutados por los grupos armados. Era una ocasión única y le debían a Ashanti la oportunidad de formar parte del selecto grupo que acudiría a dichos encuentros. Necesitaba conocer el conflicto de primera mano y, aunque le habían dejado bien claro que ni ella ni su fotógrafo podrían abrir la boca en ningún momento, el simple hecho de estar presentes y poder memorizar cada instante,

ya era un gran logro.

De pronto, se encontró pensando en la opinión que tendría de ella Mathew Parsons si supiera cuáles eran sus planes. ¿Cuánto tiempo hacía que no lo veían por el hotel? ¿Siete días? ¿Ocho? Después de la extraña conversación que mantuvieron a través de la pared de la habitación, solo habían vuelto a coincidir en un par de ocasiones. Intercambiaron un *hola*, se miraron con la extraña sensación de que algo había cambiado y, la última vez, incluso, acompañó el saludo con un intencionado roce de los dedos contra la palma de la mano. Sabía que estaba bien, que estaba realizando visitas a los poblados del norte de Bangui, donde, al parecer, nuevos grupos armados se preparaban para hacer frente a las tropas de la ONU, y eso, pese a parecer una tontería, la mantenía tranquila. Ya casi no le importaba reconocer que Mathew Parsons le caía bien. Casi.

Enfilaron la avenida principal del centro de Bangui hacia las afueras de la ciudad. Les quedaban un par de horas de coche hasta el lugar en el que los trabajadores sociales los esperaban. Tras una hora más de caminos y botes en el asiento trasero llegarían directos al mejor reportaje que hubieran podido imaginar.

—Anoche hablé con Milly, por fin —anunció Jacob en tono confidencial—. Dice que el bebé ya se mueve y que la ginecóloga ya sabe si es un niño o una niña.

—¿Y qué es? ¿Te lo ha dicho? —preguntó Faith con verdadero entusiasmo—. ¿Es un niño? ¡Seguro que es un niño!

—No quiere saberlo hasta que yo regrese. Ya sabes lo obstinada que es cuando se le mete una cosa en la cabeza.

—Igualita que su padre...

Kwame frenó en seco en ese momento, derrapó y levantó una espesa cortina de barro a los lados del camino. Cuando Faith y Jacob se incorporaron y recuperaron la orientación, vieron a través del parabrisas la cola de vehículos que había delante de ellos.

—Da la vuelta —dijo de inmediato Faith, y giró en el asiento trasero para ver si era posible llevar a cabo la maniobra. Pero varios coches ya esperaban tras ellos, bloqueando la vía de escape—. ¡Joder! ¿Es que no puede haber un puñetero día normal en este condenado país?

—Quedaos aquí. Iré a ver qué sucede —les pidió Kwame.

No parecía ser un control de la milicia. Estaban demasiado cerca de Bangui y el terreno era abierto. Si hubiera sido unos kilómetros más adelante, el *fixer* ni se hubiera planteado bajar del coche, pero la experiencia le decía que el atasco se debía a otros motivos.

Un camión atestado de gente había volcado en medio de la carretera por culpa

de un enorme agujero que había quedado camuflado por el agua de la lluvia. Aunque bloqueaba gran parte del paso, todavía quedaba libre un pequeño espacio por el que los vehículos avanzaban a paso muy lento, peleando con las bocinas por la preferencia de un lado o de otro.

—Tenemos por delante unos siete vehículos y un camión, pero no sé cuántos hay en el otro lado —les informó de regreso en el coche—. Si todo va bien, tardaremos unos veinte minutos en continuar. Recemos para que no se compliquen más las cosas.

De pronto, una tremenda deflagración, acompañada de una nube negra, hizo temblar la tierra bajo los pies de los que esperaban el momento para pasar. El camión que había volcado acababa de estallar por los aires y la onda expansiva había afectado a los vehículos más cercanos. Cuando el humo se disipó y el pitido que escuchaban en los oídos se fue haciendo menos molesto, asimilaron la gravedad de lo que había ocurrido.

La gente, cubierta de barro y sangre, corría por el arcén de la carretera y se alejaba del lugar del accidente, como si el mismísimo Satanás se encontrara allí eligiendo a quién llevarse al infierno. Algunos coches, que pretendían huir a toda costa, estrellaban los parachoques contra aquellos que les impedían moverse, y aumentaban el griterío ensordecedor. Ningún medio de salvamento podría acceder al lugar, tal y como estaban las carreteras, pero, si no actuaban rápido, decenas de heridos graves acabarían muriendo entre el fango y los restos de carrocería calcinada.

—¡Hay que ir a ayudarles! —gritó Faith, desesperada. Abrió la mochila con manos temblorosas y se llenó los bolsillos del chaleco antibalas con todo aquello que fuera a serle de utilidad.

—¿Estás loca? No voy a dejar que vayas, Faith. Esperaremos hasta que podamos regresar o continuar, pero nada de hacer de *superwoman*, nada de heroicidades. No sabemos lo que puede pasar si aparece la Seleka o los anti-Balaka.

—¡Me importa una mierda la milicia! ¡Ahí hay gente que necesita nuestra ayuda, Jacob! No puedo quedarme mirando cómo se mueren sin hacer nada. ¡No puedo quedarme aquí esperando!

En la zona de la explosión, Mat se volvía loco intentando distinguir qué correspondía al fango del camino y qué a la sangre de los cadáveres que se amontonaban, prácticamente calcinados. El olor nauseabundo, junto al humo del camión en llamas, le provocaron un lagrimeo constante que dificultaba las tareas de búsqueda de algún superviviente.

—¡Thabo! ¡Consígueme una jodida mascarilla donde sea! ¡Ya! —apremió Mat al *fixer*, que aguardaba a una distancia prudencial, sin perder de vista el

coche.

Regresaban por fin al hotel, después de dos días en la selva siguiendo un rastro que poco tenía que ver con reportajes o periodismo. Solo podía pensar en meterse en una cama en condiciones o en tomarse un buen plato de algún guiso que no estuviera enlatado. Estaba de mal humor, mojado como un pollo de corral y, para colmo, un camión se había metido en un socavón e interrumpía el paso. La mañana no podía ir peor, pero se equivocó. La explosión los pilló a todos por sorpresa y convirtió el lugar en una masacre de proporciones incalculables.

—¡Thabo! ¡Una mascarilla! ¿Me oyes?

—No, no te oye. Pero yo sí —respondió Faith de pronto.

Como caída del cielo, ante los llorosos ojos azules de Mat, apareció una mascarilla blanca de plástico, cuya portadora era, ni más ni menos, que la mujer que lo había mantenido despierto las últimas noches. Se debatió entre gritarle para que regresara al coche del que hubiera salido o tomar la mascarilla y continuar ayudando a los hombres, mujeres y niños, que pedían auxilio. Existía una tercera opción, una que cobraba fuerza con cada segundo que la contemplaba, pero no era el momento adecuado. Besarla resultaría un tanto extraño, cuando a su alrededor esperaba tanta desolación.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde están Allen y Kwame? —Se acercó a ella y le colocó una de las mascarillas que sostenía en la mano. Él se puso la otra, eso evitaría tentaciones innecesarias y reduciría el nauseabundo olor que se respiraba en el ambiente. Además, le permitió rozar la piel de las mejillas y demorarse en unos labios que empezaban a crearle verdaderos problemas—. ¿Llevas guantes en esa caja de sorpresas?

Faith miró el botiquín de mano que sujetaba bajo el brazo y asintió, incapaz de decir ni una palabra. Creyó que estaba soñando cuando, entre las volutas de humo negro, lo vio levantar un trozo de carrocería para liberar a dos hombres que habían quedado atrapados. Había ido directamente hacia él, sin detenerse a mirar dónde ni qué pisaba. Verlo allí fue como divisar un rayo de luz en medio del infierno más aterrador.

—¡Holland, espabila! Ponte los guantes y ayúdame a sacar a la gente de ahí abajo.

Trabajaron codo con codo durante horas, luchando contra el barro, contra los trozos de metal retorcido que se habían desprendido del camión, contra las heridas abiertas que debían limpiarse cuanto antes o los ojos sin vida por los que ya no se podía hacer nada. Jacob finalmente se unió a ellos, al igual que muchos conductores que habían quedado bloqueados en el camino. El horror era visible en las caras de todos, la desesperación de algunos hombres y mujeres por encontrar a sus familiares impedía que las tareas de rescate avanzaran al ritmo

que hubieran deseado. A la dificultad del camino y a lo trágico de la situación, debían sumarle el temor a que apareciera algún grupo armado. Tenía la ligera sospecha de que el destino de toda aquella gente era el distrito musulmán, territorio de la Seleka.

Acababan de levantar un amasijo de hierros, que había quedado semienterrado en el fango, cuando Mathew escuchó un grito helador, todo el mundo lo escuchó, todo el mundo se detuvo, y vio a Faith caer de rodillas. Abandonó a los hombres que lo ayudaban y se arrastró con dificultad hasta llegar a ella, frenético, con el pulso desbocado, temeroso de lo que pudiera encontrar al llegar a su lado.

No era la primera vez que Faith veía gente muerta amontonada como si fueran meros despojos de un banquete. Tampoco era la primera vez que aquel hedor a devastación se le pegaba al paladar y le hacía sentir náuseas. Los trabajos que había realizado junto a Darryl le habían curtido la piel y el alma. Sin embargo, no estaba preparada para encontrar a aquellos dos bebés de pocos meses, sepultados por piedras y barro. Iban envueltos en la misma manta, ahora de color ocre, como todo alrededor, y los rostros dormidos parecían en paz, ajenos a todo cuanto estaba sucediendo allí. No se atrevió a tocarlos, las manos le temblaban de tal forma que creyó que ambas criaturas se desintegrarían como figuras de arena si los rozaba. Los contempló con rabia, con impotencia. Dejó escapar un violento grito y cayó de rodillas junto a los pequeños.

—¡Faith! —gritó Mat, preocupado. No entendió qué sucedía hasta que la tuvo delante y se tragó el juramento que le ardía en los labios: era la imagen más triste que habían contemplado sus ojos.

—¡No es justo! —protestó ella con violencia. Gritó de nuevo, como si fuera la única forma de librarse de la impotencia y apretó los ojos hasta que el dolor se hizo insoportable—. ¡Solo son bebés! ¡No es justo!

Se dejó llevar por un impulso ilógico y, bajo la atenta mirada de Mat, cogió la manta embarrada con los niños, y se los llevó al pecho para acunarlos.

—Suéltalos, Faith, no te hagas esto. Ha sido un accidente...

—¡Son tan pequeños! Da la sensación de que, en cualquier momento, van a romper a llorar...

—Déjalos, ¿me oyes? No te impliques o tendrás problemas. —Era el consejo de alguien que lo había pasado demasiado mal exponiendo los sentimientos ante situaciones que se escapaban a su control. Siempre había una primera vez para todo, incluso para ver morir a un ser humano, pero el cerebro no estaba preparado para ello y tardaba en acostumbrarse a pasar por las situaciones de puntillas, sin hacer ruido, para que los recuerdos, una vez en calma, no se apoderaran de la razón—. ¡Mírame, Faith! —le ordenó al tiempo que tomaba sus mejillas entre las manos. Tanteó con los pulgares los párpados inferiores y

comprobó que tenía las pupilas dilatadas. Podía percibir con la yema de los dedos el pulso desbocado y la frecuencia con que exhalaba el aire era tan rápida que, si no la sacaba de allí pronto, corría el riesgo de entrar en shock—. Dámelos. Tenemos que salir de aquí.

Extendió las manos hacia ella, pero no llegó a tocar la manta. Un sonido estridente, pero maravilloso, lo detuvo de súbito. Ambos abrieron los ojos, impactados, y Faith separó con lentitud el bulto que se movía sobre su pecho, sin dar crédito a tan extraordinario milagro. A la dulce melodía que les llegaba a los oídos, se unió un segundo grito y más lloriqueos agudos. Las lágrimas amargas de Faith se mezclaron con otras nuevas, de alegría, de esperanza. La sonrisa, que Mat contemplaba maravillado, se ensanchó hasta deslumbrarlo, hasta convertirse en la única luz que daba claridad a la barbarie que estaban viviendo. Él también sonrió, y se pasó una mano por el rostro para deshacerse del cansancio y de la estupefacción. Esos niños parecían muertos, nadie hubiera dado un suspiro por ellos, salvo ella.

—Eres un ángel, Faith Holland —declaró Mat, conmovido por la situación. A continuación, y sin explicación alguna, se puso en pie y se obligó a alejarse de ella igual de rápido que le latía el corazón.

Sí, Anggela era su segundo nombre. Todo el mundo creía que se lo pusieron en honor a su madre, pero la verdadera razón de llevar aquellos nombres tan espirituales era otra. Sus padres habían perdido la fe en tener hijos cuando llegó ella. La gente pensó que era un milagro, que la vida les había dado a los Holland un regalo del cielo, un ángel que venía cargada de felicidad. Y el 25 de julio de 1980 nació aquel milagro, Faith Ángela Holland, única hija de unos orgullosos padres a quienes el destino deparaba un trágico final. Pocos meses después del nacimiento, un fatal accidente de coche les sesgó la vida. Como si hubieran hecho un pacto con el diablo, tuvieron a su hija, pero perdieron la posibilidad de verla crecer, de compartir con ella la felicidad de una familia.

La mención de Mat le había traído recuerdos que creía dormidos, pero fue su reacción lo que más asombro le causó. *Eres un ángel*, se repitió mientras lo buscaba entre las personas que continuaban trabajando en el camino. Ese hombre le hacía temblar el corazón del mismo modo que lograba poner a prueba su paciencia. Su rudeza, en contraste con la sensibilidad que había demostrado durante todo el día, la desconcertaba, como también lo hacían las caricias, que nada tenían que ver con esas miradas furibundas que le dirigía en ocasiones. A lo largo del día, empezó a disfrutar del roce de los dedos ásperos contra la palma de la mano, de la forma de rodearle la cintura para hacerla a un lado, de las tiernas palabras de ánimo que le susurraba al oído, mientras los labios coqueteaban con la piel la oreja... Cada segundo que pasaba le costaba más obviar aquellas

atenciones y, sin darse cuenta, se descubrió necesitada de él, ávida de una mirada, ansiosa por localizarlo entre el barullo hasta que hallaba esos ojos azules y la recompensaban con una sonrisa.

—¡Eh, vosotros! —se escuchó a pocos metros de donde Mat y Faith se empleaban a fondo con varios hombres. Levantaron la cabeza al unísono y ambos compusieron el mismo semblante de alivio al ver a Ashanti rodeada de efectivos médicos. Varios jeeps con la cruz roja acababan de detenerse en el arcén y el personal sanitario ya se hacía cargo de los heridos más graves—. Largaos de aquí ya. ¡Vamos!

—Ashanti... —murmuró Faith al comprender que no era una visión. Lágrimas de desconsuelo le llenaron los ojos, pero la ghanesa la apremió con un movimiento de cabeza para que abandonara la zona de una vez y la dejaran hacer su trabajo. No había tiempo para lamentos.

Poco a poco, los vehículos que habían bloqueado el camino fueron retrocediendo, la gente que había ayudado fue apartándose a un lado y el aire pareció removerse alrededor del desastre, como si alguien hubiera decidido abrir la ventana y ventilar el ambiente por fin.

—Volvamos al hotel —le indicó Jacob que, sentado al lado de Faith sobre una gran piedra, se quitó los guantes de látex con agotamiento y barrió la escena con una mirada triste—. Siento que vayamos a perder las negociaciones con las milicias, pero no estoy de humor para aguantar guerrilleros. Necesito una ducha y un trago de lo más fuerte que haya en el hotel.

Faith coincidió con él y aceptó el brazo que le pasó por los hombros. Se recostó contra el cuerpo del fotógrafo y emprendieron la marcha hacia el lugar donde Kwame les esperaba con el coche en marcha.

—¿Me podéis llevar? —preguntó Mat que los alcanzó en ese momento—. Thabo tiene que esperar a que el camino esté despejado para pasar con la camioneta.

El gesto de la mano que hizo Jacob sin apenas detenerse fue cuanto necesitó para ir tras ellos. Le hubiera gustado ser él quien pusiera el brazo alrededor de Faith, pero tendría que conformarse con ir sentado junto a ella, manteniendo las formas y controlando intensos impulsos. Por mucho que desviara la mirada hacia el paisaje que dejaban atrás, por mucho que se esforzara en obviar la mano de Faith, que descansaba muy cerca de la suya, no pudo resistir la tentación de tocarla.

—¿Estás bien? —preguntó al observar el brillo irreal que despedían sus pupilas.

Apretó los dedos de Mat en la mano e intentó sonreír. La situación que acababa de vivir la debía haber catapultado al pasado, a las largas horas de

trabajo duro junto a Darryl, a las jornadas de desasosiego que ambos intentaban dejar atrás con algún chiste, a los momentos de felicidad que compartía con el amor de su vida cuando acababan un reportaje y se sentían satisfechos. Sin embargo, en lo único que podía pensar era en la placentera sensación que percibía en los dedos mientras él jugueteaba con ellos, o en cómo el pulso le latía fuerte al saber que estaba pendiente ella.

No se encontraba bien, por supuesto que no. Todavía tenía el regusto de la muerte pegado al paladar y tardaría semanas en eliminar el olor de la catástrofe, pero algo había cambiado, la Faith temerosa y asustada había desaparecido, y buena parte de ese logro le correspondía a la persona que todavía le sujetaba la mano.

—Lo estaré.

7.

Al mirarse en el espejo del cuarto de baño no se reconoció. El barro reseco le confería al rostro un aspecto fantasmagórico, los ojos vidriosos, los labios agrietados, el pelo enredado en una sucesión de duros mechones imposibles de dominar. En el brazo, el desgarrón de la camisa dejaba ver un arañazo, bastante profundo, de un feo tono rojizo. Se lo había hecho con un trozo de la carrocería del camión, al tirar de las piernas que estaban atrapadas en el amasijo de hierros. La imaginación había dado por sentado que los pies se movían, que alguien pedía ayuda bajo el metal pesado. Y se sintió desalmada cuando la mano de Kwame le impidió continuar con una tarea inútil que la había dejado herida por fuera y por dentro.

Lanzó la ropa con desesperación y entró en la bañera. Dejó que el agua le resbalara por el cuerpo durante tanto tiempo que no distinguió el momento en que dejaba de ser una ducha caliente para convertirse en una lluvia gélida. Expulsó de la mente los recuerdos del día vivido e intentó llenarla con imágenes que la ayudaran a continuar en pie: momentos de la niñez, conversaciones divertidas con Garland, anécdotas junto a Darryl... y Mathew Parsons.

Mientras tanto, ese mismo hombre daba vueltas en otro dormitorio, tratando de tomar una decisión. Desde que se había despedido de Faith en la recepción del hotel se había repetido mil veces que lo mejor, lo más sensato, era dejarla en paz. Pero, del mismo modo que la conciencia le advertía sobre el peligro de interesarse por una mujer como ella, la angustia en la boca del estómago crecía al pensar en no volver a verla más. Los pasos lo acercaban con decisión a la puerta, dispuestos a traspasar las barreras que hicieran falta, a acortar la distancia que había entre ellos, para luego hacerlo retroceder, inseguro, y maldecir entre dientes por no tener un motivo suficientemente bueno para llamar a su puerta.

¿Por qué buscar una excusa? ¿No habían pasado la mañana luchando codo con codo? ¿No era ese el mejor argumento para presentarse ante ella y compartir unos instantes?

Desde luego que sí, se respondió a sí mismo, satisfecho. No había nada de malo en preocuparse por la salud de una compañera de profesión cuando sabía lo difícil que había sido para ella. Faith Holland solo era una corresponsal más,

como él, meros informadores que seguirían sus caminos cuando obtuvieran la historia que andaban buscando.

Se repitió la misma cantinela mientras ascendía por las escaleras a la segunda planta. Estaba decidido. Llamaría, preguntaría y se marcharía complacido. Sí, ese era el plan. Sencillo y directo, sin dificultades, sin dobles intenciones, sin más misterio... No obstante, conforme avanzaba y se acercaba a Faith, los pasos y la determinación fueron perdiendo intensidad. ¿De verdad se conformaría con una sencilla respuesta cuando lo que deseaba era besarla hasta el último aliento? ¿En serio pretendía mostrarse sereno y paciente al verla cuando con solo imaginarla le hacía bullir la sangre? ¿Qué pretendía engañándose de esa forma? Mat era un hombre apasionado, brusco, acostumbrado a no andarse por las ramas cuando le interesaba algo. En situaciones como las que vivías en la República Centroafricana, en las que no sabías si a la mañana siguiente estarías vivo, cultivar sentimientos no entraba en los planes de nadie. Tampoco relacionarse más allá de un sencillo revolcón. Jamás había tenido problemas para que sus conquistas comprendieran esa filosofía de vida. No entendía por qué la inseguridad estaba ganándole la partida frente a la habitación de Faith.

Apoyó la espalda contra la pared y dejó escapar un silencioso juramento. No tendría suficiente con saludar y sonreír, resolvió. Lo más probable era que necesitara también un café, un beso, un *buenas noches* a su lado y una promesa que lo complicaría todo.

No era un hombre apto para compromisos emocionales, nunca lo había sido. Era posible que albergara algún tipo de sentimiento hacia Faith Holland, y en cualquier otra circunstancia no dudaba de sus cualidades para llevarla a la cama. Pero, al rozar con los dedos la madera de la puerta del dormitorio se dio cuenta de que no era el momento. Le apetecía estar con ella, la mañana había sido un infierno, pero no creía que una sesión maratónica de sexo fuera a hacerla sentir mejor. Tampoco a él, y como no sabía estar junto a esa mujer sin desear tenerla entre sus brazos, concluyó que lo mejor era regresar por donde había venido y olvidar que ella estaba dentro, esperándolo, tumbada en la cama, deseando que la hiciera olvidar.

Con los hombros hundidos, se alejó de la tentación, ignorando que, en el interior de aquel cuarto, Faith se dormía con el deseo de que su mano llamara a la puerta, como la última vez.

A la mañana siguiente, Jacob recibió con agrado las noticias con las que le daba

los buenos días Kwame: dado que la jornada anterior habían tenido que anular los planes, el *fixer* había llegado a un acuerdo para acudir a las negociaciones, acompañados de otros periodistas. Pero cuando supo quién era la persona que les hacía un favor tan importante se temió lo peor. A Faith no le haría ninguna gracia.

—¿Parsons? ¿No había nadie más en todo Bangui? —murmuró con los dientes apretados y la mirada fija en el rostro sonriente de Jacob.

—Pensé que te caía bien. Ayer parecía gustarte...

—¡Ayer estábamos en pleno accidente! No había tiempo de pensar en tonterías —se excusó con excesivo ímpetu.

Su problema con Mathew no tenía nada que ver con gustos o preferencias. Era ella la que se ponía nerviosa cuando él rondaba cerca y olvidaba hacer bien el trabajo cuando la observaba. Era agotador pasar el día demostrándose a sí misma que era buena para impresionarle. ¡Ella era Faith Anggela Holland! No tenía por qué demostrarle nada a nadie. Y aun así...

No sería la que rechazara una oportunidad como la que Parsons les ofrecía, pero haría las cosas a su manera, solo así evitaría convertirse en una idiota balbuceante sin ideas propias ni iniciativa. Solo diciéndose eso sería capaz de olvidar el cosquilleo en el estómago, los pensamientos inoportunos y el calor que le provocaba el más simple roce con aquel hombre. Cabreada era más racional, aunque siguieran temblándole las piernas al verlo.

—¿Preparados? —preguntó Mat cuando se acercaron a los vehículos. Jacob y Faith asintieron al unísono mientras Kwame charlaba con Thabo sobre la ruta—. Tardaremos alrededor de dos horas. Lo mejor será que vayamos todos en un solo coche, así podré explicaros qué va a suceder.

—Ya sabemos qué va a suceder —se molestó Faith, que continuó avanzando hasta llegar al maletero del todoterreno de Kwame, donde dejó la mochila.

Mat alzó una ceja, un tanto sorprendido por la actitud de Faith. Parecía disgustada y había cierto aire hostil en la mirada que le había dirigido al pasar. No tenía la menor idea de lo que le sucedía, pero tenía claro que no iba a dejar pasar ni una sola tontería. Ni a ella ni a nadie. Iban a adentrarse en territorio peligroso, a tratar con gente peligrosa, y le importaba bien poco lo que tuviera que decir al respecto. En esa expedición se iba a hacer lo que él dictaminara y no había discusión posible. Al caer la noche, si continuaban vivos, le explicaría a la señorita Holland algunas cosas básicas para su propia supervivencia, como, por ejemplo, que jamás debía desprenderse de la mochila. Hasta entonces, decidido a no alargar más la situación, reprimiría sus instintos y mantendría la calma.

Se acercó a ella con el semblante serio y una profunda arruga estropeándole el entrecejo, le puso el macuto entre las manos de forma brusca y la obligó a

retroceder hasta el siete plazas de Thabo, que se preparaba para partir.

—Un solo coche, Holland. El mío es más grande. ¿Lo tomas o lo dejas?

Lo tomó, por supuesto. No había otra opción si quería presenciar las negociaciones y recabar información de primera mano, pero se aseguró de que a Mathew le quedaba claro qué opinión le merecían esos absurdos ultimátum cargados de prepotencia. Lo fulminó con la mirada y se dirigió al coche, no sin antes propinarle un empujón con el hombro.

De camino al punto de encuentro, las conversaciones de los ocupantes fueron saltando de un tema a otro. Mientras Jacob narraba, orgulloso, la ilusión que lo colmaba por su futura paternidad, y recibía los parabienes del resto, Mat estudió sin disimulo el perfil de Faith. En los ojos color miel veía correr el paisaje que iban dejando atrás conforme se acercaban al lugar. Los labios entreabiertos se movían de forma imperceptible, como si estuviera canturreando una canción. El movimiento de los dedos, que marcaban cierto ritmo sobre el pantalón, le confirmó que así era. Él también había utilizado en alguna ocasión aquella interesante táctica de evasión para librarse de los nervios, pero pronto aprendió que no hay nada que elimine la tensión cuando vas a jugar la vida. Aun así, le hubiera gustado saber qué canción la mantenía tan concentrada.

—Falta poco —anunció Thabo, lo que significaba que todavía les quedaban cuarenta y cinco minutos de trayecto infernal.

—Bien, veamos —Mathew extrajo de la mochila una serie de papeles que debía compartir con el resto y les pidió unos segundos de atención—. Antes de nada, necesito que a todo el mundo le quede claro a dónde vamos y por qué. Sé que el tema es fundamental para uno de vuestros reportajes y el acceso a las negociaciones no suele ser muy común, por eso debemos andar con cuidado, no solo porque podemos entorpecer la labor de personas que se juegan mucho, sino por nuestra seguridad.

—Está claro —coincidió Jacob de inmediato.

Por el contrario, Faith, absorta todavía en el paisaje exterior, parecía no haber escuchado nada de lo que Mat había dicho. Jacob, sentado entre ambos, le dio un leve codazo que recibió por respuesta el brusco levantar de una mano. Necesitaba un minuto más antes de incorporarse a la conversación.

—No tenemos todo el día —insistió Mathew, cabreado.

Lo miró de reojo, con indiferencia, mientras los últimos compases de *Torn*, de Natalie Imbruglia, sonaban en su mente. Estaba encandilada con esa canción. La escuchaba una y otra vez cuando necesitaba escapar. Había sido así desde la muerte de Darryl y, desde entonces, jamás encontró otro tema que suplantara esa obsesión por una historia tan triste, otro tema que recompusiera los pedazos en los que estaba dividida su alma, en lugar de hacerlos más pequeños. Se sacudió

los recuerdos con un movimiento de cabeza, que hizo ondear su pelo suelto y, del mismo modo que manejó la goma con la que recogió el cabello en una coleta, controló la furia que crecía con cada bufido de sus compañeros de viaje. Bien sujeta.

—Tienes toda mi atención —declaró solícita, con los cinco sentidos puestos en Parsons.

Debía agradecerle a Jacob que se hubiera puesto en medio de ambos, pues no hubiera soportado el trayecto junto a él. Podía distinguir el aroma masculino por encima de cualquiera de los que abotargaban el ambiente dentro del coche. Los ojos azules de aquel seductor le habían hecho imposible la concentración durante la primera media hora de camino; el sonido de su voz, tan vigorosa, tan intensa, se había colado entre los acordes de la canción, desestabilizando la música que necesitaba para relajarse; y su risa... era un deleite para los oídos, tanto que se había visto obligada a cerrar los ojos y recurrir a todas las fuerzas que tenía para no volver la mirada hacia él y sonreírle. Menos mal que Jacob estaba entre ellos, porque todo hubiera sido más complicado en ese viaje si las piernas de ambos hubieran estado en constante roce, si los dedos fuertes de Mat la hubieran acariciado por casualidad, si la voz de sus historias hubiera sonado demasiado cerca de ella.

—Está bien. La situación es la siguiente —advirtió Mat—: ambos sabéis que existe un protocolo facultativo, aprobado por la ONU, sobre la participación de menores en los conflictos armados, y conocéis la labor que los trabajadores humanitarios realizan para asegurar que se cumplen los acuerdos adoptados por los gobiernos y los grupos militares. La liberación de niños y niñas soldado no es plato de buen gusto para las milicias, que se valen de ellos para muchas cosas, no solo para disparar contra el enemigo. Pero poco a poco deben ir adecuándose a las normas internacionales, deben entender que, si desean matarse entre ellos, son libres de hacerlo, pero no a costa de inocentes secuestrados o captados por el odio que sienten hacia los demás.

Faith había estudiado al detalle esos mismos términos que Mat les explicaba con tanta pasión. Había leído infinidad de artículos relacionados con Sierra Leona, y la importancia que las organizaciones no gubernamentales tuvieron en el asunto. Había memorizado reportajes acerca de la implicación de los gobiernos en la problemática y las formas de reconducir, alguna erróneas que solo habían despertado más resentimiento. Los trámites eran demasiado lentos, las negociaciones duras y el después... el después era un aterrador túnel negro por el que esos pequeños tendrían que pasar hasta ver la luz definitiva. Era ese *después* en el que estaba interesada, pero, para ello, necesitaba conocer bien el *antes* y el *durante*.

—En estos momentos, los esfuerzos están centrados en sentar las bases que garanticen el acceso a los niños. Una de las medidas adoptadas, en cumplimiento de ese protocolo facultativo, es la realización de un censo en el seno de las milicias, un registro de todos los menores que forman parte de los grupos armados.

—Eso permitirá conocer de primera mano cuántos de ellos han acudido de forma voluntaria y cuántos no —apuntó Jacob.

—Exacto. Eso es, precisamente, lo que vamos a presenciar —afirmó Mat con entusiasmo. Era agradable poder realizar el trabajo en compañía de alguien que se tomaba todo aquello con su mismo afán. No podía decir lo mismo de la señorita Holland, la cual no había dicho ni una sola palabra desde que iniciara la explicación. Parecía que le traía sin cuidado lo que él pudiera contarles, aunque el centelleo de su mirada, en algunos momentos de la historia, contradecía esa opinión. No obstante, Mat estaba confundido con ella y era imposible averiguar qué pensaba del tema sin preguntarle—. Mi contacto forma parte del gabinete encargado de negociar los términos del acuerdo. Los líderes de las milicias deben comprometerse y firmar un documento que lo avale, pero impondrán sus propias condiciones, y la reunión será tensa, os lo aseguro. Por eso debemos ir con cuidado. —Miró un instante entre los asientos delanteros para hacerse una idea aproximada de dónde estaban e indicó a Thabo que lo mantuviera al corriente cuando se acercaran a la zona señalada. Estaba acostumbrado a realizar ese tipo de encuentros, pero sus colegas americanos no, y eso lo ponía bastante nervioso. Además, la actitud hostil de la chica tampoco ayudaba mucho—. ¿Tienes alguna duda, Faith?

—Ninguna.

—¿Quieres preguntar algo? —La paciencia de Mat estaba llegando a un peligroso límite. El feo gesto de apartar la cabeza hacia el paisaje, para dar por zanjada la conversación, había sido tan molesto que se le escapó un gruñido sin pretenderlo.

—No te ofendas, Parsons, pero las negociaciones no es lo que más me interesa —comentó con hastío—. La información que necesito está en los propios niños. Si voy a tener acceso a ellos, mi intención es que me cuenten su historia...

—¡Ni hablar! ¿¡Te has vuelto loca!?! —bramó el corresponsal, que por poco se echa encima de ella, sin importarle que Jacob estuviera en medio.

Si se atrevía a hacer o a decir algo que pudiera ofender a las facciones pondría en riesgo no solo su vida, sino todo el trabajo que él mismo había mantenido. Se estaba jugando demasiado llevándola al campamento y no dejaba de repetirse que lo hacía porque era un profesional y porque el incidente del día anterior les había privado de una buena dosis de información. Pero la realidad era muy

diferente. No había motivos para hacer semejante concesión salvo el hecho de volver a verla, de compartir con ella la experiencia, aunque pusiera en peligro el estatus del que disfrutaba y la sólida tapadera que mantenía desde hacía dos años.

—¡Esto no es uno de tus reportajes de belleza, cariño! —la atacó Mat donde sabía que más le dolía. Ya tendría tiempo después de disculparse por segunda vez—. No puedes campar a tus anchas por un campamento de soldados. ¿Quieres que te violen, que te den una paliza, que te aten y jueguen contigo como si fueras un saco de boxeo? Esos niños llevan AK-47 en las manos y han sido entrenados para disparar solo porque no les gusta el tono de voz con el que te diriges a ellos. Algunos han tenido que matar a sus mejores amigos para demostrar que son dignos de pertenecer a la milicia, ¿crees que se lo pensarán con una periodista, por mucho que en tu manga ponga «prensa»? —Tomó con un dedo el brazalete blanco con letras negras que llevaba adherido a la chaqueta y tiró de él hasta que Faith apartó el brazo con brusquedad—. Ninguno de los dos se moverá de donde yo diga, ¿está claro? No habrá preguntas, ni interrupciones, ni fotografías, ni anotaciones... ¡No haréis ni diréis absolutamente nada! —exclamó apuntando al rostro de ambos con un dedo—. Si hay suerte, y todo sale según lo previsto, los propios militares permitirán que los retratéis o que formuléis alguna pregunta —le dijo a Jacob—. A ellos les interesa que la prensa acuda a esos encuentros para dar visibilidad a su causa. Y a nosotros nos interesa estar allí. Poned en funcionamiento esas grabadoras naturales que tenéis en el cerebro y empapaos de todo cuanto se diga. Gestos, movimientos, palabras, miradas... ¡son todas para vosotros! Pero ni se os ocurra emitir el más leve suspiro.

—Ya estamos, Mat —avisó Thabo mientras reducía la velocidad del coche.

—Ni un solo paso en falso, ¿ha quedado claro?

Jacob asintió conforme y puso los ojos en blanco cuando vio la expresión irascible de Faith, que ni siquiera contestó a la pregunta. No había sido una buena idea buscar el apoyo de aquel polémico periodista, pero ahora ya estaba hecho y, al menos él, tenía intención de seguir al pie de la letra las indicaciones de Mathew Parsons. Al fin y al cabo, ese hombre tenía amigos hasta en el infierno y nunca se sabía cuándo iba a hacer falta.

Cuando el coche paró al fin, la incesante conversación de Thabo y Kwame se detuvo también; las advertencias de Parsons murieron entre los labios; las bromas de Jacob no tenían lugar en aquel paraje... hasta las aves autóctonas habían callado de súbito, a la espera del sonido de bienvenida de los anfitriones.

—Salga por la otra puerta, señorita Holland —le dijo Thabo—. Esa no se puede abrir desde dentro. Tengo que repararla un día de estos.

Tuvo que esperar a que Mat y Jacob bajaran del vehículo para pisar tierra firme por fin. Notaba las piernas entumecidas después de dos horas de trayecto, y la bronca con Mat le había provocado un ligero dolor de cabeza. Necesitaba despejarse antes de afrontar la jornada que, a buen seguro, sería de lo más interesante. Con toda probabilidad les tapan los ojos para acceder al campamento anti-Balaka, Parsons no se lo había advertido, pero Faith había leído muchos reportajes acerca de las concesiones de las milicias y sus colegas de profesión siempre hacían referencia a ese hecho en concreto.

Todavía no había tocado el suelo cuando Mat la empujó dentro del vehículo y cerró la puerta tras de sí. Tenía ganas de gresca, de acabar lo que había dejado a medias, de hacerle comprender el riesgo que corrían si se pasaba de lista.

—Que quede clara una cosa, Holland. —Llamarla por el apellido le permitía mantener a un lado la vorágine de emociones que se despertaban cuando estaba tan cerca de ella—. No me gusta tu manera de pensar, ni me gusta tu forma de trabajar. Quizá no seas la periodista superficial que creí el primer día, pero ¡no tienes ni puta idea de cómo funcionan las cosas en este país!

—Déjame salir del coche —demandó con los dientes apretados y los puños preparados para golpearle en el rostro si hacía falta.

—¡Cállate, maldita sea! No quiero que vuelvas a abrir esa boca hasta que no salgamos del campamento. Estás aquí gracias a mí, he sido yo el que ha accedido a que Jacob y tú vengáis a ver lo que se hace en negociaciones como esta, lo mínimo que puedes hacer es callarte de una jodida vez y seguir las indicaciones para que no te maten. Si veo que se mueve uno solo de los pelos de tu coleta cuando estemos allí, seré yo quien te meta un balazo en el culo. ¿He sido suficientemente explícito?

Un leve cabeceo fue cuanto le concedió. Se estaba asfixiando, tenía que salir, no podía pensar. La cara le ardía y la cabeza iba a estallarle. Con la respiración agitada y movimientos torpes, emprendió una absurda huida por encima de las fornidas piernas de Parsons, ante la estupefacta mirada de este, que no podía creer lo que ella estaba haciendo. La rodilla le falló al intentar avanzar sin espacio y, de pronto, se encontró sentada a horcajadas sobre él, con la mirada fija en unos ojos en los que se encontró a sí misma, miel sobre azul, como la arena que recibe las suaves caricias de un mar celoso.

Las manos de Mathew no pudieron rechazar la oportunidad de tocarla de nuevo. Ansiosas, se posaron en la cintura de aquella criatura, tan mística y divina como odiosa. La sorpresa del contacto la hizo jadear y tan inesperada reacción por poco lo hace arder. Había algo que necesitaba de ella, no sabía qué exactamente, pero ahí estaba, oculto tras un rostro de ángel y un cuerpo para pecar, agazapado entre miradas de anhelo y palabras hostiles. No era el

momento, ni el lugar. La lógica tiraba del deseo y apartaba pensamientos peligrosos, pero la batalla que se libraba en el reducido espacio entre sus labios no entendía de frenos, ni de consecuencias desastrosas. Solo con recorrer la distancia de un suspiro alcanzaría esa succulenta boca que ella le ofrecía. Luego, ya habría tiempo para lo demás.

—¿Qué me estás haciendo? —musitó Faith. Los labios de Mathew Parsons le habían llenado los sueños desde el primer día que lo vio. Ahora que los tenía tan cerca le daba miedo besarlo y despertar sin más.

Mat inhaló aire con violencia al escucharla. Las manos abarcaron con posesión la cintura y, el deseo por explorar más allá de la camiseta, despertó la erección bajo los pantalones; la cercanía del pecho de ella lo hizo salivar y mover las caderas para aliviarse; y el erótico gemido, que le llegó claro hasta los oídos, le dio el permiso que le hacía falta.

—¿Qué me estás haciendo tú? —susurró contra la deliciosa boca de Faith, antes de rozarla con los labios.

En un instante, ambos conocieron el sabor dulce del cielo y el amargo regusto del infierno. Unos espeluznantes disparos en el exterior del vehículo les recordaron dónde se encontraban y por qué. Era hora de continuar el trabajo que habían ido a hacer y dejarse de fantasías, por muy tentadoras que fueran.

Con un gesto seco de la cabeza le indicó que saliera primero. Eso le dejaría tiempo a él para respirar en profundidad y calmarse. La vio bajar del coche y echar una mirada temerosa por encima de su hombro, como si quisiera comprobar que él estaba bien y la seguía al exterior. Quiso sonreírle, quiso quiñarle un ojo y acompañar el gesto con una caricia en la mejilla, pero dos soldados armados la encañonaron sin contemplaciones y, en ese momento, se le olvidó todo cuanto había aprendido para controlar los nervios.

Faith abrió los ojos aterrada y ahogó un chillido contra las manos. Se ganó por ello un golpe de culata contra el estómago que la hizo caer de rodillas. Nada de palabras, nada de gritos. Los anfitriones estaban en casa.

8.

No transcurrió demasiado tiempo desde que les colocaran aquellas capuchas negras hasta que la luz de sol, cortante como el filo de los machetes de los soldados, volvió a incidir sobre los ojos y los obligó a agachar la cabeza. Mat buscó de inmediato a Faith para comprobar que se encontraba bien y la halló pálida como la muerte. Se resentía del vientre, allí donde aquel hijo de puta la había golpeado, y eso lo ponía enfermo. Si no llevara tanto tiempo conviviendo con esa gente y supiera de primera mano lo que sucedería si se inmiscuía, el instinto de protección lo hubiera empujado a cometer una locura.

Faith parpadeó repetidas veces hasta que se habituó a la claridad. El dolor se iba haciendo cada vez menos molesto y las ganas de vomitar, que había sentido dentro de la asquerosa capucha, pasaban poco a poco. Cuando por fin se atrevió a levantar la mirada, tuvo miedo de lo que pudiera encontrar a su alrededor. Jacob andaba firme como una estaca, serio y vigilante. La interrogó con los ojos sin mediar palabra y percibió la preocupación y la impotencia que había vivido por ella.

Estoy bien, quiso decirle para tranquilizarlo, pero tenía muy presente la advertencia de Mat y no estaba dispuesta a recibir otro golpe del salvaje que los escoltaba. No abriría la boca hasta que salieran del campamento.

Algunos corresponsales procedentes de otros medios se reunieron con ellos en las mismas condiciones. Formaban un grupo de cinco, todos con los correspondientes brazaletes identificativos; todos igual de atemorizados que ella. Pero ni rastro de Mat.

Jacob pareció leerle el pensamiento al observar cómo movía la cabeza en busca de alguien. Le rozó la mano con disimulo y le indicó la dirección en la que debía mirar. Mathew Parsons se encontraba junto a dos hombres vestidos de camuflaje y un tercero ataviado con pantalón y camisa de colores tan claros que era imposible no verlo a millas de distancia. Comprobó el efecto que Mat tenía sobre ella cuando los hombros de su amiga perdieron rigidez y suspiró de alivio. La reacción de Parsons tampoco se hizo esperar. Había estado lanzando miradas fugaces hacia ellos desde que llegaron al campamento. Las profundas arrugas de la frente eran de inquietud y el músculo que le latía en la mandíbula apretada, la

tensión que sentía por no poder acercarse a ella para comprobar cómo se encontraba. Mat también se relajó al verla bien y le guiñó un ojo de forma casi imperceptible, lo suficiente para que el color regresase a las mejillas de Faith. Algo estaba naciendo entre los dos, algo para lo que Jacob tenía un nombre, pero se abstendría de mencionarlo.

Después de algunos minutos de incertidumbre los condujeron hasta un espacio abierto, apartado del resto de construcciones semi derruidas. La vida allí se asentaba en una falsa calma, una aterradora e indescriptible calma. El estado de insalubridad era aparente, pero a nadie parecía importarle. Grupos de chicos los observaban pasar, como si de un desfile se tratase, sentados en el suelo junto a los desperdicios y la basura acumulada durante semanas, quizá meses.

—Deja de mirarlos fijamente, Holland —susurró una voz a la espalda, y el roce de aquel cálido aliento contra la nuca provocó un escalofrío que nació de lo más profundo de las entrañas—. ¿Estás bien? —le preguntó, preocupado. Intentó por todos los medios no mostrarse demasiado cercano, no sonar intranquilo o ansioso, pero era imposible. Cada vez que la miraba revivía la caricia de esos labios, el rubor que le había cubierto las mejillas, pero también el momento en que fue golpeada, y la impotencia que sintió.

No debía obsesionarse, corría el riesgo de complicarse la vida y eso no entraba en los planes de Mat. Si le prestaba demasiada atención se le metería bajo la piel y el paso de los días se convertiría en algo insoportable. Se dijo que sentir inquietud por una mujer asustada no era malo. *Sentiría lo mismo por cualquiera*, trató de autoconvencerse. Casi lo logró.

Sentaron a los corresponsales al sol sobre varios bidones de combustible vacíos. Mientras, un grupo reducido de combatientes se reunía junto a Mat y varios de los cooperantes encargados de la negociación, al amparo de la sombra de un toldo agujereado. Las voces de los soldados les llegaban con claridad a los oídos, no tanto las de los cooperantes o las de los traductores. El calor quemaba hasta las gargantas sedientas cuando intentaban tragar saliva, el sudor empapaba las ropas aumentando el malestar, el olor que desprendían aquellos barriles de fuel era insoportable, pero ninguno hizo por beber de las cantimploras, por limpiarse las gotas de transpiración que nublaban la visión o por alejarse del nauseabundo olor sintético.

Faith se removió nerviosa cuando uno de los soldados que los escoltaban la pilló con la mirada clavada en los matorrales más próximos. Había algo allí, las ramas se movían de forma imperceptible y, al fijarse, se topó con una cara sucia, una sonrisa traviesa y unos ojos negros tan intensos como las profundidades del universo. Era el rostro de la inocencia, el semblante de una niña que, con un leve gesto de la mano, la invitó a seguirla. Entornó los párpados, contuvo el aliento y

olvidó toda la prudencia y la precaución que debía tener en cuenta. Se levantó muy despacio, a cámara lenta, y realizó un claro gesto de necesitar ir al cuarto de baño, que ambos soldados entendieron a la perfección. Le señalaron los matorrales con el cañón del arma, pero no dijeron ni una palabra. La advertencia estaba impresa en los ojos de ambos guerrilleros.

—Primer escollo salvado —se felicitó, aunque no pudo evitar mirar por encima del hombro para comprobar que solo Jacob la había visto. Mientras no lo hiciera Mat, todo iría bien.

No obstante, para él fue como si una voz de advertencia le sonara en la cabeza. Se había posicionado de espaldas a la prensa para evitar mirarla y, después de muchos minutos conteniéndose, un aguijonazo de desconfianza lo obligó a volverse y buscarla. El corazón dejó de latir al verla perderse entre la maleza. Los soldados no le quitaban los ojos de encima mientras Faith avanzaba entre las ramas, hasta desaparecer por completo.

¿Cómo podía ser tan estúpida? Todo cuanto se estaba tratando en aquella mesa perdió interés para él. Se debatía entre excusarse con cualquier tontería e ir a por ella o esperar, mantener el tipo, evitar tomar parte en el problema y rezar para que no le sucediera nada. Iba a acabar con ella, se lo merecía. Se juró por lo que más quería que, si salían de allí, movería cielo y tierra para mandarla de regreso a los artículos de belleza. Era una irresponsable, sin un ápice de cerebro, y se encargaría de que la comunidad periodística lo supiera.

Mientras tanto, ajena a los pensamientos psicópatas de Mat, Faith se introdujo en el campamento como si fuera una más. Había sido muy fácil. El sitio estaba tranquilo, algunos jóvenes, tendidos a la sombra, fumaban algo que los hacía sonreír. No tenían más preocupación que dejar pasar las horas y esperar la siguiente orden. Los observó intercambiar miradas hasta que dos de ellos se pusieron en pie, tomaron las armas y fueron a su encuentro. La recorrieron de arriba abajo y tocaron con curiosidad el brazalete de prensa. También se atrevieron a rozarle el pelo mientras hablaban en un idioma que no entendió, probablemente en sango, el habla oficial del país. Bromearon entre ellos y las carcajadas llamaron la atención de más hombres. Algunos eran niños de corta edad con armas que los superaban en altura, pero con miradas cargadas de imágenes que no debería ver nadie jamás. Ahí estaba la oportunidad que necesitaba, el instinto periodístico surgió como una erupción volcánica, dejó que la observaran un poco más y se organizó mil cuestiones en la mente. Si les hablaba en francés, la entenderían. Si les preguntaba cómo estaban, responderían.

Cayó en la cuenta, de pronto, de que había dejado la mochila junto a Jacob. Además de ser un error garrafal, suponía una indefensión terrible, algo que

entendió muy bien cuando uno de los chicos la tomó con fuerza por el brazo y tiró de ella hacia las casas. No opuso resistencia, ni emitió un solo sonido. Se dejó arrastrar, cada vez más consciente de que estaba perdiendo el control de la situación. No estaba segura de poder escapar de allí si las cosas se ponían feas, como tampoco podía estarlo de que fueran a escucharla si pedía ayuda.

Más soldados armados se unieron a la procesión, como si Faith fuera el sacrificio que la tribu ofrece a los dioses enfurecidos. La pasearon por el poblado a base de empujones y manoseos, pero no se acobardó. Estaba demasiado ocupada captando todo lo que veía: chicas desmadejadas entre sucias telas, niños pequeños acunando fusiles, hombres practicando sexo en cualquier rincón, putas sometidas a punta de pistola...

Una morena de pelo largo negro, ataviada con un pantalón verde y una camiseta de tirantes negra, se acercó a ella y comenzó a gritarle a la cara. No la entendió, aunque por los gestos y la hostilidad, tampoco le hizo falta. No salía nada bueno de aquella mujer. De pronto, todo el mundo se apartó, la dejaron sola en medio de un corro, junto a la soldado, que, con una sonrisa ladina en los labios, se deshizo del fusil y le asestó un puñetazo en la mejilla que no vio llegar. El resto estalló en vítores mientras Faith se tocaba el rostro, incrédula. Estaba tan confundida y desorientada que retrocedió unos pasos, tropezó y cayó al suelo de culo. La joven guerrillera se cernió sobre ella y le lanzó patadas a diestro y siniestro, contra las piernas, contra las costillas. Incluso cuando logró ponerse en pie, la velocidad con la que descargaba los golpes le impedía encontrar una salida a la situación.

Tiempo atrás, cuando Darryl y ella se conocieron, ambos tomaron clases de defensa personal en un gimnasio cercano a la facultad. El entrenamiento duró diez meses y, si bien se les daba de maravilla enfrentarse a supuestos atacantes, jamás tuvieron que hacer uso de los conocimientos para afrontar una situación violenta.

Hasta hoy, pensó. Hubiera preferido dialogar con ella, preguntarle por qué, disculparse si hacía falta, pero tenía la sospecha de que nada de lo que pudiera idear la haría salir impune de la pelea.

Esquivó un nuevo puñetazo y se movió sin perderla de vista. Los gritos eran ensordecedores y, cuando se arrimaba demasiado a los límites del improvisado recinto, la empujaban y escupían con un odio irracional. Alguien tiró del brazalete de prensa y lo pisoteó en el barro. Faith se quedó un segundo mirando el pie que hundía el trozo de tela y el despiste le valió otro golpe en la cara. Furiosa, arremetió contra su oponente y la alcanzó en la boca con un directo de la derecha. La sangre comenzó a manar del labio al mismo tiempo que la mano dolorida de Faith se cerraba en un puño y le arrancaba un grito. Una nueva

sonrisa de esa mujer la puso en guardia. Acababa de entrar en su juego y algo le decía que, o salía victoriosa de allí, o salía muerta.

—Vamos a ver lo que eres capaz de hacer, zorra —masculló Faith preparada para atacar y defenderse.

La ira salvaje que dominaba los movimientos y los golpes de la chica no tenía nada que ver con sus torpes ganchos y patadas. Esa mujer era incansable, una luchadora acostumbrada a sobrevivir en una guerra, a pelear con y contra hombres, en un mundo donde, o te defiendes, o te someten. Jamás saldría con vida de aquel rondo, no había más que ver las mujeres que esperaban el turno para desfogarse.

Se dejó caer en el fango y levantó la mano para pedir una tregua. Le costaba respirar, le temblaban las piernas y los nudillos magullados no podían golpear ya. La guerrillera pareció apiadarse, pues se alejó de Faith con la respiración agitada y la mano sobre la mejilla amoratada. Pero la lucha no había acabado. Un minuto más tarde, alguien le tiró un cuchillo enfundado en la vaina y, al levantar la cabeza, comprendió por qué lo habían hecho. La morena la esperaba con uno similar en la mano y un brillo asesino en los ojos que anunciaba sufrimiento y muerte.

Los gritos aumentaron y cargaron el ambiente de una crispación enloquecedora. El calor de la mañana se había convertido en una tortura y había transformado la ropa de Faith en un estorbo mojado, adherido a la piel. El dolor ya no suponía un problema, pues hacía rato que no sentía más que un latido constante en cada parte del cuerpo que había sido golpeada. Ahora era el miedo el que la ponía de cara a la realidad. Pedir ayuda entre el griterío no tenía sentido; llorar tampoco. Pero, aun así, las lágrimas le mojaron las mejillas y los ojos se le cerraron. Apoyó las manos en el barro y enterró las uñas, a la espera de que llegara el siguiente ataque.

Dos disparos al aire provocaron que la gente se apartara y dejara paso a un grupo de hombres uniformados. La tomaron de los brazos y la arrastraron de vuelta al lugar donde se estaba celebrando la reunión. Cuando la dejaron caer, el silencio cubrió el lugar como una manta pesada en pleno invierno.

—No vuelvas a traer a esta puta a mi campamento, Parsons —escupió Bene antes de volver a su posición en la mesa.

Mat vio como Jacob se ponía en pie y hacía ademán de acercarse a Faith, pero también se dio cuenta de cómo los soldados que los vigilaban se ponían en tensión y levantaban los AK, por si era necesario recordar quién mandaba allí. Alzó una mano en dirección al fotógrafo y miró a Bene, pidiendo permiso, en silencio, para acercarse a la chica.

Un niño había irrumpido en las negociaciones para dar la voz de alarma. Bene

y su mano derecha abandonaron la reunión sin mediar palabra, y la espera se les hizo a todos irrespirable. Todo el mundo había notado ya la falta de Faith y cuando se escucharon los dos disparos, los ojos de los presentes se abrieron por el terror y el mundo de Mat se vino abajo.

—Faith —susurró Mat, se agachó delante de ella y la tomó del mentón para levantarle la cabeza y poder observar el rostro magullado—. Dime que estás bien.

Lo miró con los ojos hinchados, cargados de lágrimas, y asintió avergonzada. El enfado y el resentimiento le oscurecían los ojos azules; los dedos que le sujetaban el mentón eran duros y crueles; los pensamientos de Mathew Parsons en ese momento eran tan visibles como el cielo nublado que se acercaba a lo lejos, nada halagüeño, sin duda. Se merecía cada uno de los calificativos que le leyó en los labios, aunque estos todavía no se hubieran pronunciado.

—Es una lástima que no sepa utilizar el cuchillo igual que los puños. Lucha bien, pero es demasiado débil para mis mujeres —comentó Bene con orgullo después de haber presenciado una parte del espectáculo en el campamento—. Si la dejo un segundo más con Inhia, ahora tendríamos trozos de esta puta por todo Bangui.

Por unos segundos, mientras Bene alardeaba de lo sucedido, Mat dejó de mirar a Faith con furia para hacerlo con admiración. Tenía las manos sucias y ensangrentadas, pero no veía heridas importantes, por lo que entendió que la sangre también era de la otra mujer. Los labios presentaban un aspecto deplorable, con un pequeño corte en el inferior del que partía un hilillo rojizo, reseco, que se perdía por el cuello. No tendrían que lamentar más que un pómulo inflamado y alguna contusión que aparecería en el torso, a juzgar por las muecas de dolor.

—¿Le diste bien? —preguntó de improviso, con un tenue susurro. Si ese hijo de puta podía sentirse orgulloso de su guerrillera, él lo haría de Faith, aunque no pudiera presumir de ello.

El pecho se le llenó de algo cálido y muy adictivo cuando ella abrió los ojos asombrada por la pregunta. Aún magullada y cabeza hueca, era la mujer más bonita de cuantas hubiera visto en aquel infierno de país. Ya habría tiempo de gritarle y desahogarse por haberle hecho quedar en evidencia en un lugar tan peligroso y frente a personas que no pestañeaban al apretar el gatillo, pero, por lo pronto, lo único que le apetecía, más que zarandearla por estúpida, era consolarla y llevarse esa expresión de amargura de los ojos. Sin pensar en quien pudiera estar observándolo, le acarició la mejilla hinchada con mucho cuidado y limpió con el pulgar el río de lágrimas, que no habían cesado de brotar de aquellos manantiales color arena.

La ayudó a llegar junto a Jacob y regresó a la reunión. No estaban avanzando en las negociaciones y no llegarían a un acuerdo antes de marcharse, pero al menos los líderes de la milicia no se habían cerrado en banda ante la idea de continuar con las conversaciones para ver qué se podía hacer en beneficio de todos. Quizá fuera un poco más costoso de lo que había planeado el Estado y los organismos de protección de la infancia implicados en el proceso, pero Mat estaba convencido de que la solución estaba próxima.

A pesar de los inconvenientes, no todo fue tan malo en la jornada. Su condición de corresponsal empotrado le había permitido conocer de primera mano una valiosa información indispensable para continuar con cierto encargo del que estaba ya un poco hartado. No había sido tan difícil como pensó al principio, los anti-Balaka le habían facilitado las cosas bastante, pero no sería así con la Seleka, que incluso habían puesto precio a su cabeza. Tendría que desplazarse al norte para corroborar que todo era cierto antes de emitir el correspondiente informe, pero le iría bien alejarse de Bangui una temporada. Estaba perdiendo de vista todos los principios de un periodista ambicioso. La culpa era suya, desde luego, pero había que reconocer que por una mujer como Faith Holland valía la pena salirse del camino.

En el viaje de vuelta fue Mat quien se sentó entre Faith y Jacob. Las ganas de estrangularla habían regresado, pero cada vez que cobraba fuerzas para decirle todo lo que pensaba de ella, veía las magulladuras y se convencía de que no era el mejor momento. Tampoco Jacob se había atrevido a decir ni media palabra por miedo a perder los papeles. El fotógrafo estaba tan enfadado que apretaba los puños, como si esa fuera la única forma de controlar el estallido de rabia.

Nadie dijo nada al llegar al Hotel Centro. Se había establecido un pacto de silencio que solo se rompería cuando estuvieran en lugar seguro. Ambos *fixer* vieron marcharse a los tres periodistas y tuvieron el mismo pensamiento.

—*Ko pesa bokébi... Namoni lífelo na ya miso*^[6] —murmuró Thabo en lingala. Se acercaba algo peligroso y el viejo lo notaba en los huesos.

—Sí, amigo —coincidió Kwame con tristeza—, yo también lo veo en sus ojos.

Silencio. Eso fue todo lo que Faith recibió de ellos. Jacob se desvió hacia el restaurante, dispuesto a tomarse un par de copas, a ver si así lograba que la sangre volviera a circular con normalidad. Mat, por el contrario, continuó hasta las escaleras de servicio. Jamás cogía el ascensor, y aunque Faith hubiera dado su mano derecha por hacerlo con tal de no sufrir más dolor, continuó detrás de Parsons, incapaz de seguirle el paso.

Al llegar a la primera planta, donde se encontraba la habitación de Mathew, Faith no supo qué decir. Desearle buenas noches y salir corriendo era un buen

plan, pero después de lo que había pasado y de lo débil que se sentía, lo de correr quedó descartado.

—Buenas noches —musitó sin mirarlo a la cara. Avanzó un peldaño hacia la segunda planta y se detuvo al escucharlo maldecir.

—¿Buenas noches? ¡¿Y... y qué tienen de buenas?! —vociferó con los dientes apretados y el cuerpo en tensión.

No había pensado qué hacer cuando llegara el momento de separarse de ella. En realidad, durante todo el camino había intentado calmarse lo suficiente como para dejar pasar el asunto. Él no era su protector, ni su padre, ni nada que le diera derecho para propinarle una tunda o, en menor medida, un sermón. Él tenía su trabajo, y ya lo había comprometido bastante por culpa de tontos caprichos. A pesar de eso, las preguntas se le agolpaban en la cabeza y no le habían dejado encontrar ni un solo segundo de paz. Si tan indiferente le era esa mujer, ¿por qué le dolía tanto pensar que podía acabar muerta?

En un arrebato de locura, la tomó de la mano y tiró de ella por el pasillo de la primera planta. No descansaría sin antes dejarle bien claro qué pensaba de su soberana estupidez. Llevarla a la habitación era algo que no había planeado, pero no tuvo en consideración el riesgo que eso suponía hasta que cerró la puerta tras de sí, resollando como un semental después de una feroz galopada. Cuando vio la respiración agitada de Faith y la incertidumbre de sus ojos, perdió el hilo del enfado, acortó la distancia que lo separaba de ella y la besó con toda la ansiedad acumulada desde que la creyó muerta de un disparo.

La poseyó con la lengua y con los dientes, sin olvidar que tenía algunas heridas y no podía dejarse llevar. La tomó por las mejillas, con cuidado, asegurándose de que no fuera a ninguna parte, y continuó besándola hasta que le faltó el aire. Movimientos lentos de los labios se sucedían con otros más intensos, la danza de los cuerpos desnudos se reprodujo en el interior de la boca cuando ambas lenguas se retorcieron juntas. La mordió y succionó, la acarició con reverencia y la castigó con dureza, todo en perfecta armonía con el deseo que no podían detener.

—Estás sangrando —masculló Mat al probar el sabor metálico de su boca. Deslizó el pulgar por el pequeño corte y se lamió el dedo bajo la atenta mirada de Faith. Repasó con atención el rostro magullado y endureció la expresión—. Te mereces cada una de estas heridas —la reprendió y acompañó las palabras con un ligero mordisco en el labio, que ella recibió con un jadeo—, cada uno de estos golpes. —Besó el moretón del pómulos y el siseo que percibió lo alentó a continuar—. Te mereces cada segundo del miedo que has pasado. Por estúpida.

—Que te jodan, Parsons —le respondió Faith. Luego, ofendida, trató de librarse de las manos que todavía le acariciaban el cuello de manera incitante.

Pero Mat no iba a dejar que se le escurriera. Afianzó el agarre, la sujetó con rudeza por la nuca y enredó los dedos en el cabello de Faith para que no moviera ni un solo músculo. Sin importarle si le causaba mayor malestar del que ya sentía, se apoderó de la boca de manera salvaje y la marcó a fuego. No era de los que perdía el tiempo con sutilezas cuando lo que necesitaban era descargar toda la tensión sexual que se respiraba cuando estaban juntos. Tenían toda la noche por delante para descubrirse, pero besarla y borrar esa expresión de arrogancia que veía en sus ojos era lo primero de la lista. Y con la rendición de Faith, Mathew descubrió algo que no había tenido en cuenta: esa mujer le dejaría huella.

Nadie la había besado así jamás, ni siquiera Darryl. Él no era un hombre apasionado, pero la hacía tan feliz que el resto nunca le importó. Con Mat todo parecía ser al contrario: podía hacerla sentir la peor persona del mundo pero, cuando la tocaba, el tiempo se detenía y la excitación la desbordaba. Lo deseaba y no iba a pararse a analizar lo que sucedía con él. Solo quería sentirlo, sin más, porque eso le recordaría que aún estaba viva después de llevar años muerta.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que un hombre no te da lo que te mereces? —Abarcó con las manos la cintura y levantó la camiseta hasta que la hizo desaparecer. La visión del pecho subiendo y bajando con cada respiración le hizo humedecerse los labios. Luego, como si fuera a desaparecer, los acarició con la yema de los dedos y notó como la piel de Faith se erizaba al contacto—. ¿Cuánto?

—Demasiado —respondió sin querer. Estaba a punto de desfallecer y ni siquiera la había tocado.

Él también llevaba demasiado tiempo sin obtener de una mujer lo que necesitaba de verdad. Lo que Faith le estaba haciendo, sin hacer nada, le complacía más que cualquier relación de las que había tenido en los últimos meses. Eliminó las barreras entre ellos y la acarició hasta hacerla gemir. Se recreó en los senos, en las cimas puntiagudas que pedían a gritos el roce de su lengua, y la mano descendió lenta por el vientre hasta perderse en el interior del pantalón.

—Estás muy húmeda... —advirtió antes de darle un violento beso. Faith se sonrojó como una niña y le rehuyó la mirada cuando lo vio sonreír con malicia—. ¿Qué es eso, chica dura? ¿Te pones roja si te digo cosas sucias? Tengo la solución para eso.

La cogió de las nalgas y la cargó hasta el cuarto de baño. Tardó en desnudarla lo que ella en entender qué pretendía. Después de un día agotador, lo que mejor les vendría a ambos sería una ducha, una larga y excitante ducha.

Faith se dejó enjabonar con manos diestras y agradeció que llevara cuidado

con las zonas doloridas. Jugó con ella como quiso, la tentó, la hizo reír con cosquillas atrevidas, la incendió con la mirada y permitió que le hiciera lo mismo, hasta que su virilidad le puso límite. La fricción resbaladiza de los cuerpos acrecentó la necesidad de tenerse, ya no había nada que les impidiera disfrutar el uno del otro y, llevados por la fiebre del deseo, se dieron placer con total abandono.

—Mírame —le ordenó al tiempo que la enloquecía con los dedos enterrados en ella. Temblaba por la expectativa de poseerla, pero no podía tomarla en la ducha, no cuando necesitaba la protección que guardaba en la mochila. Aunque sí podía brindarle el primero de los muchos placeres que tenía reservados—. No dejes de mirarme.

Explotó antes de lo que esperaba, se deshizo como la cera al sol y fue un momento tan intenso que Mat tuvo que sujetarla para que no resbalara. Retomaron los besos, más lentos, más apasionados, casi tímidos, y regresaron a la habitación sin separar las bocas ni para respirar. No habían tenido suficiente ninguno de los dos. Mientras Faith volvía a notar el vacío en las entrañas, Mathew estaba a punto de desbordarse.

—Hay que curarte esas heridas antes de que se infecten —recordó al rozar con la lengua el corte del labio.

—Olvida las heridas. Ya no me duelen —mintió, pero tenía cosas más urgentes en la cabeza y no era el momento de andarse con delicadezas—. Me duele más aquí... —Se acarició el pecho con una lentitud invitadora, tomó la mano de Mat con suavidad y lo animó a aliviar su malestar. Pero fue la boca de Mathew la que aceptó el honor y la devoró con ganas mientras Faith se arqueaba para él.

—No podré resistir mucho —dijo al caer sobre ella en la cama. Ni en los mejores sueños húmedos hubiera imaginado a una mujer así, tan desinhibida, tan perfecta. Era la viva imagen de la sensualidad, de manos inquietas y dedos traviosos, que no dudaban en rozarse para aliviar el ardor de la piel, una piel con aroma a deseo, a jabón, a él.

Echó mano de la tira de profilácticos que había en la mochila y se preparó bajo la mirada atenta de aquel ángel. Avanzó sobre ella como un felino, lamiéndola muy despacio y se hundió en la exquisita humedad que lo reclamaba entre las piernas. La besó con ternura cuando los músculos lo aprisionaron, realizó un esfuerzo sobrehumano para ir despacio y, al percibir cómo menguaba la presión, la embistió con energía, hasta quedar encajados a la perfección.

—Es increíble lo bien que se está dentro de ti —musitó antes de salir con lentitud, casi hasta el delirio, para luego volver a entrar con mayor facilidad—. Me gusta escucharte jadear, y que tus caderas busquen las mías para satisfacerte.

Podría acostumbrarse a cada pequeño detalle de esa mujer, a su rubor, a la forma de entrecerrar los ojos cuando se acercaba al éxtasis, a la respiración acelerada, o a la lengua atrevida que se relamía los labios. También al sabor, a los gemidos roncós, a las bruscas exhalaciones y a la tensión de los músculos rodeándolo. La arrastró con él en un orgasmo sin precedentes, le dio alas para volar alto y seguirlo en aquella ascensión al paraíso y supo que, efectivamente, podría acostumbrarse a estar con ella el resto de su vida.

—No te vayas esta noche —le susurró al oído mientras entrelazaban los dedos y disfrutaba de los últimos instantes del clímax—. Quédate conmigo.

La calma les llegó el uno en brazos del otro, sudorosos y satisfechos. Eran horas de lánguidas caricias hechas para complacer al alma y de sueños imposibles que parecían al alcance de la mano. Los brazos de Mat acunaron el cuerpo de Faith hasta que el cansancio la hizo sucumbir. Se dijo que solo cerraría los ojos unos segundos, que debía regresar a su dormitorio, que era mejor encontrarse sola por si el arrepentimiento llegaba con la madrugada.

Pero no se movió, hacía tanto tiempo que no la abrazaban así, que se olvidó de todo y se dejó arrullar por el latido del corazón que sonaba en el pecho de aquel maravilloso hombre.

[6] Se acerca peligro... Veo el infierno en sus ojos. (*N. de la A.*)

9.

No había previsto pasar la noche con ella, como tampoco había tenido intención de hacerle el amor de aquella forma tan salvaje. Solo deseaba unos minutos a solas para explicarle lo mal que había salido todo por su culpa. Quería gritar y enfurecerse, destrozar el ideal de periodismo de guerra que tenía para que entendiera de una vez que allí, en aquel país, las cosas no se llevaban a cabo siguiendo un manual, ni uno se podía saltar de golpe las normas no escritas que se imponen cuando te juegas el pellejo junto a otras personas.

No le confesaría el vuelco de su corazón al verla adentrarse en el campamento, ni el dolor en el pecho al escuchar los disparos, ni el vacío que todavía no había logrado llenar, incluso después de la noche que acababa de pasar. No diría nada, era mejor dejar de pensar en lo bien que se encontraba, en lo bien que ella le hacía sentir, porque reconocerlo supondría exponer unos sentimientos que no tenían lugar en una vida como la suya.

Frunció el ceño, molesto, enfadado consigo mismo por permitir que Faith se le metiera bajo la piel. Era un necio y tenía claro qué debía hacer para remediar toda aquella situación que se le había escapado de las manos. Y, a pesar de eso, no pudo dejar de estrecharla entre los brazos mientras dormía. No podía apartar los ojos de sus labios, ni de la sombra que las largas pestañas proyectaban sobre los pómulos. Estaba jugando con un fuego abrasador tan peligroso como las balas que silbaban en la calle, en la quietud de la noche de Bangui.

—¿Qué sucede? —preguntó Faith que, al despertar y abrir los ojos, se había encontrado con una expresión que no esperaba. Le rozó el mentón sin rasurar con los dedos y lo besó en el cuello con un ronroneo. Le encantaba el cosquilleo y la fricción de esa barba.

La voz suave y melosa lo pilló con la guardia baja. El delicado roce del aliento contra la base de la garganta le alteró los sentidos y despertó la necesidad que aún sentía por ella. Pero en la cabeza de Mat los recuerdos perduraban y no podía dejar que el enfado se esfumara solo por satisfacer sus instintos.

—Te hubiera estrangulado con mis propias manos esta mañana —le susurró al oído, y emprendió una serie de caricias por la espalda de Faith que no se correspondían con la hosquedad de las palabras—. Eso que has hecho hoy... ha

sido la mayor estupidez que he visto jamás. —Faith sabía que lo merecía y por eso no se atrevió a abrir la boca. Había esperado el sermón desde que habían llegado al hotel—. Es posible que haya perdido la confianza de esos hombres por tu culpa y que el trabajo que llevo haciendo durante meses se haya ido a la mierda —prosiguió—. Has demostrado que eres una irresponsable. No sé qué demonios pretendías, ni qué esperabas que pasara, pero ha quedado claro, delante de todos, que no eres una buena compañía para nadie, porque no te importa si tus acciones ponen en peligro las vidas de los demás.

—Eso no es cierto.

—¡Cállate! —exclamó un poco más alto de lo normal. Los dedos que la acariciaban se crisparon y se cerraron en un puño. La atrajo hacia él con violencia y la miró a los ojos por primera vez desde que comenzara a hablar—. Si no fuera por el trato de favor que tengo con la milicia anti-Balaka, estarías muerta, y probablemente el resto de corresponsales también. Has roto todas las reglas que debe seguir un periodista en zona de conflicto, Faith, ¡todas! No se te ocurra decirme lo que es cierto y lo que no, porque no eres la persona más indicada para asegurar nada.

Tragó con dificultad y echó la cabeza hacia atrás para poder enfrentar la mirada colérica de Mat. El brillo de la pasión había sido sustituido por un intenso rencor. La presión de los brazos no le permitía moverse, y tomar aire comenzaba a ser una tarea complicada, no solo por el encierro al que estaba siendo sometida, sino por la certeza de los reproches.

Se apartó de él con esfuerzo y arrastró la sábana para cubrir su desnudez. No quería continuar allí, no debía haber sucumbido, no estaba preparada para que le hicieran daño y eso era lo que Mat, sin lugar a dudas, pretendía hacer en ese momento. Quizá lo mereciese, pero no después de haber compartido tanto con él. Lo mejor era marcharse, y olvidar lo que había sucedido, aunque iba a resultar imposible borrar los recuerdos de esa noche.

—No te vayas —suplicó desde la cama. Había sido cruel con ella, pero no permitiría que se marchara con lágrimas en los ojos. Se levantó maldiciendo entre dientes y la sujetó con delicadeza por los hombros—. Por favor, no te vayas.

Dispensó decenas de húmedos besos por el cuello y le dedicó en el oído promesas que le empañaron los ojos. La piel se le erizó con el roce de los dedos, pero no pudo eliminar el dolor de la verdad. Escocían las caricias, quemaban los besos y el corazón latió más rápido al despojarla de la sábana. No debería quedarse, su sitio no estaba en aquella habitación, pero las únicas manos que podían salvarla de ser una estúpida estaban allí, abarcando cada porción de su piel y robándole la razón.

—Lo siento —sollozó abatida.

Se rindió a él, confió en él y permitió que la hiciera olvidar. Mathew la amó de nuevo como si no fuera a amanecer jamás. Se llenó de ella, se sació del olor y el sabor que desprendía; la llevó al cielo y se bebió cada grito, porque era su nombre el que sonaba en el silencio del dormitorio. Hubiera dado cualquier cosa para que no acabara esa noche, pues la mañana los llevaría de vuelta a la realidad y el plan era marcharse de allí. Sin ella.

Unas horas más tarde, Faith se despertó con la deliciosa molestia de los excesos cometidos durante la noche. Se sonrojó al pensar en todo lo que habían hecho y en todo lo que ella jamás pensó hacerle a un hombre. Se incorporó sobre los codos y echó un vistazo a la habitación. Mat no estaba en la cama, la puerta del baño estaba abierta y había cierto orden que resultaba extraño.

Se vistió con las ropas sucias del día anterior y abandonó la habitación a hurtadillas. Después de una ducha se preparó para afrontar otro día, esta vez con una sonrisa diferente. No le hubiera importado comenzar la mañana con un poco de actividad física entre las sábanas, Mat la hacía emplearse bien, pero se había marchado sin decir nada, mientras dormía, tal vez por ese mismo motivo: si hubieran despertado juntos aun estarían retozando como salvajes.

—Buenos días, Jacob. Espero que hayas descansado —lo saludó con excesiva amabilidad y le dio un rápido beso en la mejilla.

Continuaba enfadado con ella por lo que había sucedido y no le prestó ninguna atención cuando se enzarzó en una perorata sobre lo que harían durante el día. Las miradas del fotógrafo hablaban por sí solas y, en cuanto Faith comenzó a dar cuenta del desayuno, Jacob aprovechó para hacerle todos los reproches que no lo habían dejado dormir.

—¡No te reconozco! ¡No sé quién coño te has creído que eres! —Estalló y levantó las manos al cielo pidiendo paciencia para sí mismo—. Si continúas por ese camino no me quedará más remedio que hablar con Garland e informar de lo irresponsable de tus actos.

—¿Vas a chivarte? —preguntó desconcertada—. ¿Es eso? ¿Llamarás a Garland para chivarte como un niño de parvulario?

—Ni se te ocurra utilizar ese tono conmigo, Faith Holland. No me impresionas —le advirtió con la mirada seria—. Ayer estuviste a punto de joderla bien. Si no tienes aprecio por tu vida, al menos tenlo por la mía. Tengo un hijo al que ver nacer y una mujer a la que amar el resto de mi vida. Ya está bien de ir por libre, ¿de acuerdo?

Cuando terminó de sermonearla y de repetir que debía dar gracias por no estar muerta, Faith lo tomó de las manos y se disculpó con sinceridad. No lo volvería a hacer, se lo había prometido a Mat después de que le hiciera el amor con una

ternura abrumadora, y se lo prometió a Jacob tras comprobar cómo de afectado se encontraba.

—¡Estáis aquí! Menos mal —exclamó Ashanti que avanzaba desde la puerta del comedor con su habitual sonrisa—. Creí que vosotros también os habíais marchado. Hoy no localizo a nadie, no es mi día.

—¿A quién buscas? —se interesó Faith.

—A Mat. Me pidió unos datos hace días, pero en recepción me han dicho que ha dejado el hotel.

Dejar el hotel implicaba no volver, al menos en un tiempo, largo o corto, daba igual. Tal vez Ashanti no se hubiera expresado bien, pensó angustiada.

—Sí, Kwame los vio marcharse temprano —les informó Jacob, sin despegar los ojos de la prensa local—. Thabo comentó anoche que saldrían hacia Bamingui en cuanto asomara el sol, así que hace horas que están de camino.

—No sabía que era hoy cuando partían —se lamentó Ashanti, que tomó asiento junto a Faith con total confianza—. Quería que le diera mis contactos de la tribu de los Runga[7]. Bueno, no importa, imagino que se espabilará al llegar. Ese hombre sabe cómo conseguir lo que se propone.

—¿Cuánto tiempo estarán fuera? —indagó Faith, que ocultaba el desánimo tras la taza de café—. Quizá puedas dárselos esta noche cuando regresen o mañana.

—¡O el mes que viene! —exclamó Ashanti, risueña—. ¿Quién sabe? Puede que regrese a Bangui pronto o puede que no —dijo con un breve encogimiento de hombros—. Así son las cosas aquí y así es Mathew Parsons.

Un cobarde, reconoció estrujando el mapa de carreteras entre los puños. Así era él cuando veía peligrar su tranquilidad. ¿Por qué sino se había marchado sin despedirse de Faith? Mat se removió incómodo en el asiento del coche de Thabo y bufó por quinta vez en la última media hora. Los pensamientos sobre ella se le agolpaban sin tregua y le resultó imposible centrar la atención en cualquier cosa que dijera el *fixer*, o en los documentos que tenía desparramados sobre las rodillas. La importancia de la información que debía recabar era primordial, mucho más que una noche de sexo desenfrenado o de los latidos acelerados de su corazón. No podía fallar después de tanto tiempo.

Estaba cansado, no había pegado ojo en toda la noche. Ni siquiera después de que ella sucumbiera a las garras del sueño, había logrado apartar de la mente los remordimientos por lo que ya había decidido hacer. Antes de salir de la habitación, sigiloso como un gato, la había contemplado en su descanso, desnuda sobre las sábanas. Fue en ese momento cuando descubrió que el dolor

continuaba ahí, en el pecho, a la altura del corazón, y no podía permitir que eso lo distrajera.

—A no ser que tengas que ir a Mabga, continuaré desde Sibut hasta Nana, como había pensado —le informó Thabo, extrañado por el silencioso comportamiento de su compañero. Lo conocía y estaba seguro de que algo le sucedía, pero, por eso mismo, porque sabía de qué pie cojeaba cuando no se encontraba bien, prefirió no preguntarle y esperar a que fuera él quien confesara.

—Haz lo que creas. No tengo que ir a Magba para nada.

Les esperaban casi siete horas de viaje de aquella guisa. Solo deseaba que el sueño y el cansancio acabaran con él pronto, o sufriría un martirio imaginando la reacción de Faith al enterarse de su precipitada marcha.

Algo más de dos semanas debían haber resultado suficientes para poner los pensamientos en orden, o eso se decía Mat mientras Thabo detenía el coche en la puerta del Hotel Centro, en Bangui. Los rumores de la liberación de los niños soldado, por parte de ambas facciones, se hacían más intensos; Estados Unidos se planteaba reabrir la embajada en la capital centroafricana, después de casi dos años cerrada; la presencia de tropas españolas y francesas se intensificaba, y todo ello en pos de un acuerdo de paz que sonaba a cuento chino. Sus informadores no estaban seguros de nada, la población continuaba hostigada por las enfermedades, la desnutrición y las inhumanas condiciones de vida, la ayuda humanitaria era insuficiente y cada día eran más frecuentes los ataques de las milicias. Todo continuaba como cuando se marchó a Bamingui para realizar el reportaje que publicaría *The Washington Post* sobre los Runga, o, al menos, eso era lo que creía todo el mundo. La realidad era muy diferente y, si bien el tiempo había sido suficiente y los contactos bastante certeros, la calidad de la información que había obtenido era nefasta. No tenía nada que ofrecer a quien de verdad pagaba su sueldo.

Y después estaba ella. ¿A quién pretendía engañar? Continuaba pensando en Faith Holland tanto o más que hacía dieciocho días.

Nada más poner un pie en la recepción del hotel, se descubrió buscándola como el sediento que busca el oasis en pleno desierto. Había tenido noches enteras para analizar lo que sentía por aquella mujer y, después de mucho cavilar, la conclusión era desoladora: él no podría darle jamás la vida que ella merecía. Faith Holland regresaría a Seattle en cuanto acabara su tiempo en el continente africano, mientras él continuaría allí o se desplazaría a algún otro

lugar en conflicto donde encontrar la noticia más actual, la visión que todo el mundo debería ver de una guerra. Ese sería su escudo protector, lo haría por el bien de ella, aunque en el proceso tuviera que sacrificar sus sentimientos.

Le asignaron una habitación en el segundo piso, muy cerca de la que ocupaba ella. No sabía si todavía continuaba allí y, por el momento, era mejor desconocer esa información. Se encontraba demasiado cansado para enfrentarse a una situación incómoda. Ya fueran lágrimas o gritos, no era el momento para descubrirlo, ni para llamar a su puerta y anunciar su regreso, pensó irónico. Con total seguridad, la señorita Holland le daría un buen gancho de derecha.

Y, en realidad, a Faith le hubiera venido muy bien descubrir que él había vuelto. Después de un día completo intentando reunirse con los líderes del movimiento Seleka, para saber en qué punto estaban las negociaciones de cara a la liberación de los niños soldado, toda tentativa había sido en vano. Faith solo quería estar presente en las entrevistas para formarse una opinión y ver cómo enfocar su reportaje. No pretendía intervenir, ni ser la que se dirigiera a ellos, pero no había sido posible acercarse y la frustración le salía por las orejas.

—Date una ducha, baja a cenar conmigo, duerme un poco y deja de preocuparte. Lo intentaremos otro día —la animó Jacob con su particular optimismo—. Cuando estés más calmada, encontrarás la manera de salvar este escollo, fiera. Mientras tanto... no te vendría mal un saco de boxeo, yo ya estoy cansado de aguantar tu mal humor.

—Me aguantas porque me quieres, Jacob. Y porque Milly te cortaría los huevos si me dejaras aquí, desprotegida —lo provocó, pinchando con un dedo sobre el pecho del fotógrafo—. Iré a hacer un poco de deporte en mi cuarto. Quizá decida acompañarte esta noche en la cena para continuar descargando mi mal humor contigo.

Le dio un cariñoso puñetazo en el hombro antes de marcharse y subió de dos en dos las escaleras hasta la segunda planta. Una vez en su dormitorio, se deshizo de la pesada túnica que había llevado durante todo el día y dobló con pulcritud el pañuelo con el que se había cubierto la cabeza al entrar en el PK5, el barrio más peligroso de la capital. La visita había comenzado con muy buenas perspectivas. Militares franceses los habían escoltado en su recorrido hasta la mezquita de Koudoukou. Allí, un imán les había explicado la historia del santuario y había depositado en ellos la tarea de informar acerca de la gran labor que realizaba la comunidad musulmana. Después de aquello, la milicia Seleka, vigilante en todo momento, había impedido que Faith y otra corresponsal francesa accedieran al recinto donde los líderes del movimiento esperaban la llegada de la prensa internacional.

—¡Que se vayan al cuerno todos! —masculló mientras disponía la esterilla

acolchada que utilizaba para hacer abdominales en el suelo.

Desde que Mat se marchó, había decidido hacer algo productivo con el tiempo libre. No tenía muchas oportunidades de ejercitarse físicamente, por lo que utilizaba los momentos de soledad para mantenerse en forma con ejercicios sencillos. Los preparadores habían insistido que la forma física era importante en caso de problemas, ya fuera para huir, para soportar inclemencias o para encajar los golpes, físicos y psicológicos.

Dos horas y una ducha más tarde, salió al pasillo en busca Jacob. No tenía ganas de cenar con nadie, ni de aguantar los relatos de aquellos que habían podido acceder a la información que, a ella, por ser mujer, le habían negado. Pero cuando llamó a la puerta con los nudillos, nadie respondió.

Deshizo el camino con una sonrisa mordaz. Jacob nunca había tenido paciencia cuando se trataba de comida, y lo imaginó con la servilleta al cuello y los cubiertos en la mano, aporreando la mesa del comedor para que le sirvieran la cena.

De pronto, todo sucedió tan rápido que no fue capaz de asimilarlo. El suelo del edificio dio una sacudida y las luces del pasillo parpadearon. Una nube de polvo blanco se desprendió de las placas de escayola del techo y la hizo toser con violencia. Otra sacudida, gritos procedentes de las plantas inferiores y confusión. Se obligó a mantener la calma y se refugió bajo el vano de la puerta más cercana. En ese momento se escuchó una explosión, los cimientos se removieron bajo los pies, la puerta en la que se apoyaba se abrió y cayó en los brazos de alguien a quien no esperaba volver a ver.

El tiempo se detuvo cuando Mat la tocó de nuevo; el aire, cargado de polvo y de cierto olor acre, se les quedó atascado en la garganta; la piel se erizó, los ojos de ambos se abrieron por la sorpresa y, como en el final del primer acto de una obra, las luces se apagaron y el hotel quedó sumido en la más desconcertante oscuridad.

[7] Con una población de 21 000 habitantes habita al norte de la República Centroafricana. (N. de la A.)

10.

—Es solo un apagón —susurró Mat, que no podía dejar de tocarla, por si al hacerlo desaparecía.

—Ya sé que es solo un apagón. Puedes soltarme —bufó Faith. Trató de alejarse de él sin éxito y gruñó cuando el agarre de Mat se hizo más intenso—. Tengo que ir a buscar a Jacob. ¡Suéltame!

—Ni hablar. No vas a salir ahora. Ni siquiera ves por donde pisas y no puedes pasearte por el hotel vestida con esa ropa. ¡Vas en pijama! ¿Es que no te enseñaron nada antes de venir a una zona en conflicto?

Ahí lo tenía de nuevo. Los reproches, el tono prepotente, el control y ese aroma que le embotaba los sentidos y la hacía perder la cabeza. También había regresado la preocupación y el áspero toque de las manos callosas acariciándola, como al descuido. No sabía decir qué era lo que más había echado de menos, pero estaba tan claro como la luz del sol que su corazón había permanecido muerto y volvía a latir acompasado con el de Mat.

—Sigo viva, es evidente. No necesito a nadie que me diga cómo hacer las cosas. Y ahora, si ya has dejado de manosearme, me gustaría ir en busca de mi amigo.

—No mientras continúe el apagón —decretó—. Puedes ponerte como quieras, pero no voy a dejar que salgas ahí afuera.

Hacía días que se había prometido a sí misma que, si lo volvía a ver, lo trataría con indiferencia. Él se había marchado, hacía casi veinte días de eso, y había dejado claro que aquella noche juntos no había significado nada. ¿A qué venía entonces tanta inquietud?

Tras varios parpadeos de las lámparas, la luz volvió. *Muy oportuna*, pensó Mat cabreado como un niño, y tuvo que soportar la ceja insolente de Faith, que le pedía espacio para salir de allí.

—Tema solucionado —concluyó ella con el pomo de la puerta entre los dedos. Se infundió calma y respiró hondo. No podía engañarse, lo había echado de menos, le había dejado tantos recuerdos en tan poco espacio de tiempo que por poco se ahoga en ellos. Era lo que tenían los lugares como aquel, cualquier emoción se duplicaba, las atenciones de una persona podían confundirse, los

sentimientos también. Era cruel por su parte que la mirara de esa forma tan intensa o que la hubiera acariciado como si jamás la hubiera dejado sola, pero Faith estaba curtida por las decepciones y no permitiría que le hiciera más daño. Ya había sufrido bastante—. Bienvenido de nuevo a Bangui, Mathew Parsons.

Mantuvo el paso firme en dirección a las escaleras. Tenía que encontrar a Jacob. Un empleado del hotel le informó de que las explosiones habían sido en el exterior, que el objetivo de los asaltantes no era el hotel y que todo el mundo estaba en perfecto estado. Eso la tranquilizó, pero la mirada del chico le recordó que iba en pijama.

Regresó a la habitación, cuidándose de no coincidir con Mat en el pasillo, y dio vueltas como una leona enjaulada, retorciéndose las manos. ¡Mathew Parsons era un idiota! ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Pretendía que se deshiciera en sus brazos después de veinte días? ¡Veinte días! ¡Que se fuera al infierno! Pero qué bien le había sentado el tiempo fuera de Bangui, reconoció para sí misma, avergonzada por unos pensamientos en los que no había lugar para la ropa. Se sentó en la cama y escondió la cabeza entre las rodillas. Estaba absolutamente perdida.

Unos bruscos golpes en la puerta la pusieron en pie y le erizaron el vello de la nuca.

—¿Faith? ¿Estás ahí? —la llamó Jacob con la voz amortiguada por la madera que los separaba.

¡Jacob! Se apresuró a abrir sin echar un vistazo por la mirilla. Estaba perdiendo facultades, pero lo más importante era asegurarse de que su amigo estaba en perfectas condiciones.

Sin embargo, a pesar de que el fotógrafo se encontraba allí, con una sonrisa cómplice, el que entró en tromba, como si lo persiguieran mil demonios, fue Mat, que no tardó en agradecer la colaboración de Jacob con un cabeceo y cerrar la puerta, dando un fuerte portazo.

—¡Sal de aquí! —gritó Faith, que ya no tenía motivos para conservar la calma—. No tienes ningún derecho... ¡Lárgate! ¡Fuera!

—Puedes gritar todo lo que quieras, no me voy a ir hasta que me escuches.

—¡No quiero escucharte! No tenemos nada de qué hablar.

—Sí que lo hay, Holland. Lo que pasó...

—¡No pasó nada! Hubo sexo y ya está. A veces pasa. ¡Supéralo, Parsons! ¡Y lárgate!

¿Superarlo? ¿Cómo iba a superarlo si ella se empeñaba en llevar ese pijama que no dejaba lugar a la imaginación? ¡Ni hablar! Soltó una carcajada y se cruzó de brazos y piernas contra la puerta. La recorrió con los ojos cargados de lascivas intenciones y se mordió el labio cuando Faith retrocedió, indignada. El

intenso rubor que le teñía las mejillas era tan delicioso como la película de sudor que brillaba en la frente, en el labio o en la nuez. Se estaba volviendo loco por recorrer con la lengua cada uno de esos maravillosos lugares, y otros muchos más que ya conocía. Si hubiera sido sexo y ya está, como afirmaba, no podría oler la excitación que desprendía. Había ido a pedir disculpas, pero había cosas más importantes que hacer en aquella habitación.

Avanzó unos pasos hasta la mesa donde estaba la mochila de Faith. Inspeccionó por encima el contenido, bajo la atenta mirada de su dueña, y ojeó un cuaderno que había a un lado.

—No toques mis cosas —gruñó molesta. La presencia de Mat era asfixiante. Cuando lo tenía cerca solo pensaba en tocarlo, así que era mejor que dijera lo que había ido a decir y se largase, antes de que las cosas se complicasen para ambos—. No tengo toda la noche. Habla.

Hablar era lo último que le apetecía, la verdad. Después de muchas noches sin pegar ojo, de un viaje infernal de regreso y de todas las preocupaciones que tenía en la cabeza, lo más adecuado hubiera sido que se fuera a dormir. Estaba exhausto, le dolía la espalda por culpa de los baches del camino y no había comido mucho en las últimas horas, pero que lo condenaran si tener delante a Faith Holland en pijama no le curaba todos los males.

—Lo lamento.

—¿Qué es lo que lamentas exactamente? ¿Haberme dejado como a una furcia después de una noche de sexo? ¿Haberme hecho creer que te importaba algo? ¿Haberte aprovechado de mí cuando más vulnerable era? ¿Haber perdido el tiempo con alguien como yo? ¡¿Qué lamentas?!

—Lamento no haberte dicho nada antes de irme —confesó tras unos segundos de silencio tenso. Se acercó a ella un paso al tiempo que Faith retrocedía—. También lamento no haberme despedido de ti como deseaba. Lamento, señorita Holland, haberme perdido el beso de la mañana, las palabras de deseo, tu imagen de...

—¿Mi imagen de... qué? —se le escapó, excitada por los susurros. La espalda dio contra la pared y se encontró acorralada.

—Tu imagen de extasiada, de saciada, de lujuria, de deseo, de más... —Se acercó tanto a ella que los labios de Mat susurraron directamente contra los de Faith—. Esa imagen que me ha torturado durante estas semanas y que no tengo intención de perderme jamás mientras sigas en este maldito país.

—Eso no volverá a pasar —dijo, con tanta inseguridad, que la voz se transformó en un graznido y el temblor de los labios la delató.

—Júramelo, maldita sea, júramelo...

La tomó por la nuca para evitar que se apartara y la besó con rudeza. No se

anduvo con delicadezas, ni perdió el tiempo degustando la humedad de la lengua, que respondió a los embates en cuanto se vio presa. Mordió y succionó el labio inferior del mismo modo que haría más tarde con las cimas de los pechos, que en ese momento pellizcaba sin importar la tela que los cubría, y cuando Faith abrió la boca para jadear y tomar el aire que no le llegaba a los pulmones, Mat se pegó por completo a su cuerpo y le dejó notar cuánto la había echado de menos.

—Júrame que no va a volver a pasar y me detendré —la retó mientras se arrodillaba delante de ella y le besaba el abdomen. Olía tan bien que fue imposible no hincarle el diente y hacerla estremecer—. Dime que pare, Faith, o no podré detenerme —insistió, levantando la camiseta para lamer alrededor del ombligo.

No podía hacerlo. Detenerlo hubiera sido como privarse del aire para respirar. Lo tenía sometido ante ella, esperando un consentimiento que no necesitaba. Los besos la estaban derritiendo, notaba la humedad mojando el pantalón y seguro que él también lo hacía. Sabía cómo ponerla entre las cuerdas y llevarla al extremo. Sabía cómo ganar.

Enredó los dedos en el pelo de Mat y tiró de él para mirarlo a los ojos. Ambos siseaban y temblaban de puro placer, pero él no proseguiría si ella no consentía.

—Dime qué es lo que quieres. —Deslizó las manos por los muslos y la sintió temblar. Era tan suave, tan hermosa, que no entendía cómo la había dejado sola. Se le secó la boca cuando Faith se humedeció los labios y deseó, como nunca, que el tiempo se detuviera en esa misma imagen.

—No quiero que pares —gimió.

—No lo haré.

Veneró el cuerpo de Faith como si fuera la diosa de su religión. La adoró con la boca, bebió de ella hasta saciarse y la llevó de la mano hasta ese lugar que convierte la sangre en fuego y la carne en gelatina. Fue delicado pero exigente, intenso pero dulce, deseaba empaparse de su esencia, tatuarse en el alma el olor y el sabor de esa mujer para no volver a tomar la estúpida decisión de marcharse. Alejarse de ella, olvidar todo cuanto había sucedido y continuar el camino en solitario por poco lo mata. Las mujeres solo le habían dado quebraderos de cabeza y esta, en concreto, era un auténtico saco de problemas. Pero, cuando has probado la droga que te ha llevado más allá de las nubes, y has experimentado la tormenta en tu propio interior, es imposible no recordar los relámpagos cegadores que avivan tu sencilla existencia; imposible no sentir como el trueno late en las venas al cerrar los ojos; insoportable la satisfacción dibujando la sonrisa en tu propio rostro. ¿Cómo iba a olvidarse de ese cuerpo si había nacido para complacerlo? ¿Quién era él para rechazar lo que alguna fuerza divina le

había puesto en las manos?

Hicieron el amor durante horas, descubriendo, en el transcurso de la noche, tantas formas de darse placer que perdieron la cuenta al acabarse los dedos de ambas manos. La urgencia de los movimientos, cuando cayeron sobre la cama, necesitados el uno del otro, fue perdiendo intensidad hasta que amarse se convirtió en una sucesión de roces y alabanzas, colmadas de devoción, preparadas para memorizar cada centímetro de piel. Desnudos y empapados por la humedad del ambiente, se movieron con delicada languidez, arrancándose gemidos que quedaban ahogados por la erótica melodía de la piel contra la piel. Rodaron por la cama, enlazados por las sábanas, y entregaron el alma a cambio de unos pocos segundos más antes del amanecer. Ni siquiera cuando el agotamiento los arrulló entre los brazos, cesaron las miradas de anhelo, las caricias de aliento a las que se estaban convirtiendo en adictos o los succulentos besos que comienzan en los labios y se extienden por toda la piel.

—Te he echado de menos —musitó Mat hundiendo su boca en el pelo de ella cuando ya la creía dormida—. Te he echado de menos cada segundo de cada día.

Cuando la vibración del despertador de Faith la obligó a abrir los ojos, temió haber estado soñando como una noche más. Pero al deslizar la mano por la sábana, descubrió el cuerpo desnudo del hombre que había transformando su mundo. Dormía profundamente, imperturbable; la barba de varios días dulcificaba las facciones y el pelo, demasiado largo y alborotado, lo hacía parecer un náufrago . Le pasó las manos por el cabello y disfrutó con una caricia que se estaba convirtiendo en cotidiana. De pronto, un sentimiento profundo y primitivo la golpeó con tal intensidad que fue como si alguien hubiera extraído todo el oxígeno de la habitación. Ese gesto, tan sencillo e íntimo, era el que utilizaba para despertar a otro hombre, en otro tiempo. Un hombre que no regresaría jamás.

La culpabilidad vino después del desconcierto, y el arrepentimiento asomó la nariz a continuación, pero Faith no le permitió pasar. No se arrepentía de lo que había hecho, ni de lo que sucedió la primera vez. Aun así, todavía llevaba a cuestas un estigma del que no había podido desprenderse. El sentimiento de culpabilidad en lo que le sucedió a Darryl ponía cadenas a las alas de la libertad.

—Mat —le susurró en el oído—. Mat, tengo que marcharme.

Jacob la esperaba en la puerta del hotel, tal y como habían acordado el día anterior. La jornada no tenía nada de complicada y estaría de vuelta antes de que

cayera la noche en Bangui. Su amigo necesitaba tomar algunas fotografías de las cataratas de Boali, a una hora en coche de la capital. Para Faith no tenían demasiado interés, pero entendía la ilusión de Jacob por inmortalizar unas imágenes tan preciosas en plena selva virgen. A la vuelta, habían decidido pasar por una aldea de refugiados donde Ashanti se iba a desplazar ese mismo día con algunos médicos. Había mujeres embarazadas que estaban a punto de alumbrar a sus bebés y no tenían medios para acudir al hospital o a alguno de los centros de salud que todavía estaban en uso, en los barrios de la periferia. Recogerían a la ghanesa y regresarían al hotel, donde Faith esperaba que cierto periodista la hiciera olvidar los horrores que pudieran ver sus ojos, de esa forma tan especial que él sabía.

En silencio, se aseguró de tener todo lo que necesitaba para la jornada, se acercó a la cama y depositó un suave beso en la frente de Mat. Había viajado durante nueve horas y él mismo le había confesado que llevaba varias noches sin dormir bien. No le extrañó que ni se inmutara cuando, después de unos segundos de duda, lo besó en los labios tan calientes y complacientes. Se sonrojó al recordar algunos retazos de la noche pasada. Se había negado a pasar por la ducha para así mantener sobre la piel el velo de sensualidad que la cubría; notaba cierto escozor en los pechos al contacto con la ropa interior y los rincones más íntimos del cuerpo y de la mente palpitaban con violencia por el infinito placer al que habían sido sometidos. Era una forma perfecta de mantener el recuerdo de Mathew hasta el próximo encuentro.

Tomó de encima de la mesa un trozo de papel en blanco y le escribió una sola palabra: «¿*Cenamos?*». No quería que, al despertar, la sensación de abandono, la misma que la había mortificado a ella, empañara la preciosa realidad que empezaban a construir.

11.

—Últimamente, se te pegan un poco las sábanas, ¿no crees? —soltó Jacob nada más verla aparecer por las escaleras.

Faith le enseñó el dedo corazón con una gran sonrisa y arrancó carcajadas al fotógrafo, que la rodeó por los hombros y anduvo con ella hacia el exterior del hotel, donde Kwame debería estar esperando.

La jornada iba a ser tranquila, el tiempo en la República Centroafricana tocaba a su fin y, por unos instantes, la alegría y la emoción que se entremezclaban en el pecho de la periodista, se tambalearon. No era el momento para analizar qué sucedería cuando tuvieran que marcharse, pero después de los sentimientos recién descubiertos que albergaba por Mathew Parsons, Faith temió que su dicha se viera empañada por la irremediable sombra de la separación. Se estaba precipitando, se lo había repetido mil veces, jamás había vivido una situación como la que tenía entre manos y las dudas nunca eran buenas compañeras de viaje. En circunstancias como aquella, en las que los sentimientos se elevaban a la máxima potencia y el riesgo de perder a alguien era tan grande, se consideraba aceptable la intensidad con la que se vivían los momentos buenos. Pero no debía olvidar que eran sus emociones las que estaban en juego y Faith ya conocía el dolor de la pérdida y del vacío.

—¿Quién demonios es ese? —preguntó Jacob después de saludar a los soldados franceses, como cada mañana. Los pasos de ambos se ralentizaron hasta quedar parados en medio de la calle. El coche que los esperaba era el de Kwame, pero el hombre que les sonreía, apoyado contra la carrocería, no era el *fixer*.

—¡Amigos! ¡Americanos! —exclamó el hombrecillo, ataviado con una túnica de vivos colores y un sombrero de paja. El fino bigote que le cubría el labio superior y las espesas cejas negras, despertaron la simpatía de Faith—. Yo, primo de Kwame. Mi nombre, Jabir.

—¿Dónde está Kwame? —preguntó de inmediato Jacob, más serio de lo que nunca lo había visto Faith.

—Él enfermo, malo. Por la mañana llamó a Jabir para ayudar. Hombre serio en trabajo —les explicó el tipo, dándose palmadas en el pecho.

—Puedes marcharte, Jabir. Cuando Kwame se encuentre mejor continuaremos con el trabajo —zanjó Jacob.

—¡No! ¿Por qué? —le discutió Faith. Aquel hombrecillo parecía agradable y si Kwame lo había elegido para acompañarles, no debería suponer un problema. Solo iban de visita a Boali durante unas horas.

—No me gusta, Faith. —La llevó aparte, para que el extraño no escuchara la conversación, y enumeró las razones por las que no debían confiar en él—. Kwame no hubiera enviado a nadie en su nombre.

—¿Y cómo tiene el coche? ¿Cómo sabe quiénes somos? ¿No crees que su primo se lo ha pedido? Estás exagerando, Jacob. Además, o vamos hoy o no tendremos otra oportunidad de ver lo que quieres. No volveremos a organizar la agenda con todo lo que eso supone. Iremos a Boali, tomaremos las fotos que necesitas, pasaremos a recoger a Ashanti y regresaremos pronto. No perderé otro día solo por esto.

También a ella le parecía extraño que Kwame, acostumbrado al trabajo con corresponsales y cooperantes, se hubiera saltado la norma de precaución ante cualquier cambio. Pero el optimismo de Faith esa mañana no le permitía pensar en que algo malo pudiera ocurrir. Ashanti les había dicho que, en la estación húmeda en la que se encontraban, cualquier día era bueno para visitar las cataratas. El río M'bari vertía su abundante caudal en aquel salto maravilloso y el espectáculo era impresionante. Justo lo que necesitaba Jacob. Todo estaba bien, no había de qué preocuparse.

Jabir parecía conocer bien la tarea que debía desempeñar y en cuanto estuvieron sentados en el interior del GMC Jimmy y le dieron las indicaciones para partir, arrancó el coche y se pusieron en camino.

No habían recorrido ni diez metros cuando se detuvo y, con una amplia sonrisa, señaló a un niño que se escondía tras la esquina de un edificio.

—Mi hijo. Un momento parar. Esposa preocupada.

Ninguno de los dos puso impedimento. El *fixer* se apresuró hacia el pequeño, que no tendría más de ocho años, y se arrodilló delante de él para regañarlo. No escucharon la reprimenda, pero los gestos de Jabir dejaban clara la dureza que empleó. En el rostro impassible del pequeño no se movió ni un músculo. Atendió a lo que decía su padre y, cuando este acabó, levantó la mirada hacia el coche, dio media vuelta y desapareció corriendo entre las callejuelas de Bangui. Jabir, sonriente, regresó sacudiéndose las rodillas y, por fin, pudieron partir hacia las cataratas de Boali.

Dejaron atrás los caminos de tierra para adentrarse en la zona más selvática, con senderos de piedra y obstáculos que los impulsaban a un lado y otro del vehículo. Tanto Faith como Jacob, callados durante el trayecto, estaban

convencidos de que la hora de baches y calor extremo que estaban experimentando valdría la pena al llegar al lugar del que tanto habían escuchado hablar. Las cataratas de Boali eran un salto de agua de cincuenta metros, de una anchura extraordinaria, que albergaba un lago tan paradisíaco como peligroso. Jacob debía presentar un reportaje sobre rincones escondidos de la geografía africana a una revista de turismo de Seattle, que le pagaría una buena suma de dinero por aquellas fotos, y había estado retrasando el trabajo hasta casi el límite del viaje.

—No necesitaremos más que un par de horas, Jabir —anunció Faith cuando el *fixer* detuvo el vehículo en el lugar más próximo al que se podía acceder en él. El resto tendrían que hacerlo a pie—. Puedes esperar aquí o venir con nosotros. Como quieras.

—Quedaré, señora. Yo esperar aquí tranquilo.

Una nueva punzada de desconfianza aguijoneó la mente de Jacob. Escuchó las palabras de Jabir mientras observaba su expresión, los gestos, la forma en que se movía alrededor del coche para ayudarles con las mochilas. No había nada extraño en aquel comportamiento, y al mismo tiempo, todo parecía orquestado de manera programada, como si los planes de ese día hubieran sido estudiados al milímetro. Durante el trayecto no había podido quitarse esa sensación de encima y ahora, después de escucharlo, el recelo era aún mayor.

—Espero que estés aquí cuando regresemos. No me gustaría tener que volver a Bangui a pie —bromeó el fotógrafo para eliminar tensión. La gracia del comentario solo se dejó ver en una forzada sonrisa que no le llegó a los ojos y que provocó una mueca de desagrado en el *fixer*, que nadie más vio.

—¡Vamos, Allen! Nos espera un espectáculo precioso —gritó Faith cuando ya se dirigía al sendero que se abría entre la selva.

Después de unos minutos caminando, encontraron la escalera que hacía las delicias de los visitantes. Estaba tallada en la roca y simulaba una larga serpiente de intensos tonos color tierra. A esa hora temprana, cuando el sol todavía no había alcanzado su punto más álgido en el cielo, la afluencia de personas era escasa y la tranquilidad solo se veía enturbiada por el sonido embriagador del salto de agua. El calor en aquella altitud era mucho más denso, mucho más difícil de soportar con las ropas que llevaban, por lo que Faith decidió aligerar su vestimenta y disfrutar de la humedad del ambiente directamente sobre los brazos, antes de emprender el descenso hasta el lago.

—No deberías —le advirtió el fotógrafo.

—No lo soporto. O me quito esta ropa o moriré desecada como un lagarto —se quejó—. No sé cómo hay gente que puede aguantarlo. Prefiero mil veces..., no sé... ¿Alaska? El fuego de una buena chimenea, el frío, las románticas

nevadas...

—... las tuberías congeladas, el metro y medio de nieve, los osos...

Faith hizo un gesto para restarle importancia a todos los inconvenientes que Jacob continuaba enumerando y anduvo delante de él, con la cabeza bien alta, soñando con unas buenas vacaciones en el silencio de la invernal Alaska, arrebujada en el sofá, cubierta por una manta de lana, desnuda junto a cierto corresponsal medio escocés.

—Creí que sería menos comercial —se quejó Jacob, que señaló molesto el panel indicativo que había junto al inicio del recorrido—. Tenía la sensación de que veníamos a una zona de selva virgen.

—Y así es —le confirmó Faith, que se empleaba a fondo para comprimir la túnica dentro de la mochila, donde ya no cabía ni un suspiro. Ninguno de los dos se dio cuenta de que, al hacerlo, el brazalete de prensa que llevaba adherido a la manga, se había desprendido y quedaba olvidado tras ellos—. Te noto de un humor demasiado oscuro, por no decir que pareces un viejo cascarrabias con almorranas.

—Y tú parece que hayas desayunado batido de *Winnie the Pooh*. No estoy acostumbrado a verte tan...

—¿Feliz?

—¿Eres feliz? —Se detuvo para mirarla a los ojos y comprobar que decía la verdad. Era cierto que jamás había visto ese lado risueño y despreocupado de Faith, pero no creía que el cambio, de la noche a la mañana, fuera demasiado bueno para su salud mental.

—Sí, ¿por qué no? —Se encogió de hombros y levantó las cejas a modo de interrogante.

Si ser feliz era sentir un constante cosquilleo en el estómago, unas ganas irrefrenables de dar saltos y no poder evitar que la sonrisa se le dibujara en el rostro al pensar en la noche que había pasado, sí, era tremendamente feliz. Tal vez fuera porque en aquel país, en tiempos de guerra, las cosas se sentían de forma diferente, o porque Mathew Parsons era el único hombre a aquel lado del ecuador por el que ella pudiera sentirse atraída. Era cierto que llevaba tanto tiempo sin estar con nadie que las dos noches con Mat le habían parecido milagrosas, pero ¿y si solo era una falsa ilusión? Iba a tener que emplearse a fondo para descubrir si lo que latía en el pecho, con ímpetu, con deseo, contra la razón, era algo más que una quimera del destino.

—¿Y qué hay de Parsons? —preguntó como al descuido, evitando encontrarse con los ojos de Faith que, a buen seguro, lo estarían apuñalando.

—¿Qué pasa con Parsons?

—¡Oh, vamos! ¿Crees que soy tonto, Holland? Vi cómo te miraba, y cómo lo

mirabas tú a él. Te recuerdo que fui yo quien le facilitó el acceso a tu habitación y ni siquiera me lo has reprochado esta mañana.

—Me gusta Mat. ¿Contento? —confesó un tanto molesta por el rumbo que había tomado la conversación—. Pero no padezcas, sé que no tengo nada que hacer. En cuanto terminemos aquí, nosotros volveremos a Seattle y él se quedará, o se irá a alguna otra parte donde haya guerra. Estoy a salvo —mintió con descaro, y rezó para que Jacob no se diera cuenta del malestar que le habían provocado sus propias palabras.

—¿Te has acostado con él?

—¡Jacob! ¿Te pregunto yo acaso cómo te lo montas con Milly? —contrató con un leve puñetazo en el brazo—. Además, ¿qué importancia puede tener eso? Aunque lo hubiera hecho, seguiría sin significar nada.

Ni por un segundo se tragó aquella absurda respuesta de Faith. El cambio que había experimentado desde que llegaran a Bangui tenía mucho que ver con Mathew Parsons. Solo esperaba que el corazón soportara la separación, la distancia y la ruptura definitiva de lo que hubiera podido surgir entre ellos. No imaginaba al corresponsal haciéndose cargo de una casa, con dos niños correteando por el jardín, y preparando barbacoas para los vecinos y amigos, los domingos de verano. No parecía el tipo de hombre que se enamoraba y lo dejaba todo para seguir a una mujer al fin del mundo. Tenía aspecto de ser un buen tipo, se atrevería a afirmar que lo era, en realidad, pero los aventureros como él se aferraban al tiempo del mismo modo que los pequeños árboles que crecían entre las rocas de la cascada: en cuanto pasaba el momento, se desprendían con la corriente y viajaban sin rumbo hasta encontrar una nueva piedra en la que enredar las raíces. Faith necesitaba estabilidad, alguien que se despertara a su lado cada mañana y regresara junto a ella al finalizar el día. Faith necesitaba a alguien como lo fue Darryl, tierno, sensible, con un punto bohemio, pero sedentario, y con mucha paciencia para curar heridas que tardaban una eternidad en sanar. Y Mat no era ese alguien.

—¡Mira! El sendero que lleva al lago —indicó Faith con entusiasmo.

Jacob apartó los tristes pensamientos y dejó en manos del destino el futuro de su querida amiga. Faith no moriría por un nuevo corazón roto, de eso estaba convencido. Era más probable que se la comiera un cocodrilo en aquel lugar. Le hizo gracia el cartel que advertía a los turistas de no entrar en las aguas. El aviso le restaba emoción a la visita, pero, era de agradecer.

El estado de ánimo de Faith, eufórico, ilusionado, despertaba nuevas emociones que se le adherían a la piel gracias a la humedad, y a los recuerdos de la noche con Mat. Levantó la cabeza y cerró los ojos mientras los finos rayos del sol que se colaban entre el denso follaje le acariciaban el rostro. El sonido de las

cataratas sirvió de pantalla natural a cualquier otro ruido que perturbase el momento; la vegetación tropical, alta, espesa, de amplias hojas cargadas con la pureza del rocío, cautivó los sentidos de Faith y la invitó a girar sobre sí misma para admirar los detalles más impresionantes de la naturaleza. Avanzó por el sendero, en pos de Jacob que, entusiasmado, inmortalizaba cada lugar con su cámara. Los pasos, amortiguados por la mullida alfombra de hierba y musgo, la trasladaron a tiempos lejanos, cuando Darryl y ella descubrían lugares de ensueño y se hacían promesas a media voz, enamorados.

Se llevó las manos al pecho, asustada, y tomó una fuerte bocanada de aire. ¿Desde cuándo no le causaba dolor pensar en Darryl? Había estado tan ocupada las últimas semanas intentando olvidar la marcha de Mat que su mente había zanjado por ella viejas batallas. Dejó la mochila en el suelo y rebuscó en los bolsillos exteriores. Guardaba una foto en uno de ellos que no había mirado desde la llegada al país. Cuando la tuvo en la mano, no sintió esa ansiedad que la sobrecogía al saber que jamás lo volvería a tener cerca, ni experimentó la intensa presión en la garganta, ni las ganas de llorar... Solo calma, tan abrumadora y ensordecedora como la que se respiraba allí.

—¿Estás bien? —le preguntó Jacob, que se había preocupado al verla arrodillada.

Asintió con decisión. Jamás olvidaría a Darryl, lo querría siempre, pero el alma de Faith estaba en manos de otra persona ya, y había llegado el momento de seguir viviendo.

Cuando la zona comenzó a llenarse de turistas y ya resultaba imposible sacar una buena foto sin que apareciera alguno de ellos por medio, emprendieron el regreso al coche, donde Jabir los esperaba.

—Tenemos que pasar por el campamento de refugiados que hay al este de Bangui —le indicó el fotógrafo, que desplegó un mapa de la zona y le indicó al *fixer* por dónde se encontraba.

Pero Jabir ni siquiera miró el punto que le señalaba. Arrancó el vehículo con mucha brusquedad, miró con recelo por el espejo retrovisor y emprendió la marcha por el abrupto sendero que los había llevado a las cataratas.

Media hora más tarde, Faith y Jacob se lanzaban miradas interrogantes. Ya deberían haber alcanzado el camino principal y, sin embargo, continuaban por sendas estrechas por las que no había señales de tráfico.

—Por aquí no hemos pasado antes —señaló Faith, que quiso sonar entera, aunque era complicado no mostrarse preocupada—. ¿A dónde vamos?

—No gusta carretera principal, señora. Coche potente, coche bueno. Puede ir bien por caminos. Llegaremos pronto.

Tan solo diez minutos después, y sin previo aviso, Jabir se detuvo en un cruce

de pistas y aguardó nervioso, con las manos sobre el volante, tamborileando con los dedos.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó Jacob, inquieto. Cada vez tenía más claro que ese hombre no era trigo limpio. Al mirar a Faith, comprobó que compartían esa opinión. La situación estaba resultando demasiado extraña y eso no era bueno en ningún sentido.

—¿Qué hacemos aquí?

El alivio se dibujó en el rostro del *fixer* cuando escuchó el sonido que estaba esperando. Se apeó del coche, ante la estupefacta mirada de sus ocupantes, y anduvo un par de pasos hasta que un *jeep* apareció por la senda y se paró delante de él. Un camión militar completaba la comitiva. Al instante, una docena de hombres armados con AK-47 y otras armas de asalto, descendieron de la parte trasera del camión y rodearon el coche donde Faith y Jacob se temían lo peor.

—Recuerdas lo que hay que hacer en esta situación, ¿verdad? —musitó el fotógrafo, actuando con celeridad. Abrió el bolsillo de la mochila que contenía las tarjetas de la cámara, con las fotos que había realizado en los campamentos de ambas milicias, y las destrozó con los dedos. Ya las había enviado a Garland y su intención la noche anterior había sido borrarlas, pero con la explosión del depósito de combustible que había sacudido los cimientos del hotel y el pequeño apagón que vino a continuación, lo había olvidado—. ¿Faith? Mírame, Faith. Tranquila. Respira, y no dejes que el pánico te domine.

¿Respirar? No podía respirar. Aquello no era un control, no era algo rutinario de lo que pudieran salir airosos. Aquello era una emboscada, una trampa orquestada por el hombre que saludaba a la milicia con afecto y abrazaba a los tipos que acababan de salir del *jeep*.

—Seleka... —murmuró al leer las letras que acompañaban el pequeño escudo que uno de los combatientes lucía con orgullo en la manga—. Oh, Dios mío, son Seleka.

Faith se llevó la mano al brazo para indicarle a Jacob dónde lo había leído, cuando se percató de que no llevaba el brazalete de prensa. Tampoco se había vuelto a poner la túnica que tanto calor le había dado en las cataratas, por lo que su aspecto, con aquella camiseta de tirantes y los pantalones negros, distaba mucho del que debía ofrecer. Forcejeó con la cremallera de la mochila para extraer la túnica y cubrirse un poco, pero en ese momento, la puerta se abrió, y un par de manos tiraron de ella hasta que dio con la espalda en el suelo.

—¡Soy periodista de los Estados Unidos! —declaró, en perfecto francés, en cuanto los cañones de las armas la señalaron—. Pueden comprobarlo en mis credenciales. Soy periodista de los Estados Unidos de América.

Al otro lado del coche, Jacob mantenía la misma conversación unilateral con

los soldados que lo zarandeaban, con idéntico resultado. Tomaron los macutos y los vaciaron en medio del camino. Saquearon lo que les interesó y desecharon el resto, destrozando todo aquello que pudiera servir para indicar el lugar donde habían sido capturados.

Uno de ellos, el que parecía llevar la voz cantante, ataviado con una boina granate que le cubría la cabeza rapada, se acercó a Faith y la tomó del pelo con violencia. Le preguntó algunas cosas en un idioma que no entendió, aunque si tuviera conocimientos, tampoco hubiera dado muestras de comprensión. Había leído muchos testimonios y hablado con muchos compañeros de la profesión como para conocer de primera mano qué métodos utilizaban aquellos insurgentes para descubrir espías entre los corresponsales de guerra.

Pero la expresión de desconcierto en el rostro de Faith no los convenció y, tras arrastrarla junto a Jacob, pasaron a la siguiente prueba.

Ambos vieron que algunos de ellos sonreían y reposaban el peso de los cuerpos sobre los AK, apoyados en el suelo. Parecía como si estuvieran contemplando un espectáculo y la atracción central fueran ellos. Formaron un semicírculo alrededor mientras dos hombres les ataban las manos a la espalda con bridas de plástico, que cortaban como afiladas dagas. A continuación, un golpe en las piernas hizo que Jacob cayera de rodillas con un gruñido.

No te dejes dominar por el pánico. Controla el pánico..., se repitió Faith, una y otra vez, al borde de la desesperación. Un joven soldado se acercó a su amigo y lo roció con el líquido de una botella hasta que quedó empapado de pies a cabeza. El fotógrafo cerró los ojos con fuerza y su respiración alterada se vio acompañada al instante de cientos de gotas de aquel fluido, que salían despedidas con el aire que escapaba entre los labios. El líder del grupo se acercó a Faith de nuevo y la tomó de las mejillas, presionando con los dedos, antes de pronunciar, despacio, las mismas palabras que no había entendido la primera vez.

—No sé qué quieres —sollozó muerta de miedo.

No se podía imaginar lo que aquel salvaje estaba a punto de hacer. La obligó a mirar hacia Jacob, de rodillas delante de ella, y del bolsillo del pantalón militar extrajo un mechero plateado, que destelló con la claridad del día.

—¡¡No!! —gritó cuando entendió qué se proponía. Se revolvió histérica, dejó atrás cualquier conocimiento sobre la forma de comportarse en presencia de bandas armadas, y repitió una y otra vez que eran periodistas americanos, que estaban cometiendo un error.

Las risas de los hombres se hicieron más estridentes, el círculo se estrechó entorno a ellos y el cabecilla chasqueó la piedra del encendedor hasta que logró mantener una llama alta y oscilante.

—¡Somos periodistas americanos! ¡Somos periodistas americanos! —gritó una última vez antes de que la mano de aquel desalmado llevara el fuego al pecho de Jacob.

No pudo soportar la impresión de lo que iba a suceder. No había mente humana que procesara la imagen que los ojos se negaron a ver y, un segundo antes de que ejecutaran a su compañero y amigo, la oscuridad se cernió sobre ella y se desplomó sobre los pies de su secuestrador. Rota.

12.

El dulce olor de un ángel, el calor de una mano que repasa con su caricia la línea de la espalda, el sonido de un suspiro que eriza el vello de la nuca, la mágica sensación de un beso en los labios y el chasquido de una puerta que se resiste a cerrarse con insidiosa lentitud. Mat abrió los ojos de pronto y se incorporó en la cama, desorientado. La resaca del sueño le impedía procesar el lugar con claridad. Miró el espacio vacío a su lado y se dejó caer de nuevo sobre la almohada. Ya recordaba dónde estaba y con quién había compartido las sábanas.

—¿Faith? —la llamó, pero todo indicaba que había abandonado la habitación. La mochila no estaba, pero los objetos personales continuaban en el mismo sitio, ordenados, señal más que suficiente de que debía regresar.

Sonrió complacido y se llevó las manos a la cara para frotar los ojos con fruición. Ni siquiera se sentía desilusionado por no haber disfrutado de un merecido despertar a su lado. Tenía la intención de amanecer junto a ella cada día, tanto tiempo como fuera posible. Todavía boca arriba sobre la cama deshecha, estiró una mano para llevarse la almohada de Faith a la nariz. En ella estaba impreso el aroma femenino que le colapsaba los sentidos y avivaba intensas emociones. ¿Cómo había sucedido? ¿En qué momento había dejado caer las defensas para rendirse? Creía tener claras las preferencias, jamás se había visto en una situación tan comprometida, jamás había antepuesto los sentimientos al trabajo. Pero tal vez había llegado el momento de cambiar.

Dos semanas atrás el discurso le sonaba diferente. Nada de relaciones con Faith Holland, nada de obligaciones, nada de atenciones más allá de las estrictamente necesarias por el trabajo que compartían. Él no era lo que las mujeres como Faith esperaban de un hombre, no se comprometía, no perseguía un futuro apacible, ni se veía fuera de la primera línea de la información. La vida de Mat requería adrenalina, intensidad, emociones fuertes, los ingredientes que dotaban a sus historias de interés y que lo convertían en un referente. Ese había sido el mantra mientras recababa información en Bamingui, se lo repetía noche tras noche hasta caer rendido, hasta lograr sacarla de los pensamientos.

Y, sin embargo, solo ella tenía el poder de hacerlo dormir con los dos ojos cerrados, de despertar sus instintos de protección, de sentirse, por una vez en la

vida, el protagonista de una batalla, tan intensa como las que cubría cada día y tan poderosa que podía destrozar todo su mundo con una sola palabra.

Jamás había tenido tanto miedo de viajar a lo desconocido.

La mano rozó un pequeño trozo de papel entre las sábanas y volvió a sentarse. «¿Cenamos?», leyó para sí mismo, complacido por la iniciativa. Deseaba disfrutar de la compañía de Faith a cada instante y, aunque una cena no era lo que tenía en mente, reconoció que era lo más adecuado. No sabía nada de esa mujer y el cuerpo le pedía conocerlo todo de ella. También le pedía volver a besarla, a hacerle el amor de forma salvaje para luego demostrarle la delicadeza con la que era capaz de tratarla. El día se le haría interminable esperando ese momento, pero tenía cosas importantes que hacer, información que comunicar, datos que procesar, y ya había remoloneado suficiente.

Una hora más tarde, después de una reparadora ducha de agua fría, tomó el portátil y bajó al comedor del hotel. No le gustaba en absoluto realizar el trabajo en los espacios donde cualquier pudiera ver a qué dedicaba el tiempo, pero no podía permanecer encerrado. Sin estar presente, ella continuaba siendo la peor de las distracciones y, además, tenía hambre. El mediodía había pasado ya, pero seguro que en la cocina del hotel había algo que le aplacara el apetito hasta que Faith regresase.

Mat era muy meticuloso con la transmisión de información, con el cifrado de los datos y con la seguridad de las cuentas que usaba. Tenía mecanismos de detección de intrusos digitales, cortafuegos, sistemas de destrucción de información y un complejo programa, cortesía de cierto organismo gubernamental, con el que era prácticamente imposible acceder a las tripas del ordenador. Aun así, le costaba trabajar a la vista de todo el mundo, pero ese día estaba de un humor especial.

—¿Desea beber algo, señor? —le preguntó el camarero.

—Agua embotellada y me ha parecido escuchar en recepción que el cocinero ha preparado hoy *maafe*[\[8\]](#). No habrá quedado un poco para este moribundo, ¿verdad? —No apartó los ojos de la pantalla del ordenador. Se había sentado en una mesa pegada a la pared del fondo, en el extremo más alejado de la puerta, desde el que podía controlar todo el salón. La disposición de la decoración lo hacía a él casi invisible.

—Por supuesto que sí, señor. Déjeme decirle que nuestro cocinero hace el mejor de todo Bangui.

—Bien, pues tomaré *maafe* y el agua embotellada.

En cuanto el camarero se marchó, envió la información de Bamingui a Washington y esperó hasta que el mensaje del cifrado le dijo que se había transmitido de forma satisfactoria. Luego, abrió otra ventana del navegador y

tecleó dos palabras: *World Now*. Le picaba la curiosidad sobre el cambio que la revista estaba experimentando. Cuando trabajó para ellos, y Garland acababa de llegar a la redacción como jefe, los temas que trataban las páginas de *World Now* eran de interés para la comunidad científica, para el mundo de las letras y para la política internacional. Mat hizo varios reportajes para ellos sobre la insurgencia islamista en Nigeria, en 2009, y sobre la guerra civil en Siria, dos años más tarde. Pero, poco a poco, el presupuesto para contratar *freelancers* que cubrieran la actualidad internacional fue reduciéndose a la mínima expresión y, lo que vendía, el día a día de las personas, los problemas caseros y la crisis económica, se fue quedando con las páginas que colmaban los kioscos de prensa.

Jacob Allen le había informado acerca de los nuevos aires que se respiraban en la redacción que dirigía Buchanan, y su curiosidad se desató, hasta el punto de considerar el regreso a Seattle. Le gustaba el tiempo lluvioso de aquella ciudad, pero ahora había algo allí que le agradaba mucho más.

—¡Estás ahí! —le gritó Ashanti mientras se acercaba a paso ligero—. No tenía ni idea de que habías vuelto ya.

—Estás hecha un asco, Ash. ¿De dónde vienes así? —le preguntó sin perder detalle de la suciedad que ennegrecía el pañuelo del cuello. La túnica presentaba un aspecto tan desolador que, incluso el camarero, la miró con repulsa—. ¿Qué son esas manchas de ahí? ¿Sangre?

—Algo así, no quieras saber el día que he tenido. Y tus paisanos americanos no han contribuido a que mejore.

A Mat se le encendió la mirada y levantó la cabeza para otear la entrada del hotel. Si Faith había vuelto ya, no sabía qué diablos hacía perdiendo el tiempo con Ashanti.

—¿Dónde están?

—¡No lo sé! Se suponía que iban a pasar por el campo de refugiados donde estaba para recogerme y, al final, he tenido que subirme a un camión para que me trajera lo más cerca posible.

Eso no sonaba bien y no le gustó la punzada de advertencia que notó en la nuca. Bombardeó a Ashanti con un millón de cuestiones mientras la joven daba buena cuenta de la comida que el camarero acababa de ponerle delante. Él no sería capaz de probar bocado hasta que no viera a Faith cruzar la puerta.

—¿Puede ser que se hayan perdido? —le preguntó después de escuchar los planes que habían hecho.

—¡Imposible! El campo de refugiados está muy cerca del poblado de Kwame. Desde las cataratas de Boali se tarda poco más de una hora en llegar. —El camarero retiró el plato de *maafe* y preguntó si querían algo más. Ashanti lo despachó con un movimiento seco de la mano y volvió a centrarse en la

conversación. Mat parecía nervioso y le contagió la preocupación—. Es más probable que se hayan olvidado. No creo que debamos preocuparnos. Seguro que aparecen en unos minutos.

No fue a los americanos a quienes vieron entrar por la puerta del salón, una hora más tarde, sino a Thabo, que con sus diminutos ojos oscuros escudriñó la estancia en busca de Mat. Cuando lo localizó, avanzó hacia él de forma atropellada, sin importarle las mesas que golpeaba ni lo que se rompía al caer al suelo.

—Thabo, ¿qué pasa? —Tanto él como Ashanti se pusieron en pie al percibir el estruendo y esperaron a que el guía controlara la respiración.

—¡Kwame! —gritó, incapaz de tomar una larga bocanada de aire.

—Siéntate, Thabo. Y cálmate, por favor —le pidió con cariño la ghanesa. Pero él negó repetidas veces y sacudió la cabeza para encontrar el valor necesario antes de comunicar lo que había pasado.

—¡Habla, maldita sea! ¿Qué ha pasado con Kwame? —exclamó Mat, que se temió lo peor al ver el estado de su amigo.

—Kwame está muerto.

—¿Cómo que está muerto? ¿Qué demonios quiere decir eso? —voceó de nuevo incrédulo. Si lo que decía Thabo era cierto, entonces... No, era mejor no pensar en qué pasaría si fuera el caso—. ¿Dónde están Faith y Jacob? ¡¿Dónde?! —Tomó de los brazos al hombrecillo y lo sacudió como si fuera un simple muñeco de vudú. El espectáculo estaba llamando la atención de demasiados curiosos y algunos corresponsales que se hospedaban en el hotel ya tenían activadas las antenas al ver al gran Mathew Parsons perder los nervios.

El nudo que le apretaba la garganta cuando tragaba se hacía cada vez más estrecho. Kwame era el *fixer* de Faith, debía estar con ella. Él era quien conducía el coche, quien servía de intérprete, el que velaba por una parte de su seguridad. Si era cierto que estaba muerto, había muchas posibilidades de que ella y Jacob también lo estuvieran.

—¿Dónde ha sido? ¿Cómo? ¿Quién te lo ha dicho?

—Lo encontraron en el límite con el distrito tres, cerca de Castor. No sé mucho más. Esta mañana llevaron el cuerpo a la casa familiar y uno de mis primos vino a avisarme. No quise decir nada antes de comprobar si era cierto...

—Thabo, eso no tiene sentido —declaró alterado—. Kwame ha ido esta mañana a Boali con Faith y Jacob. ¡No puede estar muerto! ¿Dónde están ellos si lo que dices es cierto? ¿Dónde, maldita sea?

El rumor de la muerte del guía se extendió como la pólvora. Dieron las seis de la tarde, el sol cayó con una rapidez pasmosa y las sombras se adueñaron de los alrededores del hotel, como alimañas al acecho, mientras Mat continuaba

anclado a la puerta. Durante horas se obligó a mantener la calma, a creer que llegarían en cualquier momento, pero no hacía más que engañarse. Nunca olvidaría el trágico momento en que fue consciente de que las esperanzas habían dejado de ser algo sólido a lo que agarrarse. No iban a volver.

Había llegado la hora de hacer sonar las alarmas.

A muchas millas de allí, en la redacción de *World Now*, su redactor jefe, Garland Buchanan experimentaba una crisis de ansiedad que le obligó a aflojarse el cuello de la camisa y a tomarse un par de calmantes antes de activar el protocolo de seguridad. Todavía mantenía la esperanza de que Faith se hubiera retrasado con el contacto diario, que le hubiera sido imposible por una falta de... ¡de lo que fuera! Todavía creía que llegaría la conexión.

Pero cuando el teléfono sonó en el despacho y el contacto de Jacob informó de la falta de comunicación con el fotógrafo, Garland se llevó las manos al pecho y el dolor acabó con la entereza que le quedaba. Cayó al suelo y asumió la gravedad de un infarto que se veía venir.

No sabía nada de ella. No sabía si se encontraba perdida o permanecía retenida. Si estaba viva o muerta.

Después de una noche sin dormir intentando hablar con Garland Buchanan y chocando contra un muro informativo a cada dos pasos, bajó al comedor para ver si el café de la mañana le despejaba las ideas y le daba una solución. Su contacto en el Comité para la Protección de los Periodistas, en Nueva York, le había asegurado que harían todo lo posible por encontrar algún indicio del supuesto secuestro de Faith y Jacob. Reporteros sin Fronteras había pedido información que no estaba a su alcance. No conocía a sus personas de confianza, ni las circunstancias en las que habían desaparecido, solo recordaba haber escuchado a Allen decir algo acerca de las cataratas de Boali hacía dos semanas, dato que Ashanti había confirmado.

Buscó el perfil de Faith en las redes sociales y no encontró nada. Todo borrado, ninguna información familiar, nada disponible a lo que pudieran aferrarse en un posible secuestro, porque él no tuvo duda de que eso era lo que había pasado.

—¡Se fueron con otro *fixer* en el coche de Kwame! —Thabo interrumpió sus pensamientos y detuvo la taza de café a medio camino entre la mesa y los labios

de Mat. El viejo congoleño arrastraba de malas formas a un empleado del hotel hasta detenerse a pocos pasos de donde él desayunaba—. Dice que los vio subir al coche de Kwame, pero no era quien conducía.

—¿Y quién era? —preguntó mientras la taza volvía a reposar sobre el plato con lentitud y los ojos brillaban de terror ante esa nueva revelación.

—No lo sé, señor. Yo solo vi que no era el habitual. Estaba fumando fuera y ellos subieron al coche. No había visto al hombre nunca, no sabría decirle...

—No importa —lo interrumpió—. Gracias. —Sacó de su bolsillo un billete de mil francos centroafricanos y se lo tendió para agradecerle la información. No le serviría de mucho, pero al menos a las autoridades de Bangui les interesaría saber que alguien había matado al *fixer* para suplantar su identidad y secuestrar a la pareja de corresponsales.

—Sigues creyendo que están vivos, lo veo en tus ojos —murmuró Thabo, después de ver cómo el empleado del hotel se marchaba con una sonrisa.

—Voy a encontrarla. No dejaré que pase un infierno en este país de locos.

—¿Por qué? ¿Qué tiene esa mujer de especial? Estoy seguro de que no es la primera vez que desaparece un periodista de tu entorno. ¿Por qué vas a echar a perder todo lo que tienes por ella y el fotógrafo?

No tuvo respuesta para las preguntas del guía. Era cierto que había pasado en otras ocasiones y siempre había dejado que fueran los gobiernos, las organizaciones y las ONG las que se hicieran cargo. Pero en este caso no podía esperar, no cuando el miedo se acentuaba con cada segundo que no la tenía cerca. Esto no era una carrera de fondo para ver quién resistía más, era una maldita persecución contrarreloj, y alguien le llevaba demasiada ventaja. Tendría tiempo para analizar qué estaba pasando en él y poner un nombre al sentimiento que golpeaba con rabia contra el pecho, pero primero había que encontrarla viva, y ponerla a salvo. Al precio que fuera.

—¿Por qué? —se preguntó bajo la atenta mirada de Thabo—. Por lo mismo que no tratamos de detener el cauce de un río furioso, amigo, ni la estampida de búfalos en la sabana, ni el rayo que ilumina las noches de tormenta... —respondió Mat utilizando los versos de un desconocido poeta escocés.

—Pero eso son cosas inevitables. No puedes controlar los fenómenos de la naturaleza —advirtió el *fixer*.

—¿Acaso puedo yo controlar lo que siento?

—¡Quiero hablar con Garland Buchanan, señorita! Es un asunto de vida o

muerte. ¡Garland Buchanan! —le gritó a la operadora de *World Now* después de varios minutos en espera. Si supieran lo complicado que resultaba establecer una conexión segura transoceánica, no lo tendrían allí plantado como a un pasmarote, mientras el tiempo corría en contra.

La misiva que había despachado hacía un momento a través de la cuenta de correo electrónico blindada, había llegado al destinatario según el chivato del sistema. Esperaba que surtiera mayor efecto que cualquiera de las acciones emprendidas desde que se había hecho oficial la desaparición de Faith A. Holland y Jacob Allen. La prensa internacional ya se hacía eco de la noticia a pesar de que ninguna de las dos facciones militares que dominaban el territorio se atribuían el secuestro.

Con la opinión en contra de Thabo, había concertado un encuentro con Bene, líder de la mayor sección anti-Balaka. Si su grupo era el culpable del secuestro de Faith tendría un serio problema, un grave conflicto de intereses que solventaría de inmediato. Si eran los Seleka quienes habían apresado a los americanos, no sería un problema, sino una sentencia de muerte. Ser un corresponsal empotrado en una de las partes suponía renunciar al beneplácito de la otra, y eso lo convertía en enemigo declarado de la milicia musulmana.

La estridente musiquilla de la llamada en espera que sonaba en su oído se interrumpió de pronto y se hizo el silencio más absoluto. Mat prestó atención a los ruidos que le llegaban desde el otro lado del mundo y estuvo a punto de gritar de desesperación ante la incompetencia de algunas empleadas. En cambio, a miles de millas de allí, sujetando el teléfono con excesiva presión, Garland Buchanan contenía las emociones antes de hablar con el hombre que, con tanta insistencia, había tratado de localizarlo.

—¿Parsons? ¿Es usted? —preguntó, destrozado por una espera que prometía alargarse cada vez más.

—¡Buchanan! ¡Por fin! Estoy a punto de volverme loco.

—¿Qué desea, Parsons? Le aseguro que no me pilla usted en un buen momento. —Una enfermera del hospital en el que se encontraba ingresado le frunció el ceño al verlo con el teléfono pegado a la oreja. Había sufrido un infarto hacía 42 horas, pero a él parecía no importarle. En realidad, así era. Mientras su yerno y su mejor reportera estuvieran secuestrados no podría descansar.

—Lo entiendo, créame. Sepa que estoy moviendo cielo y tierra por encontrar algo que me lleve a ellos. No puedo imaginar...

—¿De qué me habla, Parsons? ¿Qué demonios sabe usted?

—Le hablo de Faith Holland y Jacob Allen, del secuestro. Necesitaba hablar con usted para saber qué pasos están dando. ¿Han podido saber algo más? Si se

reestablece la embajada en la ciudad yo podría...

—Mathew... —suspiró. Y toda la intensidad que había puesto al principio de la extraña llamada se fue perdiendo al darse cuenta de que él estaba allí, en Bangui—. Están haciendo todo lo que pueden, pero ya sabes cómo son estas cosas. El Gobierno Central tiene un protocolo de actuación ante estos casos que avanza más lento de lo que desearíamos. Las organizaciones son más efectivas, pero insisten en que hay negociaciones de paz en marcha en la zona y una investigación demasiado intensiva pondría en riesgo la vida de muchas más personas.

—¡No! ¡Siempre se puede hacer más! Debemos tratar de llegar al Presidente si hiciera falta, Garland. Hay tropas de la ONU destacadas en Bangui que podrían estar buscándolos si alguien les ordenase...

—Lo harán, Mat, pero el proceso es lento y nos han dicho que tenemos que mantener la calma, que solo llevan un par de días de cautiverio y ni siquiera sabemos qué facción está detrás de esto.

—¿Pero es que a nadie le importa la vida de Faith y de Jacob? ¡Es un jodido secuestro! —exclamó al tiempo que estrellaba el puño contra el marco de la puerta de su habitación.

—Es mi yerno, Mat. Jacob Allen es el marido de mi hija, mi hija Milly que está embarazada y que no sabe nada —le explicó con calma. El cansancio era tan molesto que hasta el cuerpo se resistía al sueño que le cerraba los párpados—. Ella acaba de marcharse, me ve preocupado, inquieto, pero cree que es porque he dejado la revista sin nadie al frente. No puedo decírselo, no puedo... —sollozó, y su muestra de debilidad provocó un nudo en la garganta de Mat, que apenas podía contener las lágrimas—. Y Faith es como mi otra hija. ¡Prácticamente la obligué a ir allí! Le dije que si no aceptaba el trabajo perdería el empleo en *World Now*. Si llega a pasarle algo yo...

—¡Pues con más razón para insistir! No puedes conformarte con lo poco que te digan.

—¿Crees que soy de los que se quedan de brazos cruzados? ¿Crees que no estaría levantando el asfalto si pudiera encontrar debajo algo que me los devolviera? —se molestó, y le hubiera arrancado la cabeza a Parsons por insinuar que no mostraba suficiente interés, pero el dolor que le cruzó el pecho era una clara advertencia de que no debía sobrepasarse, de que aún estaba demasiado débil, y era mejor respirar hondo y calmarse—. Cuando me informaron de su desaparición sufrí un infarto. Continué en el hospital sin poder moverme de esta asquerosa cama mientras mi familia anda perdida por algún lugar del mundo, solos, en peligro, quién sabe si muertos. No me cuestiones, Parsons.

—Oh, joder... —masculló a sabiendas de que se había extralimitado—. Lo siento, Buchanan, no tenía ni idea...

—Tranquilo, sé lo que sientes, y no sabes cómo te agradezco tu preocupación. Todo apoyo recibido nos hace más ligera la espera, y tenerte allí es como una pequeña bendición.

—Los encontraremos, te lo aseguro —le prometió. También fue una promesa a sí mismo. No se detendría hasta dar con ellos y ponerlos a salvo—. Dentro de nada los tendrás de vuelta. Mantente fuerte y recupérate.

Un nuevo sollozo se escuchó al otro lado de la línea e hizo que Mat cerrara los ojos y apoyara la frente contra la pared de la habitación. No podía derrumbarse, ahora no. Los motivos que lo impulsaban a continuar en aquella lucha eran demasiado poderosos como para que las emociones lo dominaran. Él estaba allí, más cerca que ninguno de los chupatintas que se vanagloriaban por sus rescates a distancia. Conocía la zona mejor que cualquier destacamento y contaba con monedas de cambio que muy pocos conocían, valiosos ases en la manga que lo conducirían hasta ella.

—Tengo tanto miedo que no sé qué más hacer... —balbució el redactor jefe, deshecho.

—Ya has hecho mucho. Deja que sea yo quien continúe. No permitiré que les pase nada.

Miró el reloj del ordenador y descubrió que llevaba más de veinticuatro horas sin comer. Ni siquiera se había dado cuenta de que el día, el sexto desde el secuestro, había dejado paso a una noche lluviosa, nada esperanzadora. La cortina de agua que se apreciaba entre las láminas de la persiana se parecía a su estado de ánimo: húmedo, cargante, capaz de arrastrar cualquier cosa que se le pusiera delante, como los torrentes que bajaban ya por la avenida del hotel.

Recogió con pulcritud todas sus pertenencias y tomó la decisión de bajar a comer alguna cosa. Con la garganta y el estómago cerrados por la preocupación, nada de lo que le ofrecieran le resultaría apetecible, pero era tan necesario como respirar, como mantener la calma, como tener paciencia.

Al abrir la puerta de la habitación se encontró de bruces con Thabo, que intentaba recuperar el aliento después de haber subido los dos pisos a la carrera.

—¡Acaban de hacer público un comunicado, con fotos! ¡Son ellos, Mat! ¡Están vivos! —exclamó ante la estupefacta mirada del periodista, que lo hizo pasar de inmediato.

Nunca se había considerado religioso, ni creyente, pero si las plegarias que había dirigido al cielo cada noche habían sido escuchadas, quizá fuera el momento de agradecer a Dios tan magnánima consideración. No obstante, la alegría de Thabo escondía una mirada temerosa que Mat percibió de inmediato.

—¿Quién los tiene? ¡Habla!

—La Seleka —dijo con miedo—, los tiene la milicia musulmana.

¡Al cuerno con las creencias! Ningún dios, en su sano juicio, lo abocaría a un destino tan suicida.

[8] Estofado de carne, vegetales y maní, que se sirve con arroz. (*N. de la A.*)

13.

—¿Esta línea es segura?

—Lo es, descuida —respondió Mat a una pregunta tan usual. Las conversaciones con él siempre comenzaban con aquella cuestión.

—He oído que has estado llamando a varios mandamases y pidiendo favores a diestro y siniestro. Pensé que no sería nada importante puesto que yo seguía sin saber de ti, pero veo que la cosa es seria. ¿Qué pasa?

Desde el edificio Harry S. Truman, Owen Mitchell oteó el cielo anaranjado del atardecer a la espera de lo que su hermanastro tuviera que contarle. Las vidas de ambos habían sido tan diferentes, y a la vez tan similares, que ni la distancia ni los problemas familiares habían afectado a la amistad que los unía. Mat había elegido situarse en la primera línea de fuego, micrófono en mano, para denunciar la desigualdad y la injusticia. Él, sin embargo, se decantó por los despachos y, desde aquel mismo punto donde ahora esperaba el informe de situación, controlaba aspectos del planeta que debían quedar ocultos a la vista, pero latentes en el corazón del país.

—Necesito toda la ayuda que puedas darme —le confesó agotado. No estaría recurriendo a Owen si la situación fuera diferente, pero no le quedaba otra alternativa.

—Sabes a lo que me expongo, ¿verdad? Si alguien se entera de...

—¿Y yo? ¿Yo no me expongo cada vez que me pides información? Tú te juegas tu puesto de trabajo mientras yo me juego la vida, Owen, ¿no me jodas! —le recriminó cabreado. Para Mat encontrar a Faith era una prioridad y haría cualquier cosa para conseguirlo. Si la reputación de su hermanastro quedaba en entredicho, que así fuera. Acabar en la cárcel era mejor que hacerlo en el infierno. En esos momentos le importaba bien poco.

—Vale, vale —bufó Owen con desidia—. ¿De qué se trata? ¿Situación? ¿Grado de peligrosidad? ¿Nivel de responsabilidad? ¿Posibles daños colaterales? ¡Venga! Lo que me extraña es que no me hayas avasallado ya con los detalles —se mofó con razón. Siempre que recibía una llamada de esas características se veía abrumado por más datos de los que podía entender. Era lo malo de tener un hermano periodista. Pero esta vez el silencio y la súplica que le llegaba desde el

continente africano resultaban desconcertantes.

—Han secuestrado a dos periodistas de la revista *World Now*, en Bangui. La Seleka ha emitido un comunicado y se ha hecho responsable de la acción. No afecta a mi trabajo, pero...

—Entiendo. —Owen giró la silla hasta colocarse de nuevo delante del ordenador y abrió una de las decenas de aplicaciones que se escondían tras un simpático emoticono en el escritorio—. He oído algo en los medios, pero ya sabes que de eso se ocupa otro departamento. ¿Cuándo ha sido?

—Hace seis días ya, pero se hizo oficial anoche.

—¿Quiénes son? ¿Americanos?

—Sí. De Seattle. Jacob Allen y Faith Holland.

La pantalla plana del Mac se quedó completamente azul mientras en la esquina parpadeaba un cursor blanco. Cuando las claves que debía introducir fueron reconocidas y aceptadas, el símbolo del Departamento de Estado de los Estados Unidos de América le arrancó una sonrisa socarrona. Tamborileó sobre la mesa de cristal mientras se cargaba el sistema y tecleó los nombres que Mat le había dado en cuanto tuvo libre acceso.

—Allen, Jacob. Treinta y siete años. Fotógrafo *freelance* —leyó nada más aparecer la primera ficha de datos—. Todavía no han actualizado la información. Lo último que consta es el visado de la República Centroafricana.

—¿Hace seis días! ¿A qué se dedica tu gente mientras sufren los demás? —le espetó furioso. Conocía bien cómo de lentos podían llegar a ser los trámites gubernamentales, pero estaban hablando del secuestro de dos personas y no era lógico que todavía no apareciera en aquel maldito sistema.

—Bueno, bueno... tranquilo, fiero. Mi gente tiene otros cometidos, no te aceleres. Además, hay unos cuantos millones de personas a las que dar servicio. Arreglaremos esto en un segundo —dijo al tiempo que colocaba los dedos en el teclado y pulsaba a un ritmo vertiginoso. Una sencilla orden al personal correspondiente sería suficiente para que actualizaran los expedientes. Mat tenía razón, seis días eran demasiados ya—. Veamos ahora a la señorita Holland.

Le dieron ganas de arrancar la cabeza de su hermano cuando silbó de manera provocativa, pero debía agradecerle estar ahí y hacer lo que hacía por él. Nadie sabía que eran familia, ni siquiera compartían el mismo apellido. Sus responsabilidades eran incompatibles, sus negocios peligrosos y la seguridad estaba por encima de todo cuando se trabajaba para el gobierno.

—Vaya, vaya, vaya —insinuó Owen antes de volver a silbar—. No me extraña que estés preocupado. Yo también lo estaría. ¿De dónde ha salido esta belleza?

—¿Vas a ayudarme o estoy perdiendo el tiempo? —arremetió contra él, celoso como un joven inexperto a quien le están levantando la novia.

—Hay que ver cómo de impacientes sois los periodistas, lo queréis todo para ya... —ironizó con su peculiar sentido del humor. Era un fastidio que Mat estuviera de mal genio y no quisiera seguirle el juego. Las batallas verbales que mantenían eran muy satisfactorias—. Holland, Faith Anggela. Treinta y tres años...

Anggela, pensó. Desconocía que ese fuera el segundo nombre, pero no encontraba uno que la describiera mejor. *Mi ángel*.

—¿Has visto su historial? ¡Wow! —exclamó con admiración—. Una putada lo de su pareja en Japón. Tuvo que ser duro.

—¿Qué es eso de su pareja? —preguntó de inmediato. En ese preciso momento se dio cuenta de que había desaprovechado el poco tiempo que había compartido con ella. Marcharse a Bamingui para aclarar aspectos relativos a funciones extraoficiales fue la peor decisión que había tomado en mucho tiempo.

—No voy a darte más información de la que necesitas, Mathew. Si no conoces a esta mujer, ¿qué demonios estoy haciendo indagando en las tripas del sistema?

—Necesito encontrarla, necesito que muevas los hilos necesarios para que la encuentren —exigió con impotencia. Detuvo el constante ir y venir que había emprendido mientras hablaba y apoyó una mano contra la pared, con fuerza, como si se le fuera a venir encima—. Habla con el puto USAID,[\[9\]](#) con los de Exteriores, con el Presidente si hace falta, pero haz algo.

—Huelo tu desesperación desde aquí, tío. ¿Es posible que estemos hablando de mi futura cuñada, por fin? —continuó con las preguntas que desquiciaban a Mat en momentos tan delicados. Hacía mucho tiempo que esperaba que su hermano se apartara de la primera línea. Aunque entre ellos la relación era de todo menos normal, Owen se preocupaba por el bienestar de Mat y le seguía la pista allá donde iba, incluso cuando desaparecía sin dejar rastro.

—Yo tampoco voy a darte más información de la que necesitas. Baste decir que es importante para mí.

—No te aseguro nada, Mathew —dijo adoptando el papel de alto cargo de la administración—. Nos encontramos en un momento crucial en aquel territorio. Pronto quedará reestablecida la embajada en Bangui y creemos que el fin de las hostilidades entre los grupos armados está cerca, aunque nada nos asegura que los extremistas vayan a cumplir con lo pactado. Hablaré con varios tipos que me deben favores, intentaré ver en qué situación están las relaciones con Ruanda y Francia para que sus destacamentos allí nos echen una mano, pero, insisto, nada es seguro.

—Bien, inténtalo. Si desde allí no hay nada que hacer, me quedarán muy pocas opciones, pero serán efectivas —confesó. Una descabellada idea le rondaba la cabeza desde hacía días, una que no le ofrecía ninguna garantía a él

pero que pondría a salvo a Jacob y a Faith.

—No se te ocurra hacer estupideces, hermano. Recuerda que eres periodista, con independencia de las actividades extra que desempeñes. Ningún reportaje vale tu vida, y ninguna mujer tampoco.

—Ella sí, Owen. Ella lo vale.

Unos días más tarde, cuando el desconcierto por el secuestro de los dos corresponsales americanos había dejado de estar en las cabeceras de las noticias, llegó la respuesta que Mat tanto temía. Los protocolos estaban para seguirlos, el gobierno de los Estados Unidos no negociaba con insurgentes y había pedido públicamente la liberación de sus ciudadanos. Se tomarían las medidas necesarias para que la liberación fuera inminente y las represalias hacia los culpables, ejemplares, pero todo a su debido tiempo, siguiendo los pasos que se marcaban desde las altas esferas.

—¿Qué esperabas? —le preguntó Ashanti aquel mediodía lluvioso, mientras ojeaban la prensa de hacía una semana que llegaba con retraso al hotel—. No te reconozco, Mat. No sé qué pretendes con esta lucha cuando sabes de sobra cómo funcionan las cosas. Haz tu trabajo y deja que los demás se ocupen del suyo. La liberación llegará, debes confiar en ello y no perder la esperanza.

No había palabras que lograran hacerlo entrar en razón y la cooperante lamentó con un suspiro no poder ser de ayuda para él. Lo había visto en otras ocasiones, el lugar asfixiaba y las emociones se magnificaban por mil; un simple afecto podía resultar una tabla de salvación para el alma. No obstante, después de tantos años allí, de tantas guerras, tanta sangre y tanta desolación, Ashanti percibió algo mucho más poderoso en los sentimientos de Mathew Parsons, pero también más destructivo. No sería ella quien le pusiera nombre propio a lo que relucía en aquellos ojos azules, nadie hablaba de amor cuando esas cuatro letras podían herir más que las balas perdidas de la milicia.

—No puedo dejarla a su suerte sin más. Tú has visto lo que son capaces de hacer, has visto cómo tratan a las personas cuando quieren sacar algo. Y sabes cuáles son las consecuencias cuando no lo consiguen. ¡No voy a permitir que la utilicen para su mierda de guerra contra el mundo, y haré lo que sea por impedirlo! —gritó con un fuerte golpe sobre la mesa en la que apoyaba los codos, abatido.

—No te impliqués, Mat. Sabes que no es buena idea que te metas en ese terreno. Ellos te conocen, te consideran anti-Balaka y pegarte un tiro sería lo

mejor que podría pasarte si te pillan —le advirtió Ashanti.

En la mente de Mat las imágenes se repetían de manera obsesiva, a cámara lenta. Podía ver el rostro de Faith avanzando hacia él, un abrazo, un beso cargado de ansiedad y lágrimas. Y una mirada que no sería suficiente para explicárselo todo. Luego, el vacío. Un salto de fe hacia lo desconocido; un suicidio, dirían algunos. No miraría atrás, no escucharía las súplicas, ni rozaría los dedos como despedida. La encontraría, en esta vida o en la siguiente, pero lo haría. Jamás había tenido nada tan claro. Solo sería cuestión de entregarse y dejarla marchar.

Se levantó de la butaca con excesiva lentitud y dedicó a Ashanti una triste sonrisa. Quizá no volviera a verla nunca más, aunque, por experiencia, sabía lo caprichoso que podía ser el destino. Personas como ella, comprometidas, íntegras y buenas, hacían falta en el mundo. Sería un placer volver a coincidir con ella.

—Puedes estar tranquila, Ash. Sé lo que me hago —le dijo.

Cuando llegó al dormitorio comprobó que no le temblaba el pulso como le sucedía desde que Faith y Jacob habían sido secuestrados por la Seleka. Tal vez tomar la decisión adecuada había eliminado el miedo que lo hacía estremecerse a cada segundo del día, o tal vez era ese mismo temor el que lo tenía completamente paralizado, no lo sabía. Lo importante era que no existía ni una sola duda acerca de lo que se proponía.

Extrajo un trozo de papel del bolsillo y lo estiró con pulcritud sobre la mesa de la habitación. En él figuraban los nombres de algunas personas a las que debía llamar antes de marcharse del hotel. De ellas dependía su suerte y su futuro.

Puso a Garland Buchanan sobre aviso. Los próximos días estarían cargados de fuertes impresiones que podrían resultar perjudiciales para él. Debía estar tranquilo y buscar ayuda cuanto antes. Si el plan iba como había esperado, pronto tendría a su familia de vuelta. Luego llamó a Owen. Era el único que conocía sus intenciones. Si había un rayo de esperanza al que aferrarse para salvar la situación en la que estaba a punto de zambullirse, ese era su hermano.

—¡Estás loco! ¡Van a matarte! —le gritó de nuevo, repitiendo el esquema de una conversación que ya había tenido lugar días atrás—. ¿Crees que merece la pena? ¿Crees que su vida vale más que la tuya? ¡Déjame decirte que no, Mathew! Debes esperar un poco más. ¡Espera un poco más, maldita sea! ¡Te lo ordeno!

—No puedo esperar. Sé que no lo entiendes y no pretendo que lo hagas. Solo necesito que estés ahí cuando llegue el momento. Thabo se hará cargo de ellos hasta llegar a M’Poko, luego serán todo tuyos y quiero que estén fuera de la

República Centroafricana en un abrir y cerrar de ojos, ¿está claro?

—Mat, por favor, piénsalo bien. Solo serán algunas semanas más, luego todo se solucionará...

—¡No! —lo interrumpió. Ya sabía qué iba a decir, qué argumentos iba a utilizar para detenerlo y cómo le afectarían sus palabras. Pero la decisión era firme—. No me falles, Owen.

Después de aquella llamada tuvo que esperar un par de minutos antes de volver a llamar a Thabo. Mantener la cabeza fría era primordial para llevar a cabo cada uno de los pasos que tenía en mente. Hablar con su hermano, percibir tanta desesperación, procesar la idea de no volver a verlo... cualquier cosa hacía tambalear la entereza que tanto necesitaba en aquellos momentos críticos. Pero luego recordaba por qué lo hacía y todo volvía a su lugar. Ella era el único motivo por el que daría la vida.

—¿Lo tienes todo preparado? —preguntó al *fixer* nada más escuchar la voz soñolienta al otro lado de la línea.

—Está listo.

—¿Tenemos el segundo coche?

—Mat... ¿de verdad es necesario hacer esto? —La preocupación del congoleño salió a flote. Se había mantenido callado durante los días que habían estado planeando aquella operación, pero ya no podía soportarlo más. Si había algo que él pudiera decir para convencerlo de hacer las cosas de otra manera, lo haría.

—¿Tienes el segundo coche o no? —insistió, sin atender a las súplicas que querían apartarlo de su cometido.

—No vas a cambiar de opinión, ¿verdad? Vas a llegar hasta el final.

—No tengo otra alternativa. No voy a dejarla allí ni un solo segundo más.

[9] Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional. (*N. de la A.*)

14.

No podía respirar, no podía moverse. El miedo la estaba paralizando de nuevo y notaba como las articulaciones se iban atrofiando con cada inhalación rápida y aterradora. ¿Cuántos días llevaba encerrada allí? Siempre se hacía la misma pregunta, desde hacía casi dos semanas. Despertar en aquel zulo había sido la continuación de una pesadilla que creía superada. Al letargo le siguió el dolor y a este, la desesperación.

El recuerdo de lo que había pasado con Jacob le propinó el golpe más duro de toda su vida. Estaba muerto, por su culpa, como Darryl hacía tanto tiempo. Debió haber hecho caso de las señales, de las sospechas que él tuvo acerca de aquel hombre. Jabir. ¡Maldito hijo de puta, traidor! ¿Y Kwame? ¿Qué habría sido de él? ¿Qué precio había tenido que pagar el *fixer*? Si le habían hecho daño, no se lo perdonaría; si estaba muerto...

—Sé práctica, Faith —se recordó tras reponerse de un nuevo ataque de pánico—. Piensa con claridad. ¡Piensa! El miedo no deja ver, recuérdalo. —Esa era otra directriz de la formación. Debía evitar que el miedo se adueñara de toda la razón. Era necesario absorber cada instante como si la situación formara parte de un largo proceso de documentación—. Vamos, ¿qué ves? ¿Qué hay a tu alrededor? —se preguntó recurriendo a las técnicas adquiridas.

Como cada día, paseó la mirada por los escasos tres metros cuadrados en los que estaba confinada. Registró en la cabeza la información que le devolvía la habitación y narraba en voz alta los elementos de que disponía.

—Un colchón, un cubo, dos palmos de ventana a tres metros del suelo, más o menos, cuatro paredes y puerta con gatera... ¿Qué demonios estoy haciendo aquí? —Las lágrimas regresaron de nuevo. Escuchar el sonido de su propia respiración acelerada, entrecortada, era ensordecedor. Con la poca luz que entraba por el hueco en la pared, se miró las manos, que temblaban sin control y, en un arranque de furia, cerró los puños y los estampó contra la puerta—. ¡Quiero salir! ¡Soy periodista de los Estados Unidos de América!

Se dejó caer en el jergón y sollozó como una niña pequeña. Cuando leía los testimonios de corresponsales secuestrados a los que había tenido acceso, jamás pensó que estaría en una situación similar. A lo largo de los meses de formación

había aprendido a diferenciarlos en dos grupos significativos: los que hablaban de la vivencia como un hecho abominable y se centraban en el dolor, y los que narraban la experiencia desde un punto de vista ajeno al preso privado de libertad. ¿De qué tipo sería ella? ¿De qué manera contaría su historia, si es que sobrevivía?

—Catorce días y sigo viva. Si salgo de esta... —Hizo una muesca en la pared con el trozo de azulejo que había encontrado bajo el colchón y empezó una nueva tanda de promesas sobre lo que haría o dejaría de hacer, que siempre acababa con un nombre propio entre los labios—. Mat...

Respiró en profundidad hasta que los pulmones aquejaron el exceso de aire y lo soltó muy despacio, al tiempo que movía la cabeza a un lado y a otro para desentumecerse. Balanceó los brazos, adelante y atrás y se preparó para una nueva sesión diaria de ejercicio físico. Era imprescindible mantenerse en forma. Dio pequeños saltos sin moverse del sitio, y los acompañó con chasquidos de la lengua, similares a los que hubiera hecho la comba al contacto con el suelo. Luego, con la respiración y el pulso en sintonía, apoyó las manos contra la pared y flexionó los codos, soportando el peso del cuerpo y de la desgracia. Por último, se tumbó en el camastro y ejecutó abdominal tras abdominal hasta que el dolor la hizo desistir.

Con la oscuridad llegaba la peor parte. El oído se agudizaba para contrarrestar la falta de visión. La tensión de los músculos la mantenía alerta, sentada contra la pared, con las piernas recogidas en el pecho y la frente apoyada en las rodillas. Entonces regresaban los recuerdos que atesoraba de la última noche con él. Repasaba cada instante, cada palabra, cada gesto de las manos, cada beso... No era un hombre cualquiera, lo supo antes incluso de encontrarse con él a solas, y eso le causó demasiada conmoción al principio, cuando todavía creía que solo se podía amar a una persona en la vida. Con el tiempo entendió que en su corazón había espacio para mucho amor, y los días de cautiverio le estaban sirviendo para comprender que lo que sentía por Mathew Parsons no lo había experimentado con nadie, ni siquiera con Darryl.

Lo amaba, con toda su rudeza, con la falta de valor para enfrentarse a ella, con todos los defectos que lo convertían en el tipo insoportable que era. Lo amaba como jamás pensó amar a otro hombre.

Ese mismo sentimiento latía enfebrecido en el pecho de Mat mientras Thabo lo conducía al punto de encuentro acordado. Tres días de búsqueda infructuosa habían dado resultado y, después de recorrer buena parte de los campamentos Seleka, marcados por uno de sus confidentes, por fin estaba tras la pista correcta.

—Han sido avisados —anunció el *fixer* al divisar a los jóvenes soldados que les cerraban el paso a pocos metros del camino que transitaban.

—Es buena señal. Quiero que sepan que la estoy buscando.

Había hecho una selección de información de poca monta, que reservaba para uno de los reportajes que iba a vender a la CNN. Se desvelaban algunos aspectos de la facción musulmana que la Seleka estaría encantada de silenciar. También había reunido información útil para conseguir armamento. Eso siempre llamaba la atención de los guerrilleros, sobre todo si el proveedor de armas resultaba ser el gobierno de algún país desarrollado. Les pondría en bandeja la solución a muchos de sus problemas a cambio de los dos corresponsales americanos, aunque con eso contribuyera a que la rebelión no acabara nunca. ¡Se podían ir todos al infierno! Él solo quería sacarla de allí con vida.

Tomó el lápiz de memoria en una mano y activó el protocolo de seguridad para borrar el resto de datos del portátil. Tenía claro que no se conformarían con lo que Mat iba a ofrecerles, que pedirían su cabeza a cambio, pero tenía que intentarlo. Eran mercenarios y tenerlo secuestrado les podría reportar mucho más que una simple reportera y un fotógrafo de poca monta. El lugar al que se dirigían era la mismísima boca del infierno, una sentencia de muerte, pero eso no importaba si lograba recuperar la esperanza para Faith.

—¿Qué pasará si no quieren soltarla? —preguntó Thabo.

Mat llevaba tiempo esperando esa pregunta, pero nadie se había atrevido a formularla en voz alta. Ni por un momento creyó que el asunto fuera a resultar pan comido, ya lo había tenido en cuenta. ¿Quién en su sano juicio se iba a conformar con datos pudiendo tener preso a uno de los periodistas más conflictivos de la rebelión? Todo lo que se sospechaba de él era cierto, aunque nadie pudiera demostrar nada. La transacción no iba a carecer de dificultades, pero iba preparado para cualquier cosa.

—La soltarán. Tú solo debes cogerla cuando llegue al camino y sacarla de aquí.

—Creí que yo me ocupaba del fotógrafo y tú de la señorita Holland —advirtió, minorando la marcha del coche hasta que se detuvo, a pocos metros del control Seleka. El *jeep* que viajaba tras ellos se hizo a un lado del camino, preparado para la huida.

—Thabo, amigo, sabes igual que yo que en esta aventura regresarás solo. No me lo pongas más difícil y sigamos con el plan —comentó al tiempo que guardaba sus cosas en la mochila a toda velocidad—. Estos hombres son muy predecibles y tratarán de negociar primero con la vida de Allen. Puede que para ellos las mujeres no tengan demasiado valor, pero en el caso de una corresponsal americana, la cosa cambia. Soltarán a Jacob sin rechistar. Los problemas vendrán

con Faith. Deja que yo me ocupe.

El congoleño asintió, con la mirada fija en los ojos de su empleador. El alma de *lífelo*, pensó al observar el brillo que bailoteaba en las profundidades de aquellas pupilas azuladas. Era una leyenda congoleña que jamás olvidaría.

—«La llama de la pasión, que arde en los corazones intrépidos de quienes aman a ciegas, puede acabar con el raciocinio de los hombres» —recitó de memoria Thabo, que solo deseaba hacer entrar en razón a Mat.

—Yo también conozco esa leyenda, viejo —le sonrió con cariño—. No la amo a ciegas —reconoció pensativo. No supo lo que era desear, querer y adorar a alguien hasta que la vio por primera vez. Si ahora la perdía, cada beso, cada abrazo, cada mirada de satisfacción que le había dedicado y recibido, se encargarían de perseguirlo hasta hacerlo morir de desesperación. Estaba cansado de luchar contra sí mismo, cansado de repetirse que aquella vida era lo mejor que le había pasado nunca. ¡Y un cuerno! Lo mejor que le había pasado en su miserable existencia era haberla conocido—. No podré respirar tranquilo mientras ella no sea libre. Y si para eso tengo que ponerme en su lugar, que así sea.

Le dio la bienvenida al día tumbada en el apestoso jergón. El sol parecía estar alto en el cielo y, desde el exterior, le llegaban voces lejanas que fueron colándose en la espesura del reciente despertar. Otra vez las voces. Las odiaba. Venían, la sacaban de allí, le preguntaban cosas y vuelta al zulo sin que le permitieran ver nada. A veces, cuando repetía sin cesar que era periodista, le sacudían en la cabeza, como a una muñeca. Otras, distinguía entre los diminutos agujeros de la capucha la lucecita roja de una cámara grabando o el fogonazo de un *flash*. Pero nada más. Hasta ese día.

El chillido herrumbroso del cerrojo la puso en guardia. Se levantó todo lo rápido que pudo y pegó la espalda a la pared, como siempre que iban a por ella. Sin decir ni una palabra, dos soldados armados con sendos Kaláshnikov la escoltaron hasta la salida de la casa donde estaba retenida. Atada, pero sin capucha. Eso era nuevo. La luz del sol resultó cortante y dañina. Tuvo que esconder la cara en el hombro y hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener los ojos abiertos. La arrastraron durante algunos metros en los que tropezó y calló, ganándose por ello algún que otro golpe sin compasión. De nada le valió registrar en la memoria cuanto vio alrededor. En cuanto divisó al hombre que arrastraban por delante de ella, se le olvidó todo lo que había aprendido.

—¡¡Jacob!! —gritó desgarrada, y el alivio de saberlo con vida le llenó los ojos de lágrimas. Se lo llevaban hacia el límite de la selva, apenas podía andar, pero estaba bien y eso era lo que importaba. Aún no comprendía qué estaba sucediendo, pero no podía ser malo, tenía el fuerte presentimiento de que todo iba a acabar bien.

—¡Faith! —gritó Mat en cuanto la vio acercarse, escoltada a punta de fusil—. ¡Faith! ¿Estás bien?

Se detuvo de golpe, apretó con fuerza los ojos y parpadeó. *¿Estoy soñando?* Los inclementes rayos del sol la cegaban, le impedían mirar hacia el lugar del que procedía aquella voz. Sí, debía ser un sueño. Mat no estaba allí y, probablemente, Jacob tampoco. Empezó a respirar con dificultad y le dieron un empujón para que continuara caminando.

Entonces lo vio. Estaba rodeado de hombres armados, pero él solo tenía ojos para ella. Lo vio mover los labios, preguntar de nuevo si estaba bien, siempre quería saber si estaba bien, pero temió responder. *Ahora sí, quiso decirle, ahora que estás aquí, sí.*

—Mat... —gimoteó. Las rodillas se le doblaron y se valió del agarre de los soldados para no caer desmadejada al suelo.

Thabo se posicionó al lado de Mat y lo tomó del brazo para impedirle avanzar hacia ella. La milicia les apuntaba con los fusiles, sin disimulo, con órdenes precisas de disparar ante la primera hostilidad que pusiera en riesgo el intercambio. No obstante, Parsons se deshizo de la fuerte mano del *fixer* y resopló colérico al no poder estrecharla entre los brazos, como había imaginado desde que desapareciera. Experimentó un nuevo dolor en el pecho que lo obligó a retroceder unos pasos sin apartar la mirada del rostro de la mujer que amaba.

—¿Te encuentras bien? —preguntó cuando la tuvo a escasos metros. La voz le salió estrangulada por las emociones y las manos le temblaron con violencia—. ¿Te han hecho daño?

—Estoy bien —respondió, conmocionada, perdida en el color azul oscuro de unos ojos que la habían acompañado durante aquel espantoso cautiverio—. ¿Qué está pasando, Mat? ¿Qué quieren? ¿Dónde se han llevado a Jacob?

—No te preocupes por eso ahora. No temas, ¿de acuerdo?

Uno de los soldados se dirigió a Mat en el dialecto local, interrumpiendo la conversación. Él negó con la cabeza, demostrándole que no comprendía lo que le decía y respondió en francés, como solía hacer siempre que se encontraba en una situación comprometida. Faith sabía que, por muy bien que se le diera el idioma de aquel guerrillero, contestar era admitir que conocía el dialecto, que lo practicaba y, por ende, que existía la posibilidad de que fuera alguien infiltrado, un espía al servicio de cualquiera de las demás facciones.

Mathew Parsons también lo sabía, llevaba muchos años moviéndose entre insurgentes como para descuidar ese detalle. Le correspondía a Thabo conversar con el miliciano mientras él aprovechaba el tiempo para despedirse de Faith en silencio.

Repasó el contorno del rostro, también la línea que delimitaba los labios, y se recreó en los recuerdos que conservaba, en la textura cálida y sensual que apreciaba cuando los besaba. Tardaría una vida en olvidar la caída de pestañas que precedía a la rendición de su lengua, siempre perdedora de las justas que tenían lugar entre ellos. Debajo de aquellas ropas sucias y destrozadas se escondía el templo de su religión, el cuerpo de la diosa más perfecta de toda la mitología. No podía ver la curva de los senos, pero sí imaginó el sonrojo que la invadía cuando los acariciaba. Viajar por el valle entre sus pechos y deslizarse por el abdomen hasta perderse en el vello oscuro que guardaba la entrada al paraíso iba a ser una tortura, pero no renunciaría a ninguna parte de aquel recorrido, pues podría ser la última vez que se diera el capricho de contemplarla a placer. Un millar de imágenes amándose como salvajes se arremolinaron en la mente y lo pusieron al borde de las lágrimas. Cerró los puños a ambos lados e imaginó los dedos de Faith atrapados entre los suyos, clavando las uñas con placer mientras la poseía de mil maneras diferentes. El aliento que quemaba allí donde alcanzaba, el olor de su esencia arrasando con los sentidos, la magia de un jadeo al acariciar el cielo, la señal de unos dientes que anhelan la liberación, el latir de un corazón enamorado hasta la eternidad...

¿Por qué Mat la miraba de aquella forma tan extraña? El ceño fruncido, los ojos vidriosos, la lenta cadencia de la lengua al humedecerse los labios... había un halo de sensualidad rodeándolo, que Faith podía distinguir sin dificultad, pero también un mensaje oculto que no lograba descifrar. Apretaba los puños con rabia, como si los recuerdos estuvieran debatiéndose por cobrar protagonismo, como el que lucha por algo imposible de alcanzar, como el que debe despedirse sintiendo que deja la vida atrás.

¡No!, pensó de pronto, y los ojos se le abrieron con horror cuando el cañón de un soldado la obligó a avanzar hacia Mat, al mismo tiempo que él iba hacia ella con paso lento y vacilante. Thabo quedó atrás, rezando en voz baja alguna suerte de sermón que moría a medio camino entre él y la realidad. Miró los ojos de Mat, fijos en los suyos desde hacía mucho tiempo y el pánico le dio todas las explicaciones que necesitaba para comprender.

¡No!, repitió a gritos el corazón, mientras la distancia entre ellos se acortaba y el terror se hacía más latente.

Los dos pasos que quedaban cuando se encontraron frente a frente, los salvó de un salto que la llevó a sus brazos. La envolvió como la oscuridad de la noche

envuelve a los amantes, y tuvo la oportunidad de rozarle de nuevo los labios. Los sollozos se enredaron con las lágrimas, pero también con el deseo de no volver a separarse de él. Casi pudo acariciar la felicidad al percibir las palabras inconexas que Mat murmuraba contra la sensible piel del cuello. Casi.

Unas duras manos, crueles e insensibles, tiraron de Faith para arrancarla del lugar donde deseaba pasar el resto de la vida. Los soldados la sujetaron de las muñecas y la obligaron a continuar andando. Al encontrarse frente a Thabo y ver la impotencia en su semblante, comprendió al fin lo que acababa de suceder. Extrajo fuerzas de donde solo había vacío y esquivó las garras de los captores para regresar ante él.

—¡No! —gritó con violencia a los soldados Seleka que mantenían preso a Mat—. ¡No, no, no!

Cuando Faith le apoyó la frente contra el pecho y lo golpeó con los puños hasta deshacerse en llanto, llenó de aire los pulmones y aguantó las lágrimas con fuerza. Quiso gritarle a Thabo que se la llevara de allí pronto mientras resonaban las risas de la milicia a su alrededor. Las manos que lo sujetaban se aflojaron lo suficiente como para poder deshacerse de ellos unos minutos más, y cuando comprobó que no tomarían represalias, tomó a Faith por el cuello y la besó. Era el último aliento de vida que podía brindarle.

—Mantente fuerte siempre, Faith. No dejes que nada te detenga —musitó sobre los temblorosos labios, ansiosos de un nuevo contacto que no le permitiera decir más palabras hirientes. Porque, por mucho ánimo que tratara de infundirle, cada sílaba de despedida era un trozo de alma que se llevaba con él.

—No puedo irme, Mat, no puedo si no vienes conmigo. Te quiero, no puedo irme sin ti —le confesó rota. Atada y rota, tal cual lloraba Natalie Imbruglia en la canción que se repetía siempre en su mente.

—Debes mantenerte viva, y luchar —insistió. Tomó entre las manos el rostro descompuesto de la joven y le sonrió—. Yo te encontraré, *mi ángel*. —Se deleitó con un último beso, lento y abrasador, y retiró las manos que se aferraban a él con amargura y crispación—. ¡Ahora márchate! ¡Vete, Faith!

—¡No!

—¡Thabo! ¡Sácala de aquí! —ordenó cuando los soldados dejaron de verle la gracia a la situación y los comentarios entre ellos se tornaron amenazadores.

El *fixer* no dudó ni un segundo en utilizar la fuerza para tirar de ella. Los gritos desgarradores de Faith se escucharon en el campamento Seleka y más allá de los límites. Y mientras era arrastrada por el camino, sin perder de vista al hombre que quedaba tras ella, una bandada de aves ensombreció la mañana con su vuelo, augurio de los días de oscuridad que estaban por llegar.

15.

Ocho meses después...

—¡Mierda! —exclamó cuando la lijadora eléctrica se le resbaló de las manos y por poco le cae en un pie.

Aby levantó la cabeza y sonrió satisfecha al ver el trabajo que su antigua paciente estaba realizando. Hacía algo más de cuatro meses que le había dado el alta definitiva, se había convertido en una persona pública, conocida por muchos y detestada por otros tantos, pero, por alguna razón que no entendía, continuaba yendo los viernes por la noche al almacén de Fremont donde tantas horas de terapia había invertido. Estaba orgullosa de ella, no solo porque había logrado superar un estrés postraumático como hacía años que no trataba, también porque se había fijado un objetivo en la vida y, paso a paso, estaba alcanzando la meta, aunque el fin último no llegara jamás.

—¡Muy bonito, loquera! Ríete de mí, ¡vamos! —le gritó Faith por encima del ruido constante de las máquinas que utilizaban para restaurar aquellos muebles inservibles.

Abigail Tisdale tenía el don de sanar la mente de las personas. Cuando ocho meses atrás Faith llegó a la consulta, obligada por Garland, creyó que se estaba burlando de ella. No solo le pareció extraño que una psiquiatra de prestigio tuviera la consulta en el barrio artístico de la ciudad, también resultó un auténtico desconcierto ver que el despacho no era otra cosa que un almacén de muebles que recogía de contenedores de basura. El edificio, cuyo exterior estaba adornado por desconcertantes grafitis, solo tenía dos plantas y se encontraba rodeado de otros más altos que impedían que la luz del sol le llegara. Pero lo verdaderamente asombroso era el interior del lugar. Una planta completa, diáfana, interrumpida por las columnas desnudas que sostenían el inmueble. Pese a la cantidad de enseres apilados por todas partes y los diferentes paneles de herramientas que se podían ver salpicados por las paredes, la composición de colores y olores era reconfortante.

La planta superior, por el contrario, era otro cantar. Estaba compartimentada en tres amplias estancias, una para pasar consulta y las otras dos de uso personal. El despacho de Aby era sobrio, adornado con exquisito gusto, acogedor y con

ese algo profesional que transmiten los títulos colgados en la pared o el precioso diván en tonos color tierra. Los suelos de madera oscura, a conjunto con el resto de los muebles, ofrecían una maravillosa calidez, sobre todo cuando llegabas allí, por primera vez, con el alma tan helada y destrozada como había estado la de Faith.

Todavía recordaba aquel lluvioso día de mediados de septiembre, cuando Garland y Jacob la acompañaron hasta la puerta, como si fuera una niña en el primer día de colegio. John Kerry, secretario de Estado, acababa de anunciar la reapertura de la embajada de los Estados Unidos en Bangui, después de veintiún meses cerrada. A Faith le había parecido una ironía de la vida, pues era gracioso pensar que, de haber sido unas semanas antes, quizá en esos momentos no hubiera necesitado terapia para sobrevivir.

—¡Deja de pensar, Holland! —la amonestó Aby. Acompañó la riña con un leve puntapié en el trasero de Faith y la apremió con la mano para que continuara el trabajo.

Estaba prohibido pensar mientras se trabajaba en el almacén. Las excentricidades de la doctora Tisdale, junto a las duras horas en las que tuvo que desnudar la mente, fueron el antídoto para el mal de Faith. Después de tanto tiempo, y de las cosas que habían ocurrido en esos ocho meses, todavía no se sentía capaz de hacer frente a algunas cuestiones, pero percibía que el dolor, el corazón roto y la culpa que le robaba el sueño llegaban a un entendimiento.

—¡Faith! —la volvió a llamar, propinándole otra patada, un poco más fuerte—. Te he dicho que basta de pensar. ¿Crees que no puedo escucharte? ¡Dale caña a la lijadora! Luego hablaremos.

—Jodida terapeuta de pacotilla —masculló entre dientes, como tantas otras veces, segura de que no la podía oír. Había aprendido a asimilar el carácter dominante de Aby, y su forma tan característica de hacerle comprender las cosas. Le tenía un cariño especial y se habían convertido en buenas amigas, pero en ocasiones era tan desesperante como efectiva.

Detuvo la máquina un minuto para cambiar la lija y sacudirse la fina película de serrín que le cubría los brazos y la ropa. Se levantó las gafas protectoras, apartó la mascarilla de papel y echó un vistazo a su alrededor. Algunos de los muebles que decoraban los rincones de la inmensa superficie habían sido obra suya. Era interesante comprobar cómo la alocada base de aquella *terapia mobiliaria*, que tanto éxito tenía entre la comunidad periodística, daba resultados, y los destartados enseres olvidados en los basureros, se recomponían al mismo tiempo que las heridas de los pacientes se iban cerrando para siempre. No era fácil confiar al principio, tampoco lo era eliminar la capa de barniz que cubría los desvencijados barrotes de madera de la trasera de una

mecedora. Pero la constancia en el trabajo, la consecución de metas a corto plazo y las lágrimas conseguían en el diván lo mismo que en el taller: curar, restaurar y continuar viviendo.

Mañana habrán pasado ocho meses..., recordó con la mirada fija en el cesto de telas de colores que había junto a la ventana. Desde que había sonado el despertador esa mañana y había llegado a la redacción, se había estado repitiendo lo mismo. *Ocho meses sin ti.*

—¡Eh! —Aby detuvo la máquina de pulir y le tocó el brazo con cariño. Faith se encontraba muy lejos de allí y eso no era buena señal. Sabía que la semana había sido dura, y que estaba haciendo frente a muchas emociones, pero no podía permitir que diera un paso atrás, no después de lo que había supuesto sacarla del agujero negro en el que se escondía cuando llegó—. Ya sabes cuáles son las normas de esta casa. Si hay algo que te preocupa, más vale que lo escupas antes de volver a tu apartamento. Te prometo que no te cobraré la sesión.

Sonrió. Y el rostro se le iluminó como siempre que lo hacía. Faith era una mujer de una belleza sin igual, por dentro y por fuera. Su inteligencia era envidiable, pero lo que más sorprendía a la gente era ese afán de superación y de lucha que la había llevado, en tan poco tiempo, a una posición de notable relevancia.

—¿Qué sucede? ¿Es por lo del lunes? —preguntó mientras se deslizaba por la pared hasta el suelo y la invitaba a hacer lo mismo.

—En parte, sí —respondió, sincera. Dejó la lijadora sobre la mesa y acudió junto a su amiga—. Me da un poco de miedo, ¿sabes?

—Créeme, Faith, es normal que te asuste que la Directora General de la UNESCO quiera nombrarte Embajadora de Buena Voluntad de su organización, para la libertad de expresión, la seguridad de los periodistas y no sé cuántas cosas más. Puedes estar desbordada por la responsabilidad, no es nada malo.

—¡Joder, Aby! Dicho así suena incluso peor...

—En serio, no pasa nada si te derrumbas de vez en cuando. Entiendo que estés así, has logrado muchas cosas desde que saliste de Bangui —le dijo con un tono de voz muy profesional—, pero, lo importante es que consigas sobreponerte y continúes bien. Nos tienes contigo, no lo olvides. —Aby se puso en pie de un salto y se sacudió el polvo de las piernas, sin prisa alguna. Tenía que hacer algunas llamadas y ese era el mejor momento. Faith necesitaba un poco de espacio y la psiquiatra sabía bien cuándo debía dárselo—. Además, ahora que vas a ser una especie de emisaria de la ONU, podrás viajar a dónde te plazca con todos los honores. ¡Me iría contigo mañana a París si no tuviera que lijar todos estos muebles! —bromeó.

—¡Ni que el cargo fuera un billete gratis en primera clase! —exclamó con una cantarina risotada.

Tan solo un mes después de regresar de la República Centroafricana tomó las riendas de *World Now*, cuando ni siquiera era capaz de llevar firmes las de su vida. Tras el infarto, Garland decidió no continuar en el puesto de redactor jefe y se encargó de convencer a la junta directiva de que confiaran en ella para hacerse cargo de la revista. Faith no tuvo oportunidad de negarse. De la noche a la mañana, fue convocada a una reunión de la que salió con las directrices que esperaban que cumpliera en la nueva andadura de *World Now*. Y, por descabellado que pudiera parecer, esa nueva posición le abrió puertas que jamás creyó alcanzar.

Su reportaje, *El alma del infierno*, que primero se publicó en *World Now* y luego se convirtió en un documental para la CNN, contaba en primera persona la experiencia vivida, pero también las injusticias que se cometían, desde un punto de vista crítico y excesivamente realista. Jamás creyó que fuera a tener el impacto que tuvo, pero se equivocó. Algunas de sus declaraciones levantaron ampollas en un sector del gobierno que hizo todo lo posible por prohibir la emisión.

No obstante, después del escándalo de WikiLeaks y de la reafirmación de la comunidad periodística por el derecho a la libertad de expresión, poco pudieron hacer para silenciar lo que Faith denunciaba de forma magistral. El secuestro de corresponsales, las condiciones inhumanas en que vivía la población, el uso de niños en los conflictos armados, la explotación sexual de menores, el insuficiente apoyo de la misión de paz de la ONU o el fallo en los protocolos gubernamentales, fueron algunos de los temas en los que se centraba el documental. Y, si bien los aspectos que trataba no eran ninguna novedad, la forma de hacerlo, de transmitir sentimientos, sola ante la cámara, y de entregar el alma con cada palabra, conmovió a la opinión pública.

Aun así, a pesar de ser temerario y de poner en su contra a personas de relevancia, el trabajo le valió la nominación a algunos de los premios de periodismo más prestigiosos del país. Incluso se alzó con el galardón de la International Women's Media Foundation, en reconocimiento a mujeres periodistas que se habían enfrentado a riesgos al realizar su investigación.

Sin embargo, nada de todo eso había servido para localizar a Mat, para saber si seguía vivo, o muerto.

Se limpió el sudor acumulado en la frente con el reverso del brazo y apartó los pensamientos. Si empezaba a recordar acabaría tumbada en el diván de Aby con la caja de pañuelos en las manos. Debería sentirse eufórica por el nombramiento, un poco nerviosa también por el viaje a Europa, siempre había querido ver París,

pero el estado de ánimo de Faith estaba como el tiempo en Seattle, la primavera no acababa de llegar y, en los últimos días, la lluvia no les había dado ni un segundo de tregua.

—¿Te tomarás un descanso después del nombramiento? —preguntó la doctora, en cuanto regresó a su lado. Faith negó al mismo tiempo que encendía la lijadora—. ¿Por qué? Has trabajado mucho y muy duro. Te mereces unas vacaciones.

—Dirijo la redacción de una revista, ¿recuerdas? Además, tengo compromisos que atender, una entrevista en el Canal 5 Noticias la semana que viene y una reunión con un periodista de Washington. Ya sabes cómo son estas cosas —se excusó con elegancia. Siempre había una reunión que mantener, un plan que trazar, una campaña que emprender o alguien a quien preguntar. No hallaría descanso hasta que encontrara un hilo del que tirar, uno que la llevara hasta él.

—Te llevaremos flores a la tumba —ironizó Aby, con su peculiar humor. Luego, al ver que Faith no sonreía como era costumbre, la tomó del rostro y le leyó los pensamientos—. Lo encontrarás. Estoy segura.

Cuando el martes de madrugada regresó de París, después de dos días de entrevistas y reuniones en la sede de la UNESCO, pensó con detenimiento en el consejo que le había dado Aby, y que Jacob y Garland habían secundado. Quizá fuera hora de tomarse un respiro y desconectar de todo aquel ambiente de lucha y búsqueda que, poco a poco, la estaba dejando exhausta.

—Lo decidiremos por la mañana, ¿de acuerdo? —le dijo a la preciosa fotografía que Jacob le había regalado hacía unos meses. No la había hecho en las mejores circunstancias, pero la imagen expresaba todo lo que Faith sentía por Mat.

Fue el día en que aquel camión, cargado de personas, volcó en el camino. Recordaba haberse sentido impotente ante la situación: la gente chillaba, el lodo lo cubría todo de color rojizo, no sabían hacia dónde mirar ni a quién atender antes, y ese olor a desesperación y a sangre... Pero entre toda aquella confusión se produjo un milagro que jamás olvidaría, el llanto de dos bebés le dio fuerzas para continuar y la mirada de un hombre fundió las barreras que había levantado en torno al corazón. Donde el caos peleaba contra la razón para ganar la batalla, ellos se miraron y el tiempo se detuvo.

Rozó la fotografía con la yema de los dedos y sonrió con tristeza. Sí, era mejor decidir las cosas cuando la luz de la mañana iluminara las sombras,

cuando hubiera descansado, cuando todo lo que había dejado a un lado durante el viaje estuviera ordenado por preferencias en su cabeza.

La despertó el sonido del teléfono a las siete de la mañana y no le hizo falta abrir los ojos para saber de quién se trataba. Detestaba que Jacob la despertara a esas horas. Desde que Milly había tenido a la pequeña Angie, el recién estrenado padre se desvivía por la comodidad de sus dos damas y, mientras su esposa descansaba, él acunaba al bebé y la llamaba por teléfono para saber los planes del día que comenzaba.

—Llegué muy tarde, Allen, creo que tengo derecho a holgazanear un poco hoy —lo saludó con la voz ronca.

—Pon el Canal 5 Noticias, deprisa. La Seleka ha liberado a los rehenes.

Tardó una décima de segundo en comprender lo que eso significaba. Saltó de la cama sin aliento y recorrió los pocos metros que la separaban del salón hasta dar con el mando a distancia de la televisión.

—...el grupo rebelde musulmán, que ha sembrado el pánico en la capital centroafricana desde que tomó el poder tras la expulsión de Bozizé, ha hecho pública, esta pasada madrugada, la liberación de los cinco rehenes que todavía se encontraban retenidos, dos de ellos norteamericanos —comentó con cierto dramatismo el conocido presentador de la cadena. Su mirada osciló entre el papel que sostenía en las manos y la cámara, insistiendo en la importancia del comunicado.

—Dos cooperantes y tres corresponsales, retenidos entre enero y agosto del pasado año, han sido puestos en libertad, después de duras negociaciones entre los respectivos gobiernos y la facción Seleka, según informan fuentes de esta cadena —corroboró la presentadora.

El corazón de Faith latía tan deprisa, tan frenéticamente, que se vio obligada a tomar asiento en el sofá y coger aire con los ojos cerrados, sin que los sentidos perdieran detalle de lo que decían acerca de la liberación. En cuanto escuchó los nombres que el periodista enumeraba, se incorporó con rapidez y se llevó ambas manos a la cabeza, sin poder creer lo que estaba pasando. Ninguno de ellos era Mathew Parsons.

—¡No! —gritó cuando el presentador comunicaba a la audiencia que, con este magistral logro, se cerraba un ciclo de sufrimiento y se sentaban las bases hacia la firma de un nuevo acuerdo de paz en la República Centroafricana.

El teléfono comenzó a sonar con insistencia de nuevo mientras Faith mantenía la vista fija en la pantalla, a la espera de una rectificación que no llegaba. Poco a poco fue asimilando que no había nada que hacer al respecto. Los gobiernos, principalmente el de su país, manipulaban los datos para complacer a la opinión pública, solo para demostrar que las estrategias de no

pagar rescates eran efectivas. Bien, quizá eso fuera lo que pretendían mostrar, pero ya poco le importaban los procedimientos que emplearan, si la persona que ella deseaba ver no estaba entre los liberados. Era una postura muy egoísta, pero no podía pensar de otra manera en esos momentos.

Había algo que no encajaba en toda aquella historia, algo verdaderamente grave que la desconcertaba. La desaparición de Mathew Parsons era un hecho registrado y Faith había mantenido suficientes reuniones al respecto como para saber que todo el mundo tenía constancia de lo que había pasado. Las organizaciones no gubernamentales se habían hecho eco del singular secuestro, del intercambio que tuvo lugar aquel fatídico día del mes de agosto; las Naciones Unidas habían mostrado apoyo a la causa. ¿Cómo era posible que se olvidaran de él? ¿Dónde estaba Mat?

De nuevo el teléfono interrumpió la peligrosa sucesión de preguntas sin respuesta. El nombre de Jacob bailoteó junto a varias llamadas perdidas. Aby, Garland y dos números más, procedentes de World Now, intentaban contactar con ella, pero ¿qué iba a decirles si ni siquiera podía asimilar qué estaba pasando?

—No lo entiendo. ¿Dónde está? —preguntó Faith desolada.

—No lo sé, yo tampoco lo comprendo, pero no pierdas la esperanza, ¿de acuerdo? —le suplicó el fotógrafo, igual de abatido que ella—. Vuelve a llamar al Departamento de Estado, habla con Reporteros sin Fronteras, insiste en que te den una explicación con sentido...

—¿Y si está muerto? —Era la primera vez que Jacob escuchaba a Faith pronunciar aquella pregunta. Esa posibilidad nunca había estado sobre la mesa, pero entendía que, después de tantos meses luchando, el nuevo golpe que había recibido estaba consiguiendo lo que nadie había logrado hasta el momento: vencerla—. ¿Y si estoy peleando contra un fantasma?

—Escúchame bien, Faith —demandó con severidad—. Antes o después darán con él, esté donde esté. Pero nadie luchará por la causa si no eres perseverante. ¡Mira todo lo que has conseguido! ¿Crees que vale la pena abandonar ahora, después de tanto trabajo?

—¡Ya no sé qué creer! —Se sentó con aplomo en el suelo, con las piernas encogidas contra el pecho, y apoyó la cabeza en las rodillas. No me quedan fuerzas para creer.

—Yo sí. Yo creo en ti.

16.

Faith observó por la ventanilla el ir y venir de los transeúntes en la calle mientras la voz de Aby sonaba al otro lado de la línea. Tenía la impresión de que los últimos ocho meses había vivido tan pegada al teléfono que podía considerarlo un apéndice más del cuerpo. Y desde que se anunciara la liberación de rehenes por parte de la Seleka, el pequeño aparatito de última generación no había dejado de sonar ni siquiera de madrugada.

—¿Cuántas horas has dormido desde el miércoles? —le preguntó la psiquiatra al escucharla bostezar.

—¿Qué más da?

—Si no duermes, no descansas, y si no descansas, no rindes, ¿entiendes por dónde voy?

Puso los ojos en blanco, a sabiendas de que ella no la vería, y miró el reloj del taxi. Llegaba tarde a la reunión con el reportero de *The Washington Post* y el tráfico denso de las once de la mañana no ayudaba en absoluto.

—Lo entiendo, te lo aseguro —respondió con un bufido—. Pero necesito llegar al fondo de todo esto antes de echar el freno. No puedo entender a qué demonios han estado jugando, ni por qué me han mentado, pero voy a averiguarlo, cueste lo que cueste.

—¿Qué vas a hacer? Ya sabes que los protocolos...

—¡A la mierda los protocolos! —gritó con rabia. El taxista le lanzó una mirada de reprobación a través del espejo retrovisor que ella ignoró por completo. Estaba harta de procedimientos, de consejos, de ir de un lado a otro sin encontrar respuestas y de gilipolleces como las que pretendían hacerle creer. No se quedaría de brazos cruzados, no mientras existiera una mínima posibilidad de que él estuviera vivo y si el *Post*, el *Tribune* o *The Times* querían echarle una mano, bienvenida fuera—. Sabes tan bien como yo que esos protocolos se los pasan por el forro cuando les da la gana, que les importa una mierda muchas veces lo que pase en esos países con tal de quedar bien delante de cuatro mandatarios del demonio. ¡No creo que estén haciendo bien su trabajo y tú tampoco lo crees o no me apoyarías en eso!

—Te apoyo, lo sabes perfectamente. Pero soy tu amiga, y tu psiquiatra, y me

preocupo por tu salud tanto como por tus problemas. No lograrás nada levantando la voz y soltando tacos. ¿Dónde coño te han enseñado a hablar así, señora Embajadora de la UNESCO?

Lo había conseguido de nuevo, Aby siempre lo conseguía. Cuanto peor era la situación, cuanto más nerviosa se ponía, más impactantes eran sus comentarios. Faith respiró hondo y no pudo reprimir la sonrisa. Siempre había sido muy correcta hablando, hasta que conoció a la doctora Tisdale. Ella sacaba lo mejor que tenía, pero también lo peor, aunque la gracia del asunto estaba en lo bien que se sentía cuando le salían sapos y culebras por la boca.

—¿Es una risa eso que oigo? Bien, me alegro de que mis llamadas te hagan feliz. —*Y así es*, pensó Faith—. Recuerda que el viernes te espero para acabar de barnizar la dichosa mesa de comedor. Hay un anticuario en San Francisco que está interesado en ella.

—Allí estaré.

—Y, Faith...

—¿Sí?

—No dejes que ninguno de esos cabrones, hijos de puta, acabe con tus esperanzas.

Owen la vio descender del taxi y observó cómo alzaba la vista para recorrer el perfil del imponente edificio federal en el que la había citado. La reunión de la que acababa de salir le había dejado un mal sabor de boca y la que le esperaba no sería para menos. Era mejor desaparecer de aquella avenida cuanto antes, no fuera a toparse con alguien que pudiera desentramar la mentira que le había contado a ella.

—¿Señorita Holland? —la abordó en cuanto la tuvo a unos pasos.

Faith miró con hostilidad la mano que la sujetaba por el brazo y repasó el aspecto de aquel tipo: gabardina gris, traje oscuro, alto, bien peinado, facciones duras y, estuvo segura de que la mirada, tras las gafas de aviador, era tan penetrante como la sentía.

—¿Nos conocemos?

—No, en realidad no, pero hemos hablado por teléfono y creo que está buscando algunas respuestas —reconoció Owen, ante la cara de asombro de la periodista—. Demos un paseo, ¿le parece?

Faith asintió con seguridad, y caminó junto a él en dirección a la calle peatonal que había enfrente. Detectaba cierta prepotencia en aquel tipo del *The*

Washington Post, que se comportaba como si todos los que pasaban por su lado fueran seres sin importancia, como si la calle le perteneciera por derecho. Pero, si lo analizaba con detenimiento, era esa misma superioridad la que la empujaba a creer que, con su ayuda, todo iba a ser posible.

Owen miró a la mujer que lo acompañaba, consciente de que, por una vez en la vida, había perdido el maravilloso don de la elocuencia y maldijo toda aquella situación. Faith Holland imponía respeto y seriedad, tal y como había podido comprobar en las decenas de entrevistas y reportajes que había visto sobre ella en los últimos meses. Era una todoterreno, una luchadora, y estaba demostrando al país entero algo que no le gustaba nada a sus jefes: que hurgando en la basura se encuentran los secretos mejor guardados.

Era gracioso pensar que estaba en Seattle para entregar un mensaje que no tenía intención de dar, que había elaborado una mentira solo por el placer de tenerla frente a frente y conocer de primera mano el motivo por el que su hermano era capaz de entregar la vida. Antes o después, tendría que rendir cuentas a ambos y explicar los motivos que lo habían llevado a ir en contra de la voluntad de Mat. Pero es que el recuerdo de la señorita Holland no lo dejaba ser objetivo y había demasiadas cosas en juego como para echarlo todo a perder por falsos sentimientos, exagerados por las circunstancias.

—Tomemos un café —le propuso él, señalando un pequeño bar de aspecto irlandés.

Cuando estuvieron acomodados al fondo del establecimiento y hubieron pedido las bebidas, Owen se permitió un momento para pensar en lo que iba a decirle. Esa mujer había puesto su mundo patas arriba, había tocado las narices a más de un alto cargo, se movía como pez en el agua entre la comunidad informativa y, para colmo, el nombramiento como Embajadora de Buena Voluntad de la UNESCO la posicionaba en un lugar privilegiado para acceder a cierta investigación relacionada con lo sucedido en Bangui.

Por suerte, y para tranquilidad de sus jefes, buena parte de los datos acerca de la desaparición de Mat había sido declarada de acceso muy restringido y el riesgo de que aquella entrometida desvelara secretos de Estado, se había esfumado. No estaba allí para desalentarla, pues eso levantaría más sospechas después de todo el tiempo que llevaba tras la pista de su hermano, pero impediría que metiera las narices en asuntos que no le concernían y que continuara realizando preguntas comprometidas que solo ponían más nerviosos a los de arriba.

—No había oído hablar de usted nunca, señor Mitchell. Es curioso, pues tengo buenos amigos en el *Post* y ninguno ha sabido darme referencias —confesó Faith, que advirtió como el rostro de su acompañante perdía varios tonos de

color.

—¿No se ha planteado que pueda usar un nombre falso?

—¿Y por qué motivo iba a hacer eso? ¿Tan importante es lo que ha venido a decirme? —cuestionó de forma serena, aunque el nerviosismo en su interior estuviera a punto de romper los diques de contención.

—No es lo que yo te vaya a contar, sino lo que tú me cuentes a mí —puntualizó, dejando a un lado las incómodas formalidades. Chasqueó la lengua al ver el desconcierto que le había provocado y soltó un suspiro de hastío. Extrajo la cartera del bolsillo interior de la chaqueta y sacó el carnet de conducir donde aparecía su nombre. Si quería que confiara en él lo primero era despejar las dudas menos importantes. Faith tomó el pequeño trozo de plástico en las manos y se lo devolvió al momento con un asentimiento—. Llámame Owen, ¿de acuerdo?

—Prefiero no hacerlo, y también prefiero que dejemos de perder el tiempo con tonterías y me digas de una vez quién eres y qué quieres. Tengo cosas mucho más importantes que hacer que jugar a las adivinanzas con alguien en quien me va a costar confiar.

Para su completo asombro, él sonrió con timidez. Parecía incómodo en su presencia, y eso resultaba extraño. *Todo fachada*, se dijo Faith, sin apartar los ojos de la expresión amable que le devolvía. Si pensaba que iba a lograr algo utilizando esas armas seductoras, es que se había vuelto loco.

—¿Qué sabes de Mathew Parsons?

Fue tan directa como le había dicho su hermano.

—¿Y por qué crees que he venido a hablar de él?

—Porque no estaríamos aquí, hablando a media voz y esquivándonos el uno al otro, si no fuera porque es un tema delicado. Y ahora mismo no hay ningún asunto que requiera mi atención más que él. ¿Quieres andarte con rodeos? Bien, hazlo, pero no conmigo —declaró, mientras se ponía en pie.

—No sé dónde está Mathew Parsons —respondió sin titubear. Una sola duda en el tono de voz lo delataría y, viendo la determinación con que afrontaba las situaciones, algo le decía que esa mujer era capaz de detectar una mentira a la legua.

El único motivo que lo había llevado a Seattle era el de apaciguar los demonios de quienes le rodeaban. Por un lado, el Secretario de Estado y todo su séquito. Por otro, el propio Mathew Parsons. Ambas partes querían algo de la señorita Holland: Washington, que callara; Mat, que supiera de él. Lo que su moral le dictaba era otro cantar. Él era la única persona que podría disuadir a Faith para mantenerse al margen el tiempo suficiente, hasta que el trabajo de su hermano finalizara. Luego, si todavía quedaba química entre ellos, ya se

encargaría de explicar lo que fuera necesario. Hasta entonces, más le valía jugar bien las cartas.

—Mientes. Y lo haces fatal. —*¡Joder!*, exclamó Owen para sí mismo, era más perspicaz de lo que parecía a simple vista—. Quieres hacerme creer que eres un simple periodista interesado en mi historia, pero estás tan ocupado en ocultar quién eres en realidad que podría oler tus mentiras hasta por teléfono. ¿Quién eres?

—No puedo responder a eso.

—¿Y puedes responder a algo de lo que te pregunte?

—No lo sé. Probemos —la animó Owen, un poco más relajado. Le gustaba que Faith abordara los problemas de frente. Se recostó en la silla, con naturalidad, cruzó los brazos a la altura del pecho y esperó el inventario de preguntas que ella tenía preparadas.

—¿Por qué no se ha hecho mención a la desaparición de Mathew Parsons tras la liberación de los rehenes de la Seleka? Mat hacía trabajos para el *Post*, ¿no cree que es muy raro que ni el propio periódico haya dicho nada? ¿Por qué está resultando tan complicado localizar a un simple corresponsal?

Simple corresponsal, pensó Owen con ironía, no había peor definición para describir a Mat.

—No tengo respuestas para esas preguntas. Entiendo tu preocupación por Parsons, pero tu manera de hacer las cosas impide que pueda llegarme más información sobre esto. Mis fuentes no dejan de referirse a ti —mintió. En realidad, eran sus superiores los que maldecían el nombre de Faith Holland a cada minuto del día—. Tu nombre se escucha en esferas en las que no te gustaría estar y creo que...

—No me interesan las esferas en las que suene mi nombre, Mitchell —lo interrumpió—. Si hay personas preocupadas por lo que digo o hago es porque hay algo podrido que no desean ventilar. Yo solo pido que hagan su trabajo. Mathew Parsons es un corresponsal de guerra americano que se encuentra retenido contra su voluntad en una zona en conflicto, y es el maldito gobierno de los Estados Unidos el que debe encargarse de liberarlo —le espetó con tanta rabia y frustración que tuvo que hacer enormes esfuerzos por no echarse a llorar.

—Lo entiendo...

—¡No! ¡No lo entiende! —exclamó, y lo señaló con un dedo acusador para que la dejara terminar. Estaba pagando con aquel desconocido toda la frustración que había acumulado desde que supo de la liberación de los rehenes. No era justo, desde luego, pero él se le había puesto a tiro y ocultaba tantas cosas como dudas tenía ella—. La Federación Internacional de Periodistas, Reporteros sin Fronteras, los medios de comunicación, la UNESCO... ¡todos están

consternados por este desinterés, por esta indiferencia hacia uno de los suyos, hacia un ciudadano americano, hacia un ser humano! Y mientras, los chupatintas, en los despachos, en sus *altas esferas* —pronunció con retintín—, se preocupan por lo que yo pueda decir al respecto. ¿No crees que esa reacción es algo desproporcionada? Si me estoy desviviendo por encontrar a Mat es porque los protocolos, o lo que sea que sigan en estas situaciones, no funcionan. Deberías escribir sobre eso en el *Post*, si es que es cierto que trabajas allí.

—Yo no hago las normas, Faith —dijo con dureza utilizando el nombre de pila como si fuera un padre amonestando a su hija—. Al igual que tú, me encuentro perdido por la falta de información que hay sobre el tema. Pero tu manera de hacer las cosas nos dificulta a todos la tarea, nos cierra puertas y levanta escamas entre nuestras fuentes...

—No me interesan tus milongas, Mitchell. ¿Has venido aquí a decirme que por mi culpa no puedes hacer tu trabajo? Pues lo lamento, pero ve acostumbrándote. Te aseguro que llevo algunos meses escuchando todo tipo de tonterías y ya he perdido la paciencia. Yo sé qué paso allí, ¡estaba allí! Él se cambió por mí y por Jacob Allen, mi compañero, y el miércoles pasado, mientras todo el país suspiraba de alivio por la liberación de los últimos rehenes en manos de la Seleka, yo me preguntaba qué coño había hecho mal, por qué llevo ocho meses recibiendo palabras de esperanza si ya sabían que él no estaba allí.

—Quizá no sabían que...

—¡Oh, ya lo creo que lo sabían! O eres demasiado estúpido para ser periodista o interpretas muy bien el papel que te han indicado. Sé bien cuando alguien me está colando una patraña y tú, por alguna razón que no comprendo, me estás intentando vender algo que ni siquiera te crees. Lo puedo ver en tus ojos y en la poca confianza que tienes en lo que dices —manifestó con el cuerpo en tensión. Se incorporó en el asiento para dar más énfasis a sus palabras y apostilló su insistencia con fuertes golpes de la mano contra la superficie de la mesa—. Me da igual quien seas, me importa una mierda para quién trabajes. Yo solo quiero saber dónde está Mathew Parsons, quiero saber si aún vive, y quiero saberlo ya.

Owen hubiera sonreído si la situación hubiera sido diferente. Ahora entendía por qué su hermano había mostrado tanto interés por esa mujer. No solo era guapa e ingeniosa, también tenía un carácter del demonio que invitaba a mantener con ella excitantes disputas. Lamentaba la situación por la que estaba pasando, sin duda tenía toda la razón del mundo, y era evidente que le importaba Mat, que sentía algo muy profundo que la empujaba a luchar con uñas y dientes, pero no podía decirle lo que deseaba oír, era información confidencial.

Volvió al plan inicial que había elaborado en el avión. Tenía que hacerle creer que Mathew Parsons continuaba desaparecido. Pero después de lo que ella le

había soltado y de la intensidad de los sentimientos por su hermano, solo había una forma de convencerla.

—No eres la única que está preocupada por el paradero de Mat —murmuró con los ojos puestos en el poso del café—. Es mi amigo, desde mucho antes de que tú nacieras. Y me paso el día buscando respuestas y enfrentándome a las mismas puertas cerradas que tú —mintió—. Admiro tu valentía, Faith, y me conmueve que haya alguien más que vele por su vida, pero necesito que te tranquilices un poco, que me dejes espacio para presionar a mi manera, y en cuanto descubra algo acerca de él, serás la primera en saberlo. Esté vivo o muerto, lo encontraré.

La confesión de Owen cambió en cierta forma la imagen que Faith tenía de ese hombre. No se creía ni una sola palabra de las que había pronunciado, pero, al mismo tiempo, saber que eran amigos, encendió una nueva chispa de esperanza a la que aferrarse. ¿Qué beneficio sacaría Owen Mitchell mintiéndole?, se preguntó. Quizá estaba tan alterada y tan cansada de no encontrar respuestas que lo veía todo con los ojos de la desconfianza. Quizá era cierto lo que él decía y su forma de hacer las cosas solo estaba consiguiendo perjudicar la operación de rescate. Hasta el momento no había logrado nada, tal vez debiera dejar que él lo intentara a su manera.

—Gracias —le dijo Faith, antes de despedirse en la puerta de la cafetería.

—No pierdas la fe, ¿de acuerdo? —la animó. Colocó las manos en los hombros de Faith y presionó para infundirle confianza. Cuando una mujer lo miraba así, como lo hacía ella en ese instante, era capaz de prometer cualquier cosa, de confesar todo lo que sabía y había jurado callar—. Estará bien. Estoy seguro.

La abrazó con afecto y luego la vio partir bajo algunos rayos de sol que despuntaban entre las nubes, cabizbaja. No soportaba tener que mentir, pero no le quedaba más remedio. Por sus intereses, por su país y por la vida de su hermano.

Después de mantener el tipo delante de la señorita Holland y de morderse la lengua para no confesar la verdad, todavía le quedaba algo que hacer antes de regresar a la comodidad de su despacho en Washington para preparar el viaje que emprendería en unos días. Sacó el móvil del bolsillo de la gabardina y, envió el golpe definitivo que separaría los caminos de Faith y Mat. Un solo mensaje de esperanza era lo que le pedía su hermano si lograba hablar con ella y explicarle la situación. Un solo mensaje que lo cambiaría todo.

Seguro que algún día Mat entendería que había cosas más importantes por las que entregar la vida.

Ha pasado página. Te pide que la olvides.

17.

Llevaba saltando sobre la azotea del edificio y peleándose contra el saco de boxeo más de una hora y media. Hacer ejercicio siempre le sentaba bien, pero esa tarde, después del horrendo día que había tenido, ni descargar la frustración a golpes le estaba sirviendo de ayuda.

La reunión para cerrar el siguiente número de la revista había resultado una locura. Reportajes que no estarían a tiempo, fuentes que dejaban de ser fiables, información por contrastar, fotorreportajes sin ningún tipo de atractivo y una serie de artículos que nada tenían que ver con los intereses de la dirección. Ya no sabía si era su situación la que le provocaba el hastío que sentía o, por el contrario, el equipo se había acomodado y no estaban elaborando contenidos interesantes.

De un modo o de otro, cuando salió de la oficina aquella tarde, de lo único que tenía ganas era de llegar a casa y descargar tensión. Si hubiera tenido una foto de Owen Mitchell estaría recibiendo su merecido por tomarle el pelo de aquella manera tan descarada. ¡Una semana ya sin saber nada de él! Un tiempo precioso en el que Faith había cumplido la promesa de no importunar a nadie con el tema. Pero el muy rastrero ni le devolvía las llamadas, ni respondía al número de móvil que le había dado, ni se dignaba a enviar un mísero mensaje para informarle acerca de Mat.

—¡Jodido gilipollas! —exclamó, y acompañó el insulto con un buen gancho de derecha—. ¡Cabrón!

—No me gustaría estar en la piel de quien ocupa tus pensamientos ahora mismo —la saludó Aby, que entraba en ese momento en la azotea. Faith la miró con rudeza y continuó dispensando golpes mientras su amiga se acomodaba en una tumbona—. He llamado a tu casa, pero como no respondías he pensado que estarías aquí. Cuéntame qué te pasa antes de que revientes el saco.

Owen Mitchell la había engañado como a una colegiala, eso era lo que la tenía echando humo por las orejas. Estampó de nuevo los puños contra el imaginario rostro de aquel tipo, con una sucesión de movimientos rápidos y estudiados, cubriéndose la cara con una mano mientras con la otra golpeaba con sequedad. Tres directos y un gancho, acompasados por un juego de pies digno del más

experimentado púgil.

Cuando el cansancio impidió que le llegara suficiente aire a los pulmones, se quitó los guantes y los lanzó con rabia contra la pared.

—¡No lo entiendo! Debo tener cara de gilipollas o algo así para que todo el mundo intente tomarme el pelo —soltó por fin. Aby hizo una mueca con la boca y le pasó la botella de agua que tenía al lado para que bebiera un poco—. Pero esto no va a quedar así... Si tengo que viajar a Washington para darle una patada en el culo a Mitchell, lo haré con mucho gusto.

—Quizá sea pronto, solo ha pasado... ¿cuánto? ¿Una semana? Tal vez tampoco sea fácil para él descubrir lo que está pasado con Parsons —intentó razonar la psiquiatra.

—¡Joder, Aby, si lo hubieras visto! Con su traje perfecto y su perfecta palabrería, que yo me tragué como una idiota. —Se colocó la sudadera que había dejado en el suelo y se sentó junto a su amiga, que la miraba con lástima—. Me dijo que me mantendría informada de cada paso que diera, que hablaríamos en un par de días... ¡Y yo me lo tragué! —gritó elevando las manos al cielo, que ya se oscurecía con la llegada de la noche—. Y lo peor es que no sé de qué me extraño. Me han mentido tantas veces que ya no me fio de nadie.

Ambas permanecieron en silencio contemplando el cielo de Seattle, teñido de naranja, era el mejor espectáculo para poner el punto final a un día más de espera.

—¿Qué vas a hacer? ¿Esperarás a que llame? —le preguntó Aby, que sentía curiosidad por saber cómo iba a resolver ese nuevo bache.

—No, no puedo perder más tiempo. —Se puso en pie, un poco más calmada, y recogió los guantes y la comba antes de regresar al apartamento—. Fuiste tú la que me dijo una vez que no esperara a que los demás cambiaran el mundo para mí. Creo que ha llegado el momento de seguir tus consejos, loquera.

—¿Seguro que fui yo? —Por supuesto que había sido ella. Era una de las consignas al principio de las terapias. Pero no le gustó nada el brillo que veía en la mirada de Faith, ni lo que la impaciencia podía desencadenar—. No estarás pensando en volver, ¿verdad? —El corazón de Aby se aceleró y un frío estremecimiento le sacudió el cuerpo. Faith se encogió de hombros, sin mostrar cambio alguno en la expresión—. ¿Faith?

—Es una posibilidad.

—¡No puedes estar hablando en serio! —Se puso en pie, bastante alterada, y dio vueltas alrededor de ella con los puños contra las caderas.

—¡No puedo dejar que se pudra en ese agujero! —exclamó al fin. Luego, como si hubiera dicho algo inapropiado, bajó la cabeza y aguantó las ganas de llorar.

—¡No sabes si está allí! ¡No sabes si está...! ¡No sabes nada, Faith! —Había tenido que morderse la lengua para no gritarle que podía estar muerto y que había muchas posibilidades de que estuviera luchando contra la nada—. Hay otras maneras de hacerlo, Faith. No le harás ningún favor si regresas y vuelven a capturarte. —Le puso una mano en el hombro y presionó en señal de apoyo. Le gustaría poder pelear junto a ella en la batalla que se libraba en su interior, pero le había enseñado a volar sola, necesitaba volar sola, y quizá había dado unas alas demasiado grandes a un pájaro recién salido del nido—. Dime que lo pensarás y no harás estupideces.

Aby jamás podría entenderlo. Por muy capacitada que estuviera para meterse en la mente de las personas, o por efectivos que fueran los métodos de recuperación que empleaba, solo Faith conocía el alcance de las heridas que se acumulaban desde que Darryl murió.

Perdió al hombre al que amaba por un error. El corazón tardó en sanar y el alma en perdonar. Pero nada la había preparado para volverse a enamorar y perderlo todo al mismo tiempo. Mientras le quedara un solo segundo de esperanza, lucharía por encontrarlo, aunque fuera lo último que hacía en la vida.

—¿Faith? Dime que lo pensarás —le repitió Aby, cada vez más convencida de que ya había tomado una decisión.

—Es solo una posibilidad. No tienes de qué preocuparte.

—¡Quiero hablar con Owen Mitchell! —gritó Faith al móvil, por decimocuarta vez, mientras Jacob sonreía al tráfico de media tarde.

Había quedado para ir a cenar con Garland y la familia al finalizar la jornada laboral. El exredactor jefe se moría de ganas por conocer la nueva programación de *World Now* para el segundo semestre y le daría un nuevo infarto cuando le contara la basura que los periodistas de la revista habían puesto sobre la mesa. Estaba agotada, pero había prometido que iría al dichoso restaurante indio con ellos, y no se podía echar atrás. Además, tendría oportunidad de coger en brazos a la pequeña Angie, y eso siempre era un incentivo.

—Creo que sabe perfectamente a quien me refiero, señorita. Alto, castaño, seductor, ojos azules... ¡No creo que haya muchos hombres así allí! —descargó contra la mujer que la atendía—. Dígale que soy Faith Holland, y que este es el mensaje un millón que le dejo —insistió enfurecida al tiempo que estampaba un puño contra la puerta.

—Si me rompes el coche nuevo, te descuartizo, Holland —susurró Jacob, que

echó un rápido vistazo al rostro sonrojado de su amiga.

—¿Por qué coño es tan complicado que te pongan con la persona adecuada a la primera? —preguntó tapando el auricular para que la telefonista no escuchara el comentario. Le habían pasado ya con tantas extensiones, y había preguntado tal cantidad de veces por Owen Mitchell, que cuando le llegara la factura del teléfono tendría que pedir un préstamo bancario—. Estoy hasta los cojones de escuchar la música de espera.

—¿Es posible que, por esta noche, dejes de ser tan mal hablada? —preguntó Jacob sin poder contener la risa. Iba a añadir que debería vestirse de cuero y comprarse una Harley, cuando Faith levantó una mano, indicándole que callara, que parecía que por fin iban a atenderla.

Un segundo después, el móvil que había tenido pegado a la oreja durante todo el trayecto desde el despacho, se estrelló con violencia contra el salpicadero. Se cruzó de brazos, enfadada como una niña, y no prestó atención a los gruñidos de Jacob, cuando pasó la mano con cariño sobre la superficie pulida del monovolumen nuevo.

A la entrada del restaurante, Garland Buchanan, sonriente, le dio la bienvenida con un abrazo paternal, igual que si hubiera sido su propia hija. Milly, que sostenía a la pequeña Angie en los brazos, con el infinito cariño de una madre primeriza, le sonrió, y alargó la mano para abrazarla también y darle un beso en la mejilla.

—Hola, pequeña Anggela —saludó al bebé con la misma vocecilla tonta que ponía todo el mundo cuando hablaban a los niños—. ¿Vienes un ratito con la tía Faith?

Acarició la carita redonda y mofletuda de Angie y recibió a cambio la sonrisa de un ángel. Que le hubieran puesto su segundo nombre a la niña la llenaba de un orgullo que no podía expresar con palabras. Que hubieran decidido que ella fuera la madrina, su protectora, le despertaba sentimientos profundos en los que no había reparado desde hacía tiempo.

Siempre quiso tener hijos y formar una familia. El espíritu aventurero no era lo único que compartía con Darryl. Ambos coincidían en que, con el tiempo, estaría bien asentarse y disfrutar de la vida de una forma menos intensa, sin los riesgos de la profesión. Cuando Darryl murió, Faith dio por perdidos aquellos sueños, dejó de pensar en vivir para centrarse en respirar cada día. Hasta que llegó Mat. No iba a renunciar a él. Haría lo que fuera por averiguar si había un futuro para ellos. Aunque tenía presente que en ocho meses podían haber sucedido muchas cosas no iba a detenerse hasta encontrarle.

—Voy a estar una temporada fuera —anunció de repente. La cena había sido de lo más tranquila, pero al acercarse el final de la velada Faith sintió que le

quemaban las palabras en la lengua.

—¿De vacaciones? —preguntó Garland—. Harás bien. El trabajo en la revista puede ser agotador.

—No es eso exactamente. —Iba a resultar más difícil de lo que había pensado. Había construido una excusa bastante sólida, y pensaba utilizar su reciente nombramiento como embajadora para darle más peso a la historia, pero en cuanto supieran cuál era el destino elegido, nadie tendría duda acerca de la verdad—. Me voy en misión humanitaria.

—¿A dónde? —le preguntó Jacob sin darle tiempo a exponer los detalles.

El fotógrafo negó con la cabeza al ver a Faith titubear sobre la respuesta y no tuvo la menor duda de adónde iba. La odió por hacerle aquello, por hacérselo a sí misma, por destapar la caja de los recuerdos y continuar la búsqueda en aquel infierno. Mathew Parsons podría llevar muerto desde el mismo momento en que ellos salieron del campamento Seleka, pero ella era incapaz de contemplar esa posibilidad. En su fuero interno, Jacob también se negaba a admitir esa opción. Sin embargo, llegados a ese punto, en el que su amiga estaba dispuesta a poner su vida de nuevo en peligro por el periodista, casi deseó que el paradero de Parsons estuviera a dos metros bajo tierra.

—¿A dónde? —repitió Jacob con los puños cerrados bajo el mantel.

—A Bangui. Vuelvo a Bangui.

18.

Cerró la carpeta de información que le habían proporcionado fuentes de total confianza, y retiró la bandeja del asiento, tal y como le indicaba el auxiliar de vuelo en ese momento. Amanecía en la República Centroafricana cuando Faith levantó la cortinilla de la ventana y echó un vistazo al exterior. Ver la salida del sol en el mes de mayo desde el avión era un espectáculo que solo podía competir con la visión del campo de refugiados, que ocupaba una parte de la pista de aterrizaje, y se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Era dantesco, y al incidir los rayos anaranjados sobre los toldos, que cobijaban a miles de personas desamparadas, la sensación de desasosiego se hizo mayor.

La vida transcurría a un ritmo diferente en esa parte del mundo. Daba la sensación de que las decisiones se tomaban de un día para otro sin importar a qué o a quién pudieran afectar. La misión de paz de la ONU parecía no ser suficiente, aunque el esfuerzo y la inversión estaban siendo admirables. Aun así, continuaban los ataques entre las principales facciones, a pesar del despliegue de tropas internacionales y de las duras negociaciones que se estaban llevando a cabo. Milicianos de grupos armados, representantes del gobierno y del ejército, líderes de la sociedad civil, religiosos de diferentes credos, mujeres, jóvenes..., procedentes de todos los rincones del país, se daban cita en el Foro Nacional de Bangui. Era el principio de algo en lo que creer.

—¿Nerviosa? —le preguntó Gregory Medeiros, el director de la misión humanitaria, distinguido cooperante de Médicos Sin Fronteras, que había viajado a su lado, en silencio. Faith asintió—. No lo estés. Ya verás como todo sale bien. Iremos a la embajada a conocer al Encargado de Negocios y luego podrás reunirte con el coordinador del Comité para la Protección de los Periodistas.

Casi no le dio tiempo a procesar que se encontraba de vuelta. En cuanto bajó del avión, un coche los estaba esperando para llevarlos a la recién reestablecida embajada de los Estados Unidos. Dominic Creig, un anciano de pelo blanco y tez morena, que se presentó como funcionario de la institución americana, los acompañó en el viaje e hizo un alarde de cordialidad que puso muy nerviosa a Faith. Siempre se retraía cuando la trataban con excesiva amabilidad y ahora que representaba a la UNESCO, que era miembro de algunas organizaciones con

influencia y que sus reportajes eran conocidos en la comunidad internacional, el trato de favor se notaba, pero no podía relajarse.

—Ahora es usted un personaje público, señora Holland —le dijo Medeiros con su habitual tono conciliador—. No tema la hospitalidad de esta gente, ni la de sus propios compatriotas.

Todo había pasado muy rápido. *Demasiado rápido*, pensó, sin poder evitar que la imagen de Mat se colara entre los recuerdos. Había declinado la oferta de la ONU para participar en el Foro Internacional de Bangui y, con ayuda de Medeiros, había logrado que su presencia en la República Centroafricana pasara lo más desapercibida posible. Aunque la causa humanitaria y el cargo que ostentaba la cargaban de responsabilidades, estar bajo el ala de Gregory le abría puertas y le facilitaba la coartada que necesitaba. Cualquiera diría que estaba allí para sacarse la espina clavada, pero solo sus allegados sabían que había vuelto a por él. Era muy probable que fuera demasiado tarde, pero si había algo que la terapia con Aby le había enseñado era a perseverar. No iba a parar hasta conseguirlo.

—Hemos llegado —anunció el señor Craig.

Lo primero que pensó cuando bajó del coche y echó un vistazo fue que volvía a estar en el punto de mira. El edificio de la embajada estadounidense había vivido tiempos mejores. Las cristalerías verticales que se alineaban en la fachada, como las teclas de un piano, se veían tan sucias que ni siquiera reflejaban la luz de los rayos del sol. Los chorretones resacos que caían desde el tejado y la pintura blanca descascarillada le conferían un aspecto ruinoso y de abandono, nada alentador para los americanos que fueran a refugiarse tras los muros de la institución. Incluso el gran sello de los Estados Unidos, orgullo de la patria, con el águila calva de alas abiertas presidiendo la entrada principal, necesitaba una buena mano de barniz.

—Tenemos pendiente un lavado de cara de las instalaciones cuando se normalice la situación en la ciudad —se justificó Craig.

—¿Qué son esos bidones delante del enrejado? —preguntó con curiosidad. No le encontraba sentido a tan extraña decoración. Ni siquiera Aby, tan excéntrica en esos temas, lo hubiera considerado bonito.

—Son protecciones contra ataques suicida, señora Holland —le respondió el funcionario, pesaroso—. Se pusieron ahí en 2012, cuando comenzaron los altercados contra la embajada. Estoy seguro de que en cuanto el acuerdo de paz sea firme se retirarán para ofrecer a la población una imagen de confianza.

Se sacudió el escalofrío que le recorrió la espalda y echó un vistazo al ambiente que se respiraba en la calle. Había muchas pancartas dispersas que demandaban paz; la población entera se empapaba del optimismo de aquel

encuentro tan importante para el futuro del país y eso se reflejaba en los rostros de las personas que caminaban por la ciudad. Pese al estado lamentable que presentaba cada rincón de Bangui, un nuevo color pintaba el ambiente y una fe renovada se respiraba en el aire.

Tras las oportunas presentaciones y la reunión posterior, en la que les explicaron el trabajo que estaban desempeñando desde que se reestableciera la embajada, Gregory Medeiros se retiró y la dejó a solas con el Encargado de Negocios. El señor Brown, de aspecto cansado y una seriedad intimidante, se retiró las finas gafas de metal y la observó unos segundos con ojo crítico.

—Me han hablado mucho de usted, señora Holland —dijo con afecto—. Pero no crea que todo ha sido bueno —añadió, correspondiendo el gesto alegre con uno similar—. Hay quien me ha advertido que lleve cuidado con lo que digo y hago cuando esté en mi presencia.

Una carcajada salió de los labios de la periodista que, por primera vez desde que había llegado, se sentía un poco menos tensa. Le cayó bien ese hombre, pero después de haber sido engañada por gente que también se había mostrado amable y presta a la colaboración, tuvo mucho ojo de esperar algo más que palabras encantadoras.

—No tiene nada que temer, señor Brown. Estoy segura de que nos llevaremos bien.

—Siempre que le proporcione lo que necesita, ¿verdad? —añadió el diplomático con una ceja alzada. Se había puesto de nuevo las gafas y daba golpecitos con el bolígrafo sobre el montón de papeles que tenía delante—. Verá, señora Holland, en estos momentos, como habrá podido comprobar a la llegada, la ciudad es un auténtico caos. Hoy ha comenzado el Foro Nacional de Bangui, y el mundo entero tiene la vista puesta en el posible acuerdo de paz entre las facciones. —Ella misma hubiera cubierto la noticia si no tuviera que dedicar el tiempo a otros menesteres más importantes—. Estoy seguro de que sabrá que, la semana pasada, los grupos armados prometieron la liberación de los niños soldado, algo que esperábamos desde hace tiempo. Después de la puesta en libertad de los rehenes, esto supondría un paso gigantesco hacia la paz definitiva.

—Lo sé. Estoy al tanto de todo, créame. Hay mucho trabajo por hacer.

—Entonces entenderá que no pueda estar pendiente de usted. —Faith asintió—. Tampoco puedo añadir una preocupación más a las que ya tengo sobre la mesa, y eso es lo que temo que pasará en cuanto cruce las puertas de esta embajada.

—No le daré problemas, se lo aseguro. Y le agradeceré cualquier ayuda que pueda prestarme en mi labor.

—¿Y su labor es...? —preguntó, a sabiendas de lo que ya le habían contado

desde Washington.

Faith dudó unos instantes, temerosa de que Brown, cuya perspicacia se podía ver a simple vista, fuera a impedirle su propósito si le decía la verdad. Pero había cierta ironía enmascarada tras aquella pregunta, que le impidió soltar la retahíla de responsabilidades que siempre enumeraba cuando alguien le preguntaba por las funciones de una embajadora. Quizá fue la mirada fija y brillante con que la observaba, o la media sonrisa, que le daba un aspecto menos intimidante, pero aquel hombre conocía de sobra qué la había llevado allí y resultaba absurdo mentirle.

—No le engañaré. He venido a encontrar a Mathew Parsons.

Mientras se familiarizaba con la casa que habían dispuesto para ella, no dejó de darle vueltas a la información que la embajada le había proporcionado de forma extraoficial.

—Negaré cualquier colaboración con usted si me veo afectado por el uso indebido de los datos que hay en esa carpeta —le había dicho Brown al despedirse de ella—, y estará fuera del país antes de que pueda pestañear. No está aquí en calidad de embajadora, no ha venido en representación de ningún organismo y no recibirá un trato diferente al que tendrían los miembros de cualquier ONG en el país. Es una simple cooperante y si le ocurre algo... Bueno, usted sabe bien lo que sucede cuando ocurre algo. ¿Ha quedado claro?

Había quedado clarísimo, se dijo Faith, ojeando de nuevo los documentos y anotaciones. Intentó memorizar las localizaciones y los nombres de los contactos a los que debía acudir. Se organizó el trabajo de una forma metódica, paso a paso, como cuando clasificaba todo lo recopilado para un reportaje, sin perder la perspectiva, sin precipitarse. La embajada había hablado con varias personas sobre la desaparición de Parsons, entre las que reconoció a algunas bastante familiares.

No le resultaría difícil localizar a Thabo, en primer lugar. El *fixer* de Mat era una pieza clave en la búsqueda. Él estuvo allí, conocía los planes, fue quien la sacó del campamento Seleka y quien la metió en el avión de regreso a casa. En esos días, la mayor parte de la población se concentraba en las puertas de la Asamblea Nacional, a la espera de noticias jugosas. Thabo se hallaría entre la multitud. Solo había que encontrarlo.

No había tiempo que perder. Ni el cansancio ni la diferencia horaria serían impedimento para dar comienzo a la búsqueda. Tampoco lo serían los dos

fornidos soldados de las Naciones Unidas que custodiaban la puerta de la vivienda, cortesía del Comité para la Protección de los Periodistas y del propio Encargado de Negocios. En un primer momento creyó que estaban apostados allí para detenerla, pero nada más lejos de sus intenciones. Era una escolta y tenían órdenes claras: no perderla de vista.

El Hotel Centro, su primera parada, se encontraba engalanado para la recepción de mandatarios y personalidades asistentes al Foro. ¡Qué diferente era todo a como lo recordaba! Entró con paso lento, rememorando cada instante que vivió en aquel edificio, los momentos buenos y los malos, las risas, las conversaciones, las miradas y los roces de manos que Mat y ella compartieron durante aquellos días. Hubiera dado cualquier cosa por poder regresar a la habitación donde lo vio por última vez. Salió de allí sin querer despertarlo. Lo besó en los labios con ternura y depositó una escueta nota sobre la almohada: «¿Cenamos?». No era una despedida, pero el destino se encargó de que sí lo fuera.

—¿Señorita Holland? ¿Faith Holland? —Aquella voz tan conocida la llevó de vuelta al vestíbulo del hotel.

Giró sobre sí misma, buscando entre la gente al hombre que la había reconocido. Y cuando lo vio, parado en la puerta del comedor, como tantas otras veces, sintió que algo dentro de ella se rompía en mil pedazos. Estaba más viejo, una cascada de rizos grises se enmarañaba en torno al mentón y había perdido peso, pero los ojillos oscuros que la miraban no podían pertenecer a otra persona.

—Thabo —murmuró emocionada, y se acercó poco a poco a él, temiendo que fuera a desaparecer entre el tránsito de huéspedes —. *Weebale na nzámbe*. —Dio gracias a Dios en lingala^[10] y se detuvo a un paso de él, que la miraba como si fuera una aparición divina.

—Faith Holland... ¿qué hace usted aquí? —preguntó el congoleño, en su perfecto francés.

En la radio de la recepción se escuchaba la intervención de algún mandatario hablando sobre paz y seguridad a la asamblea. El discurso arrancó aplausos entre los asistentes, pero también entre los que se arremolinaban en torno al aparato. El estallido de vítores y alabanzas desvió la atención de Faith, centrada hasta el momento en la mezcla de sentimientos que se dibujaban en la expresión de Thabo. Desconcierto, pena, angustia, rabia... y algo extraño que identificó como miedo.

La mano del anciano *fixer* la tomó por el codo y la apartó hasta un rincón de la entrada, tras una enorme areca de grandes hojas. Miraba con nerviosismo hacia todos lados, como si temiera que lo vieran con ella, como si alguien vigilara sus

movimientos.

—¿Qué sucede, Thabo? ¿Qué pasa? —preguntó asustada, inquieta por ese extraño comportamiento.

—¿Qué hace aquí? ¿Por qué ha vuelto?

—He venido a buscarlo —respondió, con el brillo de las lágrimas asomando en los ojos. Tragó con fuerza el nudo que le constreñía la garganta y se pasó una mano por la frente para eliminar la película de sudor que se le había formado—. ¿A qué sino?

—Debería marcharse de aquí en el primer avión, señorita Holland. Está usted perdiendo el tiempo —le confesó con un insólito deje de amargura. No reconocía al hombre que estaba delante de ella. No quedaba nada del *fixer* irónico y bromista que conoció una vez.

—No voy a ir a ninguna parte hasta que no lo encuentre, Thabo. No voy a rendirme. Me ha costado mucho llegar donde estoy y contar con la suficiente entereza para volver a pisar los lugares que pisé hace nueve meses. —Dos gruesas lágrimas se le escaparon y se desbordaron por las mejillas, pero Faith se las limpió de inmediato al tiempo que se aclaraba la voz—. En todo ese tiempo no he parado de preguntarme dónde está y por qué nadie sabe nada de él. Y, al final, llegué a la conclusión de que si quería respuestas debía venir yo a buscarlas. Así que aquí estoy, y necesito tu ayuda.

—Eso no va a ser posible, señorita Holland.

—¿Por qué dices eso? —le cuestionó un poco más alto de lo normal. Le desesperaban las respuestas a medias de Thabo—. No hay nada imposible.

—Señorita Holland, Mathew Parsons está muerto.

Contuvo el aire mientras la mente se negaba a creer en lo que acababa de escuchar con total claridad. *No es cierto, mente*, se dijo a sí misma, pero en su fuero interno siempre había estado latente esa posibilidad. La expresión de pena de Thabo no dejaba lugar a dudas, el suspiro que lo obligó a bajar la cabeza tampoco, y el temblor de las manos arrugadas cuando se las llevó al pecho para detener el dolor, acabó por convencerla de algo para lo que no estaba preparada.

—No... —se le escapó sin querer, como un maullido inaudible. El rostro se le crispó, los ojos se le cerraron y las lágrimas empezaron a caer libres y furiosas, como el caudal de un salto de agua en el mes de lluvias.

Al primer sollozo, le siguió un segundo y, con el tercero, un grito le subió a la garganta. Lo ahogó contra las manos mientras se apoyaba en la pared, pues las piernas ya no podían soportar el peso del alma, y lloró sin consuelo durante amargos minutos en los que creyó que no lograría superarlo jamás. Ya no recordaba lo que se sentía cuando te arrancaban de cuajo el corazón. Dolía, dolía demasiado.

—Lo siento, señorita —se disculpó Thabo. Él también tenía el alma desgarrada por el sufrimiento, pero ya no podía hacer nada más—. Váyase a casa y descanse.

De pronto, la rabia tomó las riendas del estado de ánimo de Faith y se secó la humedad de la cara a manotazos. No se iba a ir a ningún sitio, no estaba dispuesta a arrojar la toalla. Si Mat estaba muerto en ese inmundo país, al menos recuperaría el cuerpo para llevarlo al lugar que le correspondía.

—¿Dónde está? ¡Quiero ver dónde está! —Los ojos de Thabo se abrieron por la confusión y por lo que demandaba—. Quiero saber dónde está el cuerpo de Mat. No voy a dejarlo aquí.

—No sé dónde está.

—Entonces, ¿cómo demonios sabes que está muerto? —le preguntó asombrada. Ahora sí que estaba desconcertada.

—Unos hombres vinieron —balbució—. Yo estaba esperando, él me dijo que esperara. Lo tenía todo pensado cuando fue a por usted.

—¿Qué hombres, Thabo? ¿Seleka? —preguntó en voz muy baja, echando una mirada rápida por encima del hombro. El congoleño negó con la cabeza y se encogió de hombros—. ¿Qué hombres? ¿Americanos?

—No le sabría decir bien, señorita Holland —respondió, intimidado por las constantes preguntas de Faith.

—¿Cuándo fue eso?

—Unas semanas después de...

—¿Y qué querían? ¿Qué te dijeron? ¡Habla, Thabo, por lo que más quieras! —exclamó, desesperada.

—Venían a por las pocas cosas que quedaban de Mat en el hotel y dijeron que había muerto. Yo... yo no pregunté más. Solo soy un simple *fixer*, señorita Holland, nadie hace caso a un simple *fixer*.

—Pero Mathew es tu amigo...

Lo es, pensó Thabo compungido. Si unos meses atrás le hubieran dicho que ella volvería a por Parsons, no se lo hubiera creído. Pero allí estaba, apretando los puños y los dientes, y conteniendo la pena que le robaba el aliento. Firme, decidida, con la mirada perdida en algún momento del pasado. Las lágrimas se habían secado y su rostro había perdido la dulzura que traía puesta cuando la vio en la recepción del hotel. Thabo no conocía el halo oculto que la rodeaba en ese momento, pero sí podía ver la determinación en el fondo de sus ojos, la luz de la locura que consumía a los corazones perdidos. El alma de *lífelo* brillaba en el color miel de sus pupilas. Sería capaz de cualquier cosa por él, como él lo hizo por ella.

Del Hotel Centro a la casa donde se alojaba solo había media hora andando. Cuando Thabo le dijo que debía marcharse, que el corresponsal al que atendía estaba esperándolo, salió al calor de la mañana y buscó entre la gente a los dos escoltas.

—Volveré dando un paseo —anunció sin más.

Los dos militares se miraron entre ellos y asintieron a la vez, dispuestos a no separarse de ella ni un segundo, como les habían advertido. Se mantuvieron a una distancia prudencial y, alerta en todo momento, la escoltaron por la avenida Boganda.

Faith no dejaba de sorprenderse por el cambio que había sufrido la ciudad en unos pocos meses. Si bien era cierto que todavía había barrios conflictivos en los que más valía no adentrarse, cualquiera podría decir que Bangui era un buen lugar para vivir, a ese lado del mundo. De ambiente rural y distendido, con grandes avenidas de tierra batida, que se convertían en auténticos lodazales en la época de lluvias, la capital centroafricana ofrecía en esos momentos una imagen acogedora.

Conforme se iba aproximando al Gran Café, el tráfico de vehículos y de personas se acrecentaba. Era un punto de visita obligatoria, como Sanborns en México, Les Deux Magots en París o el café Lalo en Nueva York. Las grandes vitrinas, otrora tapadas por tablas y cartones para evitar los destrozos, relucían en ese momento del día y mostraban un interior bien cuidado, en el que no cabían más clientes. Si no fuera por lo mal que se sentía se hubiera sentado a degustar un delicioso café.

Cuando llegó a la casa y los militares comprobaron que estaba todo en orden, cerró la puerta y abrió el portátil. En Seattle serían las seis de la mañana, ocho horas menos, pero Aby ya estaría despierta y conectada al mundo.

—¡Faith! ¡Dios mío, espera que me ponga las gafas! Me acabo de levantar —exclamó su amiga, que solo utilizaba las horrendas lentes para andar por casa. Cuando regresó frente al ordenador, ajustó bien la cámara y sujetó el micrófono como si fuera a cantar *Love me tender* de Elvis—. ¿Qué tal por el culo del mundo?

Solo pudo mantener la sonrisa durante un segundo, antes de romper a llorar. No le salían las palabras, ni los gestos de las manos daban sentido a los gemidos y balbuceos que emitía. Necesitaba que la abrazaran, que le dijeran que todo iba a ir bien, que nada de lo que había pasado durante la mañana era cierto. Necesitaba saber que nada era cierto.

—¡Eh! ¡Faith, mírame! —demandó Aby. Estaba sufriendo un ataque de ansiedad como hacía tiempo que no le pasaba y bufó un juramento al no poder hacer más por ella—. ¡Mírame, cielo! Respira hondo, por favor.

Lo intentaba, escuchaba la voz de Aby y quería seguir las indicaciones: tomar aire y soltarlo, dentro y fuera, era muy sencillo. Pero la cabeza no era capaz de atender esas simples directrices, y cuanto más oxígeno trataba de coger, menos llegaba a los pulmones.

—¡Faith Angela Holland, basta ya! —gritó la psiquiatra como último recurso. Si se desmayaba delante del ordenador no podría hacer nada, ni avisar a nadie—. ¡O dejas de llorar de una vez o..., o... —¿Qué podía decirle para hacerla reaccionar?—, o le contaré a toda tu redacción que te cagaste encima!

Aquel suceso era algo de lo que Faith detestaba hablar. Había sido la situación más bochornosa de toda su vida; si se lo había contado, era solo porque formaba parte de la terapia. Pero, después de darle el alta, cuando iba al almacén para restaurar muebles, Aby se tomaba la licencia de utilizar aquella historia para bromear cuando estaba de mal humor.

Faith levantó la cabeza de repente y parpadeó para aclararse la vista. No sonrió, no podía hacerlo, pero al menos había dejado de llorar de forma compulsiva. Los hipidos continuaban y las lágrimas seguían cayendo, pero respiraba con normalidad y eso hizo que Aby también pudiera respirar.

—¿Qué ha pasado? —Faith estuvo a punto de volver a derrumbarse, pero nadie desobedecía a Abigail Tisdale cuando levantaba un dedo y advertía con la mirada.

—Mat está muerto, Aby. He hablado con su *fixer*.

—¿El que te sacó de allí? ¿Cómo se llamaba? ¿Thabo? —Faith asintió—. Pero ¿lo ha visto? Quiero decir, para saber que alguien está muerto, debes verlo, ¿no?

Faith le contó lo que Thabo había dicho acerca de los hombres que habían ido al hotel unas semanas más tarde y Aby coincidió con ella en que allí había algo que no terminaba de encajar como debía. Si no fuera porque los ojos del *fixer* mostraban tanta pena como sus palabras, pensaría que todo era una estratagema para no desvelar el paradero de Mathew Parsons.

—¿Qué puedo hacer por ti? —se ofreció Aby. Si podía servirle de ayuda en algo, lo haría. Desde Bangui, Faith no podría mover hilos tan fácilmente.

—No puedo meterte en medio de todo esto, Aby. Te agradezco todo lo que estás haciendo ya, pero no me perdonaría que este tema te afectase...

—Deja de decir gilipolleces y dime qué puedo hacer. Soy psiquiatra, ¿recuerdas? La gente se caga encima cuando les miro porque piensan que mi profesión es leer la mente. —Eso no era cierto, pensó Faith. Lo que imponía de

Aby era la mujer fuerte, decidida y perseverante que se escondía bajo el cliché de rubia, guapa y chiflada—. ¡Vamos! ¿A quién hay que matar?

—Localiza a Owen Mitchell como sea —le pidió al fin—. Estoy segura de que sabe más de lo que me dijo. Tengo la sensación de que es el único que puede arrojar un poco de luz a todo esto.

A pesar de que las directrices que se había marcado no tenían que ver con la misión humanitaria con la que había viajado, no desaprovechó la oportunidad de reunirse con algunos corresponsales destacados en la ciudad que, con mucho gusto, la pondrían al día de la situación que se vivía en el interior de la Asamblea Nacional. Podría haber confirmado la asistencia a la sala de cortesía del Foro para escuchar a las personalidades más importantes que se daban cita, pero eso hubiera supuesto hacerse demasiado visible y no era su intención.

El Comité para la Protección de los Periodistas, que no veía con buenos ojos que hubiera acudido sola al país, se mostró muy riguroso con la agenda que debía seguir, y no los culpaba. No podían arriesgarse a un nuevo secuestro y, solo por ese motivo, se comprometió a cumplir con los compromisos acordados, aunque la información que había recibido de Thabo la impulsara a tomar una dirección diferente, más peligrosa.

Cumpliría con lo programado, pero a primera hora de la mañana había algo mucho más importante que atender: conocer la verdad. Tal vez eso trastocara el resto de compromisos de la jordana, las cosas no siempre se desarrollaban al ritmo que Faith quería, pero tenía una corazonada que la llenaba de ansiedad y, en esos momentos, solo había una persona a la que pudiera recurrir. Ashanti la ayudaría.

—Buenos días, caballeros —saludó a los soldados que aguardaban en la puerta de la casa—. Tenemos una cita fuera de la planificación. Espero que no suponga inconveniente alguno.

Le costó algunos minutos convencerlos para que la llevaran al Hospital General de Bangui, a escasos minutos de donde se encontraban, pero al final accedieron.

Una vez allí, se encontró con una dificultad que no había tenido en cuenta. Ashanti estaba fuera y no supieron decirle a qué hora volvería. Regresó al coche con la intención de esperar cuanto fuera necesario y justo en el momento en que debía explicarles a los soldados la situación, un *jeep* se detuvo muy cerca y varias personas bajaron de él. Una de ellas era Ashanti.

Los ojos de la ghanesa recayeron en Faith y el reconocimiento fue inmediato. Pero estaban trasladando a dos mujeres en avanzado estado de gestación y no pudo detenerse. Pasó por delante de la periodista y la advertencia fue tan silenciosa como contundente: *ahora no*. Unos minutos más tarde, la puerta del hospital se abrió y Ashanti la buscó con la mirada hasta que la encontró sentada en el capó de un coche militar.

—¿Qué quieres? —preguntó en evidente actitud hostil. No tenía tiempo de jugar a los reportajes con ella, aunque algo en la expresión de Faith le dijo que el motivo de la visita era muy diferente.

—Información... y ayuda —respondió sin andarse por las ramas. Le hubiera gustado abrazarla, preguntarle cómo iba todo, explicarle algunas cosas de las que sucedieron, lamentar junto a ella la terrible muerte de Kwame, a quien no había podido sacar de sus pensamientos ni un solo día desde entonces, y recuperar a la mujer agradable y risueña que había conocido. Pero estaba claro que ella también había cambiado. La rabia y la desconfianza que vio en los ojos de Ashanti iban a suponer un nuevo desafío—. He vuelto a por él. He vuelto para encontrar a Mat.

—¿No lo sabes? —preguntó en un susurro—. Mat está muerto.

[10] Lengua bantú que se habla en el noroeste de la República Democrática del Congo y en una gran parte de la República del Congo, así como en Angola y la República Centroafricana. Tiene más de 10 millones de hablantes. (*N. de la A.*)

19.

A nadie le constaba la muerte de Mathew Parsons, pero los que lo conocieron aseguraban que lo estaba. ¿No tendría algo que decir el Gobierno de los Estados Unidos si eso fuera verdad? No le hubieran dado tantas explicaciones, ni la hubieran puesto en la lista de las personas más impertinentes del país si fuera su muerte lo que figuraba en los registros del Departamento de Estado.

La desaparición de Mat había supuesto un gran dilema que continuaba sin explicación. No aparecía en los archivos como periodista secuestrado, ninguna facción se había atribuido la acción por un sencillo motivo: se entregó de manera voluntaria para salvarla y nadie haría público un comunicado de secuestro que no era tal cosa. Ahora, sus más allegados aseguraban que estaba muerto, pero nadie había visto el cuerpo. ¿Cómo era posible tanta rotundidad en afirmar algo tan horrible sin pruebas? No, no era aceptable. El misterio estaba servido y había que ser contundente para desenmascarar semejante embuste, porque eso era lo que Ashanti y Thabo pretendían que creyera, una absurda mentira.

—No, no está muerto. Lo sabes tan bien como yo. —El tono imperativo y la certeza con la que lo aseguró dejaron a la cooperante bloqueada—. Quiero saber dónde está y por qué intentáis que crea que ha muerto. Y no me voy a mover de aquí hasta que Thabo o tú me lo contéis. No importa si pasa un día o tres meses. Ahora ya no tengo nada que perder.

Aby no iba tan desencaminada cuando le dijo que nadie dudaría ni se resistiría a una afirmación así. Ashanti apartó la mirada para que Faith no pudiera ver las lágrimas y anduvo hasta un pequeño banco de piedra, situado en la fachada del hospital, donde se dejó caer con los hombros hundidos.

—No puedo entretenerme aquí contigo —murmuró cansada. De repente, la puerta de los secretos se había abierto y ya no le quedaban fuerzas para sujetar a aquellos que deseaban volar libres—. ¿Te hospedas en el Hotel Centro?

—No, estoy en una casa a pocos minutos de aquí.

La enfermera extrajo del bolsillo un trozo de papel arrugado y un pequeño lápiz. Se lo tendió para que anotara la dirección y lo estrujó en un puño cuando ella se lo devolvió.

—A las cuatro.

Pasaban cinco minutos de la hora cuando unos golpes en la puerta le aceleraron los latidos del corazón.

—¿Tienes guardaespaldas todo el tiempo? —preguntó, a modo de saludo. Continuaba mostrándose irritada, pero había cumplido su palabra. Estaba allí y Faith no pensaba dejarla marchar hasta que no averiguara qué estaba sucediendo—. Veo que las cosas te han ido bien.

—¿Eso crees? —El comentario le molestó más de lo que pretendía. Si las cosas le hubieran ido bien, estaría disfrutando de unas merecidas vacaciones, en cualquier otra parte del mundo, con el hombre al que amaba, pensó, pero no dijo nada. Guardó silencio. Era preferible ir directa al grano—. He peleado mucho, y he llorado mucho también. No estoy aquí de paseo. Voy a encontrarlo, y espero que sea con vuestra ayuda.

—¿Y si él no quiere que lo encuentres? —Se sentó en la butaca que le ofrecía Faith y miró la reacción de la periodista con verdadero interés.

En las facciones de Faith no se alteró ni un solo músculo. En su interior, por el contrario, la pregunta causó una hecatombe. Dio gracias al cielo por haber estado sentada y por haber desarrollado cierta frialdad, un escudo protector que empezaba a resquebrajarse.

—Si no quiere que lo encuentre tendrá que decírmelo él mismo —sentenció.

¿Por qué no se le había ocurrido esa posibilidad antes? No sería el primer corresponsal que cambia su forma de ser después de un suceso traumático. ¿Y si la había olvidado? ¿Y si la consideraba un error? Solo lo sabría cuando lo encontrara. No se haría más preguntas enloquecedoras hasta que lo tuviera delante. Después, el destino decidiría, como ya había hecho una vez.

Ashanti comprendió que no tenía nada que hacer ocultándole lo poco que sabía. Veía la determinación en los ojos de Faith y la admiró por ser capaz de luchar con tanto coraje. Otra, en su situación, se hubiera quedado en la comodidad del hogar, lamiéndose las heridas hasta olvidar, o hasta que el tiempo pusiera a otra persona en su camino. En cambio, ella había vuelto contra todo pronóstico, y se merecía saber la verdad, por muy imprecisa que fuera.

—Thabo me contó lo que Mat había hecho —empezó con un suave susurro y fue incapaz de mirarla a los ojos al hablar—. Los que os conocimos, sentimos mucho el secuestro y la muerte de Kwame, pero que él se entregara a cambio de vuestra libertad... Te odié con todas mis fuerzas, Faith Holland. Acababas de condenar a muerte a mi amigo y te odié como jamás lo he hecho con nadie.

—¡Yo no sabía lo que pretendía, ni le pedí que lo hiciera! —se defendió. Las lágrimas le cubrieron los ojos al recordar el momento en que entendió lo que Mat estaba dispuesto a hacer para salvarla.

—Lo sé. Fue una decisión propia, pero eso no me quitaba la pena. —Esperó

unos segundos hasta que el nudo en la garganta le permitió continuar—. Thabo era el único que conocía los planes de Mat. Yo jamás supe nada de aquel rescate. —Se quedó unos instantes mirando al vacío, y pensando en lo que el viejo *fixer* le había contado la noche que regresó al Hotel Centro, después de haber dejado a los dos periodistas en el avión que los devolvía a su país—. ¿Sabes qué es el alma de *lífelo*? —preguntó de pronto. Aunque la historia era congoleña, todo el mundo en aquella parte del continente conocía la leyenda. Faith negó con la cabeza, sorprendida por un cambio de tema tan radical—. Es una historia que se les cuenta a los jóvenes cuando se les despierta el interés por el sexo femenino.

—¿Y eso qué tiene que ver con...?

—La leyenda habla de la llegada al mundo de un niño con un corazón tan puro y una mirada tan intensa capaz de derretir el alma de quien se enfrentara a sus ojos —continuó hablando Ashanti, sin prestar atención a la interrupción de Faith—. La madre murió al nacer el pequeño y quedó a cargo de los ancianos que mandaban en el poblado. Un mal desconocido habitaba en los ojos de esa criatura y, como remedio, solo pudieron vendárselos para impedir que nadie sufriera el mismo daño que su pobre madre. El niño creció como un invidente, y nadie se atrevió jamás a levantar el velo con el que tapaban la mirada del infierno, de *lífelo*, en lingala.

—El alma del infierno —musitó Faith, incrédula ante una coincidencia tan sorprendente—, así se llamó mi documental sobre lo que pasó...

Cuando el niño se hizo mayor se enamoró de la hija de uno de los lugareños. La primera vez que la tomó, ella pidió verle los ojos. Jamás se los había mostrado a nadie, solo en soledad se permitía levantar la venda que los cubría. Pero estaba enamorado de ella, la amaba, y haría cualquier cosa por complacerla. Así que se la quitó y el alma de *lífelo* se llevó la vida de la joven. El muchacho olvidó las consecuencias de sus actos y lo hizo por amor, por un amor ciego y dañino.

—Desde entonces —prosiguió Ashanti—, cuando los muchachos llegan a esa edad en la que solo piensan en chicas y sexo, los más mayores les recuerdan la leyenda, porque los asuntos del corazón nos nublan el juicio y hay un brillo especial en la mirada de los enamorados capaz de destruir hasta la propia vida —finalizó—. Thabo vio ese destello de locura en los ojos de Mat, y yo lo veo en los tuyos ahora.

—Lo que ves en mis ojos es desesperación. Quiero saber qué pasó con él. Quiero saber dónde está... —Se ahogó con las lágrimas, pero no podía sucumbir a la ansiedad. Todavía le quedaban muchas cosas por descubrir y no había tiempo para llorar.

—Después de varias semanas, seis o siete, no recuerdo bien —continuó la

ghanesa—, unos hombres me sacaron a la fuerza de mi casa, me cubrieron la cabeza y no sé cuánto tiempo estuvimos viajando por los caminos, ni sé en qué dirección fuimos. Se detuvieron delante de una casa en ruinas y, cuando ya pensaba que iba a morir, me pidieron que atendiera al hombre que había dentro.

—¿Mat? —preguntó esperanzada.

—Sí —respondió, sin saber en qué momento había comenzado a llorar—. Pero no parecía él. No permitía que nadie lo tocara y se escondía en las sombras de aquella vieja casa como una alimaña huyendo de la luz. Lo tuvieron que sujetar para que pudiera ver el alcance de las heridas y cuando acabé, volvieron a taparme los ojos y me apartaron de él.

—¿Dime que sabes dónde está, Ash, por favor! Tengo que ir con él, tengo que estar con él...

—Yo... no lo sé. No sé dónde estábamos, ni la ruta que tomó el coche cuando partimos —se excusó derrotada—. Yo solo podía pensar que no estaba muerto, pero lo estaría pronto. Rogué con todas mis fuerzas para me dejaran quedarme, ¡te lo juro, Faith!, pero no lo permitieron, no me escucharon...

—¿Quiénes eran? —preguntó con rabia. No serviría de nada venirse abajo. Lo importante, en ese momento, era averiguar tantas cosas como fuera posible.

—No lo sé. Mercenarios, milicianos, soldados... ¡son todos iguales!

—¿Americanos?

—No lo parecían. Hablaron muy poco y lo hicieron en francés —respondió—. Entre ellos no se dijeron ni una palabra. Parecían tenerlo todo perfectamente estudiado...

—¿Son los mismos hombres que fueron al hotel a recoger las cosas de Mat?

Ashanti se encogió de hombros y observó cómo la mente de Faith funcionaba a toda velocidad. Detrás de esos ojos claros se escondía un coraje inusitado y eso la convenció de que, si alguien podía salvar a Mat, era ella. Faith Holland sería capaz de enfrentarse a la guerrilla al completo solo por volver a ver al hombre al que amaba.

—Habla de nuevo con Thabo. Dile lo que te he contado. Él sabe mucho más de lo que dice y, con toda probabilidad, es el único que puede saber dónde está Mathew Parsons —le recomendó. Y puso fin al encuentro cuando se levantó para marcharse—. Encuéntralo y llévalo de regreso a casa.

Los compromisos y reuniones que mantuvo durante la tarde la obligaron a centrar los pensamientos en cuestiones que nada tenían que ver con las

revelaciones de Ashanti. A pesar de eso, se descubrió en más de una ocasión con la mirada perdida en el vacío y los ojos empañados por las emociones que habían despertado al conocer una parte importante de la verdad.

Horas más tarde, llegó a casa agotada mentalmente. El esfuerzo que había supuesto concentrarse en los diferentes temas de conversación la había dejado exhausta. De inmediato, estableció contacto con Aby para contarle cómo había transcurrido el encuentro con Ashanti. No había podido dejar de pensar en las palabras de la enfermera, ni en los secretos que ocultaban quienes conocían a Mathew Parsons. En ese aspecto, se temía que el papel de Owen Mitchell, a quien Aby debía localizar, podría ser determinante, pero las noticias que le llegaban desde Seattle no eran muy esperanzadoras.

—No es periodista del *Post* —le confirmó la psiquiatra—, pero eso tú ya lo sabías, ¿verdad?

—Lo sabía. ¿Qué más has averiguado?

—Poco más. Lo siento. Hay treinta y seis millones de referencias a Owen Mitchell en Google y es complicado saber cuáles se corresponden con tu hombre misterioso.

—Ya. Entiendo —murmuró cansada con la fuerte convicción de que estaba perdiendo el tiempo—. ¿Y por el número de teléfono?

—Es un móvil asociado a un fijo de Washington, pero no tengo medios para saber más. ¿No tienes algún amigo en la policía que pueda rastrear las llamadas o algo así? —preguntó Aby, cuyo estado de ánimo era proporcional al abatimiento de Faith.

—No, olvídale. Está claro que ese tío me ha tomado el pelo. Pero te juro que si algún día tengo oportunidad de echármelo a la cara...

—No desesperes, ¿de acuerdo? Si lo que te ha contado esa cooperante es cierto, el *fixer* de Mat tiene muchas explicaciones que darte. Olvida a Owen Mitchell y busca nuevas alternativas.

Nuevas alternativas, pensó frente a la muchedumbre que aguardaba a las puertas de la Asamblea Nacional a la mañana siguiente. Entre todas aquellas personas se encontraba el hombre que buscaba y no le llevó más de unos minutos localizarlo contra el capó de una vieja camioneta, charlando amigablemente con otros guías del lugar.

—Tenemos que hablar, Thabo.

El *fixer* cambió la expresión risueña por una mucho más molesta y ceñuda. Sin duda, Faith Holland acabaría por meterse de nuevo en problemas y él, un pobre anciano congoleño, ya no estaba para salvarle el pescuezo a nadie, por

muy buena voluntad que esa mujer tuviera. Le debía lealtad a Mathew Parsons y no se dejaría embaucar por la sonrisa dulce ni por la pena en las palabras cuando hablaba de encontrarlo. Si bien era cierto que la valentía de la muchacha era admirable, no daría el brazo a torcer, ni cedería ante sus súplicas. O eso creía él.

—Señorita Holland —la saludó con un movimiento de la cabeza—. No puedo atenderla ahora. En cualquier momento vendrá el periodista con el que trabajo ahora y...

—¿Por qué lo haces? —lo interrumpió—. ¿Por qué quieres que crea que está muerto? Quiero saber qué pasó. Quiero saber dónde está Mathew Parsons.

El congoleño la tomó del brazo con calma y la apartó a un lado del vehículo donde nadie pudiera escuchar lo que iba a decirle. Ese nombre no debía pronunciarse a la ligera.

—Deje de preguntar por él, deje que su memoria descanse en paz, señorita Holland. Él está muerto y usted también lo estará si continúa por ese camino —la sermoneó con dureza, nada típico en él. Estaba nervioso, y en el temblor de las manos Faith distinguió cuánto le afectaba el tema.

—Ayer hablé con Ashanti —confesó ella, dispuesta a desmontar la farsa—. Sé que Mat está vivo y sé que tú conoces su paradero. No entiendo qué motivos tienes para ocultármelo ni por qué crees que debes mentirme, pero te aseguro que no voy a parar hasta que me digas dónde encontrarlo. Y piensa bien en esto: si mientras estoy aquí me sucede cualquier cosa, el peso de la ley caerá sobre ti y mi muerte sobre tu conciencia.

Se dio la vuelta y caminó por donde había llegado hasta desaparecer bajo la atenta mirada del *fixer*, que se había quedado sin palabras. Ella insistiría, pensó, y a él se le acabarían los argumentos. Era una buena mujer y había convertido su desgracia en un motivo para sobrevivir y hacerse más fuerte. Ya no quedaba nada de la chica insegura que llegó a Bangui, ni de la insensata que permitió a alguien desconocido tomar las riendas de su seguridad.

Ya no quedaba nada de aquella joven que fue; ahora era una mujer hecha a sí misma a base de dolor y lucha, a la que no le temblaba el pulso al utilizar artimañas tan rastreras para hacer cambiar de opinión a quien fuera. Conocía bien la forma de pensar del *fixer* y sabía lo afectado que había quedado al escucharla. Si jugando la baza de la culpabilidad no lograba lo que pretendía, haría las maletas y se marcharía de Bangui para siempre.

La sesión en la Asamblea dio paso a la hora de comer y los corresponsales se agolparon contra las puertas del recinto para retransmitir, grabar o fotografiar a los participantes más importantes del Foro. Thabo observó el hacer del periodista francés para el que trabajaba y de algunos más que destacaban por encima del resto. Ninguno tenía el empuje y la garra necesarias, se acomodaban y esperaban

que la noticia les saltara a las manos. Ninguno se parecería jamás a Mathew Parsons.

Suspiró con pesar y reconoció por fin que su lugar no estaba allí. Por mucho que intentara olvidar lo sucedido, había secretos que pesaban en el alma y Faith Holland había vuelto para levantar a los muertos y abrir las puertas del pasado. Él le pidió silencio, y Thabo había cumplido. Él le pidió lealtad, y Thabo le fue fiel. Él le pidió que velara por ella, y eso era lo que se proponía, nueve meses después. No iba a permitir que se embarcara en una cruzada a ciegas, no cuando lo que estaba a punto de descubrir podría acabar con su vida.

20.

Cerró la tapa del portátil y se quedó inmóvil durante unos instantes. Acababa de hablar con Jacob y el regusto amargo en la boca que le había dejado la conversación superaba a la alegría de haberlo visto a través de la pantalla.

—Y si lo encuentras y resulta que quiere que te quedes con él, ¿qué harás? ¿Abandonarás todo lo que has construido para seguirlo allá donde vaya? —le preguntó el fotógrafo, con esa capacidad suya de ir más allá de los pensamientos.

¿Abandonarlo todo o abandonarlo a él?

Con cada incógnita que resolvía, con cada respuesta que hallaba, una nueva barrera se alzaba ante ella y le impedía continuar. Aquel país, aquella ciudad, el entorno, la gente, el ambiente de precaución que lo impregnaba todo y el miedo a verse envuelta en una nueva situación peligrosa le estaban consumiendo las fuerzas. No podía responder a una cuestión así. Entendía los motivos de Jacob para formular la pregunta, pero ni siquiera ella sabía qué sucedería cuando diera con Mat. Ya llegaría el momento de decidir.

Recogió todos los papeles que había sobre la mesa y, con un bostezo, se encaminó hacia el dormitorio. Se le daba mejor pensar por la mañana, con la luz del sol. De noche solo lograba evocar recuerdos, algunos buenos; otros capaces de quitarle el sueño.

No había dado ni dos pasos cuando escuchó un ruido en la entrada. De inmediato, apagó la vela que llevaba en la mano y pegó la espalda a la pared más cercana, lo más lejos de la puerta. Esperó en silencio, dispuesta a admitir que solo había sido la imaginación, pero, tres toques más sonaron contra la madera y casi la hacen gritar.

—¿Quién es? —murmuró con el pánico adherido a la piel.

—Soy Thabo, señorita Holland —respondió el hombre al otro lado, en un susurro casi imperceptible en el silencio.

¿Thabo? ¿Qué demonios quería Thabo a esas horas?

—¿Qué sucede? —Sin demasiado convencimiento, Faith se acercó a la puerta y desenchajó la silla que, por costumbre, siempre colocaba como seguridad adicional.

—Tengo que hablar con usted, señorita —le rogó el *fixer* con tono apremiante.

No había sido una buena idea ir a casa de la periodista a esas horas pero, si iba a arriesgarse por ella, no había otro modo de hacerlo. A la mañana siguiente su corresponsal había previsto marchar a Sibut y no tendría excusa para negarse.

Encendió de nuevo la vela y abrió la puerta, no sin antes comprobar por una pequeña abertura que Thabo se encontraba solo. El congoleño se adentró en la casa con expresión avergonzada y se quitó de inmediato el sombrero que le cubría una incipiente calvicie.

—Coja lo imprescindible para viajar, señorita. Si todavía quiere encontrar a Mathew Parsons tenemos que partir ya.

Parpadeó un par de veces antes de asimilar que no era una alucinación, ni se encontraba en una pesadilla. Asintió una vez, de forma mecánica, pero no se movió. ¿Estaba dispuesta a depositar en el *fixer* toda su confianza y las últimas fuerzas que le quedaban? Volvió a asentir, esta vez con mayor decisión, y una sonrisa se le dibujó en los labios cuando comprendió qué estaba pasando. Iba a llevarla con Mat.

—Solo puedo guiarla hasta el último lugar en el que lo vi. Si no está ahí, tendrá que continuar buscando sola, yo ya no podré ser de ayuda, ¿lo entiende?

—Lo entiendo —susurró y, como activada por sus propias palabras, dio media vuelta y comenzó a meter en el macuto todo cuanto había traído. Se demoró unos segundos para enviar el mensaje correspondiente a Aby. No se marcharía a la aventura sin que psiquiatra, su confidente, supiera que, por fin, iba tras la pista correcta. Ella se encargaría de apaciguar los ánimos de quienes se preocuparan por tan repentina desaparición.

—Dese prisa. Tenemos un largo camino por delante.

El coche en el que viajaban no era el que utilizaba Thabo de forma habitual. Este era más robusto, más viejo y, por cómo sonaba el motor y los amortiguadores, con muchas más millas en los neumáticos. El suelo estaba lleno de barro y los asientos, cubiertos por una tela de colores desteñidos, levantaban una fina película de polvo que quedaba en suspensión con cada uno de los botes que el vehículo daba en los caminos por los circulaban a gran velocidad.

Después de un par de horas en el más absoluto silencio, pendientes de los lugares casi intransitables por los que pasaban, la curiosidad de Faith le ganó el pulso al miedo y no pudo evitar preguntar hacia dónde se dirigían.

—Tenemos que llegar a Bangassou antes del mediodía —respondió Thabo, concentrado en el camino.

—¿Bangassou? ¿Mat está allí? —se extrañó—. Hubiera podido ir yo misma con un guía.

—No, señorita. Allí tomaremos el *ferry* para cruzar la frontera y continuar en dirección a Bondo. Allí estaba Mathew la última vez que supe de él —le explicó y, al desviar la atención hacia el rostro de la periodista, se dio cuenta de que acababa de dar el primer paso para la batería de preguntas que había estado evitando durante las horas que llevaban de viaje.

—Pero Bondo está en la República Democrática del Congo —dijo, consultando el mapa que tenía abierto sobre las rodillas—. ¿Qué hace Mat en Bondo? ¿Por qué ha salido de la República Centroafricana?

—Eso es algo que podrá usted preguntarle cuando lleguemos.

Tomaron el *ferry* sin dificultad. Todos los papeles estaban en regla, el distintivo de *prensa internacional* estaba visible tanto en el brazo como en el poco equipaje que llevaba y no era extraño que una periodista y su *fixer* decidieran pasar de un país a otro, teniendo en cuenta el tráfico de inmigrantes que se daba desde el estallido del conflicto en 2013. El lugar al que se dirigían era uno de los campos de refugiados más grandes y la cobertura mediática era frecuente.

Sin embargo, cuando llegaron a Bondo, después de trece horas de viaje sin descanso, el contacto de Thabo les informó que Mathew Parsons se había marchado del poblado hacía días.

—¿Cómo que se ha marchado? ¿A dónde?

Thabo le hizo una señal para que guardara silencio pues no estaba bien visto que las mujeres interrumpieran las conversaciones de los ancianos. Se alejaron unos pasos del coche y conversaron durante largos minutos que a Faith se le antojaron una eternidad. Cuando Thabo regresó al coche y se sentó frente al volante, la actitud molesta que mostraba y las palabras que mascullaba entre dientes le dijeron todo cuanto debía saber.

—No sabe dónde está, ¿verdad? —musitó Faith en una afirmación que iba dirigida a convencerse de la pérdida de tiempo, más que a lamentar la situación.

—Se marchó con un grupo de hombres hará cinco o seis días. Iba con un convoy médico —confesó y los ojos de Faith se abrieron sorprendidos.

—¿Sabes adónde ha ido? ¡Pues vamos! —lo apremió con entusiasmo—. ¿A qué esperas?

Thabo la miró con cariño y lástima. Podía respirar la intensa fuerza de voluntad de aquella muchacha y eso lo complació, pero el lugar al que se había dirigido Mathew Parsons no era de fácil acceso y no tenía la menor idea de si, al llegar, continuaría allí. No deseaba ser él quien acabara frustrando las expectativas de la periodista, pero viajar por toda la frontera de una punta del

país a la otra, con lo peligrosos que eran los caminos, no era el mejor plan. Ella era una mujer importante ahora, una mujer por la que pagarían una buena suma de dinero si alguien la secuestraba. No se podía exponer a un contratiempo semejante, como tampoco iba a dejarla sola.

—Señorita Holland, quizá sea mejor que regresemos y esperemos a que el señor Parsons vuelva a Bangui —le aconsejó a sabiendas de que ella se opondría de inmediato.

—¡No! ¡No, Thabo! Me dijiste que me llevarías hasta él. Sabes dónde está y estamos perdiendo un tiempo precioso aquí parados. Te pagaré, te lo prometo...

—No quiero su dinero. Considere el viaje en pago por... por no haber sido del todo franco con usted. Quizá si le hubiera dicho antes dónde estaba...

Faith tomó una de las manos del guía al que tanto cariño tenía y le acarició los dedos con afecto. No se hacía una idea del infierno por el que había pasado el anciano ni el miedo que le provocaba que las cosas no salieran bien. Pero no permitiría que se viniera abajo. Él era la única persona que podía llevarla hasta Mat y de su destreza al volante dependía que la búsqueda tuviera éxito o no.

—Tú solo hacías lo que él te pidió —dijo con suavidad—. Ashanti me contó lo que sucedió y no tienes nada por lo que pagar. Soy yo la que te debe mucho, Thabo, y estaré mi vida entera en deuda contigo si me ayudas a encontrarlo.

El congoleño miró la pequeña mano blanca que se enredaba entre las suyas, negras y arrugadas, y se conmovió con ese gesto tan significativo. Nadie lo tocaba normalmente, ningún occidental, periodista, diplomático, militar o civil, lo tocaba jamás. La primera vez que Mathew le palmeó la espalda y le dio un apretón de manos, estuvo una semana sintiendo cierto cosquilleo que le obligaba a flexionar los dedos. Había aprendido a convivir con la personalidad abierta de su empleador y, después de tanto tiempo trabajando para él, el grado de complicidad entre ellos superaba lo establecido entre *fixer* y periodista. Por segunda vez en la vida estaba sintiendo aquella calidez en la piel. A ella no le importaba que sus dedos, retorcidos por la vejez, la tocaran, ni rehuía el contacto por la aspereza de las callosidades, ni era un inconveniente el color de las pieles para tocarlo como lo estaba haciendo, con confianza y afecto. Era un anciano con mucha suerte y daría el último aliento de su miserable vida por ver de nuevo la paz en los ojos de Faith, y de Mathew.

—Está en Obo, al otro lado de la frontera, casi llegando a Sudán. —La periodista ahogó un jadeo y cerró los ojos al saber lo que eso significaba. Volver a cruzar el río Bomu, entrar de nuevo en el país y un sinfín de horas de trayecto para los que Thabo no estaba preparado. Pese a la resistencia física que tenía, podía vislumbrar el cansancio en la expresión de aquella mirada oscura. Se llevó ambas manos a la cara y contuvo todo lo que pudo las ganas de sollozar que

amenazaban con ahogarla—. Descansaremos unas horas, repostaré combustible y algo de comida, y partiremos cuando el sol se ponga. Es mejor viajar de noche.

—Pero... ¿vamos a ir a Obo? —preguntó incrédula.

—Señorita Holland, ¿cree que voy a dejarla a su suerte después de haber llegado hasta aquí? —Eso la hizo sonreír con los ojos repletos de lágrimas. En un arrebato de júbilo, se lanzó al cuello del guía y lo abrazó con todas sus fuerzas, como hacía tiempo que no abrazaba a nadie—. Conozco a alguien que le permitirá dormir un rato en su casa mientras yo hago algunas gestiones.

—¿Y no sería mejor partir ya para coger el último *ferry* de regreso a Bangassou?

—No cruzaremos la frontera por esa parte, nos retrasaría demasiado —le explicó Thabo, que tomó el mapa que ella sostenía y le indicó con un dedo la ruta que iban a seguir en cuanto anocheciera—. Hay un paso en la reserva oeste de Domu por el que, con un poco de suerte, podremos acceder a la carretera que lleva a Obo. Luego, desde allí, encontrar el poblado no será difícil.

—Dicho así, parece un paseo —bromeó.

—No lo es, no se engañe. Va a ser un viaje bastante más duro de lo que espera, así que le sugiero que descanse.

A la caída del sol, el espectáculo del ocaso sirvió de telón de fondo para una nueva partida hacia lo desconocido. Aunque no creyó poder cerrar los ojos para descansar, en cuanto tocó la almohada con la cabeza se sumió en un sueño reparador. El brillo de los ojos de Faith, cargados de energía, le ganó el pulso al de las estrellas que, sin luz artificial ni luna, eran un auténtico espectáculo de la naturaleza. Estaba segura de que darían con Mat. Lo presentía.

—¿Preparada? —la sorprendió Thabo mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás y pedía un deseo a cualquiera de las lucecitas titilantes del firmamento.

—Más que nunca, amigo —respondió en susurros, sin moverse ni abrir los ojos. Solo necesitaba un segundo más para visualizar el rostro de Mat como cada noche. Luego, dejaría los sueños aparte y se centraría en el duro camino que les quedaba por recorrer.

Voy a por ti, pensó en cuanto se subió al coche y cerró la puerta con precaución. Si cuando llegaran a Obo él no estaba allí, regresaría a Seattle y haría todo lo posible por olvidar a Mathew Parsons de una vez.

—¿Qué piensa decirle cuando lo encuentre? —le preguntó Thabo de pronto, cuando hacía rato que el sendero se había convertido en un abrupto camino

imposible de recorrer con un vehículo normal.

Para Faith aquel repentino interés era algo nuevo a lo que no estaba acostumbrada. El *fixer* solía mantener el silencio y solo hablaba cuando ella le preguntaba. Que quisiera saber cuáles eran sus intenciones significaba mucho más de lo que imaginaba.

—No lo sé —respondió y acompañó las palabras con un encogimiento de hombros—. Si quieres que te diga la verdad, no sé cómo sentirme ante todo esto. Tengo tantas preguntas que hacerle, tantas dudas que solucionar y tanto miedo, que no sé por dónde empezar.

—Pues empiece por el principio, eso siempre ayuda —resolvió Thabo con sentido común—. Él también quedará impresionado al verla, quizá más que usted, créame.

—¿Por qué lo hizo, Thabo? —quiso saber Faith.

Hacía días que le daba vueltas a esa cuestión, pero no sabía si le gustaría la respuesta. Nunca se había parado a pensar en los motivos de Mat para hacer lo que hizo, para poner su vida en manos de quienes podrían acabar con ella, solo por salvar a una simple periodista y a un fotógrafo. En el campamento Seleka, los ojos de Mathew hablaron de sentimientos que nunca se pronunciaron, y a eso se había aferrado Faith durante el tiempo que llevaban separados. Pero tenía tantas dudas y tantas cuestiones que resolver que iba siendo hora de buscar respuestas antes de encontrarse con él.

Thabo se había hecho esa pregunta infinidad de veces y aún dudaba sobre qué responderse. ¿Que estaba loco? ¿Que era un insensato? ¿Que estaba dominado por el espíritu de una antigua leyenda congoleña? No, nada de eso. Lo hizo porque la amaba más allá del tiempo y la distancia, porque no habría paz en el alma de aquel hombre sabiendo que ella estaba en peligro. ¿Quién iba a reprocharle lo que hizo por amor cuando tanto odio y tanta guerra estaban acabado con el corazón de los hombres?

—¿Por qué lo hace usted, señorita? Ha vuelto al lugar donde duermen sus peores pesadillas, está cruzando un país en el coche de un viejo guía, sin atender ni un segundo a los peligros que nos pueden salir al paso. No desiste, no se cansa, no acepta por bueno nada que no sea volver a ver a ese hombre. Podría haber regresado a casa cuando le dije que estaba muerto, pero no me creyó. Insistió en continuar y estuvo dispuesta a poner su vida en riesgo solo para recuperar el cadáver de Mathew. Está usted tan loca como él —aseguró—. Pregúntese por qué lo hace usted y sabrá qué demonio brillaba en los ojos del hombre que la salvó.

Lo amo, se dijo, como jamás creí volver a amar a alguien. Pero antes de que pudiera decirle a Thabo lo que pensaba, un fuerte ruido y un brusco movimiento

los sacudió y los impulsó contra el salpicadero del todoterreno.

—¿Qué ha pasado?! —gritó Faith, mientras intentaba ponerse recta en el asiento. El coche había quedado en una posición un tanto extraña y la fuerza de la gravedad la empujaba contra la ventanilla.

—Creo que hemos reventado una rueda —anunció el *fixer*, que se deshizo del cinturón y salió al exterior con bastante dificultad. Rodeó el vehículo hasta el lado de Faith y se llevó las manos a la cabeza cuando vio de qué se trataba—. Estamos atrapados en un socavón del camino.

—¡Joder! —Faith abrió la puerta para ver el alcance de los daños y cayó irremediabilmente dentro del enorme charco de lodo en el que se hundía la rueda delantera—. ¡Joder! ¡Mierda!

Thabo la ayudó a salir del agujero, embadurnada por completo de barro. Le indicó con un dedo que no levantara la voz y se acuclilló para calibrar el nuevo problema que se les presentaba. No sería complicado sacar de ahí el coche, si no estuvieran en medio de la reserva natural. Necesitaban una tabla que pudiera servir de apoyo y un milagro para que el ruido que los había sobresaltado no fuera la rotura del eje principal.

—¿Qué hacemos? —preguntó Faith mientras se quitaba el maloliente lodo del pelo y de la cara con una pequeña toalla que llevaba en la mochila.

—Pues... se me ocurren varias opciones, pero todas implican cosas que no tenemos. —Thabo levantó la vista al cielo para tratar de orientarse. No les quedaba mucho hasta el paso de la frontera, y luego solo faltarían alrededor de veinticinco millas, treinta minutos hasta Obo, pero no podían hacerlo a pie. Por la noche los caminos no eran seguros y, por el aspecto que presentaba el cielo, la tormenta estaba a punto de desencadenarse sobre ellos.

El congoleño empujó el coche para comprobar la precariedad del estado del vehículo, sin ser capaz de moverlo más que unos pocos centímetros. Luego, tomó una rama y la hundió en el agujero cubierto de agua lodosa y piedras, para ver si la rueda descansaba sobre el fondo o si se mantenía en suspensión, dañando más los bajos del coche.

—¿Malas noticias? —preguntó preocupada al ver el ceño fruncido del *fixer*.

—Malas y buenas.

—Primero las buenas, por favor —pidió con una mueca de fastidio.

—La rueda está apoyada en el fondo, por lo que es probable que no haya daños en el eje —le explicó Thabo.

—¿Y las malas? Aparte de lo evidente, claro.

—Está a punto de llover y esto, señorita Holland, es una rambla de agua —comentó, e hizo un gesto hacia el camino por el que subían hacia el paso de la frontera. A Faith no le había pasado desapercibida la pendiente por la que

circulaban, pero jamás pensó que el camino que había tomado el guía fuera lo más parecido al cauce de un maldito río—. Si la tormenta es tan fuerte como me temo y no sacamos el coche de ahí, corremos el riesgo de perder el único medio de transporte que tenemos.

—¿Y cómo demonios se supone que vamos a sacar de ahí ese trasto? — exclamó con las manos levantadas al cielo, que ya empezaba a rugir a lo lejos.

Thabo no respondió. En un abrir y cerrar de ojos, extrajo el machete que llevaba atado a la puerta del conductor y se adentró en la oscuridad de la selva, dispensando mandobles a un lado y a otro de las ramas bajas. Cuando regresó, arrastrando un buen montón, las dejó cerca del agujero y volvió a por más.

—Tenemos que hacer una superficie lo más sólida posible para que la rueda se agarre bien y pueda subir por ella —le indicó para que Faith fuera colocando las ramas de forma correcta—. La tracción de este viejo cacharro no siempre funciona, así que confiemos en que esta vez sea diferente, y rezaremos para que no se haya roto nada importante.

Un viento frío y violento sacudió la vegetación a su alrededor y ensordeció cualquier indicación que Thabo quisiera darle desde el interior de la selva, donde continuaba talando para facilitar la labor de Faith. El sonido de un temible trueno se unió al estrepitoso latido del corazón mientras las manos trabajaban a una velocidad sin igual. En cuanto creyeron que sería suficiente con lo que habían hecho, Faith se subió al coche e hizo un par de intentos de menor intensidad, sin forzar demasiado el motor, por si acababa destrozándolo.

Unos minutos más tarde, cuando ambos ya creían que tendrían que abandonar el coche y refugiarse fuera del camino, el todoterreno rugió con desesperación y salió del agujero en el que había quedado atrapado hacía casi dos horas. El grito de júbilo de Faith fue acallado por el retumbar de un nuevo trueno, mucho más fuerte que los anteriores.

—No cante victoria todavía, señorita. Ahora tenemos que salir del camino y asegurarnos de que hay otra pista menos peligrosa hasta el paso.

—¿La hay? —preguntó asustada. Se resistió a creer que el esfuerzo había sido en vano.

Thabo sonrió a la joven y se puso en marcha, sorteando los socavones que iban encontrando. Hacía tiempo que no recorría aquellas tierras, pero uno nunca olvidaba el lugar en el que había nacido.

—Seguro que la hay, descuide.

La hubo. Y llegaron a la frontera con la República Centroafricana bajo un aguacero de los que hacen historia. El paso fronterizo, franqueado por dos garitas de madera, estaba desierto. Miró a la mujer que dormía a su lado y sintió un profundo bienestar consigo mismo. Iba a llevarla junto al hombre al que

amaba, junto al hombre que la amaba. Por fin dejaría de ver el infierno en ellos, pues eso era lo que veía cada vez que la miraba a los ojos.

Despertó con un sobresalto que la hizo jadear. Movi6 los brazos y las piernas, entumecidos por la inc6moda posici6n en la que haba estado, y not6 como los restos de lodo se le agrietaban en el rostro al bostezar. No queria ni imaginar el aspecto que tenia en ese momento. Ech6 un vistazo al exterior y se puso tensa al ver las casas de adobe que dejaban atr6s a gran velocidad.

—Estamos saliendo de Obo. Duerme usted como un lir6n, se6nora —le dijo Thabo risue6o. Le ofreci6 una barrita energ6tica y volvi6 la vista a la carretera.

—¿Obo? ¿Ya hemos llegado? —volvi6 a preguntar sin llegar a morder aquel amasijo de cereales y miel que le haba dado.

—Casi estamos.

Saber que en unos instantes podr6 encontrarse por fin con Mat o descubrir que tampoco estaba all6, acab6 con el hambre que le retorci6 las tripas. ¿Y si no queria saber nada de ella? ¿Y si ya no le importaba lo que compartieron en aquellos d6as? ¿Y si no la amaba?

—Deje de darle vueltas a las cosas, se6nora Holland —susurr6 Thabo, acerc6ndose a ella sin soltar el volante—. Las dudas son alima6as del infierno. Si las deja, se apoderar6n de su alma.

—¿Tambi6n lees el pensamiento? —pregunt6 con los ojos rebosantes de sorpresa. Aby se hubiera llevado a las mil maravillas con el hombre que la miraba de soslayo.

—Nada de eso. Es que tiene usted la mirada perdida en el vaci6 y ni siquiera se ha dado cuenta de que est6 mordiendo la comida con el papel. —La silenciosa carcajada del gu6a la relaj6, pero tambi6n le mostr6 lo transparente que era—. Si est6 en ese poblado, no volver6 a separarse de usted, cr6ame.

El viejo todoterreno emiti6 un petardeo que los hizo saltar asustados. Ya pod6an vislumbrar los tejados semiderruidos del campamento al que se dirig6an, a pesar de la insignificante luna que los iluminaba. La tensi6n de la chica aument6 al mismo ritmo que descend6a la preocupaci6n de Thabo. Por fin hab6an llegado.

—Aqu6 es. No salga del coche, se6nora Holland. Yo la avisar6.

Faith no se movi6 del asiento. Era como si las fuerzas se le hubieran agotado en ese mismo instante. El cansancio se convirti6 en aplomo y la incertidumbre le aneg6 los ojos. ¿Qu6 har6a si no estaba? ¿De verdad volver6 a Seattle y se resignar6 a olvidar lo que pas6? No. Sab6a que no. Tal vez no le quedara m6s remedio que regresar, pero no cejar6 en su empe6o jam6s.

El sonido de la puerta de Thabo al bajar del coche reson6 molesto en la tranquilidad del lugar. Cualquiera que anduviera cerca estar6 al tanto de su

llegada tras todo ese escándalo. Sin embargo, nadie se acercó a recibirlos.

Thabo se separó del coche unos pasos y escudriñó la oscuridad con los ojillos entrecerrados. Había visto moverse la cortina que ocultaba la entrada a una vieja casa derruida y, en cuanto estuvo seguro de que lo habían visto, caminó hacia ese punto con paso lento. No quería exponerse a que le disparasen por precipitarse.

Faith lo observó todo como si fuera una película muda y cuando el *fixer* se detuvo, contuvo la respiración. Había un hombre apoyado en el muro. Lo estaba esperando. Casi se mimetizaba con la pared de adobe y piedra. Hablaron un segundo, ambos gesticularon y, de pronto, se fundieron en un abrazo.

—Mat... —gimió con las manos sobre los labios.

Salió del coche sin pensar, y nada más poner un pie en el suelo, el sonido de varios percutores le dio la bienvenida. Odiaba ese chasquido, lo escuchó durante el cautiverio y le acompañaba en las pesadillas día y noche. Se agazapó contra el vehículo y rezó lo primero que le vino a la mente mientras no perdía detalle de la conversación entre Thabo y aquel hombre. Ya no estaba tan segura de que fuera él. Parecía colérico, fuera de sí. Cerró los ojos y se tapó los oídos. Algo muy fuerte le oprimía el pecho y no la dejaba respirar; algo que le dejaba en los labios un regusto que conocía bien.

Era pánico.

21.

Nunca había sido una persona de sueño profundo. Quizá por eso, y porque siempre había tenido un oído especial, fue por lo que escuchó el coche que se acercaba mucho antes de que llegara allí. Se había tendido en el jergón, con los pantalones y las botas puestas, a la espera del convoy de ayuda humanitaria que debía haber llegado dos días atrás. Si no aparecían en esa tercera noche, se verían en la obligación de abandonar el poblado, dejando a los habitantes sin las vacunas que tanto necesitaban. La malaria volvía a hacer de las suyas y, en cuanto la temporada de lluvias golpeará fuerte, no habría forma de pararla.

Echó un vistazo a través del agujero de la pared en el que antes había habido una ventana. Lo habían tapado con lonas, al igual que la puerta, para conferirle al lugar algo de intimidad.

No le gustaba nada hacerse pasar por algo que no era. Su trabajo estaba donde estuvieran las noticias y allí no había ninguna. Pero la cuestión que lo había llevado a Obo era de vital importancia. Seguía el rastro del grupo que suministraba armas a las milicias desde Sudán y no le quedó más remedio que usar como tapadera su condición de periodista en pleno reportaje sobre la misión de ayuda humanitaria en la zona.

Eso esperaba cuando el todoterreno apareció por el camino. Escuchó a los hombres que lo acompañaban ponerse en guardia desde los diferentes puntos del pequeño poblado y rogó para que no fuera un ataque de la milicia. Cuando el coche se detuvo y el conductor bajó, creyó que estaba viendo visiones. ¿Qué demonios hacía allí Thabo? ¿Por qué aparecía el viejo guía en ese remoto poblado de Obo? Estaba impaciente por saberlo, pero se obligó a quedarse junto a la puerta por si tan extraña aparición llevaba aparejada una sorpresa mayor. Ya no se fiaba de nadie.

—*Butú elámu*, viejo amigo —lo saludó Mat con un *buenas noches* poco efusivo.

—Buenas noches, Mathew Parsons. Yo también me alegro de verte.

Se abrazaron, por fin, pero ninguno de los dos dejó que la sonrisa se dibujara en los labios. A Mat no le pasó desapercibido el nerviosismo del *fixer* y a Thabo tampoco lo hizo las miradas que él dirigía al coche donde Faith esperaba.

—¿Qué te ha traído por aquí, viejo? Estás muy lejos de la comodidad de Bangui —dijo, sospechando que tras esa mirada huidiza se escondía algo que no le iba a gustar.

—Ven conmigo un momento. He traído a alguien a quien deberías ver —lo animó Thabo, que volvió a señalar al coche, donde la figura oscura del interior se revolvía inquieta en el asiento del copiloto.

—¿Quién es? —preguntó, y de forma automática, rehuyó el contacto de la mano que Thabo dirigía a su brazo. No estaba dispuesto a abandonar la seguridad que le daba aquella ubicación, aunque fuera su amigo quien se lo pidiese—. No me interesa conocer a ningún soldado arrepentido, ni tengo intención de contratar a nadie para que haga tu trabajo. Tampoco necesito nuevos informantes. No es habitual esta repentina aparición. Así que, dime, viejo, ¿qué llevas en el coche y por qué tienes tanto interés en que vaya a verlo?

La puerta del Land Rover se cerró de golpe, casi al mismo tiempo que los hombres, vigilantes, amartillaban las armas, preparados para cualquier problema inoportuno. Mat achicó los ojos para poder ver mejor en la penumbra, pero el aspecto de aquella criatura solo hacía que incomodarle.

—¿Qué está pasando, Thabo? ¿A quién has traído?

—¡Que no disparen! ¡Mírala bien!

Solo entonces lo entendió. El corazón dejó de bombear sangre por un instante. Una rápida mirada al rostro de Thabo le confirmó aquella repentina corazonada. La maldición que le secó la garganta murió en los labios y el único sonido coherente que emitió fue el nombre que lo atormentaba al cerrar los ojos.

—¿Faith? —musitó incrédulo. No obstante, cuando comprendió que era cierto, que ella estaba allí, la reacción que tuvo asustó al *fixer* tanto como a él mismo—. ¿Has traído a Faith? ¿Estás loco? ¡Ella no puede estar aquí, maldita sea! —Cogió a Thabo por la túnica y estrujó la tela entre los dedos ante la mirada impasible del congoleño—. ¿Por qué demonios la has traído de vuelta al infierno?

No esperó respuesta. Soltó al viejo guía y caminó a grandes pasos hacia donde ella permanecía agachada. Notaba la sangre bullir en las venas y el pulso latir como un tambor llamando a la batalla, pero no era por rabia, ni por miedo, era por la ansiedad de volver a verla y la necesidad de estrecharla entre sus brazos.

La tomó de las axilas para ponerla en pie y se encontró con un rostro cubierto de barro y la mirada más aterradora que hubiera contemplado jamás.

—¡Te odio! —exclamó, deshecha en llanto. Se revolvió como una fiera y dispensó puñetazos a ciegas contra su pecho hasta que se quedó sin fuerzas y solo pudo gimotear con la frente apoyada en él—. ¡Cobarde mentiroso!

—Tranquila, Faith, tranquila —repetía una y otra vez Mat, mientras la rodeaba

con los brazos y le impedía moverse.

Aguantó con estoicismo algunos golpes más. Era difícil creer que estuviera allí, pero no había duda, y eso lo hizo sonreír. Escuchó los insultos que murmuraba y dejó que se desahogara hasta que el llanto fue un leve susurro ahogado contra la camiseta. Estaba cubierta de barro, parecía un duende recién salido del lodazal, pero continuaba siendo la única mujer capaz de hacer girar su mundo al revés.

La tomó en volandas para llevarla al interior de la casa y reavivó cientos de improperios que se sucedieron hasta que no pudo soportarlo más y la besó. No le dejó espacio para respirar, ni permitió que la boca hiciera nada más que seguir los lentos movimientos que ordenaba la suya. No había lugar para más palabras por el momento. Toda la ira que había sentido contra Thabo por llevarla allí se convertía en eterno agradecimiento.

Le faltaba aliento para devolverla a la vida. ¿Cuántas veces había soñado con volver a tenerla así? Se separó de ella, le sujetó con ambas manos las mejillas y recorrió con la mirada hambrienta cada rasgo oculto bajo la fina capa de lodo. Era real, estaba allí, con él, respirando el mismo aire que exhalaba

—Faith... —suspiró.

Volvió a besarla con la misma desesperación, acalló los gemidos con caricias y llenó el peso de la ausencia con palabras silenciosas que hablaban de amor. La acunó como a una niña mientras la seducía como a una mujer y tuvo que tragar saliva y parpadear para alejar de los ojos las inoportunas lágrimas que también necesitaba derramar él.

Que estuviera allí tiraba por tierra todo cuanto Owen le había contado sobre ella. Todavía tenía muchas cosas que aclarar, muchas explicaciones que darle, estaba seguro de que ella las esperaría una detrás de la otra pero, por el momento se conformaba con haberla calmado y con abrazarla, pues no había nada mejor en el mundo que tenerla entre sus brazos.

—¿Estás mejor? ¿Te encuentras bien? —le preguntó con dulzura al percibir la laxitud de su cuerpo.

—No... —gimió—, pero estás... aquí... y yo... te quiero, te quiero tanto...

La besó para acallar sus sollozos, para demostrarle que la vida había sido un infierno sin ella y que ella encendió una llama que ni la distancia ni el tiempo habían conseguido apagar. Estorbaba la ropa, estorbaba hasta la piel, y ni Mat ni Faith lograron detener el sentimiento del que hablaba la leyenda, ese que acabaría consumiéndolos. Poco o nada les importó el lugar, la situación o las explicaciones que se debían. En cuestiones del corazón, no había razones que detuvieran ni un solo latido.

Se mostró rudo y exigente cuando la desnudó y temió haberla lastimado. Lo

único que quería era poseerla y recordarle lo que habían compartido, por si a ella todavía le quedaban dudas de quién la haría arder siempre. Pero, pasada la intensidad de los primeros minutos, se obligó a ir con calma. Faith estaba agotada y apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie.

—Te he echado tanto de menos... —susurró Mat con la mirada fija en los ojos color miel—. He deseado hacerte el amor tantas veces, de tantas formas diferentes, que no sé si podré dejar que te separes de mí ni un segundo —musitó Mat contra el oído de Faith mientras dispensaba caricias sobre los pechos y el abdomen.

Lamió cada pulgada de piel sin importar la suciedad que la cubría, la sedujo con besos lentos y tentadores, exploró con las manos las curvas que tanto añoraba y se adentró sin miramientos en el más extraordinario placer.

—Te he visto gritar mi nombre cada noche, en sueños. Y, cuando despertaba, era yo el que gritaba el tuyo al ver no estabas a mi lado —le confesó entre jadeos—. No sé qué me has hecho, pero sería capaz de morir ahora mismo, dentro de ti.

—Llévame contigo entonces.

Los movimientos fueron pausados y desesperantes, los besos lánguidos, las caricias eléctricas... No tuvo nada que ver esa forma de amarse con las anteriores. Donde antes hubo pasión y deseo salvaje, ahora había erotismo, tentación, con tanta lentitud e intensidad que el efecto arrancó lágrimas de los ojos de Faith. Los cuerpos danzaron a un mismo ritmo, sensual y delicado, marcado por los susurros, los jadeos y las excitantes súplicas, que demandaban la culminación.

—Te llevaré conmigo siempre.

Ahogó las palabras contra el cuello de Faith y, con una última embestida, la llenó con el alma, que por fin encontraba el lugar que le correspondía. Tuvo deseos de gritar su nombre y proclamarla suya, de arrancarle promesas que durarían toda la vida, de declararse un hombre enamorado, loco y ciego por cada instante con ella. Tuvo ganas de tomarla de nuevo, pues hundido entre sus piernas había descubierto que era una persona diferente, una que le gustaba más, y no habría jamás otra mujer que lo hiciera sentir igual. Quiso decirle muchas cosas mientras la besaba, mientras notaba cómo se relajaba y lo dejaba hacer con el corazón, pero al abrir los ojos para verla con la mirada del hombre nuevo que era, Faith exhaló un dulce suspiro y Mat solo pudo contemplarla extasiado. Se había dormido como una bendita.

—Te amo, chica dura —musitó—. Descansa, mi ángel.

Un par de horas más tarde, Faith despertó sola en el camastro, cubierta por una fina mosquitera, y gruñó con pereza al ver los rayos del sol colarse por el centenar de agujeros que se abrían en el techo. Remoloneó entre las sábanas y se estiró como una gatita satisfecha. Sabía que tenía que ponerse en pie, que debía buscar a Mat y aclarar con él algunas cosas. Quería respuestas, pero la noche pasada ni siquiera había sido capaz de pensar en las preguntas. A la luz del día, las cosas se veían desde otra perspectiva y necesitaba despejar incógnitas para las que solo él tenía solución.

Mientras, a poca distancia de allí, Mat comentaba con un aldeano algunas rutas señaladas en un mapa. No entraba en los planes del equipo permanecer allí muchos más días. Tenía una labor de suma importancia a la que poner fin y ahora que ella estaba allí, la urgencia por regresar a los Estados Unidos era prioritaria.

Las risillas de unas niñas lo hicieron volverse para contemplar a la mujer que se acercaba a ellos. ¿Alguna vez dejaría de latirle tan fuerte el corazón al verla?

—Buenos días —la saludó, y utilizó la mano a modo de visera para que los rayos del sol no lo cegaran por completo. Cuando Faith se interpuso en medio de la fuente de luz, su visión fue celestial, como caída del cielo. *Mi ángel.*

De pronto, la preciosa sonrisa que ella le dedicó se quedó congelada en el rostro al mirar más allá del hombro de Mat. Algo había captado su atención y, poco a poco, demudó la expresión hasta convertirla en la furia personificada, en un demonio.

—¡Hijo de puta! —gritó Faith fuera de sí—. ¡Tú! Maldito desgraciado. ¡Cabrón de mierda!

Mat se volvió hacia donde los ojos de Faith lanzaban rayos fulminantes y se encontró con la estúpida sonrisa de Owen, que se acercaba con las manos en los bolsillos del pantalón. No importaba si estaban en medio de la selva o si tenían que salir de un poblado cagando leches, él nunca se despeinaba y su aspecto era siempre impecable.

Esa misma mañana, mientras descargaban las cajas del convoy médico, que por fin había llegado, Mat le comunicó la inesperada llegada de Faith. A Owen no le quedó más opción que soportar el mal humor de su hermano, incluso algún que otro agarrón al que se sometió sin rechistar. Quiso saber por qué se había inventado una burda historia sobre Faith y qué interés podía tener en alejarla de él. Cuando Mat le pidió que fuera a verla a Seattle y que la tranquilizara, no creyó que el muy bastardo se fuera a tomar la confianza de decidir qué era bueno para él y qué no lo era.

—¡Me mandaste un jodido mensaje que decía que ella había pasado página! ¿Así es como crees que pasa página una mujer? —le gritó enfurecido—. Todo

esto se podría haber evitado, Owen. Ella podría estar segura en Seattle, sabiendo que estaba vivo, y no aquí, en medio de la nada, poniendo su vida en peligro y dificultando nuestro trabajo.

—¡Lo hice para que te centraras! Estabas más preocupado por ella que por lo que había en juego.

—¿Y pensaste que así lo arreglarías? —Owen se encogió de hombros—. ¡Vete a la mierda!

Estuvo al borde de romperle la nariz de un puñetazo por el daño que les había causado. Ella no había rehecho su vida, sino que la había malgastado buscándolo, cuando una sola palabra de Owen hubiera evitado semejante locura. Estaba seguro de que el destino le serviría en bandeja la oportunidad de hacerle pagar cada día de tormento que su insolencia había provocado.

La vio avanzar con los puños cerrados y el rostro contraído. Miraba a su hermano de tal forma que supo que parte de su venganza particular iba a tener lugar en ese instante. Faith era un polvorín a punto de explotar y, complacido con el espectáculo que se avecinaba, se apoyó a la sombra de una pared y se preparó para disfrutar de uno de los momentos más humillantes de la vida de Owen.

—¡Cabrón mentiroso y relamido! —le espetó a pocos pasos de él. Luego, para consternación de todos los que estaban presenciando la sucesión de insultos, Faith apretó el puño derecho y lanzó un directo que impactó contra la mejilla de Owen.

A Mat le faltó aplaudir.

—¡Me cago en la hostia! Pero ¿qué haces, Holland? —gritó Owen entre dolorido y divertido—. ¡Joder! Cómo duele. —Ella trató de alcanzarle de nuevo con la izquierda, pero la vio venir y detuvo el golpe con maestría.

Al principio, la situación le pareció de lo más cómica. Mat se cruzó de brazos, entusiasmado, mientras su hermano se encontraba en un verdadero aprieto. Ella había ganado en rapidez y en técnica desde aquella terrorífica pelea contra el soldado de Bene, en el campamento anti-Balaka, pero Owen había sido marine y su cuerpo a cuerpo era excelente. Él lo sabía bien.

—¡Me mentiste, hijo de puta! ¿Periodista del *Post*? ¡Y una mierda! ¡Lo sabías todo sobre él y me mentiste en mi puñetera cara! —voceó. Respiraba con dificultad y lanzaba puñetazos a diestro y siniestro—. ¡Te creí, maldito embustero! ¡Creí que eras sincero...!

—Si dejaras de golpearme un segundo, podríamos hablar con tranq...

—¡Que te jodan, Mitchell! —Lanzó un gancho con la izquierda que fue a parar a las costillas de Owen—. ¡Intenté localizarte como una loca! —gritó, y golpeó de nuevo en el otro costado—. ¡He hecho el ridículo más espantoso

increpando a la gente del *Post*, solo porque creí que habías sido sincero! — Esquivó un manotazo de su adversario y le dio fuerte en el mentón. Era mucho más baja que él, pero eso no le impedía llegar a donde deseaba—. Me vendiste una historia de mierda, ¡incluso me abrazaste como si te importara lo que yo sentía!

—¿La abrazaste? —preguntó Mat con la ceja levantada y una sonrisa mordaz dibujada en los labios.

—¡Era parte del plan! —respondió, un poco abochornado—. ¡No se te ocurra reírte, Mathew! —le gritó a su hermano, que escondía la sonrisa detrás de una mano.

Faith le encajó los puños contra el estómago y lo obligó a doblarse en dos, con un gemido de dolor.

—¡Eh! ¡Ya vale, pequeña bruja! ¿Crees que soy tu saco de boxeo? —Se puso en guardia, alzó las manos para protegerse y, por el rabillo del ojo, vio que Mat abandonaba la postura relajada y tensaba la mandíbula.

El despiste le costó caro. Faith hizo gala de toda la artillería, y con un precioso giro sobre sí misma, lanzó la pierna contra el costado de Owen, que cayó al suelo sin poder evitarlo. De inmediato, con la agilidad que dan los años de experiencia, se puso en pie y atacó a la periodista con menos intensidad de la que hubiera puesto de haber sido un hombre. El puño alcanzó la comisura del labio de Faith e hizo un pequeño corte del que brotó un hilillo de sangre.

—¡Owen, ya basta! —ordenó Mat alarmado. Avanzó hacia ellos, dispuesto a defenderla. Si volvía a tocarle un solo pelo, él le enseñaría a pegar como debía.

—¡No! —lo detuvo Faith, que alzó una mano contra el pecho de Mathew—. ¡No te metas! Deja que este capullo me enseñe qué sabe hacer. —Miró a Owen Mitchell con los ojos entornados, se limpió la sangre con chulería y lo animó a continuar con un provocador gesto de las manos—. Vamos, niño bonito, ¿a qué estás esperando?

Mat abrió los brazos, rindiéndose a los deseos de la mujer que amaba. Para él sería un placer curar cada una de las heridas que su hermano le causara, aunque, por el bien de Owen, esperaban que no la tocara más. Le devolvería cien golpes por cada uno que rozara a Faith.

Mitchell bufó y negó con la cabeza. Se estaba metiendo en un barrizal de mierda, y su hermano acabaría de hundirlo si atendía a las provocaciones. Así que hizo lo único que podía hacer: levantó las manos a modo de rendición y retrocedió.

—Yo no peleo contra mujeres. Lo siento.

La indignación de Faith fue tan grande que los insultos se le atragantaron y el jadeo que se le escapó de los labios fue audible en todo el poblado. Vio como el

muy capullo le sonreía, mientras se sacudía la tierra que le ensuciaba los pantalones, y bramó de indignación cuando le guiñó el ojo. ¡Lo hubiera estrangulado con sus propias manos!

Unos dedos cálidos y reconfortantes le presionaron los hombros y la retuvieron cuando en lo único que podía pensar era en machacar a aquel repugnante embustero. Todavía no había visto lo que era capaz de hacer.

—Vamos, nena. Creo que Owen ya ha entendido que estás cabreada con él — le susurró Mat al oído.

Faith hundió los hombros y cerró los ojos para concentrarse en la voz que le despertaba todos los sentidos. Dejó que Mat le diera la vuelta para encerrarla en la seguridad de los brazos y suspiró cuando el dedo pulgar limpió con dulzura la mancha de sangre que se había secado en la comisura. No pudo evitar abrir la boca y humedecerse los labios. Cuando él la tocaba desaparecían todas las barreras.

—Vayamos a la casa —resolló Mat, ávido de los besos que prometía aquel gesto de la lengua—. Yo también necesito pelear contigo, pero no de este modo.

La carcajada de Owen les dio a entender que había escuchado lo que se estaban diciendo en susurros. Mat reprimió una mueca de fastidio, pero a Faith no hubo nadie que la contuviera y, antes de que alguien pudiera advertir cuáles eran sus intenciones, barrió con una pierna el cuerpo de Owen, que cayó sobre el suelo como un espantapájaros.

22.

—Jamás creí que pudieras estar muerto —le confesó a media voz acostada sobre su pecho, satisfecha y segura—. No podía aceptar que hubieras muerto por mi culpa.

—No hubiera sido tu culpa —la consoló Mat, cuyas manos se movían con lentitud por la espalda desnuda de Faith.

—Sí, lo hubiera sido. Si le hubiera hecho caso a Jacob aquella mañana, si no hubiéramos aceptado ir a Boali con aquel tipo, no hubiera sucedido nada. Primero creí que lo había perdido a él y luego, cuando descubrí que estaba vivo, te perdí a ti. Mis malas decisiones siempre acaban con la vida de alguien. —Cerró los ojos para que las lágrimas no empañaran el momento de dicha que estaba viviendo junto a Mat y suspiró sin remedio, rendida a los recuerdos de Darryl.

—Cuéntamelo. Si hay algo en esa cabecita que te preocupa, dime qué es. Quizá tomaste una mala decisión subiendo a ese coche, pero no dejaré que te culpes por algo que podría haber pasado en cualquier circunstancia. Así que dime, ¿qué otras malas decisiones has tomado en tu vida y a quién han afectado hasta el punto de preocuparte tanto?

—Estábamos cerca de Onagawa pasando unos días de descanso. Darryl había aceptado hacer un reportaje sobre centrales nucleares para el canal ciencia. Íbamos a comenzar la ruta por los reactores de la costa este de Japón...

—¿Quién es Darryl? —La interrumpió y alzó la cabeza un segundo para ver la expresión de desconsuelo de Faith a la luz de la pequeña lámpara de gas que tenían en el suelo, junto al colchón.

—Darryl era mi... mi pareja, mi compañero. Mi vida entera —respondió en un murmullo. Mat asintió y continuó acariciándola como si no hubiera sentido una ligera punzada de celos en lo más profundo del pecho—. Dos días después de nuestra llegada, la tierra tembló de una forma sin igual. Estábamos comiendo cerca del hotel cuando ocurrió y no tuvimos tiempo ni de ir a por nuestras pertenencias. —Calló durante unos instantes en los que los recuerdos de las sacudidas, de la imposibilidad de andar por las calles, de la gente gritando de un lado a otro, se acumularon en su cabeza y le erizaron la piel. Fueron momentos

difíciles, pero tener a Darryl a su lado convirtió la catástrofe en una aventura—. ¿Sabes que la energía que se liberó en aquel terremoto fue seiscientos millones de veces más potente que la de la bomba nuclear de Hiroshima?

—Algo había oído —comentó Mat, que la admiró en ese instante con verdadero éxtasis. Faith había apoyado ambas manos a la altura de su corazón y el mentón reposaba sobre los dedos. Era como un sueño tener esa boca a un solo suspiro de distancia y percibir el roce de la piel contra el cuerpo, o el peso de sus senos aplastados contra el pecho.

—Todo el mundo nos aconsejó que fuéramos al aeropuerto de inmediato, que saliéramos del país antes de que se colapsaran los vuelos, o que tratáramos de llegar a la embajada, en Tokyo. Éramos jóvenes, demasiado temerarios y ávidos de buenas noticias con las que hacernos un lugar en el mundillo de la información, así que tomamos prestado un coche, de los muchos que habían quedado abandonados por las calles, y pusimos rumbo a la planta de Onagawa. —Pero allí no había nada que contar cuando llegaron. El terremoto y posterior *tsunami* solo había incendiado una turbina, sin mayor repercusión para el estado de los reactores. No fue así en la central de Fukushima. Los accesos estaban cortados a un radio de tres kilómetros, que después se ampliaron muchos más. Desalojaron a la población ante el riesgo de fusión del núcleo y, cuando las primeras explosiones se escucharon, Darryl y Faith supieron que esa era la noticia que estaban buscando—. Nos metimos en la zona restringida. Había gente allí que se negaba a abandonar sus pocas pertenencias. Cuando escuchamos que los niveles de radiación eran altos, no me importó y fui yo la que increpó a Darryl a continuar con aquella locura.

—No tienes que seguir si no quieres, Faith —le dijo al verla tan afectada con aquella parte de la historia. Pero ella negó con la cabeza y volvió a recostarse contra el pecho de Mat. Daba la impresión de que las palabras salían con más fluidez cuando no tenía aquellos ojos azules atravesándola.

—Tendrías que haber visto la desolación que teníamos ante nosotros. Era horrible y aun así yo quise seguir adelante. Él no quería, pero jamás me hubiera dejado sola —declaró con la voz ahogada. Luego, tras un breve carraspeo, continuó—: Estábamos llegando a un grupo de casas, casi enterradas entre escombros. Unas mujeres nos pedían ayuda para sacar a gente de entre los restos que el *tsunami* había arrastrado hasta allí. Estuvimos horas para crear una especie de pasadizo hasta el lugar del que procedían los gritos. Muchos hombres se unieron y, por un instante, creí que lo habíamos conseguido. Pero el túnel se vino abajo en un abrir y cerrar de ojos, y los pilló dentro.

—¿Darryl estaba allí?

—Darryl iba el primero.

Lo demás ya no importaba. Los días que pasaron allí recluidos, el tiempo que les hicieron esperar antes de poder regresar a casa, la pena, la culpa... Todo eso ya había quedado atrás pese a que, en momentos como aquel, todavía sintiera que nada hubiera ocurrido si ella no se hubiera empeñado en continuar. Como sucedió el día que los secuestraron.

—Mírame, Faith —demandó Mat. La sintió tensa, expectante, a la espera de un juicio por su parte, pero no había nada que decir más que lo evidente—. Tú no tuviste la culpa, ¿me oyes? Ni de eso, ni de lo que ocurrió en Bangui —añadió al hilo de sus pensamientos.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué pusiste tu vida en peligro por nosotros?

Se encontraba apoyada sobre el latido de su corazón, con el brazo de Mat envolviéndola y los dedos dibujando caricias sobre el hombro. Era la segunda noche desde el reencuentro y no veía mejor forma de pasarla que junto a él. Pero no paraba de darle vueltas a la pregunta que acababa de formular, ni a las decenas de cuestiones que la habían acompañado todos aquellos meses. Aún no había tenido oportunidad de hablar de lo que sucedió, de saber qué hacía allí Owen Mitchell, de conocer la verdadera ocupación de los hombres que lo acompañaban, de desvelar el motivo por el que mantenían conversaciones a media voz, que se interrumpían cuando se acercaba. Necesitaba empezar por el principio y volver al día en que todo se torció.

Mat cerró los ojos y dejó escapar todo el aire. Sabía que el momento llegaría, pero no creyó que fuera a ser en ese instante, cuando descansaban con placidez después de haber hecho el amor. Le pasó por la cabeza besarla para que olvidara el tema, o tomarla de nuevo sin avisar, pero cuando abrió los ojos y la miró, vio tanta determinación que fue imposible no ponerse nervioso.

—No podía dejar que os hicieran daño —respondió. Volvió a cerrar los ojos, rezó para que lo dejara estar, pero sus plegarias no llegaron a ninguna parte.

—Podrías haber peleado desde fuera, quizá no hubiera sido necesario que te entregaras. Nos hubieran soltado antes o después. —Faith se incorporó, apoyó un codo en el colchón y recostó la cabeza para poder verle bien el rostro envuelto en sombras—. ¿Tan importante eras para ellos que ni siquiera dudaron en un dos por uno?

—Supongo que sí —contestó sin más.

Se negó a alargar la respuesta con detalles innecesarios. Eso implicaría desvelar secretos que no podía confesar. La situación era demasiado peligrosa en esos momentos como para implicar a Faith. No quería que ella supiera nada, era una medida de protección. Si sucedía algo, si volvían a capturarla, no aguantaría las formas que esos salvajes tenían para extraer información y todo lo que habían avanzado se iría a la mierda.

—No lo entiendo —susurró con la mirada clavada en el ceño fruncido de Mathew, que se crispó todavía más.

—No hay nada que entender, Faith. —Se incorporó, rechazó la caricia de ella y se pasó las manos por el pelo, agobiado, molesto. El bufido que profirió la hizo retroceder contra la pared, dolida. Había sonado brusco, demasiado inquieto y, entonces, recordó la mentira que había elaborado junto a Owen la noche anterior. No creyó que fuera a servir, Faith era una mujer muy perspicaz pero era mejor ofrecerle eso que nada—. Yo era un corresponsal que contaba con la protección de la facción anti-Balaka. Los que os capturaron eran Seleka y mi vida era más valiosa para ellos que la tuya y la de Jacob juntas.

—¿Y cómo escapaste de allí?

—¿Qué más da? Lo importante es que salí.

Lo observó sentado en el borde de la cama, de espaldas a ella, con los codos apoyados sobre las rodillas y los músculos en tensión. La luz anaranjada de la lámpara de gas los encerraba dentro de una burbuja de un tono cálido y sensual en la que habían hecho el amor vestidos solo con ese resplandor, tan parecido al de la hoguera en una noche de invierno. Se habían contemplado desnudos, mientras sentían cómo se estrechaban los lazos entre los cuerpos y las almas, habían confesado con las miradas la añoranza que existía en los corazones, y un sinfín de promesas había brotado de cada una de las caricias, de cada uno de los suspiros. No podía permitir que se alejara de ella después de haberlo encontrado.

Alargó la mano para acariciar las cicatrices que convertían la espalda en una encrucijada, pero se detuvo antes de rozarlo. El calor entre ellos se había consumido y, en su lugar, un frío gélido ganaba terreno entre las llamas. Le estaba mintiendo, lo sabía, tan cierto como que estaba allí sentado, tan cerca de ella y, a la vez, tan lejos.

—¿Cuándo saliste?

—¡No importa, Faith! —estalló por fin, y se puso en pie para alejarse de la cama todo lo posible.

—¡Sí importa! ¡A mí me importa! —le gritó ella. Atrapó con violencia la camiseta y la ropa interior, que él le había quitado al principio de la noche, y se vistió, ante la mirada colérica de Mat—. ¡Ocho putos meses! ¡Ocho! Ese es el tiempo que estuve moviendo cielo y tierra para encontrar algo de ti, algo que me diera esperanzas. ¡Ocho meses, Mat! Tiempo suficiente como para que me importen cuestiones como cuándo escapaste, cómo, dónde fuiste o con quién. Podías haberme llamado, haber enviado algún mensaje... ¡algo!

—¿Y qué querías que te dijese? ¡Estaba destrozado!

—¿Qué tal haber empezado por un «Hola, estoy vivo»? Eso hubiera servido de mucho, créeme.

Recogió del suelo los pantalones negros y se los enfundó con furia, mascullando entre dientes improperios imposibles de descifrar.

—¿A dónde vas? —preguntó al verla dirigirse hacia la puerta.

—¡¿Y a ti qué te importa?! —Se acercó a él un par de pasos, señalándolo con el dedo índice de forma amenazadora, y se detuvo a poca distancia, la suficiente para que no pudiera tocarla—. Piensa bien tus respuestas antes de contestar a mis preguntas, Mathew Parsons. Si estoy aquí es porque a mí sí me importa lo que te pasó. Me importan tus planes, tus cicatrices, tus pesadillas y hasta las jodidas mentiras que me cuentas. ¿Pensabas que con mantenerme satisfecha en la cama iba a dejar de preocuparme? ¿Creías que follar contigo era lo único que me interesaba? ¿O que tus encantos me tendrían embobada hasta el punto de no querer saber qué coño pasó? ¿Tan gilipollas me crees? ¡No volverás a ponerme una mano encima hasta que no sepa toda la verdad! ¡Jódete, Parsons!

Se quedó con las ganas de pegar un portazo que le demostrara lo enfadada que estaba, aunque por la expresión con que la miraba estaba segura de que había quedado claro. Se alejó de la casa en dirección al pequeño huerto que había detrás, donde algunas cabras, encerradas en un corral, levantaron la cabeza al verla y la saludaron de forma silenciosa con una inclinación de las cornamentas. Las náuseas que estaba sintiendo por el miedo a perderlo después de aquello no le dejaron gritar en el silencio de la noche. Ni siquiera veía bien por donde pisaba, la única luz provenía de la luna menguante, testigo de su tristeza y de las lágrimas que contenía sin éxito.

Cuando estuvo segura de que nadie la veía, apoyó las manos contra un árbol y vomitó lo poco que había comido durante la cena. ¡Maldito Mathew Parsons y sus secretos! Si lo que quería era que mantuviera el pico cerrado y no lo importunara con preguntas sin importancia, eso mismo era lo que iba a recibir. ¿Quería silencio? ¡Pues encontraría ración doble!

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó una voz tras ella. El sobresalto estuvo a punto de hacerla caer de rodillas sobre su propio vómito.

—¡Lárgate, Mitchell! Me has dado un susto de muerte —le espetó mientras le lanzaba una mirada cargada de ira. Al ver que continuaba allí, observándola, quiso encararlo con violencia, pero no le quedaban fuerzas para un nuevo asalto—. ¿Qué quieres? No estoy de humor para más gilipollas esta noche.

Owen levantó las manos a modo de disculpa.

—Solo he salido a tomar el aire. Te juro que no he escuchado nada en particular. —Se sentó sobre una roca plana y tomó algunas piedrecillas del suelo para lanzarlas hacia la oscuridad del huerto que quedaba delante de él—. ¿Qué haces aquí sola? ¿Dónde has dejado a tu adonis?

—Vete a la mierda. No tengo por qué aguantarte.

Emprendió el regreso, poniendo especial cuidado en donde colocaba los pies. Solo le faltaba hacerse una torcedura que le impidiera moverse con libertad.

—Mathew es mi hermano. Hermanastro, en realidad —confesó Owen, sin dar muchos más detalles.

Faith se detuvo en seco y contuvo el aire. ¿Cómo se encajaba una noticia así? Retrocedió hasta el lugar donde él permanecía sentado, mirando al frente, y se mantuvo callada.

—Somos hermanos por parte de padre —añadió cuando supo que tenía toda su atención—. Él y su madre se quedaron en Edimburgo, mientras su padre formaba otra familia en Estados Unidos. No fue un padre ejemplar, la verdad —expresó, con cierto desagrado. Lanzó bien lejos otra piedra y miró a Faith con una sonrisa sin humor—. Cuando me enteré de que tenía un hermano, lo busqué. Yo solo tenía dieciséis años, pero se me daba bien averiguar según qué cosas. Él vino a verme, su madre había muerto hacía poco, la mía también. Y de pronto me encontré frente a un tipo con el que tenía más cosas en común que con cualquier otra persona en el mundo. ¡Hasta nacimos en el mismo mes! ¿Te imaginas cómo fue aquel primer encuentro? —le preguntó. Entonces su sonrisa sí fue cómica y Faith tuvo que contenerse para no corresponderle—. Yo, un mocoso adolescente, contándole mis penas familiares al tío más insustancial que había visto en mi vida. Mat tenía veintidós años, y aunque me daba pavor mirarlo a la cara, nunca encontré rechazo. A partir de ese día siempre estuvo ahí. No nos veíamos demasiado, él se mudó a Washington, yo me alisté en los Marines, y nuestras vidas no se cruzaron muy a menudo.

—¿Eres un marine? ¿A eso te dedicas? ¿Por eso estás aquí?

Owen la miró con media sonrisa, no podía decirle la verdad y no había excusa lo suficientemente buena como para que ella lo creyese. Lo mejor era dar una explicación que no afirmara ni negara nada.

—Marine se es siempre —expresó con orgullo y se alzó la manga derecha para mostrarle el tatuaje que ocupaba el antebrazo, un águila de alas abiertas y la inscripción «*Semper Fidelis*»—. Pero no, ya no pertenezco al cuerpo. Solo estoy aquí en misión humanitaria y ayudando a Mat con su reportaje.

—No eres periodista, no me hagas parecer idiota. Bastante tengo ya con las mentiras y los secretos de tu hermano. Al parecer viene de familia —le espetó, cabreada con ellos y consigo misma por lo ingenua que era en ocasiones.

—Mat es un buen hombre —pronunció cuando Faith hizo amago de marcharse. No dejaría que se fuera con una idea equivocada—. Es trabajador, comprometido y la persona más leal que conozco.

—Lástima que sea tu hermanastro. Podrías casarte con él. —La mirada de reprobación de Owen anuló toda ironía—. ¿Por qué me cuentas esto? —preguntó

después de unos minutos midiéndose con él en una justa de miradas que obligó a Owen a tragar saliva.

—Porque quiero a mi hermano. Y quiero que comprendas por qué hice lo que hice cuando nos vimos en Seattle. Puedes creer lo que desees, pero entiende que yo solo estaba protegiendo lo que me importa.

—¿De qué lo protegías? ¿De mí? ¿De la posibilidad de que lo encontrara? —preguntó con incredulidad—. Yo también quiero a tu hermano, Owen —declaró. ¿Por qué tenía la sensación de que le faltaba conocer una parte de la historia que nadie tenía intención de contarle?—. Llevaba ocho meses sin saber nada de él y, por mucho que me esfuerzo, sigo sin adivinar por qué nadie me dijo que estaba vivo, que estaba a salvo.

—A veces las cosas son más complicadas de lo que parece, Faith —le dijo, al tiempo que se ponía en pie y se sacudía los pantalones con tranquilidad—. No lo protegía de ti, lo protegía de sí mismo.

Ajeno a la conversación que tenía lugar no muy lejos de la casa, y tan furioso que era incapaz de controlar los improperios que escupía entre dientes, Mat esperaba el regreso de Faith, pegado a las lonas que cubrían la ventana, mientras la ira se transformaba poco a poco en preocupación. ¿Qué esperaba? No podía pedirle que se mantuviera al margen de todo hasta que las cosas se arreglasen. Era periodista y llevaba la curiosidad en la sangre.

Lo más inquietante era que lo peor aún estaba por llegar. Por mucho que la amara había cosas que no podía confiarle, y eso suponía un nuevo dolor de cabeza, que se sumaba a su lista de innumerables problemas. No veía el momento de salir de aquel país, de despedirse de la misión que había aceptado hacía tanto tiempo. Escribiría uno de los mejores reportajes de su carrera, de eso estaba seguro, rendiría cuentas a quien correspondiera y luego... Luego la buscaría. Sí, la buscaría, porque si de algo había servido aquella violenta discusión, había sido para tomar la decisión de apartarla de allí.

—Siento ser portador de tan penosas noticias, pero esta noche dormirás conmigo —anunció Owen al entrar en la casa donde Mat esperaba el regreso de Faith—. Ella dormirá en mi tienda.

—¿La has visto? ¿Has hablado con ella?

—Sí, a ambas preguntas.

—¿Y necesitas que te dé una paliza para que me cuentes de qué demonios habéis hablado, o crees que, dado que somos hermanos, podrías contármelo sin que tenga que arrancarte la cabeza?

—Tú siempre tan amable, Mathew... —Se alejó unos pasos en dirección al

jergón revuelto y compuso una mueca de asco al ver la maraña de sábanas. No pensaba acostarse donde hacía una hora su hermano retozaba con Faith Holland—. Está confundida, es lógico. Y busca respuestas.

—¿Se las has dado? —preguntó. No creía que Owen le hubiera hablado de la situación a Faith, él era el primero en pedir silencio y discreción, pero la llegada de la periodista lo había hecho cambiar y tal vez esa fuerte determinación se estuviera resquebrajando bajo los encantos de la peligrosa morena de ojos miel.

—¿Por quién me tomas? Por supuesto que no. Pero sí le he contado que somos hermanastros. Así, al menos, podrá entender algunas cosas cuando esto acabe.

—¿Le has dicho que...?

—Sí. No tenía motivos para ocultárselo.

—Eres idiota, Owen. ¿Es que no te das cuenta de que la mente de Faith es un potencial generador de dudas? ¿O es que piensas que se conformará con saber que eres mi hermano y que estás aquí de vacaciones?

—Tal vez podríamos utilizar su nombramiento como... —sugirió, pero ni siquiera finalizó la frase. La mirada furibunda de Mat fue una clara advertencia de lo que no debía ni poner en palabras—. ¿Qué? ¡No me mires así! Sería una tapadera perfecta, una embajadora de buena voluntad al servicio de...

—¡No! —exclamó, y lo señaló con un dedo amenazador—. No la vas a meter en esto. Faith debe salir de aquí cuanto antes.

—Sabes que eso no funcionará. Tu *fixer* no podrá impedir que dé media vuelta y se presente de nuevo aquí y eso sí sería un problema. Tenemos un cometido y nos jugamos el pellejo, y el trabajo.

—Por eso tú también deberías largarte —le dijo mientras se frotaba los ojos y esperaba el estallido de Owen—. Solo eres un blanco fácil.

—Ni hablar —se negó en rotundo—. Vine a por ti, te salvé el culo y saldremos de aquí juntos.

—Habla con el tipo del helicóptero, dile que la carga llevará un pasajero adicional —le pidió Mat, que iba a incumplir la promesa de no volver a separarse de ella—. Tendrán que dejarla en el aeródromo más cercano. Ocúpate de que no haya dificultades.

—Sabes que no subiré al pájaro por decisión propia. Tendrás que dispararle si quieres que se marche... —Se calló de súbito y abrió los ojos, sorprendido por la mirada interesada de Mat al escuchar una idea tan descabellada. Negó una y otra vez, incrédulo. ¿Dispararle? ¡Solo lo había dicho en broma!—. Deja de mirarme así, Mathew, das miedo. Lamento decírtelo, pero, si le disparas, no creo que quiera volver a saber nada más de ti en la vida. No es una buena idea.

—No, no lo es, desde luego, así que deja de proponerme gilipolleces sino

quieres que las ponga en práctica contigo.

23.

Escondido tras la lona de la tienda de Owen, como un vulgar espía, la vio abrazar a Thabo cuando el sol todavía no había despertado y sintió envidia de una despedida tan entrañable. La noche anterior, mientras conversaban sobre temas intrascendentes, el viejo congoleño confesó su intención de regresar a Bangui con la primera luz del alba y aprovechó la ocasión para despedirse de Mat. Pero no abandonaría el poblado sin decir adiós a *su señorita* Holland. Ella se había ganado el corazón de *fixer* y ocuparía un lugar privilegiado en él el resto de su vida.

—Sea prudente, señorita Holland —le dijo con la voz rota por la emoción—. Escuche siempre lo que mande su alma, pero no olvide ponerse de acuerdo con lo que suceda aquí. —Apoyó la palma de la mano en la frente de Faith y, al instante ella cerró los ojos y dejó escapar dos gruesas lágrimas de pena. Le debía mucho a ese hombre y no habría precio en esta vida que pagara todo lo que había hecho por ella—. Y no llore, por favor. Nadie apreciará esas lágrimas en un lugar como este. Guárdelas para cuando llegue el momento de celebrar.

Se abrazó a Thabo a falta de palabras que demoraran unos instantes su partida, pero el tiempo se les echaba encima, debían salir de allí y, a su alrededor, los hombres que viajaban con Mat y con Owen ya cargaban los coches y lo disponían todo para partir. Con mucho esfuerzo y un fuerte dolor en el pecho, se apartó del anciano y le dedicó la última sonrisa que él le pedía con los ojos.

—Él tiene razón, Faith Holland —susurró Thabo que cabeceó en dirección a la tienda desde donde Mat los observaba—. Es usted un ángel.

Se comportó como una verdadera idiota durante el trayecto de Obo al siguiente poblado, donde debían reunirse con la ayuda humanitaria. Mathew, sentado en el asiento del copiloto, observó con el ceño fruncido como Faith se deshacía en sonrisas con Owen y con el otro hombre que iba en el asiento trasero. En lugar de concentrarse, como hacía siempre que viajaba en esas condiciones, interpretó una farsa, la de mujer bonita que ríe las gracias de todos y cuenta banalidades que a nadie interesaban. Y todo por molestarlo a él, a quien no había visto desde la noche anterior.

—El helicóptero llegará mañana temprano —le dijo Mat sin mirarla—. No te alejes del poblado.

Faith asintió con seriedad y dudó si seguir a Owen o quedarse mientras él descargaba las tiendas junto a los hombres. Ya no le apetecía jugar, estaban en un lugar que no conocía y que, dada la experiencia que tenía, podía resultar de todo menos seguro. Finalmente, optó por quedarse y, en un abrir y cerrar de ojos, se encontró sola con Mathew.

—Owen ha hablado esta mañana con la embajada. No tenían la menor idea de cuáles eran tus planes —le reprochó. Su hermano había tenido que lidiar con los juramentos y maldiciones que algunos altos funcionarios de la institución americana habían soltado al saber que Faith Holland estaba con ellos recorriendo poblados junto a la frontera de Sudán.

—No tuve tiempo de avisarles. Además, me hubieran impedido venir.

—¡Claro que te lo hubieran impedido! ¡No deberías estar aquí! ¿Es que no te queda un poco de cordura en esa cabeza? ¿Es que no has aprendido nada en todo este tiempo?

—¡Déjame en paz! —profirió con los dientes apretados. Por si no había tenido suficiente durante el trayecto, fingiendo que estaba bien, ahora debía aguantar que él la reprendiera por una decisión tomada de manera precipitada. ¡Ya sabía que lo había hecho mal! La única que conocía sus planes era Aby, a la que debía una larga llamada en cuanto Owen le dejara usar el teléfono vía satélite. Aun así, no iba a permitir que él le pidiera explicaciones cuando era el primero en negárselas—. No sé por qué me esfuerzo en...

Molesta y cansada, se alejó un par de pasos hacia la zona en la que estaban montando el improvisado campamento. Mat no estaba por la labor de dejarla marchar tan campante y, en un arrebató de furia, la tomó de la muñeca y la aprisionó contra el coche, donde nadie pudiera verlos. No le quedaba juicio, cada poro de su piel ardía por sentirla, las yemas de los dedos le escocían de ansiedad y el dolor en cierta parte íntima del cuerpo había pasado de considerable a insoportable. La necesitaba, y si no la tenía pronto, se volvería loco.

—No puedo dejarte en paz. ¿Es que no lo entiendes? —Levantó una mano y rozó la suave piel del rostro con los nudillos. El ejercicio de contención fue tan grande que temió caer rendido a sus pies, suplicando por una nueva oportunidad—. Deja de huir de mí. Llevas todo el día torturándome y te aseguro que mi paciencia tiene un límite.

Los ojos de Faith se cerraron cuando la aspereza de aquella mano le rozó los labios entreabiertos. Ese hombre no sabía lo que era una tortura de verdad. Una tortura era creer que su amigo había muerto durante semanas. Una tortura era pasar casi diez meses creyendo que jamás le encontraría. Una tortura era tenerlo

delante y no poder entregarse a él. Iba a ser firme en la decisión que había tomado, y sería una jodida tortura, sí, pero se merecía la verdad y no le daría a Mathew Parsons ni una sola satisfacción mientras no le contara qué había pasado.

—Faith... —le susurró, tentador, y las caricias por el cuello descendieron hasta el vientre y le rozaron el pecho a su paso. Siseó el aire y percibió los primeros síntomas de excitación entre las piernas, pero se negó a ceder—. Dime que quieres que te toque, dime que quieres que te desnude, dime que deseas esto tanto como yo...

—Dime antes lo que quiero saber —musitó ella, acompañando las palabras con un jadeo de necesidad.

Cuando abrió los ojos encontró la mirada ardiente de Mathew tan cerca de la suya que, al echar la cabeza atrás, se golpeó contra la carrocería del todoterreno. Respiraba con dificultad, al igual que ella, y la mano que había acariciado su cuerpo estaba suspendida en el aire, sin saber bien qué hacer después de escucharla. Algo en el interior le dijo que Mat se encontraba muy cerca de romperse y, armada hasta los dientes de decisión y empeño, se propuso llevarlo hasta el límite, ofreciéndole el caramelo que no probaría.

—Quiero que me toques como sabes, despacio, sin prisa; que me hagas jadear como si no hubiera aire suficiente —murmuró al tiempo que se pasaba la lengua por los labios para darle más intensidad al momento—. Necesito tenerte dentro de mí, notar el peso de tu cuerpo mientras nos movemos. Quiero que me folles duro, Mathew, y que me hagas el amor como si no hubiera un mañana. —Se llevó la mano al pecho para controlar los latidos del corazón y se dispuso a dar el golpe de gracia con algo que no habría pasado por su cabeza en la vida. Deslizó la mano abierta por la superficie de la camiseta negra que llevaba y se acarició un seno, bajo la obnubilada mirada de Mat. Faith gimió al percibir el roce de sus dedos contra las puntas sonrosadas de sus pezones y se mordió el labio con fuerza, tan excitada y tan al borde del abismo como él—. Te deseo... y deseo complacerte, darte tanto placer como me das tú a mí, pero primero...

Ahí estaba la trampa, pensó Mat, hundido. No había dudado ni un momento en que ese *pero* llegaría, pero los susurros eran tan maravillosos, y las promesas sonaban tan celestiales, que se había dejado envolver por las artes femeninas hasta creer que ella le permitiría acercarse de nuevo.

No esperó a que acabara la frase. Dio media vuelta y fue en busca de Owen. Era una maldita bruja, pero que lo condenaran si no había estado a punto de desembuchar todo cuanto quería saber por una sola de las caricias que prometía.

Minutos más tarde, cuando el campamento estuvo montado y Faith descansaba en la tranquilidad de una tienda, Owen salió al encuentro de Mat para comentar con él algunos detalles.

—Cuando hayamos descargado tendrás el tiempo justo para que suba al helicóptero, antes de que lleguen nuestros invitados. Tendrá que estar escondida el tiempo que dure la transacción, así que espero que colabore. ¿Qué ha dicho al saber que debe marcharse? ¿Has podido comentarle algo?

—¿Por qué no lo haces tú? —le espetó de malas formas—. Te he visto muy sonriente y amable con ella durante el viaje. Quizá quieras probar suerte, o tal vez prefieras hacerle compañía para consolarla cuando no le quede más remedio que salir de aquí.

—No te pases Mathew. Yo no tengo la culpa de todos tus problemas.

—No, solo de una parte.

—¡Una parte que tú aceptaste, así que no me vengas ahora con gilipolleces! —lo enfrentó—. Si Faith Holland te da calabazas, te jodes, Mathew. Eso te pasa por pillarte los cojones con la puerta del amor. ¿Entiendes ahora por qué hice lo de Seattle? ¡Mírate! No eres capaz de pensar con serenidad y esa actitud no nos beneficia. —Se dio la vuelta para marcharse, pero al instante volvió a dirigirse a Mat con rabia—. Si algo sale mal, si nos descubren, no se te ocurra decir que no te lo advertí. No tendré yo la culpa.

Pasó solo el resto de la jornada. Las órdenes para el día siguiente estaban claras, el trabajo estaba organizado y lo único que les quedaba era esperar. Las luces en el poblado se fueron apagando mientras él, sentado a las afueras del campamento, con la mirada fija en la tienda donde dormía Faith, pensaba en cuánto lo odiaría ella cuando descubriera qué se proponía. Pero no podía dar marcha atrás y eso lo atormentaba mucho más; sentía que corría el riesgo de perderla para siempre.

Ese pensamiento lo llevó junto al camastro donde descansaba. No tenía un sueño plácido, nadie en su sano juicio dormiría a pierna suelta en un lugar como aquel, y cuando se removió, decidió despertarla.

—Tranquila, soy yo —la calmó. El susto que le había dado la había dejado resollando en medio de las sábanas y mirando a un lado y a otro para saber por dónde se acercaba el peligro—. No pasa nada, no te preocupes. Solo quería... yo quería... disculparme.

Poco a poco, la tensión se fue disipando y la respiración alterada perdió intensidad hasta convertirse en suave y pausada. Lo miró sin entender y vio tanta ternura en la profundidad de aquellos ojos que, cuando se recostó, lo arrastró hacia ella y le hizo un hueco a su lado, frente a frente.

Se aventuró a besarla con suavidad, a cubrirle los labios con una deliciosa

caricia de buenas noches y ella se lo permitió. Debía dejarla descansar y olvidar la idea de seducirla, pero no llegaban órdenes del cerebro a los músculos, estaban todas las fuerzas depositadas en el corazón y en el miembro erecto que crecía dentro de los pantalones. Volvió a besarla con claras intenciones, a la espera de que Faith lo detuviera y le diera una soberana patada en el culo, pero su lengua salió a recibirlo, abrió la boca para él y lo convirtió en un hombre desesperado que amaba todo cuanto ella le ofrecía.

—Quédate —susurró Faith entre besos—. Quédate toda la noche... Quédate siempre...

Liberó la virilidad de Mat mientras él luchaba por quitarle la ropa. Lo acarició, le demostró lo poderosas que podían ser las manos de una mujer, lo llevó al límite y lo calmó antes de sobrepasarlo. Jugaron a descubrirse en la oscuridad, a reconocer lugares donde los suspiros se convertían en súplicas, en silencio, con calma, hasta que las pieles estuvieron tan excitadas que la respiración les dolía.

La esterilla se les quedó pequeña, a la noche le faltaron horas y, por un breve espacio de tiempo, no importaron ni la guerra, ni los planes, ni lo que les deparaba la llegada de la mañana. Fueron solo un hombre y una mujer reconociendo que habían nacido para amarse, para complacerse, y ni toda la metralla del mundo lograría detener el cúmulo de emociones que depositaban en cada caricia, en cada beso y en cada palabra de amor.

Entrelazaron los dedos para tocar juntos el cielo, se respiraron con necesidad y acallaron cualquier grito en el interior del otro. Se turnaron las riendas de la noche mientras jugaban, hasta que llegó el momento del clímax final; Mathew procuró que Faith tuviera el mejor recuerdo que podía brindarle. La adoró por dentro y por fuera, la honró con su cuerpo, la amó con toda el alma y deseó que fuera suficiente para perdonarle lo que estaba por venir.

—No vuelvas a prohibirme que te toque. No podría soportarlo —musitó de nuevo frente a ella en el jergón. Deslizó la mano desde la cadera desnuda de Faith hasta el cuello y luego, con mucha lentitud, la besó con pasión renovada.

—Y tú no vuelvas a dejarme. Yo tampoco podría soportarlo.

Dio gracias a la luna menguante por la oscuridad que reinaba en el interior de la tienda pues, de no haber sido por eso, ella hubiera comprobado lo imposible de una promesa así. No podía explicárselo y, puesto que recuperar el corazón de Faith sería la labor más dura de toda su existencia, sería mejor aprovechar el tiempo que les quedaba hasta el amanecer, por si no volvía a tenerla nunca más.

A pesar de la incomodidad del lugar y del sueño que le cerraba los párpados, levantarse al lado de Faith era un auténtico delirio. No habían dormido ni tres horas cuando el rotor del helicóptero los sobresaltó al uno en brazos del otro. La primera sonrisa de aquellos labios secos y el ronco «buenos días» que salió de ellos tocaron una melodía sin igual en las teclas del corazón de Mat. Así era como la quería siempre, a su lado, sin barreras que le impidieran tomar de ella cuanto deseara, sin nada que la detuviera para coger de él todo lo que anhelara.

No hubo tiempo para despertares apasionados. La voz de Owen en el exterior rompió los besos que compartían y los sustituyó por bufidos de frustración. Para Faith solo sería un día más junto a él. Para Mat, daba comienzo una nueva pesadilla, que esperaba resolver pronto.

—Vamos, hermano, no me mires así —gruñó Owen cuando la mirada furiosa de Mat impactó sobre él. Lo había visto entrar, pero no volvió a salir de la tienda. No había que ser muy listo para entender lo que eso significaba, ni donde localizarlo al día siguiente. Owen también estaría así de cabreado si lo hubieran arrancado de los brazos de una mujer como Faith Holland—. Espero que hayas dormido bien.

—¿Está todo listo? —preguntó, sin dar importancia al sarcasmo que tanto le tocaba las narices, ni a la sonrisa socarrona que le dedicó cuando le tendió la taza de café, ya frío.

—El helicóptero acaba de llegar y los chicos ya están preparándose. Hoy es el día.

—Eso espero. No quiero alargar esta situación ni un día más —aseveró Mat, que presentía cierta desazón.

—Puedes apostar a que esos cabrones aparecerán. Somos la tapadera perfecta para mover la mercancía: una misión de ayuda humanitaria y periodistas corruptos que se benefician de la situación. Con la mierda de sueldo que te pagan a veces, nadie lo dudaría —bromeó Owen—. Además, esas armas les quemarán en las manos y ya les demostramos en Bondo que somos de fiar. Las traerán, les pagaremos y llegaremos donde nos interesa. Todo saldrá bien. Somos dos putos mercenarios con suerte —pronunció con emoción.

Habían sido muchos años de lucha para alcanzar el objetivo. Lo que al principio iba a ser coser y cantar, se había ido complicando poco a poco, hasta el punto de casi perder a Mat en el intento. Incluso se había entregado a la Seleka, creyendo que así conseguiría la información que habían estado buscando sin éxito. ¡Maldito loco! No era suficiente con tener el beneplácito de la milicia cristiana, que, en un arranque de valentía y locura, encontró el motivo para adentrarse en las filas de la temible facción musulmana. El secuestro de Faith y de su fotógrafo le vino como anillo al dedo.

A Owen todavía le dolía recordar el estado en el que se encontraba cuando lo sacaron del campamento Seleka. Creía que lo perdería, que no se recuperaría. Si las heridas exteriores eran abominables, las internas lo eran aún más. Estaba roto, y por unos instantes se preparó para ver morir a su hermano.

Pero, por suerte, Mathew Parsons era duro de pelar y la inestimable ayuda de aquella enfermera cooperante había sido decisiva para devolverlo a la realidad. Algunos días después, abrió los ojos y esbozó una sonrisa horrible.

—Los tenemos —dijo nada más ver a Owen.

Era un cabronazo con mucha suerte, siempre lo había sido, y encontraba muy molesta esa manía que tenía de llevarlo todo siempre al límite. Todavía le quedaban secuelas interiores que, poco a poco, tendría que superar, pero al menos estaba vivo y saldría adelante hasta acabar el trabajo para el que se había comprometido.

—Reza para que se presenten y para que cuando lo hagan no nos obliguen a matarlos a todos. Si algo sale mal no habrá servido de nada —masculló Mat. Dio un trago al oscuro brebaje que sostenía en las manos y echó el resto sobre algunos matojos. No había nada que deseara más que una taza de buen café.

—Y tú reza para que cierta periodista se preste a colaborar o te encontrarás en un aprieto de los grandes, amigo —le advirtió Owen en voz baja.

—Ella debe marcharse, sin excusas, y tú también deberías irte. Si te pasara algo...

—¡No! Deja de decir eso. Tal y como lo veo, tú tienes ahora mismo más que perder que yo —dijo con una rápida mirada hacia la tienda en la que había pasado la noche—. Ya sé que es tu trabajo y que vas a cobrar mucha pasta por ello, pero los hombres y yo podríamos hacernos cargo...

—Es mi gestión. Tú ya no pintas nada aquí, y ella tampoco.

Owen lo señaló con un dedo, impotente por no poder rebatirle nada, y todo el miedo que almacenaba, oculto bajo aquella cínica forma de ser, quedó reflejado en el brillo de los ojos y en las palabras que pronunció:

—No voy a consentir que te maten y la única forma de saber que sigues vivo es no separándome de ti.

Mientras los hermanos se sinceraban, Faith estuvo a punto de caer de rodillas en el interior de la tienda de campaña. No podía respirar. Con una mano sobre el pecho y la otra apretando fuerte contra la boca, escuchó los retazos de la conversación que Owen y Mat mantenían no muy lejos de allí, y una idea de lo que estaba sucediendo se abrió paso entre la neblina que le abotargaba los sentidos. ¿Tráfico de armas? ¿Matar a personas? Mentiras, mentiras, mentiras... No podía ser cierto. No tenía sentido. Solo pensarlo le revolvió las tripas.

—¿Faith? —la llamó Mat, que esperaba a que se uniera a ellos.

Traspasó la loneta de la tienda y la encontró recogiendo sus cosas, como cada mañana. *Nunca se sabe cuándo tendrás que salir corriendo*, pensó, mientras se deleitaba con las curvas que escondía bajo la ropa amplia y oscura que tanto detestaba.

—¿Estás lista? El helicóptero espera para descargar. —La giró entre los brazos y notó la palidez de las mejillas. Era preciosa, aun cuando los síntomas del cansancio le dibujaban surcos oscuros bajo la mirada.

Pero no era deseo lo que brillaba en las pupilas de Faith, sino miedo, el miedo más rotundo por amar a un hombre al que no conocía en absoluto.

Se rindió a un beso apasionado y su cuerpo reaccionó como siempre que la tocaba. Rogó para que todo fuera solo una mala interpretación de sus palabras y se dejó llevar. Pronto sabría la verdad, tanto para bien como para mal.

Partieron pocos minutos después, montados en dos *jeeps* y acompañados por un camión. El espacio abierto donde había aterrizado el helicóptero no quedaba lejos, pero el silencio convirtió el trayecto en interminable. Faith iba sentada en medio de dos hombres cuyos rostros se mostraban completamente hieráticos. En esa ocasión era Mat el que conducía y Owen, tan absorto en el camino como los demás, iba de copiloto. La respiración se le aceleró, las ganas de gritar, de bajarse del coche, de salir corriendo de aquel poblado, de aquel país, aumentaron hasta cubrirle los ojos de lágrimas. Los labios le temblaron y bajó la mirada a las manos temblorosas que mantenía en el regazo. Se sintió insignificante, fuera de lugar, quizá más que aquel día aciago, cuando la Seleka los detuvo en medio de la selva. No confiaba en el hombre que la miraba a través del espejo retrovisor, ya no. Le había entregado la vida a ciegas y ahora solo le quedaba el latido de un corazón enamorado y una desazón en el pecho que le gritaba lo equivocada que había estado todo el tiempo.

El vehículo en el que viajaban rodeó el improvisado helipuerto y se detuvo al otro extremo del claro, entre las ramas más bajas, casi escondido. En cuanto tuvo ocasión, Mat tomó a Faith del brazo y la retuvo para que no siguiera al resto. No había nada que deseara más que borrarle de los ojos la expresión de terror que los nublaba, pero antes era necesario que entendiera cómo de importante era lo que iba a suceder allí. Pagaría caras cada una de las mentiras que le había contado, pero no podía echar marcha atrás cuando estaba tan cerca de ponerle fin a aquella locura.

—Ver, oír y callar, ¿entendido? Esas son las normas —le advirtió con un tono que ella aún no conocía.

—¿Qué está pasando? Sé que esto no es solo una labor de ayuda humanitaria, y te juro que empiezo a imaginarme lo peor, Mat. ¡Dime qué sucede! Ya no sé qué esperar...

Agotado, cerró los ojos y negó varias veces con la cabeza mientras se apretaba el puente de la nariz. No podía contárselo, no en ese momento cuando todo podía irse a la mierda.

—Tú límitate a estar callada, veas lo que veas y oigas lo que oigas —repitió con un tono de voz menos hosco. Admiraba su entereza y la valentía que demostraba haciendo frente a situaciones inciertas. No imaginaba un futuro mejor que a su lado, siempre que quisiera aceptarlo cuando todo acabara—. ¿Confías en mí? —le preguntó al verla dudar—. Respóndeme, Faith. ¿Confías en mí?

Asintió sin mucho convencimiento y lo vio partir mientras ella quedaba agazapada tras unos espesos matorrales, cerca del claro. Descargaron el helicóptero, sin dejar de lanzar miradas de desconfianza alrededor; se dictaron indicaciones silenciosas los unos a los otros, hasta que todos los contenedores metálicos, marcados con una única cruz roja, quedaron apilados junto al camión de transporte.

—Vaciadlos —ordenó Mat a los hombres que, de inmediato, procedieron a sacar el contenido de las cajas. La idea era reutilizarlas, llenarlas con las armas que estaban esperando y volverlas a subir en el helicóptero, como si hubiera habido una equivocación con la ayuda humanitaria. Luego volarían cerca de Bangui, al territorio Zalangge, allí donde se rearmaba una facción de la milicia cristiana. O eso era lo que debían hacer creer a los vendedores.

El copiloto del helicóptero, tablilla en mano, comprobó que el contenido había sido depositado en el camión con cautela, en cajas diferentes, sin distintivo. Las vacunas y otras medicinas de primer uso para el poblado eran de especial importancia para la misión humanitaria. En dos días, el convoy de Médicos sin Fronteras llegaría a aquella parte de difícil acceso de Obo para poner en marcha la campaña contra la malaria que se estaba llevando a cabo en todo el país. Aquella era la única verdad de todo el proceso.

Cuando el camión partió hacia el campamento, el ambiente entre los hombres se transformó. Había llegado el momento. Owen, apostado al lado de Faith, echó un vistazo al cielo despejado de la mañana y extrajo un arma que amartilló sin ninguna ceremonia. Ella ahogó un grito contra las manos, sin poder apartar los ojos del cañón del arma, pero pronto todos realizaron el mismo movimiento, con similar sonido, y la garganta se le cerró de miedo.

—Empieza el espectáculo —murmuró Owen, con su característico humor—. Querida señorita Holland, tu carroza te espera.

—¿Qué significa eso? ¿Qué está pasando? —preguntó, mirando a un lado y a otro en busca de Mathew, que apareció entre los matorrales y le tendió la mano como si la invitara a un baile a la luz cegadora del sol.

—Vamos, tenéis que subir al helicóptero —los apremió Mat, con la mirada sobre ella, a la espera de alguna reacción. Por el rabillo del ojo vio la tensión en el cuerpo de Owen, que se negó a acatar la orden. Tenía las mandíbulas apretadas y los ojos fijos en él, como si quisiera atravesarlo por querer jugársela de esa forma. Pero a Mat no le importaba lo que tuviera que decir, la decisión estaba tomada y su hermano saldría de allí en aquel helicóptero lo quisiera o no —. No me obligues a dispararte, Owen. Sabes que lo haré. Cógela y sal de aquí. ¡Deprisa!

Faith no llegó a ponerse en pie. Antes de que los músculos entumecidos de las piernas pudieran responderle, el sonido de dos vehículos, a gran velocidad, llegó hasta ellos, justo cuando el piloto del Mi-26T tomaba posiciones en la cabina del aparato. Dos camionetas militares, de gran envergadura, accedieron al claro por el mismo lugar por el que, minutos antes, se había marchado el camión.

—¿Qué pasa? —preguntó, aterrada, mirando como Mat se alejaba a grandes pasos en dirección a los recién llegados—. ¿Quiénes son?

—Se han adelantado. ¡Joder, joder, joder! —gruñó Owen. Adoptó una postura lo más cómoda posible y apuntó con el arma hacia donde se dirigía su hermano —. Agáchate y no respires.

Se acercó al convoy con el corazón latiendo frenético en el pecho. En sus manos estaba que todo acabara bien, porque el más mínimo error, los llevaría a una muerte segura. Que Owen y Faith no hubieran podido ocultarse en el helicóptero iba a ser un problema. Sin duda, aquellos hombres querrían ver cómo volaba la mercancía, y sería complicado distraerlos para ganar el minuto que necesitaban. Si los pillaban no lo contarían.

Les habló en francés en todo momento y les explicó la situación con detalle. Por las muestras de conformidad y las palmadas en la espalda que recibió, Faith imaginó que la visita no era de carácter hostil. No obstante, la presencia de armas, que ambas partes mantenían visibles y bien sujetas, y la mirada cautelosa y desconfiada de Owen, trajeron a la memoria de Faith recuerdos que bien podrían haberla hecho desmayarse allí mismo.

—¿Qué está pasando?

—Mantén la boca cerrada, Holland, y cuando te lo diga, sube al helicóptero y escóndete en el hueco que queda bajo los asientos auxiliares. Es estrecho, pero solo tendrás que estar allí hasta que cojáis altura —masculló entre dientes.

Una nueva pregunta murió en los labios de la periodista cuando vio que abrían la parte trasera de ambos vehículos y empezaban a descargar nuevas cajas. El contenido era muy diferente y, al darse cuenta por fin de lo que estaba ocurriendo, el primer impulso de Faith fue apartarse de Owen.

—Kaláshnikovs —pronunció con un suspiro inaudible—. Traficantes.

Fijó la vista en Mat horrorizada y luego miró a Owen, a su lado. Esas transacciones ponían remedio al bloqueo de entrada de armamento en el país. Había escuchado que, con el acuerdo de paz sobre la mesa, las facciones depondrían las armas, se alcanzaría un acuerdo para liberar a los niños soldados y se pondría en funcionamiento los protocolos de reinserción y acogida de los hombres y mujeres que se habían visto obligados a huir. Estaba claro que la paz no beneficiaba a todos y los negocios más fructíferos, ya fueran armas o drogas, se verían perjudicados.

—¡Traed el dinero! —ordenó Mat a uno de los hombres.

Algunos mercenarios comprobaron el montante de billetes con sonrisas ávidas mientras otros cargaban el helicóptero, que se preparaba para partir.

—¿Sois traficantes? ¿A eso os dedicáis? —masculló con los dientes apretados—. Me dais asco.

Pobre Mathew, pensó Owen encogiéndose de hombros. No le gustaría estar en su pellejo cuando llegara el momento de contarle a esa preciosidad lo que había pasado. Se encogió de hombros y se llevó el dedo a los labios para insistir en que guardara silencio. En unos pocos minutos todo estaría resuelto, aunque aún estaba por ver cómo iban a sacarla de allí.

En cuanto el dinero pasó de manos y los contenedores estuvieron apilados en el interior del aparato, el ambiente se hizo festivo.

—Si todo va bien, se deberían marchar ahora —pensó Owen para sí mismo.

—Que se vayan todos al infierno. Malditos hijos de puta, traficantes...

—Faith, cállate y escucha...

El rotor del Mi-26T se puso en funcionamiento con su característico rugido y apagó las palabras de Owen. Las aspas comenzaron a dar vueltas sobre las cabezas de los hombres y los obligó a agacharse y a salir corriendo en dirección a los vehículos. En ese momento entendió por qué Mat había situado el suyo tan cercano al helicóptero y no en el camino como el resto: el todoterreno serviría de pantalla para que ella pudiera escapar sin ser vista.

—Subid ya. ¡Ahora! —les gritó Mathew a los dos para hacerse escuchar por encima del insoportable sonido del aparato—. ¡Se está retrasando por vosotros! ¡Vamos!

—¡Maldito cabrón! ¡No quiero tu ayuda! ¡No me toques! —Faith se enfrentó a él dispuesta a enzarzarse a golpes si hacía falta. Se zafó de la mano que la cogía con fuerza por el brazo y retrocedió unos pasos, alejándose de los hermanos, que la miraban con urgencia y miedo—. Prefiero que me peguen un tiro antes que aceptar vuestra asquerosa ayuda.

—¿Es que no lo entiendes? —preguntó tomándola con decisión por ambos brazos—. ¿Qué crees que te harán esos hombres si se les presenta la

oportunidad? No puedo protegerte de ellos. Me prometiste que obedecerías. ¡Ahora quiero que te vayas! ¡Sube al puto helicóptero, Faith! ¡Owen, llévatela!

—¡No, Mathew! ¡Yo me quedo! No voy a dejar que...

—¡Escúchame bien, idiota! —lo enfrentó—. No te quiero aquí, ¿entendido? Te necesito junto a ella, necesito que la protejas. —De repente, el cañón de la pistola que Mat llevaba en la mano presionó contra la pierna de Owen, que abrió los ojos sorprendido—. No me obligues a hacerlo, Owen, te lo suplico.

—Eres un bastardo hijo de puta.

Solo le quedaban unos segundos antes de que la tardanza en elevarse del helicóptero resultara sospechosa para los hombres que aguardaban ver volar las armas, pero no pudo evitar tomar a Faith por la nuca y robarle un beso desesperado. No le importó el rechazo inicial, ni el sabor metálico que notó en la lengua cuando ella le clavó los dientes en el labio. Necesitaba hacerlo para tener algo en qué pensar, por si no tenía oportunidad de volverla a ver.

—Iré a por ti —le dijo sin separar los labios de los suyos.

Faith negó y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Volvió a besarla con amargura mientras el dolor le retorcía las entrañas. Tenía miedo a perderla, miedo a morir, miedo a no saber cómo, cuándo y dónde acabaría todo aquello. Pero tenía que dejarla marchar, sin más.

—¡Te quiero! —le gritó Mat cuando Owen tiró de ella hacia el interior del aparato—. No lo olvides, Faith. Iré a por ti.

No había pasado ni un minuto desde que el helicóptero había tomado altura, cuando varias ráfagas de disparos se escucharon con claridad. Al restallar de la metralla contra la carrocería del aparato le siguió el grito de horror de Faith. Luego vino el dolor y la falta de aire. Owen se abalanzó sobre ella para protegerla, pero era demasiado tarde. Se llevó la mano al costado izquierdo y gruñó por la quemazón. Su rostro se transformó en una mueca de terror, la visión se le nubló y su cuerpo se dobló en dos.

Los gritos de Owen se fueron apagando, la distancia entre Mat y ella se fue haciendo más grande y los latidos del corazón, que instantes antes habían sonado con furia, se fueron ralentizando hasta detenerse. Ya no había tiempo para luchar, ni para resistir. Cerró los ojos, pesados de lágrimas, y se dejó ir.

24.

Después de dos años de intenso trabajo, pudriéndose en aquel país, todo se había ido a la mierda. Cuando el gobierno de los Estados Unidos le propuso servir como corresponsal infiltrado para desarticular una de las principales células de suministro de armas de Sudán no imaginó que el asunto fuera a acabar así. Tardó mucho tiempo en ganarse el favor de la milicia anti-Balaka, pero una vez le abrieron las puertas la información fluyó y los jefes de Owen se sintieron muy satisfechos. Luego vinieron los trabajos extra. Nada era suficiente y, de la noche a la mañana, se encontró dejando de lado la profesión que le apasionaba para cumplir con un estúpido deber patriota. La aparición de Faith y el cofre de emociones que ella destapó le sirvieron para tomar una clara decisión, aunque primero debía acabar con lo que había empezado.

Encontraron el hilo del que tirar, el que les llevaba al núcleo de la organización, y después de varios acuerdos con traficantes lograron plena confianza para realizar una importante transacción de armas. Hasta que ella volvió a aparecer. Owen tenía razón: perdía de vista las prioridades cuando la tenía cerca, pero ya le daba igual. La amaba y no había nada que deseara más que el resto de la vida a su lado.

La misión había fracasado y aceptaría la responsabilidad que le correspondía, si es que conseguía salir de allí vivo, pero no retomaría el trabajo bajo ningún concepto. La información que había recopilado era suficiente para que otro continuara donde él lo dejaba. Había datos de sobra acerca de tráfico de armas en la República Centroafricana, datos que llevaban hasta las puertas de la célula más importante de suministro ilegal, pero también otros que ponían en tela de juicio la procedencia inicial de las armas con las que traficaban. Tenía evidencias que podían poner en un compromiso a más de un mandatario del primer mundo.

—¡Joder! —farfulló al percibir la hinchazón sobre uno de los ojos. Había despertado hacía pocos minutos y el dolor punzante que le machacaba las sienas tenía muy poco que ver con las horas que llevaba dormido y mucho con la cantidad de golpes que había recibido.

Miró a su alrededor y comprobó que estaba solo en la misma habitación en la que habían intentado sonsacarle quién era. La luz entraba a raudales por las

viejas ventanas, pero no había nada que alumbrar. En aquella estancia vacía únicamente estaba él y la silla sobre la que lo mantenían atado. Forcejeó con las ataduras de las muñecas sin éxito. Tampoco las de los tobillos se aflojaron lo más mínimo, pero las heridas sí escocían al recibir más presión sobre la carne viva.

—Menuda suerte la tuya, Parsons —se dijo con ironía. Se pasó la lengua por el labio inferior y el regusto metálico de la sangre le recordó el beso brutal que había compartido con Faith antes de que se marchara.

Faith, ella sí iba a resultar un problema difícil de solucionar. Estar retenido en un lugar desconocido, con una docena de mercenarios con el dedo en el gatillo no le preocupaba. Llevaba un localizador, todos los llevaban, y en cualquier momento escucharía a los soldados de asalto de la ONU tomar el lugar. Estaría de regreso en casa en menos de lo que uno tardaba en decir *misión humanitaria*.

Sin embargo, sería mucho más costoso convencerla a ella de su inocencia. No podría valerse de ninguna evidencia, el contenido de los archivos que guardaba y lo que retenía en la mente eran confidenciales, e intentaría por todos los medios no incumplir el compromiso adquirido con la administración, al menos hasta que le dieran carta blanca para realizar el reportaje para el que se había empleado a fondo. Eso lo dejaba sin nada con lo que defenderse delante de Faith, sin nada que utilizar para demostrarle que todo formaba parte de un maldito plan.

—Va a ser un infierno —masculló con media sonrisa que le valió una nueva punzada de dolor en el labio que le habían partido.

La puerta de la habitación se abrió con un fuerte golpe y varios hombres armados se acercaron a él sin mediar palabra. Uno de ellos, el mismo que le había palmeado la espalda al realizar el trato, lo tomó con fuerza del pelo y tiró de la cabeza hacía atrás para examinar el rostro magullado de Mat.

—Tus amigos ya han dicho todo lo que ocultan —pronunció aquel tipo con una media sonrisa que disimulaba su inseguridad—. Ahora solo queda que tú nos confirmes que es todo cierto o los verás morir uno a uno.

Menuda estrategia de mierda que se habían montado. El malestar en el labio le impidió reírse de aquella patraña, pero, por la reacción del guerrillero, supo que la carcajada le había bailoteado en los ojos. Le soltó la cabeza de un empujón y golpeó con fuerza contra la mejilla amoratada. Todos en aquella estancia sabían de sobra que los hombres que habían retenido morirían antes de soltar ni una sola coma de información. Incluido él que, por unos instantes, mientras el dolor pasaba, empezó a preocuparse por la demora de la caballería. La paciencia de los tipos que le retenían se estaba agotando, tan rápido como sus fuerzas.

—¿Dónde han ido nuestras armas? —preguntó, al tiempo que lo golpeaba con la culata del Kaláshnikov contra una de las rodillas—. ¿Quiénes eran los intrusos

del helicóptero? —Un nuevo golpe. En algún momento de aquel interrogatorio escuchó crujir varios huesos del cuerpo. Uno más no lo mataría—. ¿Para quién trabajas?

—Soy periodista de los Estados Unidos de América —respondió, como tantas otras veces—. Estoy en misión de ayuda humanitaria.

La insolencia le valió otro leñazo en el abdomen que le sacó todo el aire de los pulmones. Escupió sangre al suelo, junto a los pies del cabecilla, y lo miró con odio enfermizo.

—¿Quiénes eran los intrusos del helicóptero? —repitió.

—Eran cooperantes de una ONG —argumentó sin más.

Habían orquestado una mentira para cada posible situación que se pudiera dar. En el caso de la aparición de Faith, siempre podían decir que era una religiosa afincada en aquella zona que deseaba regresar con su orden. Por poco se le escapa una sonrisa de medio lado. Imaginar a la mujer que amaba con hábito y aquella sugerente mirada que le dedicaba cuando estaba excitada era algo en lo que podría entretenerse el resto de la jornada.

—¿Dónde iban nuestras armas?

—Al campamento de Bene Wetub, jefe de la milicia anti-Balaka, a las afueras de Bangui, en el territorio de Zalangge. —El cargamento de armas que habían adquirido era el pase VIP que necesitaban. De haber salido todo según lo acordado, esos mismos hombres les habrían abierto las puertas del negocio y el comité para el control de armas habría desarticulado la célula.

—¡Mientes! —Otro culatazo, esta vez contra el pecho, le arrancó un bramido de desesperación—. Se ha firmado el tratado de paz. Esa zona es demasiado cercana a la capital como para introducir armas. ¡Nos has vendido, sucio americano!

—Soy medio escocés...

El soldado amartilló el fusil con una rapidez pasmosa y presionó con el cañón sobre la frente de Mat. Observó las gotas de transpiración que rodaban por las sienes del sudanés y tuvo miedo de morir. Debía reconocerlo y asumir que, llegado a aquel punto, nada lo libraría de recibir un tiro en la cabeza. El hombre que tenía ante él era demasiado joven, no llegaría a los treinta, pero mantenía el pulso firme y estaba entrenado para no pestañear.

Cerró los ojos y rogó que todo acabara de una vez. Llevaba tanto tiempo en aquel país que no recordaba cómo era el ajetreo de la gran ciudad. Quería volver a percibir el olor de las plantas en flor que el portero de su edificio mantenía con tanta devoción; le gustaría sentir de nuevo la brisa del mar sobre el velero que Owen había comprado hacía algunos años. Ni siquiera sabía si todavía lo conservaba, pero no le importaba. Alquilaría uno. Aprovecharía cada instante

para cumplir los sueños y anhelos. Viviría por y para Faith, que, al fin y al cabo, era de lo que se trataba, siempre que una bala no lo atravesara, como estaba a punto de suceder.

De pronto, el silbido de un proyectil traspasó la ventana y fue a parar a la nuca del mercenario que pretendía matarlo. Mat observó a cámara lenta la situación y tardó una décima de segundo en dejar caer el peso del cuerpo a un lado, hasta que la silla y su hombro se estrellaron contra el suelo. Se encogió todo lo que las ataduras le permitieron y cerró los ojos con fuerza para que el humo azul, que salía de los botes de asalto, no le nublara la visión, del mismo modo que les sucedía a sus captores. Disparos, gritos, armas cayendo al suelo y los hombres desplomándose fue cuanto escuchó antes de que el silencio lo envolviera todo con su particular papel de regalo.

Los buenos habían llegado a tiempo y él estaba bien. Estaba vivo.

¿El infierno? Nadie tenía la más remota idea de lo que podía significar esa palabra. El infierno estaba sentado frente a Owen y le pedía explicaciones sin reparar en que llevaba tantas horas sin dormir que era incapaz de procesar nada. El infierno se llamaba Abigail Tisdale.

—¡No lo entiendo! —exclamó Aby de nuevo—. ¿Crees que podrías explicármelo de manera que mi mente obtusa sea capaz de asimilarlo?

Dos días de viaje; cuarenta y ocho horas en tensión hasta llegar a Seattle. No había permitido que la dejaran ingresada en ningún hospital, Mat le hubiera cortado los huevos. Un equipo médico se encargó de Faith en M'Poko y viajaron pendientes de su estado de salud que, al final, no resultó tan grave. La herida de bala en el costado fue superficial pero la pérdida de sangre la dejó más débil de lo que se esperaba. Ahora que ella estaba en la unidad de cuidados intensivos del hospital Northwest, solo necesitaba un par de transfusiones y descansar.

—¿Crees que podrías estar callada unos minutos mientras intento pensar? —contraatacó Owen con tanta calma que el resultado fue el contrario al que esperaba. La doctora se envaró en la silla y abrió la boca para comenzar de nuevo una retahíla de reproches, pero no se lo permitió. Owen se levantó y se alejó de ella en dirección a la máquina de café.

—¿Pensar? —Lo siguió dispuesta a martirizarlo y se plantó tras él con los puños cerrados apoyados en las caderas—. ¡Todo esto es culpa tuya y de ese gilipollas de Parsons!

—¡Claro! ¡El calentamiento global también es culpa mía! ¡La caza furtiva de

ballenas es culpa mía! ¡Tu degeneración neuronal es culpa mía! —ironizó. Se enfrentó a ella, muy cerca, demasiado. El olor a menta del chicle que mascaba se mezcló con el aroma a café del vaso que Owen retenía en las manos—. Relájate un poco, doctora. Faith está bien. Ya has oído lo que han dicho los médicos.

No había sido persona desde que la llamaron para alertarla de la llegada de Faith al Northwest. Al principio, solo tenía ojos para contar los segundos en el reloj hasta que alguien le dijera qué estaba sucediendo. Cuando el interno de urgencias apareció con el informe médico, descubrió que el tipo de la otra punta de la sala, que la había estado mirando durante horas, era el famoso Owen Mitchell. Fue entonces cuando dio comienzo la batalla entre ellos.

No respondía a las preguntas que le formulaba. Estaba en la naturaleza curiosa de Aby saber más, saberlo todo, pero aquel tipo de aspecto desaliñado y falto de una ducha era como una tumba mal cerrada. La ignoró deliberadamente cuando quiso conocer los detalles del viaje de regreso, cuando le preguntó por Parsons, cuando lo interrogó para averiguar quién era él. Y nada. Se atrevió a exponer descabelladas hipótesis que lo hicieron reír a carcajadas, lo insultó, trató de herirle en su orgullo, pero ni una palabra. Al final, desistió. Cuando le permitieran visitar a Faith sabría la verdad e iría a por Owen Mitchell y a por Mathew Parsons si habían tenido algo que ver con el estado de su amiga.

—¡Eh, doctora! —Aby levantó la vista y se encontró con el café que le ofrecía Owen. Resultaba raro verla tan triste después de haber conocido a la fiera—. Todo irá bien, no te preocupes.

—¿Por qué no ha venido Mathew Parsons con ella? —preguntó antes de llevarse el vaso a los labios y soplar. Quiso sonar despreocupada, como si la pregunta no tuviera la menor importancia, pero la voz le salió demasiado fría y ese tipo no tenía ni un pelo de tonto.

—Digamos que estaba ocupado y me dejó a mí ese honor —respondió con sarcasmo.

—¿Y qué era tan importante para él que ni siquiera se ha interesado por el estado de Faith? No se la merece, no se merece el tiempo que ella le ha dedicado, ni todo el sufrimiento que ha tenido que pasar mientras él jugaba a los exploradores, a los héroes o a lo que sea que ese hombre haga en aquel lugar.

—No sabes de qué estás hablando —le reprochó Owen con seriedad.

—¡Pues explícamelo!

—¡Aggg! ¡Lo que tengo que soportar! —exclamó, se puso en pie y levantó las manos al cielo.

Durante las horas que permanecieron allí a la espera de noticias, mantuvieron breves conversaciones que les sirvieron para que el tiempo pasara más rápido. Owen la encontraba interesante, mordaz, de una inteligencia fuera de lo común y

una devoción hacia Faith sin igual. Era detestable, pero tenía cierto atractivo que la hacía soportable.

Aby, por su parte, reconoció el extraordinario magnetismo que la obligaba a mirarlo de reojo cada pocos segundos. Era molesto, irritante y mentía, estaba segura, pero el tipo era listo, sabía cómo llevar la situación y, aunque la sacara de sus casillas, agradeció que estuviera allí.

—Necesito tomar el aire —anunció Owen de pronto. Volvió a mirar la pantalla del teléfono de línea segura que le habían proporcionado nada más tocar suelo americano y comprobó el estado de la investigación accediendo a los archivos del despacho. Continuaba sin saber nada de Mat, pero el informe inicial de la operación de rescate hablaba de cero bajas. No le preocupaba que la misión se hubiera ido al traste, ni las reacciones del comité. La prioridad era hablar con su hermano y saber si estaba bien.

Justo en ese momento, el médico de urgencias entró en la sala de espera y les informó del buen estado de la paciente.

—Está despierta y pueden pasar a verla unos minutos.

El viaje, la ausencia de noticias, el olor a hospital, la insistencia de la psiquiatra... todo se unió en contra de Owen y le provocó una intensa crisis de ansiedad. La versión de Faith complicaría la situación mucho más y no se veía con fuerzas para hacerle frente. Aprovechó que la doctora Tisdale le daba la espalda y salió corriendo por el pasillo de urgencias en dirección a la calle, para poder respirar y hundirse sin que nadie lo observara.

Minutos más tarde, cuando todavía no había logrado normalizar la respiración, el teléfono que sostenía con fuerza entre las manos vibró y la voz que escuchó al otro lado le provocó un vuelco en el pecho.

—¡Maldito hijo de puta! ¿Se puede saber por qué has tardado tanto en llamar?

—¿Estabas preocupado, hermano? —preguntó Mat sonriente—. Tranquilo, estoy bien. Esta misma tarde salimos hacia Washington. ¿Dónde está Faith? ¿Cómo está?

Esas eran las preguntas que Owen había temido. Estaba demasiado cansado para pensar en respuestas que no lo convirtieran en un loco. La chica estaba estable y fuera de peligro, pero Mat no se conformaría con un resumen de la situación.

—Creo que será mejor que te sientes y me escuches, hermano. Hay algunas cosas que deberías saber.

Le contó que estaban en el hospital, que estaba herida pero no era grave y por eso había decidido llevarla a Seattle, donde la doctora Tisdale podría hacerle compañía cuando él regresara a Washington.

—Faith está bien. Ha despertado hace poco. Su amiga, la psiquiatra, está con

ella ahora. Esa mujer es insufrible, tío —susurró, cansado. No abrumaría a Mat con lo difícil que había sido lidiar con las cuestiones de la loquera, pero era justo que conociera los recelos que lo carcomían por dentro—. No sé si hago bien quedándome. Quiero ver cómo se encuentra Faith, pero tal vez ella no me reciba con los brazos abiertos, ya me entiendes. Tendrá millones de dudas y no voy a poder solucionar ninguna.

—No le digas nada, ya me encargaré yo de contarle todo cuanto quiera saber, a su debido tiempo. Lo importante ahora es que se recupere.

—Entendido. Si me grita, si me pega o si tengo que soportar los estufidos de su amiga te lo haré pagar bien caro —le advirtió.

Mathew sonrió y una sensación de bienestar le recorrió los huesos doloridos. Le pesaban las horas sin descanso, pero aguantaría mil más solo por volver a verla de nuevo.

Mientras tanto, la situación a unos metros de allí se complicaba por momentos. En cuanto Aby accedió al box en el que se encontraba Faith e intercambiaron algunas palabras acerca de lo sucedido, todo se volvió un completo caos.

—Son traficantes de armas, Aby. Owen Mitchell, también. ¡Unos putos mercenarios! —profirió con la voz rota por el llanto y la amargura. Los ojos de la psiquiatra se mantenían tan abiertos con el relato de Faith que, cuando por fin pudo parpadear, se le habían quedado secos—. Me engañaron, me dijeron... No es quien creí que era, Aby, y me engañó...

Los recuerdos la sobrepasaron, las caras, los gestos, los momentos compartidos... La enfermera asomó la cabeza por la cortina e interrogó a la psiquiatra con la mirada mientras Faith se deshacía en lágrimas y violentos sollozos. La despachó con un movimiento de la mano y abrazó a su amiga, que acababa de traspasar las puertas de otra dura etapa.

No obstante, se le hacía difícil pensar que Mathew Parsons, el mismo al que había adorado, por el que había peleado hasta la extenuación, por el que había dejado todo cuanto tenía, fuera un traficante de armas. No lo conocía, y ya no estaba tan segura de querer hacerlo, pero sí había visto a Owen y, si bien era cierto que había esquivado cualquier mención a lo ocurrido, la forma de preocuparse por Faith y la espera que había afrontado junto a ella no se correspondían con el patrón de comportamiento típico de un delincuente.

—¿Estás segura de lo que dices? Ese tipo, Owen, te trajo al hospital, me avisó para que viniera. Estaba preocupado de verdad. Quizá te estés equivocando...

—¡No! ¡Sé lo que vi! ¡Sé lo que escuché! Estaban allí. Les llevaron armas y pagaron por ellas. ¡Los escuché, Aby! —se desesperó. Quiso levantarse de la

cama, pero un aguijonazo en el costado le recordó que se había traído el recuerdo de una bala con las que traficaba Mat—. Tienes que avisar a la policía, a los federales... ¡a quien sea, Aby! Si Owen está por aquí, no estoy a salvo. Y tú tampoco.

—Pero, Faith... parece un buen hombre...

—¡Llama a la policía o lo haré yo, aunque tenga que arrastrarme! No me importa la buena impresión que te haya causado. La gente muere por las armas que ellos ponen en sus manos, y no voy a consentirlo.

—Pero no puedo plantarme delante del policía de la puerta y decirle: «Hola. El hombre que ha estado aquí conmigo durante estos días es un peligroso mercenario y traficante de armas y deberían detenerlo». ¿No te das cuenta de que no tiene sentido? —trató de explicarle la psiquiatra.

—Interpondré una denuncia, lo acusaré de terrorista si hace falta... No voy a dejar que quede libre después de lo que han hecho.

—¿Y Mat?

—Mathew Parsons puede irse al infierno, si es que consigue salir de él.

El alma se le quebró en millones de pedazos al decir aquellas palabras. Se había enamorado de un delincuente de la peor calaña, la había engañado como a una niña y casi muere por su culpa. Se llevó las manos al pecho y presionó con fuerza cuando se quedó a solas en el box. Necesitaba que el dolor físico que sentía en todo el cuerpo fuera mayor que el que registraba su corazón. Así al menos sabría que no estaba muerta, que todavía le quedaba determinación y empuje para continuar viviendo.

—¿Faith? —la llamó Owen, que asomó la cabeza por la cortinilla—. Hola, bella durmiente. Me alegra verte despierta.

Lo miró con detenimiento y no supo qué decirle. Tenía un aspecto horrendo, despeinado, sucio y con una barba que enmarcaba aquella odiosa sonrisa. Un gesto de cansancio le acentuaba el ceño y la preocupación en los ojos parecía real, pero nada de eso la ablandó. La mirada de asco que le lanzó lo dejó helado. Luego, dio media vuelta en la cama y se hizo un ovillo. No podía soportar verlo allí.

Aby regresó acompañada de dos agentes. Se quedó extasiada cuando vio a Owen acomodando las sábanas en la cama de Faith mientras ella permanecía inmóvil, mirando hacia otro lado. Volvió a pensar que su amiga se estaba equivocando. Un traficante de armas no se tomaría la molestia de hacer según qué gestos, ni se arriesgaría a que ella contase la verdad delante de los representantes de la ley. Un mercenario hubiera salido corriendo a la primera de cambio, sin preocuparse por su salud. Pero, por otro lado, Faith siempre se mostraba muy racional en sus decisiones y ella no era nadie para rebatirle lo que

había vivido días atrás. Si estaba tan segura de que aquel hombre y Mathew Parsons eran peligrosos, Aby lo creería.

—Es este hombre —les indicó a los policías.

Ante la mirada atónita de Owen, los agentes se pusieron frente a él y descargaron una batería de preguntas que no supo cómo contestar. Por primera vez en su vida se había quedado sin palabras. Esa odiosa mujer había llamado a la policía, lo culpaba sin tapujos de todo lo que Faith le había contado, y él, a sabiendas de que no podía desmentir nada, solo calló y acompañó a los agentes para no dar un espectáculo en pleno ajetreo de urgencias.

—Faith, por favor... —le rogó antes de perderla de vista. No le importaba que lo detuvieran. En cuanto comprobaran sus credenciales lo dejarían libre, pero no se marcharía sin darle algo en qué pensar—. ¡Solo estoy protegiendo lo que me importa, Holland! —exclamó, de pronto, a la desesperada, utilizando aquella frase que tanto le había impactado la noche que hablaron en el poblado. Y funcionó. Poco a poco, haciendo un gesto de molestia, Faith se giró y enfrentó la mirada abatida de Owen—. Hoy no lo protejo a él, te protejo a ti, de ti misma. Piensa en eso, por favor.

25.

El día que Owen fue a la base aérea Andrews a recoger a Mat estaba más nervioso que en su primera jornada de trabajo para el gobierno. Un avión militar traía a su hermano de vuelta a casa y él solo podía pensar en las explicaciones que iba a tener que dar y en la paciencia que iba a necesitar para aguantar lo que se le venía encima.

Habían pasado diez días desde que la policía de Seattle lo invitara a abandonar el hospital y, a pesar de que en todo ese tiempo solo habló con Mat en dos ocasiones más, en ninguna fue capaz de contarle lo que había sucedido. Había vuelto a Washington, a su despacho, al día a día de reuniones y asuntos urgentes que tratar con el equipo que comandaba, pero jamás dejó de interesarse por la salud de Faith, o por la actividad de la odiosa doctora Tisdale.

Ahora que Mat estaba de vuelta esperaba que la situación se normalizase y pudiera regresar a la vida tranquila y aburrida que añoraba, aunque, después de todo lo ocurrido, algo había calado profundamente en él.

—Tienes un aspecto horroroso, hermano —lo saludó Owen nada más bajar del avión.

Era cierto, cualquiera diría que venía de cubrir una guerra. O de luchar en ella. Había perdido todavía más peso desde la última vez que se vieron y decenas de arrugas le enmarcaban unos ojos anhelantes de información. La barba que le cubría el mentón y las mejillas le confería una imagen desoladora, y la ligera cojera que lo acompañaba hablaba con claridad de la mala experiencia que había sufrido.

—Tú, en cambio, estás como siempre, hecho un pincel. Pero me alegro de verte.

Owen apartó los ojos para que Mathew no pudiera ver la preocupación que sentía. Le esperaban días duros de explicaciones ante el comité de Control de Armas. Los informes que habían recibido eran confusos y, después de dos años proporcionando datos de especial relevancia al gobierno, era la primera vez que se ponía en tela de juicio la actuación de Mat como corresponsal infiltrado. Había defendido a su hermano delante del mismísimo Secretario de Estado, muchos de los altos cargos que formaban el comité sentían verdadera admiración

por la labor que había desempeñado, incluso alguno sugirió proponerlo para la Medalla de Oro del Congreso, o para cualquiera de las distinciones federales civiles que se otorgaban por colaborar en el buen hacer del país. Pero no a todo el mundo le quedó claro por qué una misión que parecía andar por buen camino acabó truncada y reducida a la nada. Y la duda era contagiosa.

—Tengo información suficiente para demostrar que todo se hizo conforme a lo establecido. El inconveniente que tuvimos a última hora no tengo intención de mencionarlo —le explicó Mat, refiriéndose a Faith y a la acelerada salida en el helicóptero que precipitó que todo acabara mal—. Si me preguntan, diré que fue un fallo mío. Tú debías ir en ese helicóptero y ella también, me importa poco si eso fue lo que jodió los planes del comité.

—No voy a dejar que cargues con la culpa, puedes ponerte como quieras. El Secretario sabe qué ocurrió y no dejará que te juzguen. Te deben mucho y lo saben, es solo que algunos parecen olvidar con facilidad lo que tu intervención le ahorra a nuestro país.

—Pues que vayan buscándose a otro —dijo con la mirada puesta en lo que atisbaba al otro lado de la ventanilla. Siempre le producía mucho respeto pasar cerca del cementerio Lincoln Memorial y no pudo evitar estremecerse—. Lo dejo.

—Me parece una buena idea, pero ¿qué harás?

—Casarme con Faith.

—Uff, eso será difícil, hermano —se lamentó con verdadera pena—. Quizá debas pensar en olvidarla durante un tiempo. Creo que está demasiado confundida como para que entienda lo que ha pasado.

—No me importa. En cuanto deje todos mis asuntos zanjados en Washington me trasladaré a Seattle. Me da igual el tiempo que necesite para hacerla entrar en razón. Una vez le prometí que no la dejaría y no volveré a faltar a esa promesa.

Sin embargo, había faltas difíciles de perdonar, que se nutrían del desconocimiento y el rencor para convertirse en imposibles de salvar. Así era como percibía Faith lo que había ocurrido, sentía que lo que tenían se había roto y no volvería a estar completo jamás.

Dobló la última camiseta que había recogido de la lavandería y la colocó con pulcritud en un montón. Había quedado en pasar por el almacén de Aby para charlar un rato y ayudarla con algunos muebles que le habían llevado la semana anterior, y todavía tenía que darse una ducha. Se miró en el espejo de cuerpo entero que había en la habitación y, como hacía siempre, se levantó la camiseta para observar con detenimiento la cicatriz rosada que le había quedado en el

costado. Estaría ahí siempre, como el recuerdo imborrable de una época en la que fue la mujer más feliz, pero también la más desdichada. No cambiaría por nada los momentos vividos con Mat, ni una sola de las palabras dichas entre ellos, ni uno solo de los pensamientos que le había dedicado. Pero era hora de pasar página, de empezar una nueva vida, de asimilar que, esta vez, se había equivocado con el amor de su vida.

El móvil comenzó a sonar en algún lugar de la casa. Acarició la marca asimétrica de la cintura y se sonrió a sí misma con nostalgia. Aby le había dicho que la cicatriz parecía un ojo guiñado, tal vez el guiño cómplice que necesitaba para continuar.

—Ya voy, ya voy —dijo en voz alta, recorriendo los escasos metros de pasillo que la separaban del salón—. ¡He dicho que ya voy!

Descolgó con rapidez y mantuvo el teléfono entre la oreja y el hombro para disponer de las dos manos y recoger los restos de la cena, que todavía permanecían en la mesilla, frente al televisor.

—¿Hola? ¿Quién es? —Silencio. El más absoluto y aterrador silencio. Retrocedió hasta el sofá, dejó los platos de nuevo y esperó. El corazón le latía con tanta intensidad que temió que fuera a traspasarle el pecho. No podía explicar cómo averiguó que era él, pero lo supo y la mezcla de emociones fue indescriptible —. Sé que estás ahí. Di algo.

—Nunca sé qué decirte —murmuró Mat con los ojos cerrados.

Apoyó la frente en el ventanal del salón del apartamento de Owen y trató de percibir el calor del cuerpo de Faith en la distancia. En Washington ya había anochecido y, desde aquel punto, la ciudad se veía preciosa, iluminada como si miles de luciérnagas revolotearan a sus pies, pero no era suficiente para aliviar la angustia. Para él no existía visión más gloriosa que la del rostro que imaginaba cada noche, cada segundo de soledad, cada momento de ansiedad en el que la necesitaba. Se había prometido no llamarla, mantenerse al margen hasta que fuera posible explicarle todo lo que merecía, pero le resultaba imposible sostener una promesa tan sencilla y, a la vez, tan dura.

—¿Qué quieres?

—A ti —confesó—. No quiero nada más en la vida.

Le colgó el teléfono. Dolía escuchar su voz, dolía más el sentido de las palabras y dolía hasta la desesperación el deseo de corresponder esos sentimientos. Colgó porque tenía miedo de sí misma, de no soportar la ausencia de Mat y confesar cuánto lo echaba de menos. Lo hizo sin pensar y se quedó mirando el móvil, esperanzada en parte, como si fuera a volver a sonar, como si él no fuera a darse por vencido.

Pero no hubo nueva llamada, ni oportunidad de decirle que ella también lo

quería, ni momento de gloria en el que declarara que no le importaba quién era ni qué había hecho. Lo amaba, y tal vez lo amara siempre, pero eso él no lo sabría jamás. Y quizá, a la larga, fuera mejor así.

Aby se adentró en el apartamento de Faith con cuidado y echó un rápido vistazo a la entrada. Sorteó un par de cajas en el pasillo y estuvo a punto de tirar la bicicleta apoyada en la pared. La casa parecía haber sufrido el paso del huracán Katrina, algo poco común en la mujer que vivía allí, pero comprensible al tratarse de una mudanza.

—¡Oh, por favor! ¡Faith! —exclamó la psiquiatra y levantó las manos al cielo en un claro gesto de desesperación. Su amiga se hallaba repantingada en el sofá, con el pijama puesto y la vista fija en la pantalla apagada de la televisión—. ¡Joder! ¡Eres la nueva Bridget Jones! Estás horrible. —Tomó varios mechones de pelo enmarañado entre los dedos y bufó al ver los enredos. Estaba claro que no era su mejor día, pero no había otra forma de conseguir que espabilara que tocándole un poco las narices—. No has venido a la sesión de hoy —le reprochó.

—No soy tu paciente, no tengo por qué ir. Estoy bien.

—¡No, querida! Bradley Cooper está bien, aunque con el pelo largo pierde un poco —bromeó y señaló el rostro del actor que lucía sonriente en la portada de la revista sobre la que Faith acababa de dejar el teléfono—, pero tú no lo estás. Te has convertido en un cliché. ¡Mírate! Pijama, mal aliento, despeinada... solo te falta un kilo de helado y la versión de *All by myself*, de Celine Dion, sonando en el reproductor.

—Mat ha llamado.

—Lo sé, Owen me avisó. —Faith levantó una ceja y centró toda su atención en el rostro sonrojado de Aby. No hizo falta que le preguntara nada, ella misma se descubrió—. Intercambiamos teléfonos en el hospital —se excusó, pero se puso a la defensiva cuando Faith la apremió para que continuara hablando—. ¿Qué? ¡Yo no sabía que era un traficante de armas! ¡No me mires así! Solo me envió un mensaje para avisarme. Pensó que debía estar al tanto y no iba demasiado desencaminado viendo el aspecto que tienes.

—Estoy bien —insistió más calmada.

—¿Te duele la herida? —Le señaló con un gesto del mentón. Sabía lo que Faith necesitaba y tenía intención de empezar en ese momento, siempre que estuviera en plenas condiciones.

—No. Está curada. —Se levantó la camiseta y le mostró la marca sonrosada

que había dejado el trozo de metralla. La piel era tan fina que daba impresión pasar los dedos por encima.

—Bien. —Aby anduvo hasta el armario del pasillo y tomó del interior los guantes de boxeo de Faith. Había que eliminar toda esa pena que le impedía pensar con normalidad y no había nada como una buena terapia de choque. Regresó al salón y se los lanzó al pecho sin contemplaciones—. Ponte esto y vamos arriba. Creo que te hace falta dar unos cuantos golpes antes de seguir comiéndote el tarro. ¡Vamos!

Treinta minutos no bastaban para descargar toda la rabia que había guardado en los últimos tiempos, pero fue todo lo que aguantó antes de comenzar a resollar. Frente a ella, el saco recibía los duros golpes que correspondían a cada una de las personas que le embotaban los pensamientos: Owen por engañarla, Mat por jugar con ella... Sacudió con piernas, rodillas y puños, orquestando una improvisada coreografía de pasos y movimientos, cuya banda sonora estaba compuesta por los gritos y jadeos que se le escapaban de los labios.

Cuando el cansancio hizo acto de presencia y las lágrimas se confundieron con el sudor, Aby se puso frente al saco y detuvo el último golpe sin dificultad. Los ojos de ambas quedaron enfrentados y liberaron emociones contenidas en una sola mirada. Los de color miel se mantuvieron firmes durante pocos segundos antes de confesar lo que todavía sentía por Matthew Parsons, lo que jamás había dejado de sentir. Estaba enamorada de él, sin remedio, y ninguna de las barreras que levantaba para protegerse lograba contener el aluvión de sentimientos que deseaba mantener ocultos.

—¿Mejor?

—¡No! —gritó, enfurecida. Se soltó los guantes y los lanzó contra el suelo mientras continuaba dando pasos de un lado a otro—. ¡No es justo!

—La vida no lo es, de eso ya hemos hablado en las sesiones.

—¿Qué he hecho mal, Aby? ¡¿En qué momento el puto universo se alineó para joderme la existencia?! Primero Darryl, luego Mat. ¿Por qué no puedo conservar a mi lado a las personas que me hacen feliz?

—¿Y todo lo demás? ¿No te hace feliz todo lo que has conseguido hasta hoy? —le preguntó intencionadamente. Faith se había aferrado al recuerdo de los dos hombres a los que había amado y eso provocaba que el mundo girase sobre un eje equivocado. Mientras no aprendiera a valorarse a sí misma, a admirar los frutos de su cosecha, no saldría de esa espiral de rabia y pena que la dominaba a partes iguales, día tras día—. Eres una buena periodista, diriges una revista, tu experiencia personal ha dado como resultado el mejor reportaje de tu carrera, te han premiado por ello, te han reconocido como embajadora de la UNESCO, formas parte del Comité para la Protección de los Periodistas... ¿Hace falta que

continúe? Creo que eres una gran persona, Faith Anggela Holland. Ahora solo tienes que creerlo. —Aby la miró con comprensión, con cariño, y deseó con todas sus fuerzas transmitirle la calma que necesitaba—. Todo se arreglará. Tienes que confiar en eso.

—Eso no me hace sentir mejor.

—Tampoco te matará —ironizó la psiquiatra—. Has tomado una decisión, una buena decisión. Marcharte de Seattle te vendrá bien. Si el destino tiene otro plan para ti, llegará. Y si no, aprenderás a ser feliz, no me cabe la menor duda. Eres la persona más fuerte que he conocido en mi vida, y la más malhablada —añadió. Le regaló una sonrisa sincera y la abrazó como se abrazan dos hermanas—. Además, una mujer que tiene el valor de cagarse encima, en un coche, delante de tres personas, y conservar la dignidad, no puede venirse abajo por una relación fallida.

—¡Aby! —exclamó. Le dio un manotazo y rompió en carcajadas. Pero el estallido de emociones se fue transformando poco a poco hasta que, al final, el llanto desconsolado tomó las riendas y regresaron las lágrimas amargas—. Estoy cansada de confiar. No sé qué estoy haciendo, ni hacia dónde va mi vida. Y tengo tanto miedo...

—Bueno, el miedo es tu mejor chaleco antibalas. Recuérdalo.

Desde el despacho de Owen, en la cuarta planta del edificio Harry S. Truman, Mat contemplaba, en la distancia, la maravillosa vista de los jardines de la Constitución. Su hermano, ya en el papel de alto cargo de la administración y miembro destacado del Comité para el Control de Armas, mantenía una férrea conversación por teléfono con algún igual, sobre temas que escapaban a su entendimiento.

En lo único que podía pensar era en hablar con ella. Tenía que explicarle de una vez todo lo que había pasado, desde el principio, y le importaba bien poco lo que el gobierno de los Estados Unidos opinara al respecto. Para eso estaba allí, para comunicar su decisión a la única persona a la que le concernía, la única que sabía lo que se estaba jugando si continuaba manteniendo el voto de silencio.

—No me acostumbro a verte vestido como una persona normal, hermano —comentó Owen, que le palmeó la espalda a modo de saludo.

El aspecto de Mat había mejorado en los últimos días, pese a que no había forma de que desaparecieran las ojeras que le delineaban los ojos. Iba ataviado con un impecable traje negro y camisa blanca, sin corbata. Se había cortado el pelo y la horrenda barba de días atrás había desaparecido. Mantenía esa postura

desenfadada, que Owen tanto había admirado en él, con las manos en los bolsillos y el mentón ligeramente elevado, como si algo en el horizonte le hubiera llamado la atención. No obstante, no se dejaba engañar por las apariencias. Él mejor que nadie sabía la batalla que se libraba en el interior de ese hombre y como, poco a poco, la desesperación le estaba ganando la batalla a la fuerza de voluntad.

—Un dólar por tus pensamientos...

—No sé si valen tanto —respondió, y volvió a la realidad, en el despacho de Owen—. Necesito saber qué vais a hacer con la información que tenéis sobre República Centroafricana. Quiero recuperar mis archivos y terminar el reportaje.

—Pues... ya sabes cómo son estas cosas —comentó, incómodo. El proceso de revisión que se estaba llevando a cabo podría durar meses, incluso años. Había muchos datos que procesar en el trabajo que Mat había hecho para ellos, y ya se sabía cómo funcionaban las cosas en la administración: tenían mucha prisa para obtener lo que pedían, pero muy poca cuando se trataba de analizarla—. Y habrá datos de los que no podrás disponer, eso también lo sabes.

—No pienso hacer caso a vuestra censura, Owen —le advirtió—. Cuando publique el reportaje saldrá íntegro, os guste o no.

—Tendrás problemas y yo también.

—¿Más todavía? —preguntó con una ceja alzada y media sonrisa dibujada en los labios. Cómo detestaba aquella actitud de superioridad de su hermano—. Me gustan los problemas y cometer errores. Me he convertido en una persona impaciente, y estoy cansado de esperar.

—¿Qué significa eso? No hagas estupideces, Mathew. Esto no es un juego, no puedes hacer lo que te venga en gana. Me retirarán mis privilegios y me trasladarán al último rincón oscuro de la administración. Pero lo tuyo será peor. Tendrás que pedir asilo político en otro país si juegas con fuego.

—Por lo pronto, voy a cambiar de ciudad. Voy a recuperarla.

26.

El sonido de la lijadora eléctrica no era el mismo desde que Faith ya no acudía al almacén para ayudarla. Ella también había encontrado un secreto placer en eso de restaurar muebles viejos y se alegraba de haberla ayudado, en lo profesional y en lo personal. No obstante, el vacío que había dejado en la vida de Aby era mayor que el que había sentido con otros pacientes recuperados y nada lo llenaría ahora que se había ido lejos.

Una gota de sudor se coló por debajo de las gafas protectoras y la obligó a detener el constante movimiento de la máquina sobre la superficie de la mesa. Era un mueble viejo, demasiado castigado por el paso del tiempo y por los meses que había estado a la intemperie en el vertedero. Uno de sus pacientes la había visto y se las ingenió para llevarla al almacén. Era curioso como aquella torturada mesa había sufrido tanto como su portador, y cómo el esfuerzo por restaurarla estaba siendo similar al que Aby hacía para ver resultados en la terapia del paciente.

El timbre del almacén sonó una vez, a la que siguieron muchas más. Miró el reloj de pared, una antigüedad preciosa de precisión suiza, y frunció el ceño. No tenía consultas programadas a partir de mediodía. Los viernes por la tarde eran para Faith. Ahora solo para ella, pensó con tristeza.

Se sacudió el detestable polvillo que le impregnaba la bata blanca, salpicada de manchas de pintura y barniz, y caminó apresurada hacia la puerta, donde la inesperada visita mantenía el dedo pegado al timbre.

—Espero que no sea otro predicador vendiendo biblias porque pienso mandarlo a...

Abrió la puerta con un tirón brusco de la manilla, dispuesta a dejar salir a la energúmena que llevaba dentro, pero cuando vio quién era el que llamaba con tanta insistencia, trató de cerrar de nuevo, sin ningún éxito. Jamás lo había visto en persona, no sabía si las fotos que le había mostrado Faith, más las que ella misma había encontrado por Internet, le harían justicia, pero ahora podía comprobar que sí, que Mathew Parsons era tal cual lo había descrito su amiga, tal cual lo había imaginado, o más.

Mat empujó la puerta cuando aquella mujer rubia, despeinada y con pinta de

profesor chiflado quiso cerrársela en las narices. Abigail Tisdale era como la había descrito Owen, una mujer de belleza extraña y tan excéntrica como un payaso en el Ritz. El lugar, a simple vista, tampoco parecía lo que era en realidad. Los olores a madera, a barniz, a disolvente y a viejo se mezclaban en el aire y lo convertían en empalagoso.

—¿Eres Aby? —preguntó mientras la observaba retroceder con los ojos muy abiertos.

Estaba asustada, muy asustada. Tanto que su facilidad de palabra y la mordacidad que empleaba cuando se ponía a la defensiva quedaron reducidas a un simple asentimiento. El corazón latía a toda velocidad en contraposición a los pasos que daba, lentos, demasiado torpes. Chocó contra una columna y expulsó el aire con un gemido. Parsons lo observaba todo con ojo crítico, pero no la miraba a ella, y eso la ponía más nerviosa todavía.

—¿Dónde está Faith?

Aby bufó y se ganó con semejante osadía una mirada cargada de advertencias. *No olvides que es un traficante de armas*, se dijo y, por un momento, recuperó la cordura y se mantuvo callada. Pero solo por un mísero momento.

—Aquí no está, puedes registrarlo todo, si quieres —respondió en voz baja. No iba a dejar que la intimidara por muy peligroso que fuera ni por muy apuesto que se creyera.

Mat miró a la joven con los ojos entrecerrados y comprobó que temblaba. No era tan intrépida como le había dicho Owen, ni se había mostrado ofuscada por la intromisión. No, simplemente se limitaba a observarlo, sin saber bien por dónde le entraría él. Quería parecer tranquila pero estaba atemorizada.

—No voy a hacerte daño, Aby. Solo quiero saber dónde puedo encontrar a Faith.

—No puedo ayudarte con eso.

—Pero... necesito hablar con ella. —Sonó tan abatido, tan desolado, que estuvo tentada de avanzar hasta él y ponerle una mano en el hombro a modo de consuelo.

¿Qué se le dice a un hombre así en una situación como aquella? Las necesidades de Mathew Parsons le traían sin cuidado, pero... ¿qué diría Faith si supiera que él estaba allí, buscándola, casi rogando por unos segundos?

—Ella no quiere hablar contigo. Deberías entenderlo. —Dejó a un lado los prejuicios que tenía sobre él y se guió por el instinto. Owen le había dicho que Mat era un buen tipo y, al verlo con sus propios ojos, no le pareció una opinión desacertada. Podía tener una imagen intimidante, pero había mucho dolor en el fondo de aquellos ojos y ni rastro de propensiones criminales. Decidió ser sincera con él y dejar algunos puntos bien claros—. Abandonó todo lo que tenía

aquí para enfrentarse al infierno del que tanto le había costado salir. Regresó a por ti y no dudó ni un solo segundo que te encontraría, vivo o muerto. Y tú le fallaste.

—¡Yo no le fallé! —exclamó.

Estaba cansado de ocultar la verdadera razón de sus actos durante el tiempo que estuvo en el continente africano y continuaba sin poder ofrecer respuestas convincentes. Llevaba veinte años ejerciendo como corresponsal, tenía un nombre en el mundillo y nadie dudaba de su profesionalidad. Pero todo eso no había servido de nada para Faith. Ella había elaborado una absurda trama para justificar lo que vieron sus ojos durante unos minutos y eso ya tenía más peso que el tiempo que habían estado juntos, antes y después del secuestro Seleka. ¡No era justo! Faith demandaba confianza, pero no estaba dispuesta a que fuera recíproca.

Eso mismo fue lo que le explicó a Aby que, asombrada por la sinceridad de las palabras de Mat, lo invitó a tomar asiento en el mismo lugar donde sus pacientes esperaban la hora de la consulta. No era demasiado confortable, solo eran dos sillas de madera y una mesilla baja con revistas y panfletos, pero serviría. Al fin y al cabo, no iba a dejar que pasara más allá del recibidor.

—¿Y cuál es la verdad? ¿Por qué no puedes contársela, si tanto te importa? — cuestionó la psiquiatra, con razón. La postura de Mat cada vez era menos tensa, los hombros firmes se le fueron hundiendo y la decisión que había en la mirada azulada de aquel hombre se apagaba con cada segundo que marcaba el reloj.

—No podía contarle nada porque era peligroso para ella —confesó—. No debió volver, no debió buscarme. Se suponía que Owen se encargaría de calmarla, le diría que yo estaba vivo y que pronto regresaría.

—Pero el muy estúpido no lo hizo —soltó Aby enfadada, tan cabreada con aquel idiota que hubiera sido capaz de romperle la nariz de haberlo tenido delante—. ¡Le dijo que no sabía dónde estabas, que él se ocuparía de todo!

—Y a mí me contó que Faith había pasado página —murmuró—. Imagínate cómo me sentí al verla. No lo podía creer. Faith no debía permanecer en el poblado, no era un lugar seguro. Teníamos que trasladarnos y ella debía regresar a Bangui, a la embajada, pero creí que podría protegerla y no fui consciente de que lo que estaba haciendo la exponía todavía más.

—Y además corrías el riesgo de que se supiera a qué te dedicabas de verdad —añadió Aby con desdén.

—¿A qué crees tú que me dedico?

La pregunta la hizo atragantarse con su propia saliva. La dura mirada que Mat le lanzó al formularla le indicó en la clase de terreno pantanoso en el que se estaba metiendo. No debía olvidar quien era aquel tipo y, por muy enamorado

que estuviera de su amiga, no debía fiarse. Demasiado intrépida estaba siendo hablando con él a solas, sin que nadie pudiera ayudarla en caso de que la cosa se pusiera fea.

—Eres periodista. Lo sé, he leído tus artículos, algunos muy buenos, por cierto. —Mat asintió en agradecimiento, pero no apartó la mirada de los ojos de la mujer que, nerviosa, trataba de justificarse—. Pero también sé que has hecho cosas que no son tan lícitas.

—¿Como cuáles?

—¡Oh, vamos! ¿Tengo que hacerte una lista? —exclamó Aby, exasperada. ¡Al demonio con la prudencia! Si ese hombre pretendía acabar con ella al menos no se quedaría con las ganas de decirle lo que pensaba de él, de su hermano pequeño y de determinadas actividades extra—. Armas, trato con terroristas, abastecimiento a las milicias... Tu hermano y tú sois dos traficantes. Deberíais estar en la cárcel.

La carcajada que brotó de los labios de Mat hizo eco en la amplitud del almacén. Owen había tenido razón al advertirle sobre Abigail Tisdale, no tenía pelos en la lengua y, a pesar de que estaba asustada como un conejillo, no se había detenido a la hora de expresar lo que pensaba. Era una lástima que no pudiera sacarla del error en ese momento.

Después de varios segundos riendo, ante la mirada atónita de la chica, se pasó la mano por el rostro y se llevó el poco humor que le quedaba. No debía perder de vista el objetivo de aquella visita. Si cabreaba a la psiquiatra, no lograría sacarle ni una cordial despedida.

—A veces, nada es lo que parece, doctora, pero no se lo tendré en cuenta cuando llegue el momento.

—Claro, nada es lo que parece. Eso dicen todos cuando los pillan con las manos en la masa —ironizó. Se puso en pie, dispuesta a poner fin a la conversación, y se dirigió a la puerta con paso firme y muy serena—. No tenemos nada más que hablar y tengo trabajo que hacer. Lamento no serle de ayuda.

Mat la siguió y se maldijo a sí mismo por no haber abordado el tema del paradero de Faith de un modo más efectivo. Si Aby no le decía nada, tendría que recurrir a Jacob Allen o a Garland Buchanan y sospechaba que el resultado sería similar.

—Necesito hablar con ella. Díselo, por favor. Sé que ha dejado el apartamento y que ha dimitido en la revista —le explicó apresurado, temiendo desaprovechar los pocos segundos que le quedaban allí—. Me prometió que confiaría en mí, que no volvería a separarse de mí. Dile que pienso encontrarla. Ella me encontró, pese a todo lo que le dijeron, me encontró. Y yo haré lo mismo. Díselo, Aby, por

favor.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque la quiero, recuérdaselo también. Si ha dejado de sentir lo mismo, tendrá que decírmelo ella.

Durante las dos semanas siguientes a la visita de Parsons, Aby estuvo dando vueltas a la conversación y a todo lo que había deducido del lenguaje no verbal de aquel hombre. Dos semanas dedicando hasta el más ínfimo pensamiento a la situación que Faith y Mathew estaban viviendo y a las posibilidades que tenían para ser felices juntos. *Nulas posibilidades*, concluyó con un suspiro, mientras el paciente de la última sesión de la mañana acababa el soporífero relato de su experiencia personal.

—Hemos terminado por hoy —anunció Aby, después de mirar la hora por decimoquinta vez en los últimos cinco minutos.

El día estaba resultando verdaderamente agotador. El ayuntamiento había iniciado las obras del nuevo alcantarillado aquella misma semana, la misma en la que el aparato de aire acondicionado había decidido dejar de funcionar. Eso la obligó a abrir las ventanas para que el calor de finales julio no se condensara entre las cuatro paredes del despacho, y permitía al ruido colarse con la poca brisa que aliviaba el sofocón de mediodía.

El paciente se despidió de ella con un cordial saludo y la dejó contemplando un punto indeterminado en la pared de enfrente. Estaba deseando que llegara agosto para poder tomarse algunos días de vacaciones y relajarse. El estrés comenzaba a dejarse notar en el pequeño tic que le latía en el párpado y su nivel de concentración era tan bajo que ni siquiera recordaba los datos de las sesiones para anotarlos en los informes.

Miró el móvil y maldijo entre dientes. Owen le había dado su teléfono a Mat y este, empeñado en encontrar a Faith, había convertido su buzón de voz en un consultorio unidireccional en el que desahogarse. Si creía que así la iba a convencer es que no la conocía. Si quería tratamiento psiquiátrico, tendría que sentarse en el diván y pagar la tarifa, pero no saldría de Aby ni una sola confesión que lo ayudara a localizar a Faith. La próxima vez que se echara a la cara a Owen le diría cuatro cosas acerca de facilitar su número de teléfono sin consultárselo primero.

—Mira por donde... —se dijo al ver en la pantalla la llamada entrante con la cara de Owen—. ¿Qué pasa, Mitchell? ¿Hoy no tienes a nadie a quien molestar a

la hora de comer?

—¿Comer? ¿Quién quiere comer pudiendo perder el tiempo discutiendo contigo? —respondió. Luego, desconcertado por el significado de sus propias palabras, se aclaró la garganta y fue al grano. Ya estaba bien de coqueteos con la loquera—. Hay un kiosco de prensa a un par de manzanas de tu edificio, junto a una lavandería. ¿Lo conoces?

—¿Qué tontería de pregunta es esa?

—¿Lo conoces, sí o no? —insistió Owen.

—Sí, avenida Fremont con la 43. ¿Por qué? —Lo detestaba cuando se andaba por las ramas y la mantenía en vilo. Todas las conversaciones con él eran así, tan misteriosas, tan irritantes.

—Te espero allí. No tardes.

Aby se quedó con la boca abierta, sin poder formular un millón de preguntas. Había colgado, y lo único que se escuchaba ya al otro lado de la línea era el molesto pitido de fin de llamada. Tardó una décima de segundo en salir del almacén y enfilar la avenida Fremont hasta el establecimiento de prensa y revistas. Maldijo el poder que Owen Mitchell ejercía sobre ella y la capacidad que tenía de metérsele en los pensamientos y averiguar qué pasaba en su vida. Era una de las pocas personas que la había hecho sentir insegura en más de una ocasión y no le gustaba lo que eso significaba ni lo que podría desencadenar. ¡Y ahora estaba en Seattle! ¿Qué demonios hacía allí?

—Espero que haya venido a llevarse a su hermano de una vez —masculló al tiempo que el estómago le rugió.

Los restaurantes de la zona llenaban el ambiente de deliciosos olores a comida a los que uno no se podía resistir cuando tenía hambre, como era el caso. Se recordó que no había preparado nada para almorzar y se prometió un festín para llevar. También cogería algo para la cena. Le esperaba una tarde aburrida, redactando informes y poniendo al día los horarios de consulta. Las vacaciones la obligaban a derivar a los pacientes más importantes a otros profesionales, y eso era algo que debía estudiar con calma. Cuando acabara, no le quedarían ganas de meterse en la cocina ni para hacer una triste ensalada.

El aroma a papel y a tinta le inundó las fosas nasales nada más entrar en el reducido local de prensa. Saludó al encargado, que daba buena cuenta de un enorme bocadillo y las tripas de Aby volvieron a sonar.

—¿Ha visto a un hombre...? —No pudo continuar. La portada de una revista detrás del dependiente la dejó sin palabras. Era la *Time*, inconfundible con esos márgenes rojos de tono intenso. Y el rostro de la portada... ¡Era Mathew Parsons!—. Oh, Dios mío.

«Mathew Parsons. Toda la verdad sobre la República Centroafricana», rezaba

el titular. La señaló con un dedo y el hombre se la puso en las manos. Pagó sin levantar los ojos de la foto en blanco y negro que la miraba y al darse la vuelta para salir de allí, se topó con otros ojos más reales.

—Hola, doctora —la saludó Owen, con una sonrisa maliciosa en los labios—. Me alegra ver que sigues haciendo caso de todo lo que te dicen los traficantes de armas. —Estaba tan asombrada que lo único que le salió fue morderse el labio inferior—. ¿Sorprendida? ¿Algo que decir? —añadió con chulería al comprobar que la había dejado sin palabras.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con el ceño fruncido. Apretó la revista contra el pecho, a modo de escudo, y compuso su mirada más furiosa.

Tenía un aspecto envidiable, se había cortado el pelo y la escueta perilla del mentón le confería un aire de profesionalidad que no había captado antes. ¿A qué demonios se dedicaba ese tipo?, se preguntó mientras repasaba sin disimulo el cuerpo de Owen enfundado en un maravilloso traje de chaqueta oscuro. La corbata, del mismo azul claro que los ojos, permanecía más holgada de lo normal en el cuello, y la pose, con las manos en los bolsillos y el hombro apoyado contra la estantería, lo convertía en el hombre más sexy del país.

—Necesito una loquera, estoy perdiendo el juicio —se burló Owen, a sabiendas de que se exponía a una buena tunda verbal en cuanto la víbora que habitaba en ella saliera de su escondite.

—Lo que pierdes es el tiempo, Mitchell —le soltó, antes salir de la tienda—. ¿Qué significa esto? —Levantó la revista con mano temblorosa y esperó a que él borrara la sonrisa de superioridad. No iba a ponerse a leer el reportaje allí, así que le pidió que se lo resumiera en dos frases. No le dedicaría ni un segundo más de lo preciso.

Echó a andar cuando entendió que Owen no estaba por la labor de explicarle nada. Algo en el interior de Aby pedía a gritos que esperara, que fuera paciente, pero hacía un calor insoportable, tenía hambre, estaba de mal humor y el silencio de Mitchell no mejoraba la situación.

—Deja que te invite a comer, doctora —pidió Owen, a pocos pasos de ella. Él tampoco había pegado bocado y la diferencia horaria con Washington lo estaba destrozando. Necesitaba descansar unas horas, ver a Mat y convencerlo de que regresase con él, pero había preferido ir directamente a Fremont. La había elegido a ella primero.

—Yo no como con delincuentes.

La cogió del brazo de inmediato y la llevó entre los árboles de un cuidado jardín, a esa hora desierto. Se le habían acabado las ganas de bromear. Estaba demasiado cansado física y mentalmente, pero si estaba allí era porque creía que se merecía una extensa explicación. Era el momento de dársela, sin esperas. En

cuanto a ella le hubieran quedado claras las cosas se largaría de Seattle, se olvidaría de la doctora Tisdale y, a ser posible, de los problemas de Mathew.

Aunque no fue eso lo que la mente y el cuerpo le pidieron al encontrarse a solas, bajo la sombra de un gran castaño. La espalda de Aby chocó contra el tronco del árbol y Owen la aprisionó para que no pudiera escapar de él. No había miedo en sus ojos, ni sorpresa, lo que encontró cuando la miró fue algo para lo que no estaba preparado. ¿Por qué de pronto solo sentía deseos de... besarla? ¡Era una locura! La soltó y retrocedió unos pasos.

—Creo que nunca nos han presentado como es debido —comentó con una mano sobre la nuca, incómodo por el cambio de registro que acaban de sufrir ambos. Le tendió la mano con excesiva solemnidad y tragó saliva—. Soy Owen Mitchell, jefe del gabinete de control de crisis de la Oficina del Subsecretario para el Control de Armas y Seguridad Internacional, en el Departamento de Estado del gobierno de los Estados Unidos. Y espero que eso le aclare todas las dudas a esa mente inquieta tuya que nunca para de funcionar —añadió y, al ver que ella no hacía amago de corresponder al saludo, golpeó con un dedo sobre la frente de Aby, boquiabierta ante semejante revelación.

Se le quitaron las ganas de comer de repente. Era tal el desconcierto que la revista quedó arrugada y olvidada entre las manos. La mirada azul de Owen la traspasó y el hecho de que se mantuviera en silencio, de que no añadiera ningún tipo de comentario sarcástico al respecto, la desarmó. Él aguardaba una reacción, pero en la cabeza de Aby solo había lugar para un pensamiento: *gobierno de los Estados Unidos*. ¡Joder!

—¿No piensas decir nada? —le preguntó incómodo por la espera.

—No sé qué decirte. Todo esto... —Miró la revista de nuevo y cerró los ojos, como si al hacerlo pudiera evitar la vergüenza que le teñía las mejillas—. Yo... tengo que leerlo bien. Tengo que... hablar con Faith.

—Deja que te cuente algunas cosas primero, por favor. Necesito que lo entiendas, antes de nada —le pidió con un tono de voz tan suave y conciliador que un agradable acaloramiento se extendió por las venas de Aby y la hizo sentir una mujer afortunada, pero ¿por qué? ¿Por qué se alegraba tanto de que Owen no fuera un delincuente? ¿Por qué notaba cierto miedo a acercarse a él ahora?—. ¿Podemos ir a hablar a algún sitio? A tu despacho, si te sientes más segura allí.

La curiosidad de Owen por el lugar donde Aby pasaba la mayor parte del tiempo fue mayor incluso que la de su hermano. Observó cada recoveco del lugar con ojo crítico, absteniéndose de hacer comentarios jocosos que pudieran ponerlo de patitas en la calle. Desde luego, aquella mujer era una caja de sorpresas. Por muy

detalladas que fueras las descripciones de Mat sobre el almacén jamás hubiera imaginado un sitio así. Cualquiera diría que era víctima del síndrome de Diógenes. No había conocido a una mujer más cuerda en su vida y, afectada o no por la necesidad de almacenar cosas viejas, le gustaba.

Subieron a la planta alta del edificio, donde un recibidor dejaba a la vista dos puertas. Aby abrió una de ellas y lo invitó a pasar. Era su despacho, estaba claro. El diván, la librería ordenada con pulcritud y la amplia mesa atestada de papeles y carpetas, no dejaban lugar a dudas.

—¿Aquí es donde trabajas? —preguntó para romper el incómodo silencio que se había colado entre ellos. No estaba acostumbrado a estar tanto tiempo callado en presencia de la psiquiatra y él también empezaba a ponerse nervioso.

—Trabajo en todo el edificio, como has podido comprobar —respondió Aby, que tomó asiento en la mecedora de madera tallada que había junto al sofá.

—Quizá venga un día para que me enseñes qué haces aquí con tus pacientes —le propuso, cordial, sin ánimo de mofarse ni de insinuar nada extraño.

—Te cobraré la sesión. Solo mis pacientes saben en qué consiste la terapia. Al menos, si te vas a burlar de mis métodos, sacaré buena tajada por las molestias.

—¡Yo no...! —Owen se interrumpió cuando vio que ella no le hacía caso. Estaba leyendo la entrevista que la conocida publicación le había hecho a Mat y enterándose, por fin, de una pequeña parte de lo que había pasado.

Se dio media vuelta y paseó por la estancia, que nada tenía que ver con la parte de abajo de aquel viejo edificio. Echó un vistazo a las colecciones de libros que contenía la gran estantería de la pared principal, y le gustó ver que no solo había volúmenes de Psiquiatría, Medicina y Psicología. Buena parte de los títulos eran de conocidas novelas, algunas primeras ediciones que, con total seguridad, costarían una buena suma. Tomó con cuidado el único libro que desentonaba por estar sobre los demás, una ajada reproducción de *Los tres mosqueteros*, y pasó las páginas a gran velocidad hasta que un trozo de papel blanco le llamó la atención. Era una cita, entrecomillada, escrita a mano, seguramente obra de Aby: «La vida es tan incierta que la felicidad debe aprovecharse en el momento en que se presenta». Lo dijo Alejandro Dumas, autor del libro, y le pareció que se correspondía bien con la forma de ser de la mujer que tenía tras él. Continuó la exploración del texto a través de las páginas y encontró una segunda cita, más desconcertante aún que la primera: «Cuando el amor desenfrenado entra en el corazón, va royendo todos los demás sentimientos; vive a expensas del honor, de la fe y de la palabra dada». Así que Aby era una enamorada de Dumas, pensó, antes de continuar en busca de una tercera frase. La halló casi al final del tomo. Era la misma caligrafía, la misma pulcritud en el trazo, el mismo sentimiento: «Para toda clase de males hay dos

remedios: el tiempo y el silencio».

—Las escribió Faith. —Lo sorprendió de pronto, muy cerca de él. Owen se giró, con expresión de haber sido pillado infraganti en alguna travesura. Aby le retiró el libro de las manos y lo ojeó con cierta añoranza. La echaba de menos y, aunque no la tenía demasiado lejos, la simple idea de no contar con el apoyo de su amiga cuando más lo necesitaba la hacía sentirse muy sola en algunas ocasiones—. Las escribió cuando empezó la terapia. Le dije que escogiera un libro al azar y ella eligió *Los tres mosqueteros*. Todas las frases son de Dumas, son exactamente cómo se sentía en aquel tiempo.

—Muy silenciosa no se mostró —se jactó Owen, haciendo referencia a la última cita.

—Tú no sabes nada de lo que pasó esa mujer después de regresar de Bangui. No hagas bromas con eso —lo amonestó al tiempo que devolvía la novela a su lugar.

—No era mi intención bromear, ni ofenderte. Lo siento —se disculpó. Sin duda, la Aby con la que estaba hablando era la psiquiatra seria y profesional—. Ella tampoco sabía nada de lo que pasó allí y, sin embargo, su juicio fue implacable. Hay una frase de Dumas que deberías transmitirle cuando hables con ella: «La sabiduría humana se encierra por entero en estas dos palabras: confiar y esperar». Quizá tú y tu amiga aprendáis algo de esa lección.

—No quiero tus lecciones, Mitchell —gruñó enfadada. Era lo último que necesitaba después de leer la entrevista de Mat—. Tampoco eres el más indicado para hablarme de confianza. Si hubierais confiado en Faith no estaríamos aquí ahora.

Owen resopló con fuerza mostrando su desacuerdo con aquella afirmación. Todavía no estaba en disposición de contar los detalles de todo lo que había sucedido, pero intentaría que la historia fuera lo más completa. El reportaje de Mat se había publicado en *The Washington Post* y había levantado ampollas entre sus superiores. Si bien no había desvelado nada que comprometiera a los Estados Unidos, cualquiera podría tirar de los finos hilos que quedaban sueltos en el texto y atar cabos.

Se pasó la mano por la cara para tranquilizarse. Tenía que contarle muchas cosas a Aby, se sentía en la obligación de hacerlo, a pesar de que no le debía nada. Quizá después, ella tuviera a bien explicarle dónde se escondía Faith. Tal vez, incluso, se prestara a colaborar.

—¿Cómo quieres que empiece a contarte la historia? ¿Érase una vez...? —bromeó mientras la instaba a tomar asiento de nuevo en la mecedora.

Se sentó en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y durante tres cuartos de hora le contó hasta donde podía. Respondió a las preguntas de Aby y

esquivó con maestría cuestiones que no podía abordar. Era una mujer muy inteligente, sabía bien qué teclas pulsar y cómo hacerlo, pero Owen no era de los que se dejaba disuadir con facilidad y, en cuanto las preguntas prohibidas empezaron a repetirse puso fin a la narración con un *fueron felices para siempre*.

—Eso no es verdad. Hay demasiada distancia entre Mathew y Faith como para que ese final se cumpla —se lamentó Aby.

—Bueno, ahora que lo sabes tienes dos opciones: o la llamas, se lo cuentas y que Faith tome la decisión que crea conveniente; o dejas que sea Mat quien se lo diga, aunque imagino que si ha leído el *Post*...

—Lo dudo —respondió, demasiado decidida. En el lugar donde se había aislado Faith, lo máximo que había disponible era el periódico semanal gratuito, que cubría temas culturales, básicamente—. Además, no creo que me corresponda a mí desvelar la historia. —Owen asintió.

—Entonces, solo nos queda la segunda opción, pero... hay un problema a tener en cuenta.

—¿Cuál? —preguntó, molesta por la aparición de una nueva barrera. Owen tuvo que contener la sonrisa en los labios. Ese deje de fastidio que imprimía a las palabras cuando estaba molesta lo volvía loco.

—No sabemos dónde está.

¿Qué debía hacer en una situación así? Le había prometido a Faith que no diría nada fueran cuales fueran las circunstancias. Necesitaba tiempo, necesitaba espacio y soledad. Debía poner en orden muchas cosas y desprenderse de muchas otras, pero todo había cambiado. Aún no había leído el reportaje del *Post*, pero sí la entrevista de la *Time*. Era inocente. Mathew Parsons era inocente, y el sinvergüenza que tenía delante también. Se llevó las manos a la cabeza, enterró los dedos en la melena, bastante despeinada, y se tiró del pelo con desesperación. No podía permitir que Faith continuara equivocada. Acababa de tomar una decisión, una que acarrearía traicionar a su mejor amiga.

—Girdwood. Alaska.

27.

Tres horas de turbulencias. ¡Tres horas! El único momento en el que no había sentido el movimiento del avión había sido mientras echaba una cabezadita. En realidad, era el miedo a volar de Aby el que pensaba por ella. Había sido un vuelo tranquilo, salvando unas pequeñas perturbaciones atmosféricas que habían pasado antes de llegar al Aeropuerto Internacional Ted Stevens, de Anchorage. Sí, estaba en Alaska, y la razón por la que se había aventurado a dejar la comodidad del taller y la tranquilidad de su vida con los pies en el suelo no era otra que estar al lado de Faith cuando el plan que había trazado con los infernales hermanos se llevara a cabo.

Casi tres meses habían pasado desde que Owen la llamara para decirle que Faith iba camino al Northwest, malherida. Tenía gracia que ella, la psiquiatra, la de mente serena y espíritu conciliador, hubiera estado al borde de arrancarle la cabeza al idiota que insistía en que se mantuviera en calma. Hasta que el avión medicalizado no estuvo en el aeropuerto de Seattle y Faith instalada en el hospital, no dejó de comportarse como una energúmena.

Luego vino lo peor. Si bien la recuperación fue normal, la herida que sangraba en el interior del alma no fue tan fácil de cerrar. Ni siquiera con el paso de los días y con ayuda de la terapia creía que hubiera sanado. Solo había una cura para devolver la vida a un corazón destrozado.

—¡Aby! ¡Aby! —la llamó Faith desde la salida de la terminal, con ambas manos levantadas.

Ahí estaba, después de semanas sin verla, cualquiera diría que había recuperado la vivacidad, pero Aby echaba de menos el brillo que le encendía los ojos, ese brillo que desapareció al perder el alma. Debajo de la chaqueta con la que se protegía de los trece grados que marcaba el termómetro había un cuerpo frágil, demasiado delgado, demasiado magullado.

—¿Es normal esta temperatura cuando se supone que aún estamos en verano? ¡Qué frío! —Se lanzó a los brazos de Faith, que la esperaba impaciente, y se fundieron en un cálido abrazo, cargado de añoranza y emociones.

La había echado de menos, tanto como a Jacob, a Milly, a la pequeña Angie y a Garland. Ellos habían sido su válvula de escape desde que había regresado del

infierno por segunda vez, y, aunque fue ella quien tomó la decisión de marcharse de Seattle, en ocasiones no podía evitar pensar que se estaba equivocando y que la distancia que había interpuesto también estaba siendo un castigo para sus amigos.

Luego recordaba aquellos ojos azules que la habían mirado con pasión y con falsedad; los labios que la habían besado y mentido a partes iguales; las manos que la habían acariciado y engañado... y las dudas se disipaban. Las personas que la querían sabían dónde encontrarla. El resto del mundo se podía ir a la mierda.

—¿Verano? ¡Esto es Alaska, Aby! —exclamó, con una cantarina carcajada—. Espero que hayas traído algo más que ese jersey o habrá que comprarte una chaqueta mejor si no quieres pasar las vacaciones congelada.

El utilitario que Faith había alquilado las esperaba en la zona de aparcamiento. En cuanto estuvieron acomodadas, partieron hacia Girdwood, la pequeña población a las afueras de Anchorage, donde se alojaba la periodista.

Había dimitido del puesto en la revista. Para Garland supuso un golpe muy duro conocer la decisión. Jacob la miró de esa forma tan particular que la ponía nerviosa y solo asintió una vez. No manifestó su opinión delante de Milly y de su suegro, pero Faith siempre supo que era el único que podía entender el porqué de una sentencia tan radical. Necesitaba alejarse del ajetreo de la revista, de los medios, de las entrevistas, de todos los comentarios y dudas que la gente le planteaba. Los recuerdos la estaban consumiendo y cada día se sentía más débil, más apagada. Tenía suficiente con los sueños y las pesadillas, que todavía la desvelaban por la noche, como para tener que sufrir el aluvión de llamadas y consultas que no la dejaban olvidar lo sucedido. Solo le hizo falta ojear un reportaje sobre la temporada de pesca en Alaska para decidir cuál sería el mejor lugar de retiro.

Se había abierto un blog bajo seudónimo, uno donde contaba cada experiencia vivida en aquellas preciosas tierras, en la casa que se había alquilado, con la gente del lugar, que tan bien la habían acogido. No era nada del otro mundo, utilizaba un lenguaje muy coloquial, colgaba fotos hechas con el móvil y narraba situaciones de poco interés, pero, curiosamente, cada día ganaba más adeptos, los comentarios aumentaban, las visitas se disparaban y, de la noche a la mañana, se encontró informando sobre la vida en Girdwood a miles de personas.

—Es algo extraño, ¿no crees? —le preguntó a Aby en respuesta al interés por su actividad en la *blogsfera*—. Y cada día hay más gente, de Rusia, de Alemania, incluso de Japón. ¡Es increíble!

—Eso demuestra que conviertes en oro todo lo que tocas. La gente te respeta, te sigue, eres buena, aunque si supieran la cabeza dura que tienes, muchos de

ellos te darían una patada en el culo.

—Aby, no empieces —le advirtió. Cuando adoptaba ese tono de reproche Faith sabía bien de quién acabarían hablando.

Bordearon toda la costa, siguiendo la línea del brazo de Turnagain, hasta el desvío que anunciaba las montañas de Chugach. Allí, en un precioso valle, se encontraba Girdwood y, a poco más de una milla, la casa de Faith.

—¡Te va a encantar! —exclamó con entusiasmo en cuanto se bajaron del coche.

—Esto está en el culo del mundo, no es mi estilo. Pero reconozco que podría habituarme a unas vistas como esas —comentó Aby, que señaló la belleza del paisaje a lo lejos.

La casa era una construcción de madera y piedra que había sido reformada por los dueños, años atrás. Había sido una suerte encontrarla y caerles en gracia a los propietarios porque, según le habían contado algunos vecinos de las propiedades más cercanas los ancianos eran tan exigentes con los inquilinos que la casa llevaba años sin ocupar. Algo debieron encontrar en la forma de ser de la joven periodista, o en su mirada triste y apagada, pero en cuanto la conocieron hicieron lo posible para que se quedara.

—¡Tienes un *jacuzzi* en la terraza! —gritó Aby exaltada por el hallazgo. Debía ser una experiencia única estar sumergida en el agua caliente y burbujeante mientras la temperatura alcanzaba los cero grados centígrados. Faith todavía no lo había probado, no le llamaba la atención, aunque ahora que Aby se mostraba tan dispuesta, quizá se dieran un baño mientras contemplaban el espectáculo de luces del ocaso.

Su lugar favorito de aquel entorno estaba a unos metros de allí, rodeado por altos y frondosos árboles que la cobijaban de los malos pensamientos. Había restaurado un banco de madera de arce y una mesa, que ahora engalanaban el pequeño claro donde solía leer los días que la temperatura les daba una tregua. Pronto llegarían los meses fríos y tendría que despedirse del maravilloso rincón hasta el verano, pero mientras hubiera días cálidos nada le impediría pasar un buen rato rodeada de naturaleza.

—Vamos, entremos. La brisa de la tarde suele ser bastante más fría que en Seattle.

El interior de la casa era tan acogedor que Aby exhaló un suspiro de bienestar con los ojos cerrados, después de llenar los pulmones con aquel característico olor a madera y a chimenea. Para ella, que vivía rodeada de muebles viejos a los que devolvía a la vida, el salón de Faith era como estar en el cielo. Hasta la diminuta cocina, abierta por completo al salón, le impresionó por lo funcional que parecía y lo bien dotada que estaba.

—Mira la mecedora. La restauré yo —presumió cuando la psiquiatra centró toda su atención en el amplio ventanal con vistas a una parte del bosque.

Era su rincón especial de la casa, frente a la chimenea, escoltada por una gran librería, que ella misma se había encargado de ampliar, y una mesilla donde jamás faltaba una buena taza de café o de cacao. La manta de pelo sintético sobre la que Aby deslizaba los dedos había sido un regalo del dueño de la tienda de comestibles, que le llevaba la compra todas las semanas. Y la alfombra, de similares características, había sido una adquisición en el rastro que, cada dos domingos, se celebraba en el pueblo.

La casa estaba llena de detalles como aquellos, que habían conseguido convertir algo impersonal en un auténtico hogar, pensó Aby emocionada. El regalo que debía llegar a la mañana siguiente, si la empresa de mensajería lograba encontrar la casa, completaría la estampa y llenaría de alegría una parte de la vida de su querida amiga. Aunque, en realidad, el paquete no era más que un elemento disuasorio para reducir el impacto del gran reencuentro que estaba a punto de producirse.

Aby giró sobre sí misma, con los brazos en cruz, satisfecha con el lugar en el que Faith se escondía, pero al llegar al montón de cajas de la mudanza que continuaban apiladas junto a la entrada, frunció el ceño y las señaló con un dedo.

—No tenía ganas de sacarlo todo de pronto. Esta casa es como empezar de cero y prefiero ir introduciendo el pasado poco a poco, sin prisa —le explicó con un encogimiento de hombros. No le dijo que muchos de esos recuerdos, dolorosos recuerdos, se quedarían encerrados allí mismo, bajo una buena dosis de precinto que les impidiera volver a salir—. Ven, todavía no has visto la parte de arriba.

Era mejor desviar la atención hacia cosas más alegres. No quería pasarse las vacaciones de Aby lloriqueando. Debía demostrarle que estaba logrando pasar página.

—¿Tendré habitación propia o me vas a usar de oso de peluche durante una semana? —preguntó Aby que, una vez arriba, repasó uno a uno los muebles de la pequeña sala de estar, donde el elemento más destacado era una televisión de plasma de un tamaño considerable.

La psiquiatra levantó las cejas y señaló el aparato como si fuera algo extraño encontrar una de esas en cualquier hogar.

—Estaba en el salón, pero allí me estorbaba —le explicó—. Ni siquiera está enchufada. No tengo tiempo de ver la tele, aunque te parezca mentira.

—¿Y qué haces durante todo el día? No puedo creer que no te hayas aburrido ya como una ostra.

—¡No me dan las horas para aburrirme! —respondió, sonriente—. Voy a

clases de repostería. Son dos veces a la semana en el pueblo y te sorprendería lo que he aprendido a hacer en tan poco tiempo. Esas mujeres son unas cocineras maravillosas.

—Haciendo nuevas amigas, ¿eh? Ya veo...

Faith le propinó un leve empujoncito y continuó explicándole su día a día.

—Escribo mucho —comentó más seria—. Me sirve para concentrarme. El *blog* está bien, pero sabes que necesito dejar la mente divagar de vez en cuando. Tengo mucha información guardada de los viajes a Bangui. Jacob me ha pasado fotografías muy buenas y estoy pensando en hablar con algunos periódicos a los que podría interesarles. El nuevo director de *World Now* aceptó la propuesta editorial que le mandé y colaboraré con ellos, sin presión. Y bueno, hay varias ideas sobre lo que pasó, más atrevidas, más impactantes, que están dando vueltas en mi cabeza día y noche. Podría venderlas...

—¿Estás segura? —Conocía bien a Faith, y sabía a qué se refería cuando hablaba de esas ideas por las que cualquier periódico y revista pagarían su peso en oro. Pero Aby no la animaría a ello después de lo que Owen le había contado.

—No, claro que no... —respondió. Esbozó una triste sonrisa y se tragó las lágrimas. Todavía no era inmune a los recuerdos.

El timbre de la puerta sonó mientras Faith le mostraba a Aby cuál sería su habitación. La periodista miró el reloj y frunció el ceño. No esperaba a nadie y era tarde, no creyó que ninguno de sus vecinos se fuera a aventurar por el camino de entrada, tan oscuro como la boca del lobo cuando anochecía.

Descendieron a la carrera cuando la campanilla de la entrada volvió a sonar. Aby sonrió al verla ponerse de puntillas para observar por la mirilla. Era una de esas costumbres que conservaba tras el viaje a Centroáfrica. También quedaban otras secuelas menos simpáticas: todavía se estremecía con los sonidos bruscos, con los gritos repentinos o con los movimientos demasiado rápidos a su alrededor. Cualquier sucesión de imágenes a gran velocidad en la pantalla de la televisión le provocaba mareos y náuseas y, por ese motivo, permanecía apartada en un rincón de aquella bonita casa, aunque no lo quisiera admitir.

—Es un paquete enorme. Ayúdame.

Mierda, exclamó Aby para sí misma. Se había adelantado. Para bien o para mal, había llegado el momento de comprobar si el nombre de Mathew Parsons todavía la hacía estallar como una mina antipersona.

Faith abrió el extraño envoltorio y descubrió una caja de plástico negro con agujeros. Cuando se disponía a romper el trozo de precinto que le impedía acceder al contenido, la caja dio un bote y la hizo caer de culo sobre la alfombra de pelo.

—¡Me cago en la hostia! ¿Qué coño es esto? —expresó con su peculiar

lenguaje, tan soez como Aby lo recordaba.

No tuvo que esperar mucho para conocer la respuesta. De repente, una cabecita peluda asomó entre el papel de embalar y lanzó un pequeño aullido para reclamar atenciones.

—¡Un perro! —gritó conmovida. Se arrodilló delante de la caja y retiró los restos de embalaje que el cachorro empezaba a mordisquear—. Un perrito precioso.

Tomó en brazos al alaskan malamute mientras el pequeño le lamía la cara con excesivo ímpetu, y arrancó el trozo de papel que había en un lado, doblado con pulcritud.

«*La sabiduría humana se encierra por entero en estas dos palabras: confiar y esperar*».

—Es una frase de Alejandro Dumas. —Aby asintió. Si Faith descubría quién era el remitente del regalo se armaría una bien grande y se vería obligada a contárselo todo antes de que Mathew llegara—. Pero no dice más —comentó y dio la vuelta a la nota mecanografiada para ver si se le escapaba algo.

—¿Un admirador secreto, tal vez?

—Pfff... tonterías. Lo más probable es que se hayan equivocado. Mañana sin falta lo llevaré al pueblo —concluyó.

—Ahí pone tu nombre. Quédatelo. Te vendría bien algo de compañía en el culo del mundo —sugirió la psiquiatra. Debía dar gracias a que era tarde ya o se habría visto en otro problema si ella hubiera ido al pueblo a devolver el paquete. *Mathew Parsons, voy a hacerte sufrir mucho como la cagues.*

—¡No, Aby! Este perrito es de alguien que lo estará esperando. —Lo miró a la carita y sintió pena por tener que deshacerse de él. Era un cachorro precioso—. ¡Vamos! Te da tiempo a darte una ducha antes de la cena. Voy a ponerle un poco de agua a nuestro amiguito y a buscarle algo de... ¿Qué comen los cachorritos?

Duchada y con ropa más cómoda, Aby bajó al piso inferior donde el delicioso olor de la lasaña precocinada le llenó las fosas nasales. Le rugieron las tripas al momento y salivó como si del perro de Pavlov se tratase. Estaba muerta de hambre, y no le importaba recurrir a la comida congelada siempre que oliera tan bien como la que Faith había dispuesto.

La encontró sentada en la mecedora, frente al gran ventanal, desde el que la puesta de sol era un auténtico espectáculo de luces y colores. Se había cambiado de ropa también y llevaba la melena oscura recogida en una pulcra coleta. Así, de espaldas, con ese amplio jersey de lana de cuello desbocado, que dejaba el hombro y parte de la espalda al aire, parecía recién salida de un anuncio de Navidad.

—¡Qué bien huele! —exclamó para llamar su atención. Sin duda, se

encontraba en uno de esos momentos de pensamientos profundos y recuerdos dolorosos. Su llegada le había despertado emociones que había creído dormidas y el dolor resplandecía en los ojos que Aby encontró reflejados en el ventanal.

—No te emociones, solo es lasaña, aunque he de decir en su favor que es la mejor lasaña congelada que he probado en la vida.

Charlaron durante horas sobre la adaptación de Faith al lugar. Le contó algunos proyectos que tenía en mente y que Aby aplaudió. Las iniciativas de la periodista siempre eran descabelladas, pero daban unos resultados excelentes y cualquier cosa que emprendiera acabaría siendo un éxito.

Aby le habló de algunos muebles recién adquiridos que se le estaban resistiendo en el almacén. No podía darle detalles de los pacientes, pero Faith entendió a la primera la comparación que la psiquiatra hacía al referirse a la dificultad de trabajar con determinadas mesas, sillas o armarios.

Esquivaron a toda costa el tema de Mathew y, aunque a Aby le costó horrores no mencionar a Owen y las muchas conversaciones que habían tenido, acabaron la cena y la sobremesa, conscientes de que había cientos de cosas que no se estaban diciendo, de que el tema principal se había quedado a un lado para llenar el espacio entre ellas de palabras sin importancia.

—Ve a dormir —le dijo Faith al verla bostezar repetidas veces—. Yo recogeré e improvisaré una camita para el perro. ¿Crees que sería bueno que le pusiéramos un nombre? —preguntó, enamorada del cachorro sin remedio.

—¿Por qué no? —respondió Aby, ya en la escalera—. Si te lo pudieras quedar, ¿cómo lo llamarías?

Lo pensó unos segundos. Desde que llegó, no había dejado de corretear por la casa y gruñirle a todo lo que veía. Era un verdadero demonio en miniatura y pronto una palabra le acudió a la mente, una que lo definía muy bien y que aún le costaba pronunciar.

—*lífelo* —dijo en voz alta para demostrarse que los miedos se podían superar—. Lo llamaría *lífelo*.

—¿Eso es un nombre o un insulto? Eres rara hasta para eso. ¿No podías llamarle Bobby o Mr. Pops? —Faith levantó una ceja y a punto estuvo de echarse a reír—. ¿Qué cojones significa *lífelo*?

—Infierno. *lífelo* es infierno, en lingala.

—No le pega en absoluto —le discutió Aby.

—Le pegará cuando crezca. Ya verás. —Sin saberlo, acababa de admitir que iba a quedarse con el perro.

Aby fue hasta ella y la abrazó con intensidad. Por muy feliz que quisiera parecer, las sombras que rodeaban los ojos color miel y la expresión triste que veía cuando dejaba la mirada perdida, le decían más que cualquier sonrisa que

quisiera mostrarle. *Las cosas cambiarán. Mañana será un nuevo día*, se dijo mientras subía las escaleras. Justo en ese momento, el teléfono móvil que sostenía entre los dedos vibró silencioso. Cerró la puerta con cuidado y se dejó caer en la cama antes de descolgar.

—¿Qué tal todo por el Ártico? —preguntó Owen al escuchar el jovial saludo de la psiquiatra.

—No hace tanto frío, aunque esta noche no me sobraré el pijama de franela, te lo aseguro. ¿Qué tal por Washington? ¿Todo bien? —se interesó Aby.

—Mejor hablamos de otra cosa —bufó. No tenía ganas de hablar de la última reunión con el Secretario de Estrado por mucho que contárselo a Aby lo calmara. Prefería bromear con ella acerca del pijama de franela o imaginarla sin él, aunque eso tampoco fuera una buena opción—. ¿Y Faith? ¿Qué tal la vida en...? ¿Dónde dijiste que estaba?

—¡Girdwood! —respondió, riendo—. ¿Cuántas veces te lo he repetido en los últimos días?

—Me gusta cómo lo pronuncias. Es *sexy* —soltó, con su mejor tono seductor.

Algo raro le estaba pasando con la insoportable doctora Tisdale. Haber compartido con ella tantas horas mientras organizaban el plan lo había ablandado como a un donut y, desde que había regresado a Washington, a dos mil setecientas millas de ella, echaba de menos las excentricidades, el carácter dominante que lo ponía furioso y la mirada misteriosa que le lanzaba cuando hablaban de Faith y Mathew. Preparaba un café asqueroso, sus gustos con la comida eran nefastos y esa manía de mover el bolígrafo entre los dedos cuando estaba concentrada lo sacaba de sus casillas. Pero, con el paso de los días, se descubrió añorando los momentos que había compartido con ella, las conversaciones telefónicas y la mordacidad de sus comentarios. Nunca había disfrutado tanto hablando con una mujer.

Owen se aclaró la garganta y sacudió la cabeza, confundido con aquel extraño torrente de emociones. Debía ser la falta de sueño y el exceso de preocupaciones los que provocaban la ansiedad que notaba en el pecho, mientras la escuchaba reír.

—¿Cómo está Faith?

—Mmmm, no sabría decirte —dudó—. Por cierto, me habéis reventado la llegada con el perrito, Owen. Se ha adelantado el mensajero.

—¡Se lo dije a Mat! Hubiera sido mejor que lo llevara él, pero no... ¡A mí nadie me hace caso nunca!

Parece que soy la única que te hace caso siempre, estuvo a punto de confesar. Se mordió la lengua con fuerza para evitar decir algo de lo que tuviera que arrepentirse y se acomodó contra el cabezal de la cama, a la espera de que Owen

pusiera fin a los improperios contra su hermano.

—Al menos dime que ha sido un acierto.

—Ha caído rendida al verlo, pero tiene intención de devolverlo mañana —le contó, y acompañó las palabras con un bufido y una mueca que Owen no pudo ver, pero imaginó a la perfección—. Aunque, bueno, le ha puesto un horrendo nombre en lingala. Léfido, Lífodo o algo así.

—¿Lífelo?

—¡Eso! —respondió—. Significa....

—Infierno —pensó Owen en voz alta. Le daba pavor escuchar ese nombre. Había que ser muy retorcida para llamar así al perro.

—Pues eso, Infierno. ¿Te lo puedes creer?

El rubor cubrió el rostro de Aby cuando escuchó a Owen reír. Le encantaba cuando lo hacía y a su corazón, por lo visto, también. Se hizo un ovillo en la cama y se permitió fantasear unos segundos con él. ¿Cómo sería estar en esa misma habitación, en esa cama, con los fuertes brazos de Owen Mitchell rodeándola por la espalda? ¡Era absurdo! No tenía tiempo para enredos con hombres. Vivía muy bien sin ese tipo de complicaciones y no iba a permitir que se le colara tan adentro. Debían ser las hormonas y la antesala de la menstruación las que le ponían el vello de punta al imaginar las manos de Owen acariciándole la piel.

En la otra parte del país, los pensamientos de Owen viajaban por los mismos derroteros que los de Aby. Ella tenía el don de deslizarse en los sueños que lo abordaban por la noche y en los escasos momentos de descanso y calma que disfrutaba durante el día. No sabía bien cuándo se había producido ese cambio, ni cómo había pasado de considerarla una molestia a creerla indispensable, pero ahí estaba la presión en el pecho y la necesidad de escucharla para recordarle que esa mujer podría significar algo más.

—¿Owen? ¿Estás ahí?

—Perdona, estaba pensando en... ¿Qué decías?

—Decía que la vida aquí debe ser aburrida a morir. ¡Ni siquiera hay televisión por cable! —se quejó—. El único entretenimiento que tengo es la *Time* que he traído conmigo. Creo que me dormiré abrazada a la imagen de tu hermano. Al menos despertaré con una sonrisa.

—¡Bah! Es una foto retocada —dijo, molesto. *¿Celoso? Sí, por qué no, pensó malhumorado—*. Hoy en día cualquiera sale guapo en esas revistas.

—¿Owen?

—¿Qué? —respondió con más brusquedad de lo normal. *¿Por qué demonios*

le había sentado tan mal que Aby alabara la belleza de Mat?

—A mí me gustas más tú, no tienes de qué preocuparte.

¡*Joder!* ¿Qué había sido eso? El temblor de la mano casi le hace perder el móvil y el vuelco que dio el estómago lo obligó a incorporarse en el sofá, donde permanecía sentado en la oscuridad del apartamento. Miró el reloj digital del equipo de música: la una de la madrugada. Era el cansancio el que transformaba las palabras de Aby y le hacía escuchar cosas que no eran.

—Esto... tengo que dejarte ya —titubeó Owen—. Mañana tengo un día bastante complicado y aquí hay unas cuatro horas más que en Girrr...

—Girdwood —pronunció despacio. Le gustaba desconcertarlo con comentarios como el que le había soltado y, aunque al principio los encontronazos eran bastante más hostiles, poco a poco se habían convertido en una sucesión de pullas, cada cual más ingeniosa. Añoraba esos momentos con él, pero lo superaría. Había mucha distancia, física y psicológica, entre ellos—. ¿Cuándo llega Mat? Tengo que protegerme contra el estallido que se va a producir en esta casa y buscarme un lugar donde esconderme, por si Faith decide usarme como saco de boxeo.

—Mañana —respondió, acompañando la palabra con una carcajada—. Llega mañana. —Tras unos segundos de risas compartidas, se puso serio y cerró los ojos. Un suspiro escapó de los labios de Owen y las palabras fluyeron, sin pensar en lo que estaba confesando—: Si necesitas compañía, llámame y no dudaré en coger un avión hasta ti.

28.

Todavía le dolía el cuerpo después de haber estado durante horas dormida en la mecedora. Cuando despertó eran las cuatro de la mañana, estaba aterida y la casa estaba tan silenciosa que hasta los crujidos de la madera hacían eco en el salón. Lífelo estaba dormido en su regazo. No recordaba haberlo sacado de su camita, pero se alegraba de que estuviera allí. Tenía la obligación de devolverlo, pero ¿por qué demonios tenía que ir ella a entregarlo? *El mensajero se ha equivocado.* ¡Que venga a por él! Dejaría pasar unos días y, si nadie lo reclamaba, lo adoptaría.

Subió con él a la habitación y ambos se acomodaron sobre la cama. Cuando apoyó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos, los recuerdos se agolparon tras los párpados, las imágenes se sucedieron sin clemencia y las lágrimas se derramaron en un llanto profundo y doloroso, como cada noche desde que había llegado a su nuevo hogar.

Cuando volvió a abrir los ojos, desorientada, comprobó que, al final, había dormido. La luz de la mañana bañaba la habitación con los fríos colores del verano en Girdwood. Fuera no haría más de diez grados y, aunque a mediodía alcanzarían los dieciocho o veinte, pronto necesitaría tener a mano la chaqueta y alguna manga extra. Estaba deseando encender la chimenea y que el olor a madera seca inundara la casa. No veía el momento de sentarse a leer un buen libro en la mecedora, mientras el color de las llamas ponía el toque cálido a su vida. Se imaginó viendo nevar a través de la amplia cristalera del salón y le sorprendió encontrarse en esa estampa con la compañía del cachorro de alaskan malamute que, en pocos meses, sería casi tan grande como ella.

—¿Dónde estás, Lífelo? —Lo buscó por la habitación, con los ojos entrecerrados, hasta que los números del reloj digital de la mesilla se pusieron en su camino—. ¡Mierda! ¡Son las once!

Se puso en pie sin muchas ganas y la imagen que le devolvió el espejo de la pared la hizo esbozar una mueca de desagrado. El pelo enredado le confería el aspecto de una psicópata y las marcas de las sábanas en el rostro no ayudaban a mejorar el reflejo. Era mejor darse una ducha antes de afrontar un nuevo día.

—¿Aby? —Llamó a la puerta con los nudillos y entró sin esperar. La

habitación estaba vacía y bastante desordenada, como todo en la vida de su amiga.

Los ladridos de Lífelo en el piso de abajo la alertaron. Al principio pensó que era la psiquiatra la que estaba trasteando en la cocina, pero la voz que le llegó a los oídos no era la de una mujer. En su salón había alguien, un hombre, y el perro no dejaba de gruñirle.

¿Quién demonios estaba en su cocina? ¿Y por qué no se escuchaba la voz de Aby? ¿Y si le habían hecho daño? ¿Y si ella se había despertado antes y al bajar se había topado con el intruso? *Dios mío, no permitas que le pase nada*, rezó de regreso al dormitorio, de puntillas, evitando hacer el menor ruido posible, pues las tablas del suelo crujían como los cereales azucarados.

—¿Dónde está mi móvil? —se preguntó al borde del histerismo—. Móvil, móvil, móvil... —repitió una y otra vez mientras buscaba en el cajón de la mesilla y sobre el escritorio. Dependía de él para avisar a la policía—. ¡En la mochila! —recordó de pronto. Lo llevaba en la pequeña mochila que estaba colgada en la percha de la puerta de entrada a la casa—. ¡Joder! ¿Y qué cojones hago ahora?

Saltar por la ventana no era una opción. Solo le quedaban dos alternativas: esperar a que el intruso se marchase con lo que fuera, o bajar y hacerle frente. Estaba aterrada y tan preocupada por Aby y por Lífelo que era incapaz de quedarse quieta un segundo.

—Si les pasa algo, yo...

Tomó la decisión sin pensar en nada más que en su amiga y en el perrito. Salió de la habitación y miró alrededor en busca de algo que pudiera usar como arma. De puntillas, en el más absoluto silencio, descolgó los cuernos de alce que decoraban la pared y se encaminó por las escaleras, rogando para que no crujieran y la delataran.

Dos escalones, tres, cuatro... y pudo ver al intruso. Solo los pies. Llevaba botas de montaña y, por las manchas del entarimado, estaban llenas de barro. Lífelo se encontraba agazapado tras el paragüero de la entrada, gruñendo y emitiendo agudos ladridos cuando el hombre se movía.

El corazón iba a salirse del pecho. Desde la huida en helicóptero no recordaba un torrente de adrenalina tan fuerte recorriéndole las venas. No debía dejar que el pánico la dominase o estaría tan perdida como Aby. Pero ¿dónde estaba Aby? No la veía por ningún lado. Descendió un peldaño más para poder divisar la cocina y parte del salón, pero ni rastro de ella. En cuanto avanzara dos escalones más, lo vería al completo, pero también quedaría expuesta. Los dedos de Faith se apretaron en torno a la cornamenta y continuó descendiendo. Ya podía verle los pantalones vaqueros que cubrían unas piernas largas y fuertes. *Si*

el muy hijo de puta es demasiado grande, no sé cómo voy a salir de esta, pensó con un poco de juicio, por primera vez. No se había detenido a analizar las consecuencias. ¿Y si llevaba una pistola? Aun así, bajó otro peldaño. El intruso estaba de espaldas a ella e intentaba, sin éxito, encontrar cobertura móvil. La camisa, de un color arena, se le ajustaba a la espalda y a los brazos. Parecía un hombre fuerte, sí, pero nada del otro mundo. No era la mole humana que ella esperaba y eso la hizo esbozar una sonrisa de confianza. Si acertaba a darle el primer golpe por sorpresa, el resto sería pan comido.

Ya se encontraba en el último escalón, cuando Lífelo salió de su escondite y comenzó a ladrar como si no hubiera un mañana. ¡Dichoso perro! ¡A la mierda el ataque sorpresa! Sin pensar, blandió los cuernos de alce contra la espalda de aquel hombre que, alertado por tan escandaloso ataque, se giró en ese preciso momento.

—¡Pero ¿qué cojones...?! —exclamó Mat, que a punto estuvo de sufrir el impacto de la cornamenta en pleno rostro. Agarró con fuerza la improvisada arma y tiró para arrancársela de la mano a su portadora, sin éxito—. ¡Faith!

La reacción de ella no se hizo esperar. Los nervios pudieron con el *shock*, la adrenalina se disparó y perdió el poco juicio que le quedaba. Al verse inmovilizada por los cuernos, que él retenía con fuerza, se dio todo el impulso que le fue posible y lanzó una certera patada al abdomen de Mathew.

—¡Cabrón, hijo de puta! —gritó, y le asestó un puñetazo en el mentón, aprovechando que se había doblado en dos para contener el dolor del primer ataque.

—¡Quieta, joder! ¡Para ya! —Tiró la cornamenta a un lado e intentó agarrarla por la muñeca, pero Faith siempre había sido muy rápida y evitó que la mano de Mat la alcanzara—. ¿Te has vuelto loca? ¡Soy yo!

Era él. Mathew Parsons estaba allí. Casi no lo reconocía con el pelo tan corto, tan bien vestido, mucho más delgado que la última vez que lo vio. Habían pasado ya dos meses, pero el efecto que producía en ella era el mismo de siempre. La respiración de Faith, de por sí agitada, se convirtió en una sucesión de jadeos incontrolables. El estruendo que causaba el corazón al latir con brutalidad, la dejaba sorda para cualquier otro sonido. Los ladridos de Lífelo eran solo un eco en el vacío de la mente. Sí, vacío, no podía pensar en nada más que en la presencia de ese hombre, que lo llenaba todo de recuerdos.

—Faith, escúchame. Por favor.

—Quiero que te vayas de esta casa y que no vuelvas jamás, ¿me oyes? No quiero tener nada que ver contigo —le escupió con todo el dolor de su corazón. Repuesta de la impresión inicial, todo lo que quedó fue un profundo rencor por lo que había hecho.

—No pienso irme a ningún lado hasta que hablemos. Te guste o no. —Avanzó un par de pasos hacia ella, pero Faith corrió a protegerse tras la barra de la cocina—. ¡Faith! ¡Ya basta!

—¡Lárgate! Me importa una mierda lo que tengas que decir —masculló entre dientes. Cogió el mango de una sartén que había en el escurridor de platos y la levantó a modo de advertencia—. ¿Qué parte de *vete de mi casa* no has entendido? ¡Fuera!

Lanzó la sartén como si fuera un *boomerang*. Los ojos de Mat se abrieron como platos por el desconcierto y, aunque no tuvo problemas para esquivarla, aquella agresión lo puso de muy mal humor. ¿Faith quería guerra? *Pues tendrá guerra*.

—Cariño, en cuanto te pille voy a darte tal tunda en el culo que tardarás en sentarte una semana —la amenazó, a sabiendas de que, si lograba atraparla, lo primero que haría sería besarla y luego le haría el amor.

—¡Primero tienes que pillarme! —le gritó con rabia—. ¡Y si crees que va a ser fácil, es que no me conoces en absoluto!

Faith extrajo un cuchillo de grandes dimensiones del cajón de la encimera y lo sujetó con ambas manos, delante del rostro, como si fuera una espada. La escena resultó de lo más cómica para Mat, pero no se atrevió a mostrar ni un mínimo atisbo de sonrisa. Ella no lo decía en broma, continuaba creyendo que era un delincuente, y a saber qué otras patrañas habría inventado esa cabecita loca. Aby le había dicho que se anduviera con ojo, que Faith no lo recibiría con los brazos abiertos, y no se había equivocado.

—¿No podemos sentarnos a hablar como personas civilizadas? —le preguntó, cansado. No había ido allí a pelear contra ella—. No te hará falta el cuchillo, Faith. Déjalo antes de que te cortes.

Lo fulminó con la mirada y, sin pensar, asió la pequeña navaja que utilizaba para pelar la fruta. Antes de que pudiera decir una sola palabra más, la sujetó con maestría y se la lanzó. No tenía intención de darle, solo pretendía alejarlo, pero la hoja rozó la camisa de Mathew a la altura del codo y cortó la tela limpiamente.

—¡Maldita sea, ya basta!

Se lanzó a por ella por encima de la barra de la cocina. El grito de Faith asustó a Lífelo, que corrió a esconderse tras el sofá del salón, gimiendo sin parar. La vio salir disparada hacia el ventanal, desde donde se apreciaba el precioso día, y la siguió, a grandes zancadas, esquivando como podía todos los muebles, cajas y demás enseres que ponía a su paso.

Ella misma se estaba acorralando. Se dio cuenta nada más bajar los dos peldaños de la zona de la chimenea. De allí solo podría salir pasando por encima

del sofá, algo que le resultaría imposible si él permanecía en medio de aquel reducido espacio.

Le lanzó un cenicero de piedra, que se hizo añicos nada más tocar el suelo. Mat lo miró con las cejas levantadas y sonrió con cinismo. A su alrededor volaron algunas figurillas que decoraban la chimenea, pero eso no le importó. Ya la tenía donde quería.

—¿Hay algo más que quieras compartir conmigo, cariño? —se mofó Mathew, que avanzó hacia ella retirando trozos de loza con la punta del pie.

—¡No compartiría contigo ni los mocos! ¡Yo no comparto nada con un delincuente de mierda, que debería estar entre rejas! ¡Y no soy tu cariño! —añadió, furibunda.

—No soy un delincuente, Faith. ¡Es lo que estoy tratando de explicarte desde que has bajado! No es lo que parece...

—¡Claro que no es lo que parece! ¡Nunca lo ha sido! —gritó, por encima de la voz de Mat, que volvía a exasperarse.

Se pasó las manos por el pelo y cerró los ojos con fuerza. La paciencia no era una de sus mejores virtudes, pero jamás había pecado de perderla. Sin embargo, el juego de Faith estaba a punto de desbordarlo y más le valía encontrar una forma de hacerse escuchar antes de perder el control. Se había prometido no besarla, no acariciarla, no hacerle el amor hasta que no estuviera todo aclarado entre ellos, pero empezaba a pensar que el orden del plan era erróneo. Quizá lo mejor fuera empezar por lo seguro. Ella no podría resistírsele.

—Faith, no me obligues a... Te juro que... ¡Aggg!

—No llamaré a la policía, Mat, no lo haré si te marchas ahora y me dejas en paz —le dijo, más calmada. Estaba cansada de pelear. Si él hubiera querido hacerle daño, ya lo habría hecho. No quería escuchar nada de lo que tuviera que decir porque hacerlo significaba avivar un fuego que debía permanecer apagado. Hacerlo significaba concederle el beneficio de la duda y eso suponía confiar en él, algo de lo que estaba más que escarmentada—. No voy a creerme nada de lo que digas. No puedo hacerlo. Ahórrate las palabras y el tiempo. Sé lo que vi, sé lo que escuché y no...

—¡Tú no sabes nada! —bramó fuera de sí.

Se abalanzó sobre ella y la cogió por los brazos de improviso. Faith pataleó cuando Mat la alzó sobre su hombro, al más puro estilo troglodita, y caminó hasta la cristalera. Parecía tener diez brazos y veinte piernas que lo aporrearon sin piedad mientras él se deleitaba con la mano en su trasero. Si la subía a la habitación y la ataba a la cama, nada ni nadie le impediría tomarla hasta hacerla perder el sentido. Quizá así se le quitaran las ganas de pelear contra él.

—¡No me toques, cabrón malnacido! ¡Bájame! ¡Bájame y deja que te

demuestre lo que puedo hacer contigo!

Mat se detuvo un instante para coger un rollo de precinto, que había sobre las cajas de la mudanza, y la soltó con brusquedad sobre la mecedora de madera. No se veía capaz de llevarla arriba en el estado en el que estaba. Era mejor que se tranquilizase.

—¡Suéltame, maldito hijo de puta! ¡Suéltame! —vociferó, revolviéndose con ferocidad y asestándole patadas y puñetazos.

Con una destreza abrumadora, le ató los tobillos con varias vueltas de cinta adhesiva y, cuando estuvo seguro de que no podría huir, procedió a sujetar las muñecas a los reposabrazos de madera. Soportó los improperios que salían de aquella sucia boca, que se encargaría de limpiar personalmente, y lamentó cada tirón que Faith daba a las ataduras, pues acabaría por hacerse daño y no había nada que Mat deseara menos. Su aspecto era lamentable, despeinada, enloquecida, con los ojos destilando miedo y odio a partes iguales, pero, aun así, era la mujer que le había robado el aliento, y le faltaría oxígeno al planeta para que él pudiera respirar si no la tenía a su lado.

—¡Suéltame, maldito seas! ¡No vas a conseguir nada! ¡Déjame en paz! ¿Quieres matarme? ¿Es eso? ¡Pues hazlo ya!

—Quiero que te calles, para empezar. ¿Va a ser posible? —preguntó muy serio, de pie frente a ella.

—¡Que te jodan!

—Bien, ya veo que no. —Arrancó un trozo de precinto y, sin ningún miramiento, le tapó la boca—. Mejor así.

Se retorció en la mecedora hasta que los músculos dejaron de prestarle atención y se rindieron al cansancio. En algún lugar, tras ella, escuchó los gemidos de Lífelo y aún sacó fuerzas para girar la cabeza en busca del animal. Si estaba herido, si le había pasado algo, no descansaría hasta cortarle los huevos a Mathew Parsons y dárselos de comer a los lobos.

—El perro está bien, tranquila —le indicó como si pudiera leerle el pensamiento—. Me gusta cómo le has puesto, yo no lo hubiera escogido mejor. Lífelo, como en tus ojos; como en los míos. —La sorprendió—. Me lo dijo Aby. ¡Ah! También me dijo que tardaría bastante en volver, que no te preocuparas por ella. Es una chica estupenda esta doctora.

Lo fulminó con la mirada. No sabía si estaba hablando en serio o formaba parte de alguna broma macabra.

—Llevo mucho tiempo queriendo hablar contigo, pero no me has dado la oportunidad y ahora que la tengo no sé por dónde empezar, ¿te lo puedes creer? —confesó, avergonzado. Cogió una de las sillas que había quedado tirada en medio del salón y se sentó a horcajadas delante de Faith. Respiraba con

dificultad, las aletas de la nariz se abrían cada vez que cogía aire, una fina película de sudor le perlaba la frente y los dedos se aferraban a los reposabrazos de la mecedora como garras. Incluso así, encolerizada hasta el punto de querer acabar con él, estaba tan bonita que le costaba controlar el impulso de tocarla—. Hay muchas cosas que no sabes de mí, que no he podido contarte antes y que, incluso ahora, no deberías saber. Pero te mereces una explicación y espero que, cuando acabe, todavía te quede algún buen sentimiento por mí ahí dentro —le señaló el corazón y, con el mismo dedo, le acarició la línea de la mandíbula.

Cuando Mat empezó a hablar las palabras se encadenaron unas con otras y formaron los secretos que había guardado con tanto celo. Le habló de su llegada a Bangui, de la información en la que estaba interesado, de la experiencia como corresponsal empotrado, con el riesgo que eso suponía. Cuando llegó a la parte en la que se conocieron, el tono de Mat se hizo más intenso. Le costaba hablar de lo que había sentido en el primer encuentro que tuvieron, cuando ni siquiera la había visto bien. Dos segundos a su lado y se convirtió en adicto a las caricias que ella le ofreció, mientras Ashanti le curaba la ceja.

—Nunca dejé de acumular información. Cada uno de los pasos que daba tenía una misión, era lo único que existía para mí. Hasta que te secuestraron. —Hizo una pausa para controlar las emociones—. Creo que entre Thabo y Ash te contaron lo que ocurrió después. Tampoco es que yo recuerde mucho. Quizá Owen te pueda explicar mejor cómo me sacaron de allí, pero eso será en otro momento.

Sonaba tan real, se dijo Faith, que repasó cada uno de los movimientos de Mat, cada mueca y destello de sus ojos. No había ni un ápice de engaño en ellos. En cambio, sí pudo ver el sufrimiento que había acumulado y lo liberado que se sentía dejando salir la historia que le llegaba a los oídos. ¿Y si todo era cierto?

—Cuando me recuperé quise abandonar. Mi único objetivo era encontrarte, decirte que estaba bien, que volvía a casa, que quería estar a tu lado, pero Owen no estaba de acuerdo con mi decisión. Llevaba mucho tiempo con la investigación sobre el tráfico de armas y yo era la única persona en la que confiaba. Me mintió sobre ti, me dijo que habías pasado página, que continuabas con tu vida, que yo no entraba en tus planes, y eso me dolió.

Faith se revolvió, quiso poder hablar, contarle todo lo que había hecho para llegar a él, para encontrarlo, pero Mat negó con la cabeza y se llevó el dedo a los labios para pedirle silencio. No la dejaría decir ni una palabra hasta que no acabara.

—La noche que apareciste en el poblado de Obo... —Inspiró con fuerza—. ¡No te hubiera dejado salir de aquel camastro en mil años! Estabas allí, a mi lado. Me habías encontrado pese a todas las medidas de seguridad que se habían

dispuesto para que nadie lo hiciera. Te ganaste la confianza de Thabo y de Ashanti y fuiste a reclamar lo que era tuyo por derecho. Y yo pensé que con eso tendrías suficiente, que conmigo tendrías suficiente, que no te importarían las explicaciones, ni el pasado. Fui un idiota, y te puse en peligro. Jamás debiste haber llegado hasta allí. No quería perderte de nuevo, pero tampoco podía permitir que te involucraras en mi trabajo. Me equivoqué al pensar que lo entenderías, me equivoqué al no explicarte qué estaba sucediendo antes de que pudieras sacar conclusiones precipitadas. Y mis errores casi te matan.

Faith bajó la cabeza y dejó escapar las lágrimas que le inundaban los ojos. ¡Qué equivocada había estado!

—Hay algo más que no sabes de mí. Le mentí a todo el mundo haciéndoles creer que no necesito a nadie. Hasta yo creí que era cierto. Pero no es verdad —reconoció. Levantó el mentón de Faith para mirarla a los ojos y estuvo a punto de quitarle el adhesivo para besarla como deseaba. Le limpió la humedad que dejaba el paso de las lágrimas y le pasó la mano por el pelo, enmarañado—. Te necesito a ti. He estado en muchos lugares del mundo, y ahora sé que en el único en el que quiero quedarme es a tu lado. Sea donde sea.

Se levantó muy despacio y sintió que el peso que le oprimía el pecho había desaparecido. Sentaba muy bien dejar al descubierto el alma. Hacía falta ventilar los sentimientos para deshacerse de lo malo y hacer hueco para lo bueno. Todavía no sabía si todo aquello había dado resultado, pero pronto lo comprobaría.

La bolsa de viaje que había llevado, con lo más básico, le esperaba junto a la puerta, donde la había dejado al entrar en la casa. Dentro, entre las únicas pertenencias que le hacían falta para empezar una nueva vida, si ella lo aceptaba, estaba la *Time*. La revista le había dedicado la portada y había reservado las páginas centrales para una entrevista muy interesante que ella debía leer. También llevaba una copia del reportaje que había publicado el *Post*, pero eso sería mejor dejarlo para cuando estuviera más calmada.

De regreso al lugar donde Faith esperaba, atada, con los ojos repletos de lágrimas, fijos en el paisaje que se abría ante ella, recogió del suelo la navaja que le había lanzado y volvió a tomar asiento, con un suspiro de rendición.

—Esto es para ti —le dijo mostrándole la foto en la portada.

Aprovechó el desconcierto para cortar las ataduras de las muñecas. Luego, dejó la revista sobre las piernas de Faith, y esperó a que ella se quitara el trozo de cinta que le cubría la boca. Sin embargo, no lo hizo. Prefirió dedicar toda su atención a la historia que Mathew Parsons contaba entre aquellas páginas.

Leyó durante unos minutos, poniendo especial interés en las partes destacadas, suspirando con los testimonios más duros y deshaciéndose, por fin, de cualquier

resto de resentimiento que le quedara en el interior.

Quiso preguntarle muchas cosas y explicarle muchas otras, pero se limitó a cerrar la revista y a mirarlo con los ojos anegados de disculpas. Lo juzgó mal; le pidió que confiara en él y no lo hizo. *Confiar y esperar*, pensó de pronto, como citaba la nota que había acompañado a Lífelo.

—Ahora, voy a quitarte el adhesivo de la boca —le explicó con mucho cariño. Acercó la mano al rostro de Faith y vio como ella cerraba los ojos antes de percibir el calor de los dedos—. Espero que no empieces a gritar de nuevo. — Tiró del trozo de cinta, poco a poco, hasta que los labios quedaron libres y la lengua los humedeció—. No puedo soportar que estés enfadada mientras te beso.

Sin tiempo para reaccionar, la tomó con rudeza por la nuca y, hambriento, capturó el labio inferior de Faith. Saboreó el gusto salado de sus lágrimas, junto al amargo de los restos de pegamento. Pero lo que importaba, la dulzura que deseaba, esa que lo había convertido en un adicto, en un loco, estaba ahí, concentrada en la comisura de los labios, en la punta de la lengua, en el entrecostar de los dientes. Encontró en ese beso la misma desesperación que lo ahogaba a él, la ansiedad que le había hecho dudar y la confirmación de que había llegado a casa. Ella era su casa, su vida, y se lo recordaría a todas horas con caricias como las que le quemaban en las manos.

—Prométeme que no volverás a marcharte sin mí, ni dejarás que me vaya sin ti —le pidió Faith con voz ronca. Hizo un gran esfuerzo por no ponerse a llorar de nuevo y colocó las manos frías en las mejillas sin rasurar de Mat, para que no desviara la mirada. Quería verle los ojos cuando respondiera, ver si todavía continuaba ahí el infierno que lo había atormentado—. Dime que me llevarás contigo siempre.

Ya no quería estar en otro lugar, no pretendía ir a ningún lado si no era con Faith. Asintió, y besó con suavidad los labios temblorosos que le hablaban sobre los suyos. Toda la vida dedicándose a las palabras y, cuando la tenía así, entre los brazos, se le quedaban atragantadas en la garganta. ¿De verdad creía Faith que volvería a dejarla sola alguna vez?

—Déjame mostrarte que eres mi lugar favorito del mundo, el que adoro, el que me da la paz que necesito y al que regresaré siempre, vaya donde vaya, tarde lo que tarde. Nunca lo olvides.

Epílogo

Salón Astor del Hotel St. Regis, Washington D.C.
Pocos días antes de Navidad.

—Me van a permitir que esta noche no les hable de conflictos bélicos, de tráfico de armas, de pobreza o de muerte. Creo que no es el momento adecuado para hacer un manifiesto sobre el papel de los gobiernos en conflictos como los que se viven en Siria, Afganistán, República Centroafricana o Colombia, por citar solo algunos. Estaremos de acuerdo en que no basta con denunciar la injusticia, ni lamentarnos cuando vemos las barbaries de la guerra en los medios de comunicación, sobre todo cuando millones de personas en el mundo mueren víctimas de las mismas balas que ponen en sus manos los que dicen protegerlos. Es una noche muy feliz para mí y, por eso, correré el velo que nos separa de la realidad por unos segundos.

»Me hice periodista para poder ofrecer una visión clara y verídica de lo que sucedía a mi alrededor. Siempre he tenido una mente inquieta y me movía un especial interés por aquellos más desfavorecidos, tal vez porque, en más de una ocasión, yo también me sentí así. Me hice periodista porque estaba harto de ver injusticias y que nadie hablara de ellas, que nadie denunciara el vergonzoso comportamiento del ser humano. Hoy no sé si he sido capaz de cumplir con el papel que se esperaba de mí, que yo mismo esperaba de mí, pero me da la sensación de que no lo he hecho mal o, al menos, no estaría aquí si fuera así, ¿no creen?

Las primeras risas de la noche se escucharon entre los asistentes al homenaje que *The Washington Post* ofrecía a Mathew Parsons en esos momentos. Tras una ensordecedora ovación, el silencio se impuso por encima del entrecuchar de las copas, del tintineo de los cubiertos y de las conversaciones a media voz, en el mismo instante en que subió al estrado, ajustó el micro y comenzó a hablar. Sobrio e impactante.

—No he descubierto la cura de ninguna enfermedad, ni voy a acabar con el hambre. No soy mejor que nadie ni peor, y mi causa, la de la búsqueda de la verdad, es la causa de muchos que, como yo, han sufrido y vivido situaciones desconcertantes, aterradoras, inhumanas e injustas. Quizá el hecho de que no me

hayan metido una bala en la cabeza me convierta en un tipo con suerte, estoy seguro de que es así, pero eso no me hace especial. No merezco un premio y, sin embargo, alguien ha decidido que así sea y ha convertido mi trabajo en algo mucho más importante. Por eso estoy aquí, con toda mi gratitud hacia la Universidad de Columbia por concederme el Pulitzer, hacia *The Washington Post* por hacerlo posible, hacia Reporteros sin Fronteras, la UNESCO, el Comité para la Protección de los Periodistas y hacia cada una de las personas que me han ayudado a lo largo de mi carrera y de mi vida. Gracias por hacer de mí una persona mejor. Gracias por contribuir a un mundo mejor.

Hizo una pausa, bebió un poco de agua y dirigió la mirada hacia donde Faith permanecía sentada. Estaba preciosa, deslumbrante, y cabreada, muy cabreada. La bronca que habían tenido unos días atrás todavía los distanciaba. Incluso creyó que no asistiría a la cena de esa noche. Lo sorprendió gratamente cuando salió de la habitación con un increíble vestido de gala y la melena suelta, para ponerlo aún más nervioso. Se le encendía la sangre cuando veía cómo le caía por la espalda descubierta.

Siempre era impresionante verla aparecer de repente. Su corazón no se acostumbraría jamás a la presencia de aquella gran mujer que, un día, en un acto de locura, decidió que era él con quien deseaba compartir el resto de su vida. Después del primer mes en Girdwood, confinados entre cuatro paredes, demostrándose que el tiempo y la distancia no habían empañado ni uno solo de los sentimientos que se habían profesado, empezaron a replantearse objetivos a corto plazo. A Mat no le importaba establecerse en Alaska, pero antes debía solucionar algunos flecos relacionados con un asunto confidencial. La primera vez que se vio obligado a volar a Washington D.C. no creyó poder soportar las millas que los iban a separar y cuando regresó a Faith, le hizo el amor con tanta dedicación, con tanta entrega, que ella estuvo días con molestias cada vez que se sentaba. La segunda vez que requirieron su presencia en la capital, trató convencerla para que lo acompañara, pero no lo consiguió. A su vuelta, en cuanto entró por la puerta de casa, se puso de rodillas y le pidió que se casara con él.

Fijaron la fecha de la boda para un mes después. Ambos deseaban una ceremonia íntima y coincidieron en que el mejor lugar era un precioso claro del bosque, cerca de donde se encontraban, rodeado de nogales y robles, donde se habían amado bajo las estrellas al poco tiempo de su llegada al pueblo.

Los preparativos del gran día, las emociones a flor de piel y unos desafortunados comentarios acerca de una posible propuesta laboral muy sustanciosa pero demasiado lejana, provocaron una fuerte discusión entre ellos que acabó con Mat durmiendo en el hostel rural de Girdwood el día antes de la

boda. Era tan obstinada y estaba tan nerviosa que creyó haberla perdido... hasta que la vio aparecer en el claro, del brazo de Garland Buchanan.

Algo similar había sucedido la noche anterior a la cena. La oferta del *Post* para cubrir la situación del conflicto en la franja de Gaza no había caído bien en casa. Aún no la había aceptado, pero ella había aprendido pronto cómo funcionaban los engranajes de su mente. En otras circunstancias, hasta se hubiera ofrecido para acompañarlo, pero solo llevaban unos meses casados y Faith necesitaba estabilidad. Ni siquiera se había detenido a escuchar sus explicaciones. Un absurdo mutismo se había apoderado de ella y lo había ignorado, hasta esa noche. El discurso políticamente correcto que había preparado se fue a la mierda, mientras se ajustaba la pajarita del esmoquin. También vio claro en ese instante cuál sería la respuesta para *The Washington Post*. No se equivocaba. Era la mejor decisión de su vida.

Le guiñó un ojo con picardía y la hizo sonrojar. Resultaba muy sensual cuando apartaba la mirada y le decía a las claras que no se conformaría con tonterías de esa índole. Se le ocurrían mil planes mejores que una cena homenaje, mil ideas solo para dos, ellos, desnudos en cualquier parte de la casa que compartían. Iba a disfrutar de lo lindo cuando la celebración acabase y tuvieran la oportunidad de salir de allí. ¡*Céntrate, Parsons!*, se reprendió al escuchar el carraspeo de Owen que, por primera vez en toda la noche, le había quitado el ojo de encima a Abigail Tisdale para prestarle atención a él.

—Recibir un Pulitzer es un honor, un gran punto de inflexión para mi carrera y un reconocimiento por el trabajo que casi me cuesta la vida, y si bien es un orgullo formar parte de la larga lista de galardonados en la categoría de Periodismo Internacional, he de confesar que hay otro tipo de premios capaces de colmar el alma de un periodista y de un hombre. Verán, cuando llegué a la República Centroafricana, a Bangui, yo era un Mathew Parsons diferente. Llevaba a la espalda una mochila cargada de buenas y malas experiencias. Pesaban las horas de trabajo, los viajes, las bombas que había visto explotar... Pesaban los compañeros muertos, los rostros inocentes, la tensión. Pesaba el miedo, sí, el miedo, uno no deja de tener miedo jamás cuando duermes con un ojo abierto y otro cerrado. Y, aun así, nunca pensé en abandonar. Me apasionaba mi trabajo, los buenos momentos, la posibilidad de ayudar a alguien, los resultados... Por aquel entonces, aspiraba a ganar el Pulitzer, para qué negarlo, y era un arrogante hijo de puta con mucha suerte, se lo aseguro —afirmó con modestia. La gente rio y se escucharon algunos vítores procedentes del fondo del salón. Pero, pasado el momento distendido, Mat recobró la seriedad y continuó —: Cuando llegué a Bangui perdí una de las principales directrices de un periodista: me creí a salvo de todo y de vuelta de todos. Y me equivoqué. Ni

todas las vivencias, ni las experiencias, ni los reveses sufridos durante años me habían preparado para lo se me vino encima.

El tono rotundo, el sentimiento en las palabras, el brillo de una mirada marcada por el horror y el ligero temblor de las manos cuando volvió a tomar el vaso de agua eran síntomas inequívocos de que iba a meterse en un terrero demasiado pantanoso. Faith dejó a un lado el enfado que aún bullía dentro de ella y le dedicó una mirada cálida, de apoyo, que acompañó con media sonrisa de comprensión y con un *te quiero* que solo entendió él. Owen le guiñó un ojo, convencido de la fuerza que le quedaba a su hermano para enfrentarse a los recuerdos y a mucho más. Los presentes en la sala aguantaron la respiración, conmovidos por el momento que se estaba produciendo, pero nadie podía saber qué pasaba por la mente de Mathew. Nadie salvo él.

—Nunca había experimentado semejante presión en el pecho, ni me había sentido tan desorientado, tan perdido —prosiguió—. El miedo estuvo a punto de convertirse en pánico y el día a día en una tortura. Mi cabeza se negaba a procesar lo que percibía mi cuerpo y, en más de una ocasión, me planteé dejar la ciudad, abandonar el país y correr lejos, a otro lugar, a otra guerra. Estaba en peligro, por primera vez en toda mi vida. Espeluznante, ¿verdad? —. Se recreó mirando los rostros, serios, inquietos, hasta que la vio a ella y distinguió la arruga que se le formaba en la frente cuando mostraba preocupación. Deseó bajar del estrado y besarla, tomarla de la nuca y acariciarle la piel del cuello hasta escucharla gemir de esa forma tan sensual que lo volvía loco. Faith le formuló una pregunta silenciosa, que fue correspondida con una sonrisa fugaz, pero quedó sin respuesta, como siempre que tramaba algo—. Fueron los días más confusos y desconcertantes de mi vida. Temía tomar decisiones, temía alejarme de la ciudad, pero quedarme tampoco era una buena opción. No me hubiera sentido más amenazado de haber tenido un Kaláshnikov apuntándome a la nuca, y eso no era nada bueno. Cuando estás en una zona en conflicto, la mente ágil y la sangre fría son dos cosas que no pueden faltar, y yo las perdí muy rápido.

»Y se preguntarán: si tan trágica fue la vivencia, si tan difícil era la situación, ¿por qué no se marchó? Adrenalina, pura y simple adrenalina. La más peligrosa de las drogas y algo más. Me gusta el riesgo, ya lo saben, me vuelve loco, me emociona, me convierte en una persona mejor. No iba a rendirme con facilidad. Todo lo que estaba sucediendo allí era nuevo para mí y, a pesar del eterno miedo, necesitaba continuar y ver a dónde me llevaba la situación.

»La noche en que me di cuenta de que ya no había vuelta atrás tuve que hacer frente a la peor pesadilla que le puede sobrevenir a un hombre: perdí la esperanza. Miré a mi alrededor y me encontré solo ante un conflicto mayor, uno

que no sabía controlar. Dejé de ser un tipo cabal para convertirme en un demente. Cualquiera diría que me sumí en la más absoluta locura, sin embargo, los congoleños tenían un nombre mejor para lo que me pasaba: el alma de *lífelo*, el infierno que brilla en los ojos de los hombres ciegos, ciegos... por amor.

Un revuelo de asombro colectivo se escuchó en la sala. La gente se miraba sorprendida, confusa, y se preguntaban unos a otros en susurros. Solo una persona entre todos se mantuvo impassible, aunque el corazón le latiera tan fuerte que era capaz de acallar a la multitud. Mathew la contempló, con esa picardía que utilizaba en los momentos íntimos, con la convicción de que lo había entendido. Era la única que podía entenderlo, solo quien había sentido lo mismo que él podía comprender de qué estaba hablando.

—No se sorprendan —señaló, divertido—. Les advertí que no venía a hablar de conflictos. La historia que les he contado es real, palabra por palabra. Cada angustia, cada sentimiento, la indecisión, el miedo... El primer día que la vi me dije que solo era una mujer más; el segundo entendí que estaba en apuros; el tercero estaba perdido. Les juro que jamás entró en mis planes enamorarme y nunca había sentido tanto terror al darme cuenta de que amaba a una mujer igual de temeraria que yo, que plantaba cara al mismísimo enemigo, a la guerra, a la muerte. Entenderán por qué quise alejarme y huir. Y entenderán también por qué me quedé. ¡Solo soy un hombre!

Mientras la gente sonreía y dirigía miradas a Faith, Mat aprovechó para aflojarse el cuello de la camisa. Tenía ganas de acabar, tenía ganas de bajar de ese estrado y abrazarla. Necesitaba volver a escuchar los susurros de esos labios, igual que cuando lo perseguían las pesadillas por la noche. Era la única capaz de calmar lo que aún mortificaba su espíritu y, hasta la poca distancia que había del escenario a la mesa, suponía un abismo si no podía tomarla de la mano y hacer suyo el pulso que latía en el corazón.

—Todos ustedes conocen a mi mujer. Es una luchadora, una guerrera, no se rinde jamás. Ella me encontró cuando ya creía que no había esperanza para nosotros, arriesgó su vida y dio conmigo, pero el destino tenía planes diferentes para nosotros —dijo, mirándola fijamente—. Descubrí entonces que todo tiene su momento, y su lugar, hasta cuando uno se empeña en poner distancia y aislarse. —La alusión a su huida a Alaska la hizo respirar en profundidad y entrecerrar los ojos. Mat tragó saliva y bajó la cabeza para echar un vistazo a las notas, que ni siquiera había mirado antes. Unos segundos después, volvió a dirigirse a los asistentes, con voz grave y tono solemne—: Hace unos días recibí una oferta difícil de rechazar. Es un trabajo muy sustancioso e importante que me devuelve a mi vida, a la primera línea, a la adrenalina, a los nervios, al miedo... Que uno de los mejores medios internacionales te busque es un premio,

pero déjenme decirles que yo, Mathew Parsons, ya tengo el premio de mi vida. —Barrió el salón con la mirada, y el golpe de efecto de su silencio dejó a los presentes con el alma en vilo. El corazón amenazaba con salirse del pecho, las piernas le flaquearon, la boca se le secó, pero nada le impediría acabar con el desconsuelo de Faith, que se miraba las manos con tanta tristeza que no creyó resistirlo—. Ella es mi premio —declaró, y los ojos color miel que habían estado a punto de ponerse a llorar se alzaron con sorpresa—. Faith Anggela Holland es el único premio que quiero, el único destino al que regresar y la única noticia que deseo cubrir día y noche. Ya no me hacen falta más emociones fuertes que las que sufro cuando la miro a los ojos y le digo que la quiero.

Las inquietudes de días atrás, mezcladas con el momento, fueron decisivas para que Faith rompiera a llorar, mientras el resto de asistentes llenaba el ambiente de suspiros. Lo separaban de ella escasos metros, que salvaría en cuanto pusiera el punto final a aquel discurso improvisado, pero antes, le quedaba una cuestión que aclarar.

—Les confesaré algo que ni siquiera ella sabe —comentó de pronto, sin querer mirarla—: el día que la conocí perdí la última batalla de una guerra que no estaba predestinado a ganar. No quiero más conflictos, ni problemas, ni luchas que se produzcan fuera de los muros del que ahora es mi hogar. Quiero la paz y la tranquilidad que ella transmite, y eso solo lo encuentro cuando estoy a su lado. Por lo tanto, mi agradecimiento, esta noche, va unido a mi despedida. No abandono la información, eso ténganlo claro, solo considero que debo cerrar un capítulo para entrar de lleno en otro mucho mejor, junto a ella.

Entonces sí la miró y descubrió un rostro radiante, tan intenso que provocó que su corazón dejara de latir. Olvidó despedirse del público, olvidó incluso que la prensa estaba presente y que cada palabra dicha, cada reacción provocada, saldría a la mañana siguiente en los principales medios. Solo tenía ojos para la mujer que acababa de ponerse en pie, tan preciosa, tan suya.

Y la besó. La besó sin importar lo que sucediera a partir de ese instante. La besó con el salvaje deseo de quien descubre, por vez primera, qué es vivir. La besó con infinitas promesas en los labios y una verdad que nadie, jamás, podría arrebatarse: no habría guerra, fuego o distancia que le impidiera amarla hasta el final.

La paz que no llega

La paz en la República Centroafricana se firmó el 10 de mayo de 2015, cerca de dos años después de que estallara la violencia en el país.

Según el informe de Amnistía Internacional 2016/2017 (<https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/informe-anual/>), tras un periodo de relativa calma, el conflicto entre los grupos armados y las milicias continuó, así como entre las fuerzas internacionales de mantenimiento de la paz y estos grupos. También continuaron los abusos graves contra los derechos humanos, incluidos crímenes de derecho internacional.

Más de 434 000 refugiados viven dentro del país en campos provisionales, sin acceso a comida, agua, saneamiento adecuado o servicios básicos de salud.

El 19 de junio de 2017, en Roma, el gobierno de la República Centroafricana firmó un nuevo alto el fuego con trece de los catorce grupos armados. Sin embargo, la violencia continúa en las calles de las principales ciudades y, tal y como ha recordado Médicos sin Fronteras en innumerables ocasiones, existe una necesidad «urgente» de aumentar la asistencia humanitaria de emergencia para ayudar a las personas afectadas.

Buena parte de la información acerca de la República Centroafricana contenida en este libro ha sido posible gracias a la desinteresada e inestimable colaboración de Reporteros sin Fronteras. Gracias por vuestra labor y por ser mis ojos en uno de los miles de infiernos que se viven cada día en el mundo.

Desde que en marzo de 2016 empezara a fraguarse esta historia, son muchas las personas que han estado a mi lado y que han sufrido el proceso de documentación, escritura, repaso y corrección, así como la espera hasta el día de hoy. No podría nombrarlas a todas, pero sí a las principales, porque gracias a ellas no me volví loca; porque gracias a ellas El infierno en tus ojos es una realidad:

Cristina González, Romina Naranjo, Tessa C. Martín, Olalla Pons, Mónica Quiroga, María Arribas, Carmen García, M^a José Vela, Alissa Brontë, Elizabeth Bermúdez no os cambio por nada.

Gracias a Versátil Ediciones, a Esther Herranz y Eva Olaya Martín por confiar en mí, por abrirme las puertas de su casa, por tanta paciencia y por creer en algo que ha salido de lo más profundo de mi alma. Hay oportunidades que no se pueden agradecer con palabras.

Gracias a Pilar Huertas, mi lectora principal, esa gran mujer que no solo me dio la vida, sino que continúa dándome lo mejor de ella: su sabiduría.

Y, por supuesto, gratitud infinita a mis chicos, mis J's, los que me acompañan en cada viaje, los que me sufren y a los que debo tantos minutos como letras hay en la suma de mis libros.

Os quiero.

Table of Contents

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[6.](#)

[7.](#)

[8.](#)

[9.](#)

[10.](#)

[11.](#)

[12.](#)

[13.](#)

[14.](#)

[15.](#)

[16.](#)

[17.](#)

[18.](#)

[19.](#)

[20.](#)

[21.](#)

[22.](#)

[23.](#)

[24.](#)

[25.](#)

[26.](#)

[27.](#)

[28.](#)

[Epílogo](#)

[La paz que no llega](#)

[Agradecimientos](#)